

DAVID MORRISON

Un más allá para la Homosexualidad

El poderoso testimonio
de un viaje hacia la fe

ACERCA DEL AUTOR

David Morrison (1963) es escritor y editor y vive, trabaja y reza en Washington, D.C. (Estados Unidos). Morrison fue activista gay durante siete años hasta que, antes de los treinta años, se fue desencantando poco a poco de la vida activamente gay y, en un momento de desesperación reconocido por él mismo, se volvió hacia Dios. Tras su experiencia de conversión, Morrison creció en su conocimiento y fe en Cristo, al principio, como un anglicano aún activamente homosexual y, más tarde, y hasta hoy, como un católico comprometido con la castidad.

Además de escribir sobre temas de fe, de identidad, de sexualidad y cultura, Morrison ha seguido las cuestiones de los derechos humanos y su violación en América Latina, así como la utilización de las mujeres como objeto de experimentación sin su consentimiento informado en programas de control de natalidad. También ha escrito sobre el creciente cisma entre el auténtico desarrollo del Tercer Mundo y los esfuerzos de control de la población, la brecha que se extiende entre el sistema sanitario del Primer y del Tercer Mundo y la creciente resistencia al imperialismo contraceptivo por todo el mundo.

Morrison es también columnista habitual de la revista *New Covenant*, y colaborador frecuente de *Our Sunday Visitor*. Además de estas revistas, el trabajo de Morrison ha aparecido en *The Tablet* (Reino Unido), *US Catholic*, y *This Rock* así como en *The New York Post*, *The Washington Times* y el *Baltimore Sun*. Ha dado conferencias sobre temas como la sexualidad, la identidad, la fe y la cultura en los Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda. Sus artículos han sido traducidos a más de diecisiete lenguas en todo el mundo.

Si quieres hacer comentarios sobre este libro, puedes visitar la página web de David Morrison en <http://www.beyondgay.com>

Agradecimientos

A Richard y Michael, dos amigos entregados que han sufrido mucho durante largo tiempo y, sin cuyo apoyo, este libro no habría sido posible.

No habría publicado este libro sin el apoyo y el ánimo de las siguientes personas:

Mike Aquilina, David Scott, Greg Erlandson y todos los compañeros de *Our Sunday Visitor Publishing* que, sin pedir nada a cambio, me prestaron su confianza en este proyecto en los momentos en los que yo no la tenía.

Steven Mosher y todo el equipo del *Population Research Instituto* que me animaron a escribirlo.

Dian Schlosser, Katherine Adams y Matthew Gelis, que se aburrieron hablando conmigo y me soportaron estoicamente y con buen humor.

La familia de Andrew Schmiedicke, que me abrió los ojos a lo que debería ser un

verdadero amor familiar.

Michael Schmiedicke, cuya fe en mí me llevó, finalmente, a creer; y Richard Hylton, amigo desde hace más de quince años, que ha soportado todas mis extravagancias con un vigor único y generoso.

Índice

Introducción

Capítulo 1. ¿Por qué este libro?

Capítulo 2. Conversión

Capítulo 3. Gay y cristiano

Capítulo 4. Cristiano y gay

Capítulo 5. El precio de la gracia

Capítulo 6. La cuestión sobre la sanación

Capítulo 7. Una extensión como la del Gran Cañón

Capítulo 8. *Go tell it on the mountain*

Capítulo 9. ¿Qué tiene que ver el amor con todo esto?

Capítulo10. La paz que Él ofrece

Capítulo11. La batalla por la intimidad

Capítulo12. Castidad y sacramento

Capítulo13. Un mensaje para padres y esposos

Capítulo14. Pan, no piedras

Capítulo15. Para aquellos con atracción homosexual

Bibliografía

Apéndice 1. Un vistazo sobre *Courage*

Apéndice 2. Carta a los obispos del mundo

Apéndice 3. «Siempre serán nuestros hijos»

Acerca del autor

INTRODUCCIÓN

Léon Bloy, escritor católico francés, converso del judaísmo, dijo una vez: «el hombre tiene lugares en su corazón que todavía no existen, y entra en ellos a través del sufrimiento, para que puedan llegar a existir». Es una de mis citas preferidas. Toda la enseñanza cristiana en materia de sufrimiento se podría reducir a esas sencillas palabras. El sufrimiento puede doblegarnos y quebrantarnos. Pero también puede abrirnos para convertirnos en las personas que Dios quiere que seamos. Depende de lo que hagamos con el dolor. Si lo devolvemos a Dios como una ofrenda, Él lo utilizará para hacer grandes cosas en nosotros y a través de nosotros, porque el sufrimiento es fértil. Puede hacer nacer una nueva vida.

Es el caso del testimonio personal que estás a punto de leer. David Morrison no es ajeno, como expresivamente lo muestra su escritura, al dolor, a la duda, al comportamiento autodestructivo ni a la alienación que marca a tantos hombres y mujeres que tienen que lidiar en sus vidas con la homosexualidad. Esta es la historia de su viaje desde una subcultura de activista gay hasta la nueva vida en Jesucristo. Es su diario del descubrimiento de la fe católica. Es la historia de una conversión real, de carne y hueso, de esas en las que se oyen los infatigables ecos de san Agustín; de las que permanecen en la memoria durante mucho tiempo. Simplemente, una advertencia: todo aquel que esté buscando un «subidón» espiritual pasajero, o una lectura rápida para pasar el rato, lo mejor que puede hacer es cerrar este libro ahora mismo. Se trata de un libro que interpela, que conmueve, pero que, desde luego,

no es cómodo.

La importancia de este libro, sin embargo, va más allá de la conversión personal de David Morrison. Esta forma parte únicamente del primer acto. Lo que Morrison lleva a cabo en los otros dos tercios de este libro es algo extraordinario. Partiendo de la materia prima de su experiencia, construye sobre ella, y ofrece una de las mejores explicaciones y apologías de la ética sexual católica que se han visto en los últimos años. No se trata de que acepte lo que la Iglesia enseña, sino que lo comprende con su corazón... como quizá únicamente alguien que ha pagado un alto precio por encontrar la verdad puede hacerlo. De igual importancia es el hecho de que tenga el don de compartirlo de forma persuasiva con el lector, no como si fuera una carga o un deber, sino como un gozo y una liberación.

No todo el mundo recibirá bien este libro. A pesar de que el autor respeta claramente a los miembros de grupos como *Dignity* o su primo hermano de la iglesia episcopaliana *Integrity*, está profundamente en desacuerdo con los objetivos de dichas organizaciones. No cree que se haga un servicio a la verdad al hacer una revisión de la fe cristiana para aprobar o dar espacio a la actividad homosexual. Al contrario, piensa que la actividad homosexual no es solo moralmente errónea, sino que es destructiva porque aleja a la persona de Dios y del auténtico bien humano. Sin embargo, al mismo tiempo, el autor escribe con gran delicadeza hacia aquellos que intentan dar un sentido a su homosexualidad.

Pone también en cuestión el enfoque pastoral de algunos grupos cristianos, por ejemplo, los que piensan que, con una buena dosis de fe y una terapia adecuada, la mayoría de los homosexuales puede llegar a asumir una vida heterosexual satisfactoria. Morrison cree que, a pesar de que algunos hombres y mujeres de inclinación homosexual puedan reorientarse hacia la vida heterosexual, probablemente otros no puedan. Pero el amor de Dios por todos sus hijos, no importa cuáles sean sus cargas personales, nunca falla. Y el significado de la sexualidad humana y de la llamada cristiana a la castidad se dirige a todo el mundo con la misma fuerza y el mismo amor: a los casados y a los que no lo están, a los «gays» y a los heterosexuales.

La Escritura nos habla de decir la verdad en el amor (Ef 4, 15). David Morrison lo ha hecho así. Se trata de un libro caracterizado por el equilibrio, la inteligencia y el respeto por todos aquellos afectados por la cuestión de la homosexualidad. Tanto él como *Our Sunday Visitor* han hecho una contribución inestimable a la discusión de una de las controversias morales centrales de nuestro tiempo.

Charles J. Chaput, O.F. M. Cap.
Arzobispo de Denver

Capítulo 1

¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Si descontamos los viscerales debates acerca del aborto y de la eutanasia, pocas cuestiones tan controvertidas han rasgado tanto el tejido de la cultura y de la política americana como las relacionadas con la atracción homosexual y la actividad sexual. Dentro de las familias y las comunidades, de las oficinas y las salas de reuniones, se pide a los estadounidenses que reconsideren sus puntos de vista sobre la sexualidad, la expresión sexual y la tolerancia. Pero ¿cuál es la frontera entre «tolerar» algo y aprobarlo?

Las vacaciones familiares, por ejemplo, ¿no se han convertido en verdaderos campos de batalla entre los hijos que exigen que se acepte a ellos y sus novias o novios, incluso que se

les dé una habitación propia, y el resto de los miembros de la familia que tienen supuestamente unos criterios morales en desuso? ¿Se puede querer a alguien sin aprobar todo lo que hace en su vida? Si piensas que debes darle tu aprobación, y lo que está haciendo es realmente perjudicial para él, ¿estás siendo de verdad compasivo con él? ¿Qué es lo que una sociedad puede exigir que una persona acepte como condición de participación en la vida pública? Parafraseando una canción que yo solía cantar de vez en cuando en las manifestaciones, si la gente que vive con atracción homosexual ya está presente en la vida pública, en las calles, en la política y en todas partes... ¿qué significaría habituarse a ello?

Ciertas cuestiones proliferan en la esfera pública: ¿se debe permitir a los hombres y mujeres que mantienen relaciones homosexuales activas enseñar en las escuelas o adoptar niños? ¿Se debería «afirmar» en los adolescentes que experimentan una atracción homosexual una identidad basada en esa atracción? ¿Qué pasa con las relaciones? ¿Debería la sociedad considerar todas las relaciones en las que el «amor» está presente como igualmente buenas? ¿Cuál es la naturaleza del matrimonio? A fin de cuentas, la cuestión es: ¿para qué sirve el sexo? ¿Cuál es la naturaleza del amor?

Cuestiones de este tipo llenan casi todos los días los titulares de los periódicos locales y nacionales, pero son también parte de la vida cotidiana de las personas y de las familias. Según un cálculo conservador, alrededor de tres millones de personas en los Estados Unidos viven con una atracción sexual y emocional predominante hacia personas de su mismo sexo. Si multiplicamos esta cifra por un número razonable de padres, hermanos y cónyuges, tendremos unos doce millones de americanos cuyo interés por el debate social relativo a la atracción homosexual puede describirse como algo más que académico. Eso significa doce millones de personas a las cuales cualquier acusación o defensa, cualquier malentendido, mala comunicación, caracterización o burla puede herir profundamente en su propia identidad o en referencia al tipo de vida que una de las personas que ellos aman está intentando construir. Cualquier tipo de cuestión acerca de la atracción homosexual, los derechos de los gays y las lesbianas, el matrimonio o la adopción homosexual tiene en sí esa fuerza emocional.

Espero que este libro, a pesar de abordar muchas de esas cuestiones, no contribuya aún más a hacer de este tema una especie de explosivo. Citando de forma un poco libre a Shakespeare, no escribo ni para elogiar la atracción homosexual ni para condenarla. Si has abierto este libro esperando encontrar acusaciones acerca de la «maldad» de los activistas de los derechos de los homosexuales quedarás defraudado. Lo mismo pasará a aquellos que esperen ver vilipendiados en él a los oponentes del programa de acción homosexual. Más bien, lo que intento con este libro es indicar una tercera vía, un camino que Dios me ha mostrado misericordiosamente en mi vida y por el cual uno puede vivir con atracción homosexual sin dejarse definir por ella ni actuar como si no existiera. En resumen, espero que este libro ofrezca un poco de luz al final de lo que puede ser un oscurísimo túnel a los individuos que viven con diferentes grados de atracción homosexual, así como a sus familias, amigos, pastores y compañeros de trabajo.

Parece que la oscuridad de dicho túnel no hace sino acrecentarse con el paso del tiempo. Quiero repetir que, si muchos de los hechos relatados en estos capítulos son más bien desagradables, no los cuento para estigmatizar, intimidar ni criticar ferozmente a las personas activamente homosexuales. El elevado número de ventanas que hay en mi casa me debería inclinar a tener mucha precaución a la hora de ponerme a tirar piedras contra las casas de los demás. Sin embargo, una de las lecciones clave que la vida me ha enseñado se refiere a la primacía que debemos dar, como seres humanos que somos, a la verdad. Ya sea bienvenida o desdeñada, conveniente, molesta o indiferente, la verdad ha de ser respetada y buscada. Si no la buscamos, no comprenderemos jamás quiénes somos o, más exactamente, cómo orientarnos.

Canarios muertos

Desde finales de los años sesenta, los hombres y las mujeres que se han involucrado en la actividad homosexual, sea a tiempo parcial o de manera predominante, han sido como

esos canarios usados en las minas de carbón para comprobar la pureza del aire de la revolución sexual. En los tiempos en los que a cualquier cosa se le consideraba «amor», entendido generalmente como «libre», la sociedad parecía abrirse con todos sus encantos (por lo menos en lugares como Nueva York o San Francisco) para esas personas que durante muchos años habían sido negadas y habían tenido que guardar dentro del armario su experiencia y su deseo sexual. Pero en cuanto el aire en la mina comenzó a enrarecerse, los canarios fueron los primeros en morir. Veamos lo que el escritor y activista Eric Roces dice en *Reviving the Tribe* acerca de lo que los años que van desde 1981 hasta 1995 supusieron para muchos hombres que eran sexualmente activos con otros hombres:

«Antes de 1995, la mitad de los hombres que has amado, abrazado, con los que has hablado, bailado, con los que has viajado y tenido relaciones estarán muertos o muriendo. Te sentirás como un dinosaurio viajando en el tiempo antes de llegar a la madurez. Los bares en los que estuviste ya no existirán, la música habrá desaparecido en la basura, la historia se evaporará en el vacío. Rasgarás cartas de visita que están en tu tarjetero como si fueran las páginas de un calendario. Experimentarás la muerte hasta un punto en el que ya no sabrás distinguir quién murió y quién sigue aún en vida. Te acercará corriendo por las calles a hombres que tú creías ya muertos hace tiempo. Enviarás como cada año felicitaciones de Navidad y te devolverán una media docena con la inscripción: fallecido».

Aunque no todo el mundo ha experimentado este grado de pérdida, y a pesar del considerable renacer espiritual y emocional de cierto número de hombres después de haber dado positivo en el test del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH), el efecto global del SIDA en muchos de los que forman la que se denomina a sí misma comunidad «gay»¹ es de una profunda pérdida. La sábana realizada como memorial de los fallecidos a causa del SIDA, con sus miles de retales hechos a mano y con forma de tumba, se convirtió en un símbolo unificador para una comunidad que intentaba controlar una experiencia que pocos, por no decir ninguno, esperaba. Las noches en las que Rofes sentía lo que él describe como «un sentimiento persistente y deprimente de fatalidad» y que Randy Shilts, en su conocidísimo libro *And the Band Played On* describe como una mezcla poderosa de deseo y de enfermedad potencial, brillaban como signos de un desastre que se avecinaba, pero pocos fueron capaces de descifrarlos. Muchos hombres homosexuales y mujeres activamente lesbianas habían quemado demasiadas naves como para permitirse el lujo de tener tiempo para comprender lo que estaban haciendo o hacia dónde, individual o colectivamente, estaban yendo.

Las identidades forjadas en oposición a una sociedad que no había entendido se convirtieron, en esta terrible hora, en una armadura que, en vez de proteger en el campo de batalla, ahoga a quien la lleva cuando el barco se hunde. Cuando los investigadores del *Federal Government's Centres for Disease Control* (Centros del Gobierno Federal para el Control de las Enfermedades -CDC) y de organizaciones similares dijeron a los líderes de la comunidad activamente homosexual de San Francisco que la comunidad debería plantearse el cierre de los balnearios donde el VIH se estaba expandiendo más rápidamente, los activistas abuchearon a los investigadores hasta que se fueron de la tribuna. El amor que menos de cien años antes no osaba ni siquiera decirse en público y que ahora podía expresarse en voz alta necesitaría algo más que el murmullo de una enfermedad para ser acallado. Hasta que, en efecto, los hombres activamente homosexuales empezaron a morir, seguidos inmediatamente por otros cuyas actividades o circunstancias les hacían vulnerables a la infección. Entonces, y solo entonces, la comunidad que se identificaba como gay se paró a reflexionar sobre la forma en que vivía y amaba.

Y, para poder sentirse segura, la comunidad tenía, y en mi opinión aún tiene, que plantearse muchas cosas. ¿Es prudente basar una identidad en el deseo sexual? ¿Qué papel juega la dimensión sexual de la psicología de una persona en el resto de las dimensiones? ¿La liberación consiste en la libertad de dejarse dominar por los propios deseos o es, más bien, el hecho de tener autoridad sobre el propio deseo lo que nos conduce a la libertad? Uno

¹ N. del T.: alegre, en inglés

de los puntos que Shilts aborda en su libro, que muchos han decidido pasar por alto porque es políticamente incorrecto, es que la comunidad activamente homosexual que él frecuentaba estaba ya afectada por algún tipo de virus incluso antes de la llegada del VIH. El virus asociado de forma más cercana con el SIDA era solo uno de los últimos de un conjunto de vectores de enfermedad agresiva y acechante que se aprovechaban de una comunidad cuya expresión sexual principal facilitaba la infección de los individuos. Al construir una identidad sobre el deseo sexual, los primeros activistas gays utilizaron sus cuerpos a su antojo y comprendieron mal el papel y los fines de la sexualidad y de la libertad. Veamos cómo Rofes rememora en *Reviving the Tribe* el papel que tenía una clínica VD para hombres homosexuales a la hora de forjar una identidad entre los hombres activamente homosexuales en los años setenta:

«El simple hecho de entrar en el *Boston's Fenway Community Health munity Health Center*, o en la *Chicago's Howard Brown Memorial Clinic*, o en el *Los Ángeles' Gay Community Services Center*, todas ellas clínicas VD para hombres gays, suponía un paso hacia la propia identidad y una fuerza personal. Me acuerdo de mirar alrededor en la sala de espera en el Fenway y tener un sentimiento de solidaridad y orgullo al ver varias docenas de hombres de diferentes edades, clases sociales y orígenes étnicos. A pesar de los riesgos de aquellos años, todos nosotros habíamos aprovechado la ocasión y habíamos reivindicado nuestro estatuto de hombres gays sexualmente activos».

Aunque no quisiera extrapolar la experiencia de Rofes a todos los hombres de esa época que simplemente experimentaron o actuaron siguiendo una atracción homosexual, dicha experiencia es representativa del amanecer de una cultura activamente homosexual entre los hombres que se identificaban como gays. Por ello, su perspectiva, no tanto como recuerdo sino como investigación, debe ser examinada y cuestionada. ¿Hasta qué punto es saludable, emocional, física y psicológicamente, adoptar una identidad que se basa en una actividad que parece propensa en sí misma a transmitir enfermedades? Aunque esta cuestión no se haya planteado nunca de forma amplia y sistemática, es posible documentar, como lo hace una de las notas de la entrevista de Rofes, «dos docenas de enfermedades específicas transmitidas sexualmente» circulando entre los hombres de San Francisco con parejas del mismo sexo durante los embriagadores días del movimiento de los derechos de los gays.

Una encuesta de la literatura médica especializada muestra cuán profundos y extendidos son los problemas emocionales y físicos no relacionados con el VIH en los hombres activamente homosexuales. En el transcurso de la redacción de *Straight and Narrow? Compassion and Clarity in the Homosexuality Debate*, el autor, Thomas E. Schmidt, investigó más de doscientas publicaciones científicas sociales, médicas, eruditas y no confesionales que habían estudiado algún aspecto de la salud emocional, física o psicológica en los hombres activamente homosexuales. Todas las revistas consultadas eran neutrales en lo que respecta a la homosexualidad, o bien tomaban partido abiertamente a favor de la misma. Ya en 1995, he aquí el modo crudo en que Schmidt resume los hallazgos de su investigación:

«Supón que te hubieras mudado a una amplia casa en San Francisco con un grupo de diez hombres homosexuales de unos treinta y cinco años elegidos al azar. De acuerdo con los últimos estudios de origen científico, cuyos autores son, sin excepción alguna, neutrales o favorables en relación al tema de la conducta homosexual, y escogiendo los números más bajos allá donde las estadísticas difieren, la salud relacional y física del grupo sería algo así: Cuatro de esos hombres tienen actualmente relaciones, pero solo uno de ellos es fiel a su pareja, y no lo será dentro de un año. Cuatro nunca han tenido una relación que durara más de un año y solo uno ha tenido una relación que durase más de tres años. Seis de ellos tienen relaciones sexuales corrientes regularmente con extraños, y la media del grupo es de casi dos parejas por persona al mes. Tres de ellos han participado ocasionalmente en orgías. Uno es un sadomasoquista. Uno de ellos prefiere los adolescentes a los hombres. Tres de esos hombres son actualmente alcohólicos, cinco tienen un historial de abuso de alcohol y cuatro de abuso de drogas. Tres fuman cigarrillos en la actualidad; cinco de ellos utilizan regularmente al menos una droga ilegal y tres consumen múltiples drogas. Cuatro de ellos tienen un historial con depresión aguda, tres de ellos han contemplado seriamente la posibilidad del suicidio, y dos han intentado suicidarse. Ocho tienen un historial de

enfermedades de transmisión sexual, ocho son portadores de patógenos infecciosos y tres sufren actualmente achaques digestivos o urinarios causados por estos patógenos».

Repito de nuevo que el objetivo de este capítulo no es arrojar piedras a los hombres que experimentan una atracción homosexual ni tampoco a quienes ceden ante dicha tentación. De hecho, convendría subrayar que el mismo Schmidt, en los últimos párrafos, aclara que es la actividad homosexual y no la mera experiencia del deseo la que conlleva pagar este precio. Más aún, reconozco que este resumen estadístico no incluye a todos los hombres homosexualmente activos. Yo mismo he conocido parejas masculinas que están por encima de la duración media de la relación, aunque no conozco a nadie que siempre haya permanecido monógamo. En cambio, lo importante es aclarar que la oscuridad que se abate sobre la comunidad activamente homosexual no es únicamente un producto de la imaginación ni de la propaganda antihomosexual, sino que es una sombra muy real que tiene un precio asociado también muy real. Las personas activamente homosexuales que han tenido bastante suerte para eludir dicha sombra son, con mucho, la excepción, no la regla. Si tú eres un hombre o una mujer activamente homosexual que has vivido sin ninguno de estos problemas citados en dicho estudio, puedes considerarte un afortunado. La gran mayoría que nos ha dejado antes que tú no ha tenido tanta suerte.

Pero este libro intenta hacer algo más que decir a voz en grito en la plaza pública una situación que, según algunos, los hombres (y también algunas mujeres) homosexualmente activos se han buscado ellos solos. Más bien, lo que este libro desea es ofrecer un rayo de esperanza, incluso si no parece ser más fuerte que la luz de las viejas farolas de gas, y así repeler esa penumbra cada vez más profunda en la que las vidas de miles, si no millones, de hombres y mujeres de todo el mundo parece sumergirse.

Nihilismo: la naturaleza cambiante de la oscuridad

Al comienzo de la primavera de 1996, camino de San Francisco para dar una conferencia acerca de la castidad y la homosexualidad, leí en el Washington Post que el conocido activista gay y escritor Andrew Sullivan, antiguo redactor de un destacado diario de opinión llamado The New Republic, había declarado públicamente que era portador del VIH; Sullivan era seropositivo. Me acuerdo que durante las cinco horas de vuelo entre Washington y San Francisco estuve sentado en un estado de leve conmoción y de pena. Sullivan y yo no éramos grandes amigos. Algún conocido de ambos nos había presentado en un par de fiestas, pero nuestra acentuada timidez y nuestras opiniones opuestas habían mantenido nuestra conversación en un plano de mera cortesía. A pesar de ello, Sullivan y yo compartíamos bastantes rasgos comunes que hicieron que fuera siguiendo la pista a su carrera y que leyese varios de sus artículos y libros con una mezcla de aprecio e indignación. Ambos vivíamos con una atracción homosexual, ambos escribíamos, nos interesábamos con pasión de los temas y problemas de actualidad y ambos habíamos sido o éramos activistas en esa época. De hecho, encontraba en algunas de las posiciones «moderadamente gays» de Sullivan muchas de mis propias afirmaciones, que yo había abandonado hacía poco por un enfoque católico más ortodoxo.

En particular, fue nuestro común catolicismo lo que hizo que yo crease una especie de vínculo. Los dos vivíamos como católicos con atracción homosexual y habíamos experimentado, estoy seguro de ello, ese extraño sentimiento de deseo ambivalente propio de nuestra posición. Ambos experimentábamos, lo sabía, el sentimiento de tener un pie en dos comunidades que en apariencia eran marcadamente divergentes. Sospecho que cada uno de nosotros se sentía constreñido, por anhelos religiosos y por instintos sexuales que ninguno de nosotros comprendía completamente, a formar parte de comunidades cuyos objetivos estaban casi enteramente reñidos y que, sin embargo, tenían un papel esencial en nuestras vidas. Y resulta que ahora él tenía el VIH y yo estaba sentado en un avión camino de San Francisco para dar una conferencia sobre la castidad en una iglesia parroquial que estaba a pocas millas del Castro District, que era aún un barrio notablemente gay.

Las noticias sobre Sullivan tuvieron un gran peso en mi conferencia. Aunque no la había

escrito con esta noticia en la mente, me di cuenta de que varios de los temas de mi charla estaban en sintonía con mi pesar hasta que, finalmente, lo mencioné directamente. Qué triste y trágico es, dije, que una persona tan joven, inteligente, creativa y prometedora se vea llevada a algo tan oscuro y sin esperanza, especialmente en esa época, como es el VIH. A1 fin y al cabo, el SIDA y yo no nos éramos desconocidos. El hecho de ayudar a otros amigos a vivir la enfermedad hasta que se murieron había arrancado de mí toda posible inclinación a envolver la enfermedad en un halo de sentimentalismo empalagoso. El VIH es un agente poderoso e implacable que actúa en el cuerpo humano. Ataca a células que el cuerpo necesita tanto que la mayor parte de la gente no sabe que existen hasta que dejan de funcionar. Una vez que estas células están destruidas, el cuerpo está a la merced de cualquier invasión de otros ejércitos de patógenos, del mismo modo que Roma lo estaba antes de la invasión de los bárbaros. Hongos, cánceres, otros tipos de virus, parásitos e incluso otras formas de enfermedades degenerativas tienen todo el tiempo del mundo para actuar, hasta que el paciente no es capaz de mantenerse a la vez a sí mismo y a los invasores, y muere. Si no se produce un milagro médico, dije, esto es lo que le espera a Andrew Sullivan.

Cuando acabé mi conferencia, un joven, un activista gay que había estado tan disgustado con mi charla que se había salido fuera, se acercó y puso en tela de juicio lo que yo decía sobre Sullivan. Tras presentarse como Wayne, me preguntó si no había sido «un poco» demasiado pesimista sobre el pronóstico de Sullivan. Sí, respondí, puede ser que la conmoción de la noticia hubiera dado un tono un poco demasiado oscuro a mis pensamientos; sin embargo, añadí, probablemente era mejor, en la cuestión del SIDA, ser demasiado lúcido que no ver bastante claro. Entonces, aparentemente envalentonado por mi falta de argumento, expuso una cuestión que me asombró. Me preguntó si no estaba dejándome llevar también por algunos prejuicios respecto al SIDA. Al principio me imaginé que se había salido tan pronto que se había perdido partes cruciales de mi conferencia. «No» -empecé a decir- yo no culpo a nadie con SIDA por...

«No, no» -dijo- «quizá él no se ha planteado el SIDA como lo haces tú. Quizá tener el VIH ha sido una elección suya».

« ¿Cómo dices?» -pregunté, seguro de haber oído o comprendido mal.

« ¿Qué pasa si él pensaba que no valía la pena llegar hasta los cincuenta, sesenta o setenta años sin sexo? » -preguntó Wayne-. « ¿Qué pasa si tener el VIH ha sido una elección suya? ¿No estás dejándote llevar por algunos prejuicios respecto al SIDA?».

Dos días más tarde, cuando el avión del puente aéreo me conducía a casa, volví sobre la pregunta de Wayne. No había tenido una respuesta para él en ese momento, y en los dos días siguientes había estado demasiado ocupado para pensar en ello. La cuestión hizo que me sintiera impotente y enfadado; como si, de algún modo, los años pasados sosteniendo brazos, dando ánimos para comer, cambiando orinales, haciendo puré de las comidas para tantos hombres moribundos se hubieran quedado reducidos a poco más que un vegetal. ¿Podía considerarse la vida, la cual yo pensaba que era tan importante que merecía la pena luchar por ella, ser considerada como algo menos importante que el sexo? ¿La cuestión de Wayne quería decir que la importancia del sexo como base de una identidad había llegado hasta tal punto o que la importancia de la vida como contexto para todo lo demás había disminuido demasiado? ¿Cuántos otros hombres activamente homosexuales se sentían como, según Wayne, se podía haber sentido Sullivan?

Desgraciadamente, muchos. Pronto descubrí que a la vez que el VIH ocasionaba que toda una comunidad aunase esfuerzos para hacer frente al desastre, los virus y las enfermedades que se producían fomentaban en muchos individuos un profundo nihilismo. El fruto de este nihilismo recorre un espectro que va desde lo que yo he dado en llamar, dentro de algunos activistas, el movimiento del «sexo a toda costa» hasta los numerosos jóvenes que, identificándose como gays, afirman en los sondeos de opinión que no esperan llegar nunca a su cuadragésimo aniversario. Una falta de voluntad por vivir una vida sin sexo o de restringir el contacto sexual a un comportamiento regido por las así denominadas campañas de «sexo seguro» parece subyacer en gran parte del nihilismo gay contemporáneo. En la

alternativa entre vivir sin sexo o con una expresión sexual severamente reducida, por un lado, o arriesgar incluso la misma vida, por otro, muchos hombres activos sexualmente parecen elegir el riesgo.

Dos actitudes se han revelado de manera consistente en mis conversaciones (la mayor parte de ellas hechas por correo electrónico) con hombres que confiesan elegir el sexo aun a riesgo de contraer el VIH. La primera es el nihilismo amargo que reflejan, en general, los jóvenes que se identifican como gays y que afirman, bastante despreocupadamente, que no esperan llegar a los cuarenta. Pero la segunda actitud puede sorprender, y me parece que supone una reafirmación de la verdad relativa a la actividad sexual en contra de las mentiras que nuestra denominada revolución sexual ha promulgado. Esencialmente, muchos de los hombres activamente homosexuales que he entrevistado o que he visto entrevistar en otros sitios, cuentan que buscan el sexo en general y, en particular, el sexo sin condones, porque buscan la conexión, el significado más profundo e incluso la «comunidad» que, según ellos, la intimidad sexual representa en sus vidas.

Es decir, que lejos de ser algo ocasional, ligero, fácilmente manipulable o de lo que uno se pueda deshacer (por ejemplo, el tema de las «campanas» sobre el sexo seguro), muchos hombres activamente homosexuales piensan haber encontrado, incluso en las relaciones homosexuales, algo similar a la profunda intimidad que, según la Iglesia, es uno de los aspectos principales de la expresión sexual. No podemos aceptar el sinsentido, parecen decir esos hombres, de una vida reducida a condones y masturbación aunque el hecho de practicar el sexo de forma más segura pueda alargar nuestras vidas. Queremos buscar una comunidad en la actividad sexual para experimentar, así lo esperamos, su significado, incluso aunque eso conlleve asumir riesgos.

Ha sido un sentimiento extraño el que he tenido al leer, habiendo sido un activista gay y siendo ahora un católico ortodoxo (o al menos esforzándome por serlo), artículos en los que parejas católicas y gays sexualmente activos pueden casi intercambiar pasajes de un diálogo. En uno de ellos, parejas católicas que están volviendo a una fe más activa y más profunda describen sus decisiones para dejar de lado la contracepción; en otro, hombres activamente homosexuales dan razones de por qué han dejado de utilizar condones. Ambos grupos, al menos en el plano emocional y físico, expresan muchos de los mismos sentimientos acerca de lo que la expresión sexual íntima supone en sus vidas, la cercanía compartida que experimentan y que los condones u otros anticonceptivos ayudan a destruir.

Por supuesto, este hecho no implica una igualdad de valor ni de enfoque. El deseo de abrir la propia vida a una posible paternidad da a las parejas católicas una profundidad en la comunidad sexual que las parejas homosexuales o intencionalmente infértiles no pueden compartir. A pesar de esto, en el reconocimiento de esos hombres de una necesidad de intimidad destella una chispa de la verdad relativa a la fuerza y finalidad del sexo. Esta chispa, debidamente alimentada y avivada, puede convertirse en un fuego suficientemente grande como para arrastrar a miles de personas a una comprensión de sí mismos y de sus vidas que no haga depender la identidad de la atracción sexual, ni acepte la actividad sexual como un precio que hay que pagar para alcanzar la intimidad.

Esta es, pues, la razón de este libro: dar testimonio de la verdad sobre la atracción y la actividad homosexual tal y como se expresa en la teología y en la filosofía y tal como las he encontrado en mi vida y observado en las vidas de mis amigos. Al esbozar una comprensión de la naturaleza humana que se define en el dogma y en la vida diaria, espero revelar una humanidad que va más allá de la mera inclinación sexual. Hay muchas más razones para vivir que el sexo. Nuestro horizonte en cuanto hombres es mucho más amplio y bastaría con abrir los ojos para verlo.

En su nivel más profundo, este libro no trata sobre la atracción homosexual, sino acerca del catolicismo y de la relación a la que Jesucristo llama a cada católico a vivir con Él. La suya es la luz que no puede esconderse, la ciudad que brilla en la colina y la esperanza que no morirá, y Él está abierto a todo hombre. Espero que este libro ayude a centrar el debate en el hecho de ver si la esperanza está o no cerrada a cualquier individuo o grupo de gente por

el hecho de que vivan con atracciones o deseos sexuales hacia individuos de su propio sexo. Hay un camino mejor de vida tanto en este mundo como en el venidero. Un camino abierto a todos los que, citando al salmista, han escuchado hoy la voz del Señor y «no han endurecido» sus corazones.

Capítulo 2

CONVERSIÓN

Últimamente, en algunas conferencias he oído que se me presentaba como un adulto convertido al cristianismo. Este hecho es parcialmente correcto, pero no es toda la verdad. Mi primer contacto real con Jesucristo se remonta a la clase de la Escuela Dominical de la señora Ivy en la Metropolitan Baptist Church (Iglesia Baptista Metropolitana) que sigue estando situada, al menos en el momento de escribir estas líneas, en la Sixth Street cerca del East Capitol, en la parte noreste de Washington DC. La señora Ivy vestía faldas largas, zapatos negros y tenía el pelo canoso recogido en un moño. Recuerdo que desprendía un olor mezcla de agua de rosas, bondad y algo que nosotros, niños, pensábamos que era el aroma de las galletas. En mi memoria, sus pálidos ojos azules se concentraban en sus tareas y se abrían, brillantes, cuando entrábamos en la habitación.

Si me vengo abajo o estoy un poco desanimado por algo, y si estoy en un lugar silencioso, mis hombros se acuerdan de sus abrazos -la señora Ivy creía firmemente en los abrazos-, mis mejillas, de sus besos que casi causaban moratones y mis oídos se acuerdan de su voz consoladora, tan frágil y encantadora como una flor seca. Por supuesto, todos los niños la queríamos; simplemente porque ella nos quería y se deshacía, un domingo sí y otro también, para que nosotros, pasara lo que pasara en casa, pudiéramos vislumbrar al menos un poco de Jesucristo. La señora Ivy hacía que fuera fácil creer. Si Dios podía crear a la señora Ivy, entonces, según mi primitiva teología, yo le daba mi visto bueno. Cuando la señora Ivy (o más tarde, una vez que su artritis fue a peor, otra de las profesoras) aporreaba el piano que se caía a pedazos la canción «Jesus Loves Me», y nosotros cantábamos a coro, yo sabía a ciencia cierta, igual que sabía que las estrellas están en el cielo, que eso era verdad. Todos nosotros, blancos, negros, amarillos o rojos, éramos preciosos a sus ojos. Yo me hice creyente.

Pero, tristemente, mi fe no duró mucho. Aunque mis padres venían de North Louisiana, en la hebilla del Cinturón Bíblico², ninguno de ellos se había traído consigo su fe al norte (si es que alguna vez habían tenido mucha). No es que se opusieran al cristianismo. Los dos, mi madre en particular, cumplían con el código ético cristiano a la hora de comportarse con el prójimo. Más bien, el cristianismo activo era una de esas partes de su vida que habían querido dejar atrás, junto con las tormentosas relaciones raciales, el espíritu pueblerino y la peculiar angustia de los liberales del sur. El que, por ejemplo, mientras que yo esperaba toda la semana para poder ir a la Escuela Dominical de la señora Ivy y cantar a Jesús, mis padres vieran ese momento como una oportunidad de hacer una pausa y tomar un café leyendo el dominical del Washington Post lo dice todo. Pero los hechos piden también un poco de caridad. El protestantismo provinciano de la infancia de mis padres estaba a años luz de las expresiones de fe que me son familiares ahora. No puedo decir que, si hubiera tenido que vérmelas con esa fe estrecha y llena de conflictos, yo habría perseverado mucho más de lo que ellos lo hicieron. Por todo ello, mi hermana y yo fuimos educados éticamente pero no de forma especialmente creyente.

Esta laguna en mi educación produjo algunos efectos secundarios interesantes. Me acuerdo de que, incluso a una edad bastante joven, me interesaba por algo de lo que ahora reconozco como cuestiones filosóficas serias, como, por ejemplo, «qué es bueno» o «por qué ser bueno». Me acuerdo de que, incluso siendo un niño de ocho o nueve años, mi madre me arrastraba para que la ayudase a entregar comida a domicilio (Meals on Wheels), que una iglesia metodista local producía en su cocina. Una vez por semana, mi madre y yo llegábamos en coche a la iglesia, cogíamos la comida y nos íbamos a hacer las rondas. Mi madre subía nuestro enorme Jeep Cherokee al bordillo y yo salía con la comida fría y la caliente (recién hecha, conservada en una gran caja térmica que estaba en el maletero) y la llevaba a la casa. En general, odiaba ir y algunas veces suplicaba no tener que hacerlo. Las personas ancianas que visitábamos no eran como la señora Ivy. A veces olían a pis, y no a flores, y cuando me abrazaban, no era como el cálido abrazo de la señora Ivy, sino algo asfixiante y que daba miedo. Una vez, una mujer me cogió tanto tiempo y con tanta fuerza que yo tenía miedo de que se muriese abrazándome y tuviera que gritar para que alguien viniera y me soltara de sus dedos retorcidos y codiciosos. Más tarde, cuando llevaba la comida y abrazaba a hombres viviendo con el VIH, me acordaba de cuando intentaba zafarme de aquellos abrazos solitarios: entonces comprendí y me sentí avergonzado.

Me costó situar la tarea del Meals on Wheels en mi rudimentario contexto moral. Una vez, después de una ronda particularmente maloliente y horripilante, le dije a mi madre que me dijera por qué, por qué era tan importante que hiciéramos eso por aquellas personas. ¡Ni si quiera las conocíamos! La única respuesta que puedo recordar de lo que me dijo mi madre es que aquello era «lo que hace la gente buena», una respuesta que, ya entonces no me satisfizo y que me dejó más inclinado a hacer el mal que el bien, lo cual no me sorprende en absoluto. ¿Quién era esa «gente buena»? ¿Era yo uno de ellos? ¿Por qué? Y si lo era, ¿quería serlo? Podía reconocer la bondad en alguien como la señora Ivy, pero me equivocaba al pensar que se trataba de una cualidad de su ser en vez de un resultado de ella, que se esforzaba por responder a la gracia Y rápidamente saqué la conclusión de que había dos tipos de personas en el mundo, buenos y malos, y que el ser miembro de uno de los grupos era, probablemente, inmutable y que no se trataba de una elección.

A este respecto, incluso los baptistas, que en general son tan activos en promover nociones como la de virtud o la de conocimiento de lo correcto y lo erróneo, me defraudaron. En el tiempo en que abandoné la escuela dominical, cuando tenía unos trece años, sabía muchas cosas sobre Dios (un tipo viejo sentado en su trono celeste y que destruía a la gente) y los mandamientos (en su mayoría áridas normas) pero no mucho acerca de Jesús. Retrospectivamente, me he preguntado a menudo acerca de esto. ¿Cómo podía ser que

² El Cinturón Bíblico es una zona geográfica y sociológica de los Estados Unidos en la que vive un porcentaje elevado de personas que se dicen protestantes rigoristas, término que en la esfera americana recibe la denominación fundamentalismo cristiano.

una iglesia que daba tanta importancia a la conversión personal y al conocimiento íntimo de Cristo hubiera hecho un trabajo tan pobre a la hora de encarnar la persona de Jesús para mí? ¿Se habían tapado mis oídos o simplemente no quería oír? ¿O quizá es que el mensaje era presentado de manera irreconocible? No lo sé. Lo que sé es que empecé a creer que «bueno» y «malo» eran categorías permanentes de las personas. Los acontecimientos posteriores se convertirían en un argumento consistente para situarme en la categoría de «malo».

El tema de los primeros fundamentos de mi fe no estaría completo si no abordase el tema de mis padres, su relación entre ellos y su relación conmigo. La cultura popular americana está actualmente encenagada en una tendencia que lleva a echar la culpa a los padres por los problemas de los hijos, pero yo no haré eso. No quiero arrojar basura sobre mi antiguo hogar. Mis padres hicieron conmigo lo mejor que ellos sabían. En muchos aspectos, yo era un muchacho que requería un esfuerzo particularmente importante y al que ellos estaban intentando criar en una época en la que criar a los niños de manera sana y segura era extremadamente difícil. Los problemas que mis decisiones me han acarreado son responsabilidad mía y me pertenecen. Sin embargo, la vida familiar de los primeros años tiene una gran influencia en la vida espiritual posterior. Las primeras experiencias familiares constituyen a menudo la base de la personalidad natural que el Espíritu Santo posteriormente puede, o no, construir con la gracia sobrenatural. En mi caso, mi primera infancia me dejó con dos obstáculos que el Espíritu Santo necesitaría transformar más adelante: una profunda convicción interior de fracaso y su correspondiente soledad.

Creo que mi padre, entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, tenía uno de los cien puestos de trabajo más influyentes en el gobierno de los Estados Unidos, si se hiciera una lista de este tipo. Trabajaba como consejero administrativo y legislativo del senador de los Estados Unidos Allen Ellender. En esa época, y hasta su muerte en su despacho en 1972, Ellender trabajaba como alto representante de la delegación de Luisiana en el Congreso y presidente del Senado pro tempore. En dicha posición, muchos elementos legislativos necesitaban la aprobación de Ellender o al menos su cooperación para avanzar, y mi padre le aconsejaba en gran parte de esa legislación. Mi padre llevaba una vida pública llena de conferencias, noches trabajando hasta tarde y cenas de trabajo. La mayor parte del tiempo lo pasaba fuera de casa y se daba un aire de importancia cuando estaba con nosotros.

En casa, mi padre intentaba liberarse del modelo de paternidad recibido de mi abuelo. En mi memoria se parece a alguien tan distante y exigente como lo era Dios en mi primitiva teología. Las cosas que yo hacía bien (buenas notas, por ejemplo) se tomaban como meros hechos, mientras que los problemas que yo tenía (dificultades para aprender las matemáticas o las lenguas extranjeras) yo los sentía como si fuesen fracasos vergonzosos. Mi primera convicción real de que yo debía de ser estúpido proviene del pequeño patio de mi casa en el que mi padre se sentaba con diapositivas para enseñarme las tablas de multiplicar que me habían desconcertado en la escuela. Según mi parecer, el tener que enseñar a su «estúpido» hijo de esta manera le frustraba profundamente, y yo detestaba hacer esto. En verdad, este tipo de escenas son raras entre los recuerdos que conservo de mi padre. La mayor parte del tiempo me acuerdo de él como alguien indiferente. No se trata de que haya desatendido la parte más propia de ser padre -siempre había comida en la mesa, un techo cubría nuestras cabezas y la ropa calentaba nuestras espaldas-. Más bien, no se interesaba especialmente por mi vida a menos que necesitase castigarme por algún fracaso, cosa que hacía en el baño con un cinturón ancho.

Por otro lado, recuerdo que mi madre se hacía totalmente accesible. Si mi padre era distante, mi madre, en cambio, era cariñosa hasta decir basta. Inmediatamente me di cuenta de que la dinámica familiar era ella y yo contra mi padre. Mi hermana, más prudente de lo que correspondía a su edad, o simplemente a causa de la diferencia de cuatro años que la llevaba, no participaba en el conflicto. Cuando mi madre se quejaba de mi padre -cosa que hacía con más vehemencia a medida que pasaban los años-, venía a mí al menos durante un tiempo. Sus quejas se convertían en algo con autoridad para mí a la hora de definir a mi padre, lo cual no era probablemente de gran ayuda.

Además de sentirme fracasado en mi propia casa, también experimenté bastante pronto ciertos reveses sociales y deportivos. Mi padre, que había heredado la altura de su familia (con mi metro setenta y cinco soy alto dentro de los Morrison), no hizo carrera en los deportes de fuerza, y no tenía tendencia a animarme a hacer deporte. No me acuerdo de una sola vez en la que mi padre me lanzara una pelota. Los deportes no eran lo suyo, y yo tampoco hice nada por que fueran lo mío. En cambio, mi madre se interesó mucho de repente en mi vida deportiva cuando a las siete años, más o menos, mis padres me enviaron a Luisiana, a visitar a mis abuelos paternos: fui como un pequeño chaval delgado y volví bastante más gordo. Este fue el inicio de mi continua batalla contra el peso y de un verdadero odio hacia mi cuerpo, especialmente cuando lo percibía en los ojos de mis compañeros. Hay que reconocer que mi madre vio el peligro cerca e intentó remediarlo. Pero la batalla continua contra el peso, la dieta y el control sobre el consuelo que la comida producía se convirtieron simplemente en otro ámbito más donde yo fracasaba.

Durante un tiempo, mi madre y yo encontramos una solución en la natación. Me gustaba el agua, había adquirido pronto las aptitudes necesarias para nadar y había un club de natación que utilizaba la piscina del club juvenil local en el centro de la ciudad. A pesar de que disfrutaba durante los entrenamientos y que el ejercicio mantenía mi peso a raya, era evidente que yo no estaba a gusto con la mayor parte de los otros chicos del equipo. El jolgorio y el hecho de cambiarse cada noche en los vestuarios no fueron de gran ayuda para mi imagen corporal. Me acuerdo de una noche memorable en que, horrorizado, me di cuenta de que había perdido mi bañador en algún lado entre la puerta de mi casa y la piscina. Oficialmente esto no era un gran problema. En aquel tiempo de mayor inocencia, hombres y chicos nadaban desnudos en la piscina bastante a menudo y me acuerdo de que mi amigo Gus Anderson me dijo lo afortunado que había sido al perder el bañador. «Se siente un cierto frescor al nadar desnudo» -dijo, sonriendo abiertamente- «como una especie de hormigueo». Pero ¡de ninguna manera iba yo a nadar desnudo delante de todos los chicos del equipo, ante los que ya me sentía tímido, ni delante de otros extraños! Cuando el autobús del equipo llegó y nos fue dejando uno a uno en la puerta, me quedé dudando lleno de temor y, en un abrir y cerrar de ojos, me fui corriendo del vestíbulo y me puse a caminar unas siete millas, atravesando la ciudad para llegar a casa. Podría haberlo conseguido si un vehículo de la policía que pasaba por allí no se hubiera tomado interés en saber por qué un niño regordete de diez años se paseaba de noche por el césped del *Washington Monument* con una toalla de playa. Los agentes me enfocaron con los faros para que me parara y luego me llevaron a casa. Después, mis padres me regañaron y me abrazaron, pero no me acuerdo si alguna vez les dije la verdadera razón de por qué me había escapado.

Mis fracasos con el deporte, con el peso y con mi imagen corporal erigieron el mayor fracaso de mi última infancia. A diferencia de muchos que viven con atracción homosexual, no creo que yo fuese un «gay de nacimiento». De hecho, era más bien terrible y desesperadamente heterosexual cuando, en el tercer o cuarto curso, di a una chica que me gustaba y que se llamaba Nancy un juguete o una baratija que yo había ganado en una feria del vecindario o en algún acontecimiento escolar. Aun entonces, sin tener la menor idea acerca de las chicas, sabía que mi regalo sería controvertido. Se rumoreaba que Nancy «chica fácil» e incluso le gustaba que le metieran mano. La mayoría de las otras chicas la odiaban, y los chicos eran más bien despectivos respecto a ella. No habría apoyo social a favor de mi afecto. Sin embargo, yo pensaba más en su pelo rubio que en inventarme presuntos defectos morales. Nos acercábamos al último cuarto escolar. No quedaba demasiado tiempo, así que le di el regalo y causó un escándalo inmediato. Lo que más me apenó no fue el oprobio de las chicas ni el que los chicos se mofasen de mí. Más bien, lo que se ha quedado grabado en mi memoria es la mirada de su hermoso rostro y el movimiento brusco de su cabeza cuando me devolvió violentamente el juguete con desdén: «No quiero tus regalos». Fue algo que se produciría también con otras chicas durante el primer ciclo de secundaria, hasta que, al final dejé de intentarlo.

Con todo, no echo la culpa completamente a ninguna de estas dificultades por lo que pasó luego. Simplemente, no puedo decir: «esta es la causa principal» o «esta es la razón por la que acabé atraído por los chicos». Pienso, más bien que todas estas luchas y fracasos

eran parte de un conjunto más amplio. Se fueron liando unas con otras, juntándose e como las parras que asfixian a un árbol. Mi imposibilidad en creer que podría agradar a mis padres alguna vez especialmente a mi padre, se convirtió gradualmente en una actitud bien asentada que iba extendiendo sus tentáculos por toda mi vida. Mi fracaso para perder peso, para tener éxito en los deportes y para que me gustara de veras mi apariencia contribuyó a que me sintiera constantemente intranquilo con otros chicos y como un extraterrestre con mis compañeros. Mis fracasos para relacionarme bien con las chicas en todo lo que no fuera intelectual o relativo a la escuela tendían a convertirse en una profecía que comenzaba a realizarse. Las chicas pensaban que yo era un tipo agradable para conocer pero no adecuado para un romance, un patrón que ha perdurado (y que puede haberse proyectado inconscientemente) hasta hoy. Pero al final, probablemente, todo ello forma parte del misterio y de la providencia. Hay hombres cuyas vidas me interesaban mucho cuando estaba en la universidad o cuando tenía veinte años y que tenían un pasado con muchos paralelos al mío y que, sin embargo, no acabaron teniendo una atracción homosexual.

¿Hasta qué punto eran diferentes nuestras experiencias? ¿Qué es lo que preservó a esos hombres cuyos compañeros de instituto les criticaban despiadadamente por ser «idiotas» o que fracasaban en los deportes o que no conseguirían una cita aunque el fin del mundo fuera la semana que viene; qué es lo que les preservó de verse atraídos hacia otros chicos como yo me veía? ¿Por qué no estaba Woody Allen presente en los desfiles del orgullo gay? ¿Por qué Bill Gates no vivía con otro hombre? ¿Por qué nadie había inventado un protector de bolsillo contra el triángulo rosa? Solo Dios lo sabe. Me gustaría presentar una imagen equilibrada de los primeros años de mi vida. Cuando era niño hubo días, semanas e incluso meses felices. Guardo como un tesoro muchas experiencias de la infancia y actitudes que pude recoger de mis padres. Ambos me dieron el amor por aprender y la capacidad para hacerlo. Ambos, lo sé, me aman. Mis padres no estaban ciegos para ver mi aislamiento y mi soledad, pero creo que, sinceramente, no sabían qué hacer al respecto. Por un lado, aconsejados por al menos uno de mis profesores y a pesar suyo, me enviaron a una consejera recomendada por la escuela. Se trataba de una gran mujer judía que llevaba ropa con muchas flores y que olía un poco como la señora Ivy. Pero yo no confiaba en ella, y cuando, tras cuatro visitas, empezó a parecerme más cercana, dejé de ir. Supe que el tiempo de aconsejarme había llegado a su fin cuando, en el transcurso de la última sesión, le dije que, «a modo de ejercicio literario», me inventaba amigos para escribirles cartas, y que realmente las escribía. Al admitir que había inventado «amigos imaginarios» una ola de vergüenza rompió sobre mí y no quise que ningún otro de mis secretos (por ejemplo, qué sentía respecto a esos amigos imaginarios) saliese a la luz. No, el problema iba en los dos sentidos. Si, por un lado, mis padres no sabían cómo ayudarme, yo tampoco sabía cómo dejarme ayudar.

La raíz de estos fracasos y dudas me dejó aislado y melancólico. En todos mis años de instituto nunca dejé que mis pocos amigos adolescentes me conocieran realmente, que me vieran tal y como era ni que supieran cómo me sentía, aunque esto no quiere decir que no lo quisiera. Hay cosas, durante la difícil travesía que va desde la juventud a la madurez, que exigen lealtades y alianzas, la fraternidad de una experiencia compartida. Me daban verdadera envidia los personajes de los libros que leía y que tenían ese tipo de relaciones: los Sawyer, los Finn, los hermanos en Una familia de robinsones suizos, el trío de la playa en Verano del 42, la fraternidad entre los huérfanos en Oliver Twist, los Hardy Boys. ¡Cuánto deseaba una experiencia como esa: tener alguien con quien pudiera ser yo mismo, a quien ser leal, y de quien pudiera esperar total lealtad, alguien con quien animarse mutuamente! Pero ese tipo de amistad me parecía inalcanzable.

No es sorprendente que esos anhelos fueran el contexto de mi primera atracción homosexual consciente. Me acuerdo de que tenía mis habituales fantasías sobre el hecho de ser buenos amigos con chicos que conocía, pero esta vez con el añadido de imaginar cómo serían sin sus camisetas, o si ya lo sabía, sin sus pantalones. De alguna forma, en mis fantasías, yo cambié. Ya no era el chico con sobrepeso o falta de coordinación, sino que me había convertido en casi totalmente otra persona con mis amigos de fantasía; era un chico más seguro, más alegre, mejor, que compartía algunas de mis cualidades mentales y, por supuesto, mi nombre, pero eso era todo. Pocas de estas primeras fantasías eran

específicamente sexuales, aunque, si pensaba estas cosas en la cama, tenía esa agradable sensación de hormigueo que finalmente supe que eran erecciones. Pero me faltaba el conocimiento necesario para incluir un elemento específicamente sexual. Hasta que llegó un día de verano.

Dicho día, cuando tenía quizá once o doce años, encontré a uno de los chicos del vecindario, en quien tenía confianza y al cual tendía a idolatrar, en un callejón estrecho que iba desde la parte de atrás de la casa de mis padres hasta la Second Street. No me acuerdo de su nombre ni de dónde vivía exactamente, pero pasaba el tiempo en las canchas de baloncesto del barrio. Le admiraba enormemente por su habilidad y porque no nos echaba a los que éramos más pequeños que él, cuando venía a jugar. Debía de tener entonces unos dieciséis o diecisiete años, tenía la piel de color café con leche, ya que su madre era blanca y su padre jamaicano. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta sin mangas. No me acuerdo de lo que yo estaba haciendo en el callejón esa tarde, quizá haciendo un recado para mi madre o simplemente estar fuera de casa. Lo que estaba claro era lo que él estaba haciendo: fumar y probablemente beber cerveza de la botella que tenía oculta en la bolsa de papel marrón que estaba a su lado. Me detuvo diciéndome:

-¡Hola!
-¡Hola! -respondí.
-¿Qué pasa, chaval?
-Nada en especial (si estaba haciendo un recado para mi madre, evidentemente no sería muy importante).
-Quédate aquí y estate un rato conmigo. ¿Fumas? -me ofreció un cigarrillo de su cajetilla, golpeándola para que saliese, pero le dije con la cabeza que no.
-Mejor así -dijo-. De todos modos, probablemente es malo para ti, atrofia el crecimiento -entonces se rió para sí mismo. Yo no decía nada, simplemente miraba cómo fumaba el cigarrillo. La tarde era de bochorno. Entonces dijo: ¿Quieres que te cuente un chiste?
-Vale -respondí.
-¿Qué es grande, gris y se corre en litros? -preguntó con una especie de sonrisa divertida.
-¿El qué?
-Un elefante -dijo y se echó a reír.
Mi cara debió de traicionarme porque él se me acercó diciendo:
-¿No lo coges? ¡Elefantes! ¡Animales grandes! ¡Y «disparan» grandes cantidades! -mi persistente confusión hizo que se parase un momento-. Sabes lo que significa correrse, ¿no?
Volví a decir que no con la cabeza, con la cabeza toda roja de vergüenza. A pesar de haber oído a menudo ese término en el patio del colegio, todavía no sabía lo que significaba.
-¡Bueeeeeeeeeeno! -dijo, levantándose de repente-. Me parece que alguien necesita una lección. ¿Quieres saber lo que es correrse? -preguntó.

Yo dudaba. Una parte de mí deseaba saberlo, pero la otra parte estaba casi segura de que se trataba de algo que generalmente era la gente «mala» quien lo sabía. Y, sin embargo, aquí estaba, justo enfrente de mí, ofreciéndose a enseñarme algo que yo no tenía nadie más que me enseñara. Sin casi darme cuenta, yo estaba asintiendo con la cabeza.

-Perfecto, chaval, sígueme -dijo, y bajó unos escalones hacia una parte del callejón que estaba un poco más abajo que la otra, entre el muro del garaje de un edificio y el callejón mismo.

Recuerdo que el aire era frío allá abajo, a unos dos metros de diferencia con la parte alta del callejón, y la luz se filtraba a trozos entre los edificios que estaban en cima. El lugar era reservado y tranquilo. Él permanecía de pie a unos dos metros y medio más abajo de la parte baja del callejón, dando la espalda al muro del callejón.

-Ven aquí, chaval -susurró-, vamos a mostrarte lo que hay que mostrar -y empezó a desabrocharse los vaqueros.

Me acuerdo de mi cara ardiendo y mi estómago extrañamente revuelto. No quería ir a

ver, pero era como si mis piernas y mis ojos actuaran solos. Di unos pasos para acercarme cuando él acababa de desabrocharse y bajarse la cremallera. Los pantalones caídos dejaban ver sus fuertes muslos, y un bulto excitado luchaba por salir de sus calzoncillos blancos.

-Sí, chaval, me juego lo que quieras a que nunca has visto un «miembro» tan grande, ¿verdad? -se rió de nuevo con esa risa sorda de antes. Tenía los pantalones a la altura de las rodillas. Recuerdo que casi tenía vértigo a causa de la excitación. Involuntariamente retrocedí un poco.

-¡Tranquilo, chaval! Apuesto a que nunca antes has visto una como esta. Él estaba claramente orgulloso y yo, que, con los ojos como platos, la cara roja y temblando, estaba evidentemente tan impresionado como incómodo, dije con la cabeza que no. Él me miró expectante.

-Venga, vamos -dijo-, déjame ver lo que tienes. Sacudí la cabeza enfáticamente para decir que no. Hacía apenas dos años había decidido atravesar la ciudad en la oscuridad en vez de nadar desnudo con los compañeros que tenían un miembro mucho menor que el de él. De ninguna manera le enseñaría el mío, que era mucho más pequeño, a pesar de estar duro.

-Venga, veamos -se agachó y empezó a bajarme la cremallera. Llegados a ese punto, la vergüenza acuciaba con mucha más fuerza que la falta de virtud, así que me di la vuelta y empecé a correr para salir del callejón tan rápido como mis piernas de once años me lo permitían. Aún hoy puedo escuchar el eco de su risa salir de entre los muros de la parte baja del callejón.

Tanto me horrorizó y avergonzó este incidente que lo repasé en mi mente esa misma tarde y muchas otras en la cama y asumía más importancia a medida que me iba haciendo más mayor y reflexivo. Antes de ese día, podía haber deseado tener amigos masculinos más cercanos. E incluso pude haber erotizado ese deseo. Pero desde entonces, yo imaginaba, inocentemente (y con ignorancia), que todo se convertía en demasiado físico, sexual y real. Sin duda es posible que algún otro acontecimiento pudiera haber producido el mismo efecto. Al fin y al cabo, no podía estar siempre escondiéndome del resto del mundo. Pero en mi vida fue este hecho, para lo mejor y para lo peor, el que hizo que mis amigos imaginarios se convirtieran también en pareja sexual imaginaria.

Mi primera aventura importante ocurrió unos dos años más tarde, a la edad de trece o catorce años. Robbie y yo nos conocimos durante un tiempo prolongado en un campamento de verano de los Boy Scout al que cada uno de nosotros fue una semana con sus tropas y otra semana siendo parte de una tropa provisional o de prueba. Las tropas de prueba se forman en los campamentos Scout para aquellos chicos que están solos y que quieren pertenecer a una tropa. Recuerdo que, cuando Robbie se acercó y me dijo: «Hola, ¿quieres dormir en mi tienda?», algo se me encogió en el estómago, como un estremecimiento. Su propuesta me sorprendió y me agradó, ya que había pasado la mayor parte de la mañana en el autobús admirándole desde mi asiento. Aunque era un año mayor, no era más alto que yo, pero se movía ágilmente mientras que yo era un patoso.

Su cuerpo era delgado y maduro mientras que el mío seguía siendo pesado y generalmente sin pelo; su personalidad era segura y altiva, mientras que la timidez paralizaba la mía. Me acuerdo que pensaba que su rostro era muy bello, con un flequillo de pelo negro que se tenía que retirar constantemente de los ojos. Más tarde, tras las duchas, cuando en las silenciosas sombras de nuestra tienda él se retiraba el saco de dormir para mostrarme lo desarrollado que estaba, no me cabe ninguna duda de que yo hubiera hecho lo que él pidiese a pesar de que yo preveía el sentimiento de culpabilidad esperándome a la mañana siguiente. Su consentimiento, e incluso el mote con que me llamaba -«valiente»- mostraban un poder de seducción más fuerte que cualquier otra cosa que pudiera imaginar.

En cierto modo, la aventura con Robbie, aunque no duró sino una semana, marcó una

impronta de atracción homosexual que continuaría durante varios años. Chicos o jóvenes que yo admiraba o que encontraba atractivos, en general mayores que yo, me incluirían en sus vidas y esto suponía, en la mayoría de los casos, tener relaciones sexuales. La relación duraba algunas semanas o meses, hasta que él se cansara de perder el tiempo conmigo o hasta que mi propia conciencia culpable rompiera la relación. No me sucedió nunca que ese tipo de amistad pudiera ser mía sin sexo, ni que los fuertes sentimientos que yo experimentaba pudieran dirigirse a cualquier otro lado.

Poco a poco llegué a creer que era una «mala» persona, y gran parte de mi comportamiento era un reflejo de esa creencia. Para consternación de mis padres, pasé de ser un chico más bien maleable y obediente a ser deshonesto y sospechoso. Una vez, a los trece años, casi me arrestaron por hurto en tiendas. Otras veces, escapé por los pelos de ser arrestado por posesión de cantidades pequeñas de marihuana, ya fuesen mías o del amante de turno. Solo la amenaza de que me echaran de mi adorado instituto, que al menos académicamente me ofrecía tantas cosas, hizo que me empezara a comportar mejor. Al menos superficialmente.

El hito siguiente lo pasé a los diecinueve o veinte años, una vez que los años de soledad, frustración, culpabilidad y odio a mí mismo, los años de la adolescencia, concluyeron en una depresión seria y autodestructiva. Por aquella época, la relación contradictoria de mis padres había, finalmente, destrozado su matrimonio y mi padre no se atrevía a oponerse a que acudiera a un consultorio. La inconfundible crisis en la que estaba en mi vida me forzó a abrirme cuando me di cuenta de que, como dice una vieja canción de rock-and-roll, la libertad es simplemente una palabra para decir que no te queda nada que perder.

Extrañamente, no puedo acordarme del nombre de mi primer asesor, pero puedo recordar muchas cosas sobre él. Llevaba el pelo corto, castaño, y el color de sus gafitas tipo John Lennon le hacía juego. Solo le recuerdo con sus vaqueros y un suéter grueso con un cuello en el que casi acunaba su rostro, delgado, alargado e inescrutable. Su voz, cuando hablaba, me traía a la mente el ruido que hacían mis pies andando sobre hojas secas. Durante las tres primeras sesiones de noventa minutos, no dijo nada excepto preguntar dulcemente, en los primeros cinco minutos de la primera sesión:

- «¿En qué puedo ayudarle?». Fue él la primera persona en mi vida a la que había hablado de mi atracción homosexual.

-«Creo que soy homosexual», le solté al inicio de la segunda sesión. Ahí quedaba eso; ya lo había dicho. Silencio. Le miré pero él no decía nada. Su cara no mostraba ni aprobación ni repugnancia. En algún lugar de las profundidades del edificio oí el ruido sordo de las calderas que volvían a la vida.

- «Bien», dijo finalmente, «continúe».

La revolución de mi vida comenzó en aquella consulta anodina, bajo unas lámparas demasiado brillantes, sentado al borde de una silla hortera e incómoda. Empecé a caer en la cuenta de que a nadie le importaba un comino el que yo tuviera una atracción homosexual. El secreto enorme e insoportable con el que había cargado y que incluso había negado durante años, resultaba no ser un asunto tan grande cuando salía al descubierto. Ahora, años más tarde, esta es una de las pocas cosas en las que estoy de acuerdo con los partidarios de la actividad homosexual: la vida es mucho mejor fuera del armario que dentro de él. No, no estoy sugiriendo que todo el mundo tenga que proclamar a voz en grito que vive con un cierto grado de atracción homosexual y no quiera el cielo que yo pase a engrosar las listas de las personalidades del programa de Jerry Springer. Pero el poder que la atracción toma sobre la vida disminuye considerablemente una vez que, primero, admitimos nosotros mismos su existencia y, luego, se lo decimos al menos a una persona en la que confiamos y que sabe amarnos y apoyarnos.

Desde mis veinte años, más o menos, mi avance hacia la vida y el activismo gay fue rápido y constante. Pocos meses después visité mi primer bar gay, un lugar de música

country llamado Equus, en mi propio barrio de Capitol Hill, en Washington. Me acuerdo de lo nervioso que estaba, dando vueltas y vueltas a la manzana en donde se encontraba el bar retándome a entrar; me acuerdo también de lo desilusionado que me quedé cuando vi que la gente que estaba dentro... parecía normal. Una semana más tarde, fui por primera vez a casa de un hombre que había encontrado en el bar para tener relaciones sexuales. Era mayor, adulador, y se ofreció a comprarme un guardarropa nuevo si me mudaba a vivir con él, pero yo estaba aún demasiado asustado y nunca le llamé después de aquella noche.

Me vi envuelto en el activismo a través de la vida social. Cuando comencé a ir a la Universidad de Maryland, en College Park, decidí intentar hacer algo en la Unión de Estudiantes Gays y Lesbianas (GLSU: Gay and Lesbian Student Union) y aquello me enganchó bastante rápido. Hay algo casi embriagador en el hecho de estar en un grupo gay o de lesbianas tras haber ocultado la atracción durante años. El vínculo común proporciona amigos rápidamente para un chico que había pasado años manteniendo cierta distancia con sus compañeros. Al no tener una fuerte necesidad del alimento como fuente de consuelo, mi peso empezó a disminuir y pronto comencé a salir casi todos los días. La mayor parte de mi primer año en la universidad estuvo repleto de energía y alegría, de un modo casi embriagador. Cuando un grupo cristiano del campus propuso una moción ante el gobierno de los estudiantes para cortar los fondos de la GLSU, me ofrecí inmediatamente para la defensa.

El periódico estudiantil de la universidad, el Diamondback, puso a disposición de la controversia la mitad de la página de la «tribuna abierta». Mientras yo escribía en un lado defendiendo el derecho de la GLSU a obtener fondos relativos a las Actividades Estudiantiles de la Universidad, en el otro, un cristiano planteaba las razones por las que no se les deberían dar tales fondos. En aquella época, los apologetas cristianos sobre el tema eran particularmente inmaduros y no lo hacían bien (van mejorando lentamente) así que la lucha tuvo un final casi anunciado. Yo escribía acerca de mi reciente experiencia de haber crecido con una atracción homosexual vivida en aislamiento, soledad y miedo. Y también de la liberación que había encontrado al formar parte de la GLSU. Los cristianos escribían que la homosexualidad era un pecado, una alteración del orden moral y que merecía ser condenada. Cuando la medida llegó hasta el gobierno estudiantil, los legisladores la rechazaron de forma aplastante.

Del mismo modo que el asunto de Robbie estableció una pauta en gran parte de mi vida sexual adolescente, este activismo temprano caracterizó mi carrera de activista. La mayor parte de mi trabajo de activista consistía en escribir, dar charlas, organizar actos contra los cristianos y lo que se presentaba como la posición cristiana en relación a la homosexualidad. Muchas veces tenía éxito haciendo esto, ya que la mayoría de la gente, yo incluido, no sabían (y no saben aún) lo que constituía la posición cristiana sobre la homosexualidad. Lo que entendíamos como posición cristiana era realmente poco más que una caricatura, una impresión creada por la ignorancia pero perpetuada porque eso ayudaba a los activistas a plantear algunos asuntos políticos y sociales.

Tras la universidad, mi carrera de activista continuó como voluntario, a la vez que llevaba lo que en los años 80 pasaba por ser una muy buena vida gay. Tras un periodo de promiscuidad rutinaria, me establecí con una pareja que yo esperaba fuese para toda la vida. Empecé a hacer progresos en mi carrera de escritor y editor. Me compré una casa, iba de vacaciones a lugares de afluencia gay, la mayor parte de mis amigos eran gays, y hablé a mi familia del cambio en mi identidad sexual. Llegado el tiempo, comencé a dar algo de mi tiempo y de mi dinero para ayudar a amigos y extraños a combatir la catástrofe del VIH/SIDA. Con una mezcla de activismo y de ofrecimiento de ayuda a medida que cada vez más amigos y conocidos enfermaban y morían, me lancé aún más a trabajar por cambiar las cosas.

Irónicamente, el hecho de trabajar como activista gay me ayudó a desilusionarme sobre muchos aspectos de la vida activamente homosexual. Cuanto más quería creer en la retórica que escribía, la realidad de lo que yo promovía iba gradualmente escurriéndoseme de entre las manos. No se trataba simplemente de que muchos estuvieran enfermos o muriesen -eso producía más una cólera por mi impotencia que otra cosa-. Más bien, bastante poco de esta vida gay lograba mantener para mí algún significado. Una y otra vez me sorprendía pensando

-tanto en la cama como en librerías gays, o cenando con amigos gays, o protestando contra alguna injusticia-: ¿Esto es todo? ¿Es realmente esto todo lo que hay en mi vida? ¿Es que realmente lo más importante es ser gay? Y me reprendía a mí mismo porque teniendo tantas cosas me mostraba tan ingrato.

Mirando hacia atrás, como suele suceder casi siempre, me doy cuenta de que la angustia que experimentaba entonces era el resultado inevitable de una vida construida sobre las arenas movedizas de una identidad irrefrenablemente sexualizada y sexualmente activa. Nadie hablaba de este tipo de cosas por aquella época, y pocos lo hacen ahora, pero el común denominador sexual por el que la comunidad gay elige definirse a sí misma produce muy a menudo una cultura que es aburrida hasta el punto de adormecer, peligrosamente autoindulgente y espiritualmente atrofiada. En palabras de Larry Kramer, destacado escritor gay: «no tenemos una cultura gay... Tenemos nuestra sexualidad y hemos hecho de nuestra sexualidad una cultura y esta cultura nos ha matado». Marshall Kirk y Hunter Madsen se hacían eco de las palabras de Kramer en su libro *After the Ball*, y descienden hasta el aburrimiento de raíz que reduce gran parte de la cultura gay al vacío:

«A medida que uno coge experiencia, el sexo vainilla con una pareja se convierte en algo familiar, domesticado, aburrido, e incluso pierde su capacidad de excitar. Al principio, el cada vez más hastiado hombre gay busca novedades cambiando de pareja en vez de cambiar de práctica, y se convierte en ampliamente promiscuo; finalmente, todos los cuerpos se vuelven aburridos y únicamente las nuevas prácticas entusiasman. Dos caminos principales se distinguen en este bosque amarillo: el de la obscenidad y el de la agresión».

En verdad, Hunter y Madsen tenían razón solo a medias. La desesperación es una tercera vía. Precisamente fue en la desesperación donde me encontré al final del otoño de 1992, bebiendo demasiada cerveza en la última barbacoa de la temporada en casa de un amigo. Cuando la gente se fue, me quedé a ayudar a acabar con la bebida y recogerlo todo. Y expresé cada vez más los sentimientos ácidos que estaban carcomiendo mi vida. Finalmente, mi amigo, que ya se ha muerto y que, hasta donde yo puedo saber, nunca había atravesado la puerta de una iglesia hasta su muerte, se volvió hacia mí, con las manos en el fregadero hasta los codos y dijo:

-¿Por qué no rezas sobre el tema?

Me acuerdo que me quedé sorprendido y ofendido al mismo tiempo.

-¡Rezar! -dije de mal humor-. ¡Nadie reza ya! -sin embargo, la sugerencia de mi amigo sobrevivió a la resaca de la mañana siguiente y me sorprendí meditando la idea seriamente.

La idea se realizó, por fin, unos cinco o seis meses después, a finales de abril o mayo, cuando ya tenía una casa propia. Al cerrar la ducha y descorrer la cortina, pude notar que el aire cálido de primavera se había vuelto absolutamente silencioso. Incluso los pájaros, tan ruidosos en general en el balcón, se habían ido o se habían callado. Cuando me puse la toalla en la cintura después de haberme secado, el pensamiento me estallaba en la cabeza, de manera casi audible.

-Podrías rezar ahora.

-Oh, pero eso es ridículo -pensé-, ya no hay nadie que rece.

-Hazlo aunque solo sea como un experimento. Nadie va a enterarse.

Suspiré, me fui hacia la habitación principal, y me puse de rodillas con la única actitud que podía imaginarme para rezar, la única que la señora Ivy nos había enseñado hacía tanto tiempo: junto a la cama y con los codos en la colcha, como un niño pequeño. Hice una pausa. ¿Y ahora qué? ¡No me acordaba de ninguna oración! Así que ofrecí la única oración que pensaba poder ofrecer honestamente:

-Señor, ni siquiera sé si existes, pero, si es así, estoy seguro de que te necesito.

Y Él vino. El viento agitó ligeramente la cortina de la ventana abierta y, de repente, me di cuenta profundamente de una presencia en la habitación. Su presencia. No es que yo viera ni

que oyera a Jesús, pero, del mismo modo que un cambio de presión taponar los tímpanos o la atmósfera es más pesada antes de la lluvia, supe que Él estaba allí. Era Jesús. Estaba ahí y me amaba. En *Go Tell It On The Mountain*, el joven personaje de James Baldwin describe el momento de su conversión como si su vida se cayera y como si hubiera una brusca y desesperada subida desde el infierno hacia el cielo. Allí, en el suelo caliente y polvoriento de una iglesia que daba a la calle, el personaje de Baldwin ve claramente por primera vez dónde ha estado y lo que debe hacer. Yo, en el suelo enmoquetado del dormitorio, tuve una visión similar. No es que Jesús anulara mis pecados. No es que los declarara nulos o inválidos como si yo nunca los hubiera cometido. En vez de eso, como aceite sobre mi alma turbada, Él me tranquilizó y me calmó en medio de mi maldad. Jadeando y llorando en el sanguinolento post-parto de mis propios pecados lo comprendí todo, repentina e irrevocablemente. Para Él no hay «gente mala», sino hijos suyos a los que se ha engañado acerca de quiénes son. Desde ese momento, todo cambió en mi vida. No de forma inmediata ni fácil, sino inexorable y decidida, al igual que una planta crece en el hormigón. El cambio se ha producido.

Capítulo 3

GAY Y CRISTIANO

Esa mañana me levanté del suelo de mi dormitorio cansado, con los ojos rojos y con más preguntas que respuestas. Cuando Jesús dijo a Nicodemo que la gente tenía que nacer del agua y del espíritu para ver el Reino de Dios, no añadió mucho más sobre lo que sería la vida después de eso. La mayoría de la gente llega a Cristo de la mano de otras personas; sus padres les bautizan siendo niños y sus padrinos les ayudan enseñándoles la fe; un amigo les habla del Evangelio o les invita a alguna ceremonia. Por su parte, ellos responden a la llamada del altar o aceptan una invitación a la escuela dominical.

En la mayor parte de los casos, los nuevos cristianos tienen a otros cristianos más experimentados que les sirven de comadronas a esa nueva vida tras su conversión. Por casualidad o designio divino, yo no tuve a nadie. El amigo que me había planteado el primero la idea de rezar no era cristiano y me imagino que se habría quedado sorprendido al saber lo que había germinado de una semilla lanzada tan fácilmente. Empecé mi vida cristiana sin iglesia, sin amigos cristianos, e incluso sin Biblia, apoyado en el poder de una experiencia profunda en la que el Dios del universo había escuchado una pequeña, humilde y escéptica oración y me había considerado digno de ser atraído cerca de Él.

No disponía de ningún contacto para encontrar mi primera iglesia -al fin y al cabo, dado que ninguno de mis amigos ni nadie de mi familia eran cristianos, ¿a quién podía preguntar?- sin embargo, me dejé llevar por un sentido práctico casi instintivo. La encontré en las páginas amarillas tras examinar las rúbricas y el tinglado de direcciones y confesiones de las que me acordaba.

A pesar de la labor de la señora Ivy, había llovido mucho en mi vida como para que me

sintiera a gusto de nuevo con los Baptistas del Sur. Por otro lado, había conocido a los anglicanos a través de grupos de trabajo como Episcopal Care and Action on AIDS y me pareció, en general, que eran sanos, amables y abiertos. Al menos, sus ojos no mostraban conmoción ni rechazo cuando les decía que era gay. Por ello, empecé a buscar una iglesia episcopaliana y el domingo posterior a mi experiencia en el suelo del dormitorio me encontré incómodo en mi ropa «de bonito» y sentado en los últimos bancos de la iglesia episcopaliana de la Trinidad en Columbia Pike, en Arlington, en el estado de Virginia. Ciertas cosas me parecían similares a las del santuario baptista metropolitano de mi juventud -en mis recuerdos, un hall sombrío como una caverna- y otras me desconcertaban. Por un lado, había reconocido la decoración de la iglesia de la Trinidad como típica de la Low Church, muy baptista, con muchos objetos dorados, sin vidrieras y con las líneas muy claras. Podía reconocer la misma hilera de bancos que en la iglesia del centro de la ciudad.

Sin embargo, sentado allí, los bancos me parecieron más duros de lo que recordaba. Las ventanas, libres de todo lo que pudiera ser remotamente «romano», dejaban ver el exterior. Todo el mundo cantaba leyendo un libro de tapas rojas, luego varias personas se levantaron y leyeron la Biblia dejando luego predicar al pastor. Todo esto resonaba en mi memoria. Sin embargo, había también un altar y, tras el sermón, vi que había algo más, algo nuevo para mí pero que también me di cuenta de que era muy antiguo. Después del sermón, el pastor dirigió unas palabras a la asamblea diciendo por qué se hablan levantado tan temprano de la cama un domingo por la mañana y qué hacían allí. Cuando un señor más mayor me acercó su libro abierto indicándome la página donde estábamos, empecé a tomar una parte activa en la ceremonia, unido de forma intensa a todos los demás que estaban allí presentes. Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible..., y empecé a pensar que había encontrado un sitio donde permanecer.

Mi temprana experiencia con la Biblia no fue tan tranquila. Mi primera Biblia tenía una cubierta roja, hecha a imitación del cuero, con páginas tan delgadas que se podía ver a través, y con las palabras de Jesús en rojo, traducidas por el grupo de eruditos responsable de la New Revised Standard Version. No me acuerdo exactamente por qué elegí esa. Debe de haber sido a causa de alguna oferta especial de la tienda de libros del seminario de Virginia, donde compraba casi todos mis primeros libros cristianos. (Las seminaristas del seminario de Virginia iban a caballo hasta la primitiva capilla de la Trinidad cuando esta no era más que una simple capilla campestre en la finca de Arlington de la familia Lee, y se había mantenido una estrecha relación entre la parroquia y el seminario).

Me llevé el libro a casa, lleno de curiosidad. Sabía que la que pensaba ser la posición cristiana acerca de la homosexualidad provenía en gran parte del texto de ese libro y me sentía extrañamente inquieto por ello. ¿Era posible que los cristianos tuvieran razón? Dios, el Dios que había compartido conmigo esa presencia tan amorosa, ¿condenaba realmente mi vida sexual y amorosa? Me preguntaba qué tenía que decir Dios en relación a ello y decidí hacer un experimento abriendo al azar y leyendo. Una vez solo en casa, me puse de rodillas junto a mi cama, puse la Biblia sobre la manta y recé: «Jesús, quiero saber de veras lo que tienes que decir sobre este tema. Por favor, házmelo ver». Entonces, verdaderamente al azar, abrí la Biblia por el libro del Génesis, capítulo diecinueve: la historia de la destrucción de Sodoma y Gomorra. Con el corazón abatido y acelerado al mismo tiempo, leí el pasaje y rápidamente cerré el libro. La convicción se avecinaba. Había rezado y Dios había respondido. ¿Qué iba a hacer yo ahora?

Como es normal, yo no era la primera persona con atracción homosexual que se enfrentaba a la enseñanza histórica del cristianismo en referencia a este tema. Aunque entonces no me daba cuenta, me encontraba junto a una enorme cantidad de clérigos, teólogos, activistas gays y lesbianas, y otros que han pasado una parte importante de sus vidas intentando reconciliar el cristianismo con la actividad sexual entre personas del mismo sexo. No tardé mucho en encontrarlos.

Mi primer contacto se produjo por medio de un servicio de internet. Este tipo de servicios, que entonces se encontraban relativamente en pañales, ha gozado de un interés especial para quienes viven con atracción homosexual, proporcionándoles la dosis necesaria de

anonimato y contacto con gente que se encontraba a más o menos distancia. Hoy día, incluso, casi la mitad de los foros o «chats» públicos disponibles en algunos de los servicios de internet populares están dedicados a temas homosexuales. Fue en uno de ellos en el que por primera vez me encontré con la denominada «teología gay».

Una mujer, creo que se llamaba Torry, me explicó por primera vez los rudimentos de la teología gay. Me dijo que ella había «salido del armario» como lesbiana y que era ministra de una pequeña iglesia de la costa oeste que formaba parte de una organización «evangélica» de gays y lesbianas cristianos llamada T.E.N. (The Evangelical Network -La red evangélica-). Torry, que provenía del protestantismo evangélico y carismático, había perdido su puesto en varias iglesias tras confesar su deseo de actuar en sintonía con su atracción homosexual. Recuerdo que su actitud al teléfono era paciente, amable y con sentido del humor. Me dijo que no solo la Biblia no tenía nada que decir sobre la homosexualidad tal como la entendemos hoy, sino que incluso la condena escriturística de la actividad homosexual estaba «completamente condicionada culturalmente». Ella tomó las primeras citas escriturísticas de la carta de san Pablo a los Romanos en el capítulo ocho: «Por consiguiente, ninguna condena pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús» (8, 1), y «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿Los peligros? ¿La espada?» (8, 35).

Ninguna persecución por parte de los cristianos ignorantes podría apartarme de Jesús, según Torry Me acuerdo de que sus palabras cayeron en unos oídos dispuestos pero inquietos. Lo que me preocupaba no era únicamente lo que la gente pudiera decir. Yo quería hacer lo correcto. En diversas conversaciones que tuve más tarde con ella, intenté explicar, por primera vez, lo que había sucedido cuando había pedido ayuda a Dios y Él me había enviado a Jesús. Torry escuchaba y, al poco tiempo, pude oírla emocionarse un poco. Jesús me había tocado, dijo, y era importante no dar la espalda al modo en que Él me había hecho (Torry creía que Dios creaba a la gente gay o lesbiana). Pero, según ella, lo mejor era que, en esto, no la escuchase a ella (ni a nadie más). La T.E.N. publicaba una guía práctica pensada para ayudar a los creyentes a «trabajar» los pasajes de la Escritura que presuntamente trataban de la homosexualidad. Ella me enviaría una.

Es importante poner de relieve cuál era mi disposición mental en ese tiempo. No es que me sintiera desesperadamente enamorado de la homosexualidad activa. De hecho, en el tiempo de mi conversión había abandonado muchas de las actividades más públicas y homosexuales (salir de bares, cruceros, vacaciones en lugares frecuentados por gays). Me acuerdo de que incluso llegué a pensar que, si perdía esas cosas por seguir a Cristo... bueno, no sería una gran pérdida. Por otro lado, estaba también envuelto en una relación que duraba por entonces siete u ocho años; una relación que, a pesar de tener gran parte de dependencia, era, sin embargo, muy importante para mí. La posibilidad de perder esa relación, el miedo de lo que pudiera ocurrir, proporcionó mucha de la energía que me empujó hacia la denominada «teología gay».

La guía práctica llegó. El volumen, de media pulgada de grosor, que parecía más bien estar fotocopiado que impreso, tomaba un enfoque hacia la Escritura más escéptico que dogmático. No me acuerdo de que el libro dijera jamás rotundamente que las Escrituras consintieran la homosexualidad; simplemente, enturbiaba de manera significativa la interpretación usada más frecuentemente por el cristianismo tradicional: que la Escritura condena la homosexualidad activa.

Por ejemplo, Torry (o la guía práctica) señalaba que la idea de homosexualidad (o de una atracción sexual y emocional predominante hacia alguien del mismo sexo) no se le había ocurrido a nadie cuando se compuso la Escritura, por lo que no habría que utilizarla, sacándola de contexto para condenarla. Me dirigí a la discusión del libro en torno al Génesis 19, el capítulo que me había hecho sentirme culpable algunas semanas antes. La guía señalaba que el resto de la Biblia condena a Sodoma y Gomorra no por la homosexualidad, sino por la glotonería y por la falta de voluntad de vivir según la alianza que el Señor había hecho. Más aún, el sentido esencial del término hebreo yadha (conocer), entendido como tener relaciones sexuales, en el que reposa la exégesis antihomosexual, solo aparece otras

diez veces en el resto de la Escritura.

Esta, en general, equipara Sodoma con otras flaquezas humanas mucho más universales, y no con la homosexualidad. Además de hacer del término Sodoma casi un código para expresar la infidelidad espiritual, el profeta Ezequiel presenta específicamente las acusaciones contra la ciudad ante la misma: «Este», dice el profeta, «fue el crimen de tu hermana Sodoma: orgullo, voracidad, indolencia de la dulce vida tuvieron ella y sus hijas; no socorrieron al pobre y al indigente» (Ez 16, 49). La guía práctica pregunta: ya que la tradición cristiana exige que la Escritura se interprete a sí misma a partir de otra Escritura, ¿es adecuado sostener que ese capítulo 19 del Génesis se refiere en primer lugar a la homosexualidad? En cambio, lo que la guía sugería era que los verdaderos crímenes de Sodoma eran la falta de hospitalidad (una tradición bastante más significativa en el Medio Oriente de aquella época que para nosotros) y la violación homosexual como algo semejante a la violación en prisión. A este respecto, la guía parecía ser tan inconsistente como la posición tradicional, ya que ninguna de sus interpretaciones aparecía en ningún otro lugar de la Escritura. Pero entonces, la guía decía que había que comparar Génesis 19 con una historia similar del libro de los Jueces.

Los dos pasajes eran notablemente parecidos. En la historia de Sodoma de Génesis 19, dos ángeles van al encuentro de Lot, sentado a las puertas de la ciudad y este les invita a su casa, después de que aquellos pusieran algunas pegas diciendo que dormirían en la plaza. En el transcurso de la noche, «los hombres de la ciudad (los sodomitas), desde el mozo hasta el viejo, todo el pueblo sin excepción, rodearon la casa» y pidieron que se sacara fuera a los invitados de Lot para abusar de ellos. Lot, horrorizado de que sus vecinos actuaran así, ofreció sus hijas a la multitud para que las violaran, hecho que conmociona a los lectores del siglo XXI tanto como la petición de los sodomitas en relación a los visitantes. La multitud rechaza la proposición de Lot y pide de nuevo a los huéspedes. En ese momento, los ángeles revelan sus poderes deslumbrando al gentío y dando a Lot y a su familia tiempo suficiente para abandonar la ciudad antes de que el juicio divino arrasara la ciudad.

El pasaje del libro de los Jueces, capítulo 19, es más largo pero muy parecido. Un viajero de vuelta a casa con su compañera (su concubina) se para una noche en la ciudad de Guibeá, situada en la parte de Israel perteneciente a la tribu de Benjamín. Al igual que los ángeles, el visitante no encuentra un lugar donde quedarse y uno de los hombres de la ciudad les abre las puertas de su casa. Como en la historia de Sodoma, «los hombres de la ciudad, gente malvada, cercaron la casa, golpeando la puerta de la casa» (19, 22) y pidiendo al dueño de la casa que les entregase al visitante para abusar de él. El hombre, como Lot, ofrece su propia hija y la concubina del visitante a la muchedumbre, pero esta rechaza la oferta. Finalmente, en un acto de desesperación, el mismo visitante pone a su concubina en manos del gentío, que la viola y la mata. Sin embargo, dejando de lado este espantoso final, la historia difiere de la de Sodoma en que Dios no destruye Guibeá. En cambio, el incidente es la chispa que detona una guerra duradera entre Benjamín y las otras tribus de Israel.

La comparación entre los dos pasajes, cuyo lenguaje y relato parecen tan semejantes, me hizo reflexionar. ¿Cómo es posible, pensaba, que Dios haya hecho llover fuego y azufre sobre la ciudad de Sodoma por intentar violar a los extranjeros (la posición tradicional) y, sin embargo, no hacer aparentemente nada en el incidente del libro de los Jueces? Además, estaba todo el problema de los inocentes de la ciudad de Sodoma. ¿Hasta qué punto es creíble que todos los hombres y mucho menos aún, todas las mujeres y los niños, buscaran activamente relaciones homosexuales? No obstante la metáfora de *El Señor de las moscas*, pensé en todos los pequeñajos que empiezan a andar y demás niños que había conocido en mi vida. ¿Cómo era posible que todos fueran unos degenerados y merecieran la muerte? Y si no era así, ¿qué imagen de Dios nos daban sus muertes? El pasaje me dejó bastante más confundido que antes de comenzar a examinarlo. Había estado tan seguro de lo que Dios parecía haber querido decir... ¿Cómo podía haberme equivocado tanto?

Otros pasajes parecidos, citados en la guía práctica de Torry, perdieron también gran parte de su fuerza. Vistas de frente, las prohibiciones del Levítico parecían ser bastante tajantes y secas. «No te acostarás con varón como con mujer: es una abominación», dice el

versículo 22 del capítulo 19. El versículo 13 del capítulo 20 añade que, «si un varón se acuesta con otro varón, como se hace con una mujer, ambos han cometido una abominación: han de morir; su sangre sobre ellos». Sin embargo, el cuaderno decía que había que mirar más cuidadosamente el contexto de esos capítulos, que forman parte del llamado Código de Santidad, mediante el cual, Dios pide al pueblo hebreo separarse de la idolatría y otras prácticas de sus vecinos. Visto en este contexto, ¿no era verosímil que lo que dichos capítulos condenasen en su origen no fuera tanto la conducta homosexual entre adultos conscientes como la prostitución ritual o del templo practicada como uno de los ritos idolátricos?

Y en esa misma línea, Pablo, escribiendo el primer capítulo de su famosa carta a la iglesia de Roma, al condenar la homosexualidad como un síntoma de la cultura y del pensamiento idolátrico, ¿no estaba remitiendo al Código de Santidad? En su carta a la Iglesia de Corinto y en la posterior carta a Timoteo, utiliza dos palabras que parecerían condenar a los homosexuales y tenerles apartados de la herencia del Reino de Dios. En cambio, una vez examinados, ¿podemos realmente decir que sabemos que arsenokotai, una palabra compuesta de los términos que designan las relaciones sexuales (kotai) y hombre (arseno), significa en verdad relaciones sexuales-entre-hombres? Me acuerdo todavía del desdén de Torry por la posición tradicional sobre este punto. « ¡Cielo santo! -estalló al hablar por teléfono-. Si dentro de dos mil años alguien se encuentra con el término matasuegras, ¿interpretará que se refiere a alguien que mata suegras? Ese significado no corresponde a nuestro contexto cultural, aunque sea una posibilidad que se puede deducir de esa palabra».

Al acabar la guía práctica, yo me había adherido más o menos a la posición «cristiana gay», aunque seguía teniendo mis dudas. La sombra de la Cruz se cernía sobre mi corazón y me parecía que me dejaba más frío que confortado. Si esta especie de componenda era lo que se necesitaba para mantener la paz entre el Cuerpo de Cristo y yo mismo, entonces lo aceptaba. Lo único que podía esperar era que el corazón de Cristo fuera lo bastante grande para todos nosotros.

Por supuesto, lo que me faltaba en este momento era el conocimiento de la profundidad del discipulado y de un contexto más amplio de la Escritura, de mi propia vida y de la vida de la Iglesia, en referencia a estos pasajes. La posición de la Iglesia (y la mía propia) relativa a la expresión adecuada de la sexualidad marital, acerca de la castidad dentro y fuera del matrimonio y acerca de la inmoralidad de los actos homosexuales no se basa únicamente en las enseñanzas de la Escritura.

Se fundaba también en las enseñanzas y el ejemplo de la Tradición, en la evidencia de la ley natural y en el misterio de lo que el verdadero discipulado implica. Vistos individualmente, de manera aislada (que es la forma en que muchos apologetas cristianos de ambos bandos se han acercado tradicionalmente a la cuestión), es posible defender que dichos pasajes de la Escritura no permiten abordar de manera complejiva la cuestión de la actividad homosexual. Pienso que así la exégesis se convierte en un pretexto, lo que me recuerda al viejo dicho: «un texto sin contexto es un pretexto». No obstante, este método es el único propuesto por la teología gay y el único que, durante un tiempo, acepté como una hipótesis de trabajo.

Sin embargo, la posición cristiana gay conllevaba un atractivo adicional que iba más allá de mi propio interés estrecho y relativamente ingenuo. Puesto que, en esa época, era miembro de la comunidad gay desde hacía más de siete años, había oído muchas historias de crueldad, de pérdidas de amistad que mis conocidos habían sufrido por parte de gente que se decía seguidora de Cristo. Algunos conocidos y amigos, mientras se encontraban sentados entre los bancos de sus propias iglesias, habían sido el tema de ciertos sermones. En uno de los casos, especialmente horrible, el predicador había señalado a mi amigo desde el púlpito (mi amigo tenía trece años en aquel tiempo) en el momento en que llegaba a la parte del sermón en que se hablaba del infierno que aguardaba a los homosexuales.

Algunos pastores habían dicho a otros conocidos míos, que ya habían sido golpeados por sus colegas, que lo único que necesitaban si querían que esas cosas no se repitiesen era «retomar el camino recto». Otros pastores y sacerdotes habían sido despedidos en cuanto su

feligresía descubriría el hecho de que tenían atracción homosexual. Los cristianos no podían parecer admitir su doble rasero en lo concerniente a los pecados sexuales. Algunas fechorías sexuales por parte de varones heterosexuales, incluso grandes pecados como el adulterio, el casarse varias veces, la fornicación y la pornografía parecían obtener aprobación y complicidad por parte de algunos cristianos mientras que las mismas cosas hechas por gays atraían riadas de condenaciones. Del mismo modo en que mucho tiempo atrás había empezado a enfrentarme políticamente a los cristianos, empecé ahora a enfrentarme a muchos de los aspectos que parecían formar parte de la acción pastoral cristiana en este tema.

Durante este tiempo, algunos amigos me preguntaban por qué me preocupaba por el cristianismo. Aunque me respetaba mucho para decírmelo, creo que mi pareja pasó gran parte de ese período de descubrimiento del cristianismo pensando que sería algo pasajero. Otros amigos eran más directos, pidiéndome en un momento dado que «entrara en razón» o acusándome, como hizo uno de ellos, de «pasarme a las filas enemigas». Ante todas estas cosas, casi tomando como ejemplo a Cristo ante Pilato, yo permanecía determinado y seguí aprendiendo en silencio más cosas sobre Cristo. A pesar de lo mucho que me había comprometido con la teología y a pesar de lo curiosamente fuera de lugar que me sentía en los acontecimientos tanto cristianos como gays, la llamada de Cristo en el suelo de mi habitación permanecía clavada en mi memoria. Dejando aparte todos los cabos sueltos, en lo profundo de mi corazón sabía que Cristo era la respuesta a muchos de los problemas perdurables míos y de mis amigos. Muchos de los que compartían conmigo por entonces un círculo social llevaban vidas que eran ciertamente «gays», pero muy poco de lo que ellos vivían les proporcionaba una satisfacción genuina o parecía hacerles realmente felices. El gusano que roe muchas de las cosas que este mundo atesora, sobre el que Jesús habla intentado advertirnos, permanecía tan voraz como siempre.

Mi amistad creciente con los cristianos que encontraba en la parroquia sirvió, de manera crucial, como el único freno para que no me deslizase totalmente en un cristianismo sólidamente gay. Simplemente no podía entenderles. ¿Por qué seríamos amigos? ¿Teníamos tan pocas cosas en común! La mayoría de ellos tenían esposas, su pequeño jardín en casa, mascotas, niños -en palabras de unos de los personajes de John Cheever, «una auténtica catástrofe»-. Muchas barreras parecían interponerse entre nosotros. Además del estilo de vida, muchos de ellos eran más viejos que yo, algunos eran de otras razas; muchos, o la mayoría, llevaban siendo cristianos desde hacía mucho tiempo; y muchos provenían de familias estables y de ambientes juveniles. Por si fuera poco, no tenía duda alguna de que la mayor parte de ellos eran muy conservadores. Como parte de su tradición de la «low church» anglicana, la parroquia de la Trinidad mantenía un carácter casi evangélico. Sin duda, noté que ninguna persona que encontré hacía comentarios antigay (incluso aunque no era obvio que yo fuese gay) y noté también que, en general, no se interesaban demasiado por la política (de hecho, resultó que la distribución política estaba equilibrada).

Sin embargo, cuando era honrado conmigo mismo, tenía que admitir que el evangelismo de la Trinidad me atraía. Me gustaba que los parroquianos de la Trinidad conocieran a Jesús y saber por qué venían a las ceremonias, y cómo eran. Me gustaba que el párroco, un hombre de Michigan llamado Nicholas Lubelfeld, que había sido educado en Inglaterra, no tuviera miedo de hablar acerca del pecado. Me gustaba que al fondo de la iglesia hubiera un estante para algunos folletos, y que los folletos trataran sobre cuestiones «prácticas» como el alcoholismo, ser buenos padres, mejorar los matrimonios, y también sobre temas teológicos como «La Iglesia Evangélica: ¿trinitaria o unitaria?». Pero yo era aún un activista, y sabía que no quería permanecer en el armario. Solo había una cosa que podía hacer: tenía que decírselo al párroco, así que pedí cita con Nicholas un día entre semana para hablar.

Cuando pienso sobre ello ahora, el miedo que sentía ante esa entrevista me hace casi reír. Una semana antes de la reunión llamé a una amiga de Episcopal Care and Action on AIDS para preguntarle acerca de la Trinidad y de Nicholas en particular. Sin revelarme nada privado o secreto, ¿qué podía decirme sobre la una y el otro? Sí, dijo, la Trinidad era una de las parroquias del estado de Virginia del Norte que ayudaba a Episcopal Care, aunque ella no sabía mucho sobre Nicholas. «Creo que es más bien conservador, pero es un tipo que piensa

-dijo-. No ha estado en muchas reuniones de la gente que apoya al grupo, pero no creo que nunca nos haya impedido intentar recoger fondos». Mis esperanzas sobre la reunión crecían.

Nicholas me recibió en su magnífico despacho un miércoles por la tarde, creo, después de comer. Yo le había advertido que podría ser una reunión larga y él me había hecho el favor de liberar su agenda para esa tarde. Cuando me senté nervioso como un gato en el amplio sofá, él echó la cabeza hacia atrás en la gran silla y escuchó una versión condensada de mi vida hasta ese momento. Le hablé de mi familia y de mi educación, de mi descubrimiento de la atracción homosexual a una edad relativamente temprana, de la universidad y mis amigos en ella, de mi relación de varios años con mi pareja, de mi preocupación por que el mensaje del Evangelio penetre en la comunidad gay. Durante todo ese tiempo, Nicholas permaneció sentado, escuchando, asintiendo de vez en cuando, escribiendo a veces algo para refrescar su memoria más adelante. Siempre educado, guardó sus preguntas hasta después de que yo hubiera acabado y entonces hizo solo tres o cuatro. ¿Era en la actualidad sexualmente activo en la relación con mi pareja? ¿Amaba a mi pareja? Y la que más me sorprendió entonces, ¿qué necesitaba de él?

Su pregunta me detuvo un momento. No había venido a la reunión con una lista de preguntas, y me acuerdo que tartamudeé mi respuesta: «Umm, bueno, no sé, supongo que solo quería que usted supiera que tenía un activista gay en la asamblea», dije. Él asintió y se inclinó hacia adelante, con sus ojos serios mirándome directamente. He recordado siempre desde entonces lo que me dijo porque produjo un impacto enorme en mi vida. «David, si me necesitas para que apruebe lo que haces en la cama, no puedo, porque pienso que es un pecado. Pero si me necesitas para confirmarte como un hermano en Cristo, eso sí puedo hacerlo». Pensé sobre ello. ¿Necesitaba mi vida sexual una aprobación? No, realmente no. Ciertamente, yo podía ser bastante abierto de mente como para reconocer que había dos posiciones en la cuestión, y además, estaba claro que Nicholas no me odiaba y que podía estar abierto para cambiar su manera de pensar. Así que me levanté y le tendí la mano. «Me parece factible», dije, y cogí aire cuando Nicholas se levantó y me dio uno de sus fuertes abrazos de oso.

Así empezó uno de los períodos más extraordinarios de mi vida, el año que yo -un activista homosexualmente activo, abiertamente gay y bastante agresivo políticamente- pasé y disfruté con una asamblea anglicana de maneras evangélicas. Al comenzar ese año, me organicé para ir a alabar a Cristo con la gente de la Trinidad y, quizá, sacarles de la cabeza algunas de las ideas «retrógradas» que podían tener. Al final del año, mis ideas retrógradas y equivocadas eran las únicas que habían cambiado, y del mismo modo en que Dios las había llamado a cambiar, me había llamado a una comunión más profunda con Él.

Capítulo 4

CRISTIANO Y GAY

Irónica, pero no sorprendentemente, otros de los que se hacían llamar gays y cristianos jugaron un papel fundamental en el hecho de que se socavase mi fe en un cristianismo de este tipo. No se trataba de que fueran gente «mala» o poco amable, sino más bien de que se parecían demasiado al mundillo de los no cristianos activamente homosexuales. Mis relaciones con Torry y otros cristianos comenzaron y continuaron siendo amistosas, pero gradualmente fui sintiendo un cierto aire de frustración. Si el modo de vivir el cristianismo de los gays se parecía tanto a la vida fuera de él, pensaba yo, ¿para qué andarse con problemas?

Tras un buen número de meses, hice un esfuerzo por unirme a ellos. Muchos católicos y anglicanos en los Estados Unidos (y en otros países) conocerán el grupo católico Dignity y su equivalente episcopaliano Integrity. Con su cuartel general en Washington DC, Dignity es una organización nacional en los Estados Unidos vinculada con otros grupos en el extranjero. El grupo reivindica tener unas setenta y cinco sedes en los Estados Unidos, aunque algunas de ellas, al menos por la experiencia que he tenido, son muy pequeñas. Esencialmente, Dignity existe como oposición a las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana concernientes a la homosexualidad, en particular, y a la sexualidad, en general. La finalidad declarada de Dignity es «trabajar en favor del desarrollo de la teología de la sexualidad en vistas de proponer una reforma de sus enseñanzas y prácticas relativas a la sexualidad humana, y en favor de la aceptación de las personas gays, lesbianas, bisexuales y transexuales como miembros iguales de pleno derecho del único Cristo». En términos prácticos, esto quiere decir que Dignity promulga todas las enseñanzas de la teología gay que yo había aprendido por medio de Torry y la T.E.N y cuestiona la ley natural sobre la expresión sexual y el significado del sexo que es lo que apuntala la enseñanza de la Iglesia en estos temas (y de los cuales hablaremos más tarde). Esto es, por ejemplo, lo que el grupo opina por medio de la versión del folleto Catholicism, Homosexuality and Dignity que se encuentra en la red:

«Además de referirse a la Escritura y a la Tradición (enseñanza constante de la Iglesia), el enfoque católico depende enormemente también del razonamiento humano. El argumento de la ley natural es un primer ejemplo. Otras instancias son el estudio de las ciencias humanas o el prestar atención a la experiencia personal de la gente. Sin embargo, los argumentos relativos a la ley natural son inconcluyentes, puesto que la naturaleza de la sexualidad humana está en discusión. La procreación es, ciertamente, uno de sus aspectos. A pesar de ello, la Iglesia permite el matrimonio entre parejas declaradamente estériles o entre personas que no están ya en edad de procrear. Más aún, la enseñanza católica ha puesto recientemente de relieve el aspecto unitivo del sexo: el amor, la preocupación por el otro, el aspecto de comunión interpersonal. ¿Cuál es el aspecto clave del sexo entre seres humanos: el biológico o el personal?».

Rápidamente me di cuenta de que este era el meollo de la cuestión. A pesar de que no había pensado mucho acerca del tema, estaba deseando aceptar al menos lo que estaba escrito. Pero el papel que la teología del folleto de Dignity jugaba en la vida real me dejaba con una profunda desazón.

A todas las ceremonias religiosas de Dignity a las que asistí, en las que se me acogía como no católico, les faltaba, paradójicamente, la dignidad que yo esperaba y apreciaba en un acto de culto. No había venido a la iglesia para abrazar y dar abrazos, ni para socializar. No había venido a la iglesia como un preludeo, no había venido a encontrar en Misa a la misma gente que en el bar unas horas más tarde. Yo venía a la iglesia buscando una oportunidad de profundizar en la relación con ese Dios que me amaba a pesar de todo. Yo venía por amor; en cambio, demasiado a menudo me encontraba con que alguien me metía mano. Frecuentemente, me encontraba también con una apología contra los «elementos sexistas» del Credo Niceno.

También intenté ir durante un tiempo a Integrity. Fundada en 1974, Integrity se había llamado Dignity Lite (Lámpara de dignidad), pero esto no era especialmente aceptable o correcto. Del mismo modo que la Iglesia episcopaliana va a la zaga, en tamaño, de la Iglesia

católica en los Estados Unidos, naturalmente, la talla de Integrity iba a la zaga de la de Dignity. Pero Integrity había aprovechado muy bien la estructura democrática abierta y el liberalismo histórico de la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos para promover sus intereses. Ya en los primeros años noventa, era evidente para otros activistas y para mí mismo que el hecho de que la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos (IEUSA) celebrara abiertamente matrimonios (o «uniones») homosexuales y se pusiera firmemente del lado de los derechos gays era solo cuestión de tiempo. Encontré en los cultos de Integrity muchos de los mismos problemas que había encontrado en Dignity e incluso, si se pudiera comparar, una mayor importancia de lo políticamente correcto respecto al aspecto espiritual.

Pero el estilo del culto y el empuje político era solo un símbolo de los problemas más profundos que yo tenía con ellos: la falta de un centro, la falta de lo que solo más tarde he descubierto que se llama «disciplinado» y la constante monotonía de todo. En resumen, ser un católico de Dignity o un anglicano de Integrity no parecía significar gran cosa acerca de cómo vivir la propia vida, particularmente, en el dormitorio. He perdido la cuenta del número de miembros de Dignity de los que me di cuenta de que habían participado durante largo tiempo en el desfile de la «monogamia serial». La «monogamia serial» se puso de moda cuando un número creciente de investigadores de renombre asoció la expansión de la epidemia del VIH con la promiscuidad. En vez de tener cuatro compañeros sexuales en una semana, por ejemplo, la monogamia serial proponía tener cuatro en un mes o incluso en dos meses, lo que mantendría a uno mismo más seguro respecto al virus del SIDA. Me di cuenta de que eso podía ayudar a reducir la velocidad de expansión del VIH, pero no estaba en absoluto seguro de que eso se pudiera considerar un modelo de conducta cristiana. Me acuerdo del caso de un diácono, un hombre ordenado, que era seropositivo pero al cual ni su ordenación ni su situación de seropositivo habían impedido continuar su búsqueda de compañeros sexuales. Desde que descubrió que era portador del VIH participaba pasivamente en el sexo anal menos a menudo de lo que lo solía hacer.

Descubrí que, en 1989, un comité de miembros de Dignity, el Grupo de Expertos en Ética Sexual, presentó un documento para que fuese aprobado por los socios y que pretendía ser un reflejo de las pautas de la organización acerca de lo que era o no moral sexualmente. Era un reflejo de la confusión general de los miembros acerca de este tema. Descubrí que ese documento, *Sexual Ethics: Experience, Growth and Challenge* (Ética sexual: experiencia, crecimiento y retos), provenía de un «grupo de expertos» cuyo compromiso ideológico era contrario a la idea de que la iglesia educase a sus miembros en la fe. En cambio, mantenía que esa instrucción se situaba en la otra dirección, declarando que «el principio operativo (de la elaboración del documento) era que la Iglesia debía ser instruida por la experiencia vivida por sus miembros». Esta «experiencia vivida» incluía muchas de las posibles uniones sexuales, algunas de las cuales eran enumeradas por el documento:

«La mayoría de nosotros rechaza casi instintivamente la actividad sexual que es egoísta o manipuladora, que daña o que explota. Algunos prefieren reservar el hecho de hacer el amor para una persona dentro del contexto de un compromiso por toda la vida, y muchos consideran la fidelidad, durante toda la vida dentro de una relación monogámica como el ideal por el que luchar. Otras parejas han permanecido fieles mutuamente permitiendo algunas expresiones sexuales fuera de dicha relación y algunos han ensayado relaciones completamente abiertas. Otros somos sexualmente activos en cuanto solteros, ya sea porque hemos elegido ser solteros o porque no hemos encontrado aún nuestro compañero».

En resumen, en la práctica vale todo, y a medida que iba conociendo miembros de Dignity me iba dando cuenta de que una iglesia guiada por dicha ética caería, sin duda, en el foso en el que caería un ciego guiado por otro ciego.

El otro problema profundo que había tenido con ambos grupos se refería a la monotonía somnifera y a su visión relativamente estrecha. Un día, estando entre una multitud de gays y algunas pocas lesbianas en una celebración de Dignity, me di cuenta, de manera casi visceral, de lo profundamente idénticos que éramos todos. A pesar de nuestras historias dispares y de nuestras procedencias algo diferentes, seguíamos siendo, de manera

abrumadora, blancos, de clase media e ideológicamente entregados a la idea de que, hiciéramos lo que hiciéramos en la cama, eso tenía que estar bien. Repentinamente comprendí qué era lo que hacía que la iglesia de la Trinidad me fuera tan atractiva: Yo no era como todos los demás. Tenía amigos que eran de diferentes colores, diferentes nacionalidades, de orígenes muy diversos y de todas las edades. La Trinidad fue el lugar que me proporcionó la experiencia cristiana total: los niños eran bautizados, los jóvenes confirmados, los muertos enterrados, las parejas casadas, los extranjeros bienvenidos y, por encima de todo, el Evangelio era predicado. Ningún egoísmo singular en las vidas de esa gente les había llevado hasta ese lugar, ni ningún interés mundano individual. Venían a la Trinidad porque Cristo les había llamado. En la Trinidad era Cristo, y no una ideología o un interés particular, el que gobernaba. Con el paso del tiempo dejé de asistir a los actos de Dignity y de Integrity.

El modo en que Nicholas, su familia y otros parroquianos de la Trinidad me trataban socavó también mi compromiso con la teología gay e hizo más fácil dejar la órbita de Dignity e Integrity. Aunque era verdad que había dejado el despacho de Nicholas tras la entrevista con algunas normas básicas, yo tenía una pareja. En primer lugar, Nicholas esperaba que los adultos cristianos responsables desempeñaran un papel para hacer de la parroquia un sitio mejor, y pronto me encontré ayudando en la parroquia en cuanto director de la educación de adultos. En segundo lugar, Nicholas no quería que ocultase el hecho de mi atracción homosexual en la parroquia. Aunque no era partidario de que lo fuera pregonando a los cuatro vientos, él no quería que tuviera que ocultar aspectos de mi vida. «Podemos hacer frente y tratar la controversia en cuanto parroquia, pero los secretos pueden destruir realmente una comunidad».

Así que no guardé ningún secreto. Mantenía una sencilla regla en cuanto a la revelación de aspectos sobre mi persona. A menos que tuviera que mentir para ocultar el hecho - cambiar el nombre de mi pareja por el de una mujer en una conversación, por ejemplo- quedaría en duda qué hacer al respecto. Pero, si era evidente que tendría que mentir, entonces se lo diría a la otra parte. Mi revelación sorprendió a la mayoría de la gente, si no a todos.

Nadie, durante todo el tiempo en que fui a la Trinidad, estuvo de acuerdo conmigo en temas relativos a la atracción y actividad homosexual. Pero tampoco encontré a nadie que me «odiase» por causa de mi identidad sexual o que encontrase nuestro desacuerdo tan inquietante como para considerar que no pudiéramos ser amigos. A pesar de nuestras discusiones, me invitaban regularmente a los estudios sobre la Biblia, a los grupos de oración, a los bautizos, cenas, desayunos, almuerzos, picnics y otras actividades. Me parecía que, lejos de ser la «oveja negra» del redil de la Trinidad, nuestro pequeño rebaño tenía un número de personas con pasados que harían ruborizarse a esos cristianos estirados típicos (si es que existen fuera de mi imaginación). Encontré a Anne, una mujer cuyos tatuajes eran testigos mudos de una vida llena de alcohol y otros abusos antes de que viniera a Cristo. Gerald, un serio inglés un poco más mayor que yo, cuyos días habían sido los típicos de un marino mercante, tenía en cada puerto una mujer antes de que Jesús le llamara a «seguirle». Susan me contó que, estando en oración, Cristo le había reconfortado y asegurado que un día vería a su hijo, abortado cuando Susan tenía diecisiete años. Alan me habló de sus luchas con la incomprensión y la discriminación por la epilepsia grave que, más tarde, contribuyó a su muerte. Me di cuenta de que la vieja máxima era verdad: la Iglesia de Jesucristo era mucho más un hospital de pecadores que un hotel de santos. Todos nosotros, cada uno de forma única y horrible, había contribuido a la causa que llevó a Jesús a morir en su Cruz.

Nunca pondré el suficiente énfasis en la necesidad que tenemos los cristianos de cultivar esta actitud de memoria y humildad. San Pablo lo escribió del mejor modo posible en su carta a la Iglesia de Corinto:

« ¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne... muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo

plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios» (1 Co 1, 26-29).

A veces me pregunto si algunos cristianos leen realmente con atención este pasaje y lo escuchan. Dios elige lo despreciable del mundo, lo plebeyo, lo que no es, las cosas de nuestra sociedad y cultura que los niños pequeños insultan en el patio del colegio, para que nadie se gloríe en su presencia. Algunos quizá lo hacen, pero no la mayor parte. Nosotros tenemos nuestros pecados a la vista. Sabemos lo que somos. Sin embargo, muchos cristianos se glorían. Nos gloriamos cada vez que dejamos que se vea nuestro escándalo por los pecados de otro, cada vez que mostramos sorpresa ante cómo la perversión de la gente salta por encima del muro de su corazón y se pone en acción. Algunas personas son inocentes. Algunas de las cosas que escribo en este libro pueden escandalizar y sorprender a quienes han llevado una vida al abrigo de estas situaciones. Pero, si esto escandaliza, debería ser porque no les resultan familiares, y no porque la «gente buena» no obra así. Los cristianos debemos recordar que no hemos sido elegidos porque éramos buenos. Dios no nos quiso porque nos lo mereciéramos. En un sentido muy real, Dios no eligió en absoluto sino que nos permitió elegir. Cada uno de nosotros, llegando a un punto en nuestras vidas en el que dejamos de luchar y nos dejamos amar por Dios (que es lo que, de todos modos, Él ha querido) elegimos a Dios. En la cuestión de nuestra salvación, Dios es el pretendiente y nosotros, sea cual sea nuestro género, los amados muy buscados y preciosos.

Esta comprensión de Dios y de su papel en mi vida fue uno de los frutos del tercer elemento que rebajó mi creencia en la teología gay: mi Bautismo y el tiempo de estudio que lo precedió.

Cuando llegué a la Trinidad, llegué creyendo que en algún momento de mi vida cristiana precedente yo había sido bautizado. Había estado yendo a la escuela dominical de los Baptistas del Sur durante cerca de una década. Había sido precoz, entusiasta, había deseado y creído fuertemente en Jesús. Estaba seguro de que en algún momento de ese pasado lejano que todavía olía a la señora Ivy, a tiza; a camisas de almidón y galletas, había sido hallado digno de, o había pedido el Bautismo. Pero cuando Nicholas me preguntó la fecha exacta para buscar en los archivos parroquiales, caí en la cuenta de que no me acordaba de ella.

-Averígualo por mí, por favor -me pidió Nicholas-. No es gran cosa, pero nos ayudará a mantener los archivos en orden.

Siguiendo sus instrucciones llamé esa misma semana, un poco más tarde, a la Iglesia baptista y expliqué que necesitaba la fecha exacta de mi bautismo. ¿Podrían ayudarme a encontrarla? La secretaria, cuya voz parecía tan redonda y dulce como un donuts, respondió que sí, que ella lo miraría. ¿En qué año había sido? Solo tras una búsqueda detallada de una media hora, abriendo y cerrando archivadores, con enormes libros golpeando al abrirse en el escritorio, y pasando las páginas delgadas, me respondió diciendo:

-Lo siento, pero no puedo encontrar ningún registro en ningún lado. ¿Estás seguro de que no fue en ninguna otra iglesia?

Nicholas se enteró de las noticias con una despreocupación inusitada durante la sobria y penitente semana del Miércoles de Ceniza.

-Bueno -dijo-, te bautizaremos en Pascua. Nada de comulgar hasta entonces.

Esa Cuaresma, la primera para mí en realidad, supuso mucho para centrar mi mente en los temas que me habían invadido durante tanto tiempo. Aunque Nicholas podría, o quizá debería, haberme dado alguna lección sobre los rudimentos cristianos antes del bautismo, nuestros apretados horarios lo impidieron. Afortunadamente, resultó que me dejaron a mi aire durante esa Cuaresma y, una vez más, por mi propia iniciativa, abordé el tema de la Biblia y el sexo. En cierto modo, me imaginaba que la cuestión sería «terreno trillado». Después de todo, hacía poco que había acabado la guía práctica de la T.E.N. Sin embargo, esta vez no

me conformé, como había hecho antes, con desacreditar los llamados «textos de prueba», sino que intenté profundizar en lo que la Biblia dice sobre el sexo en su totalidad. ¿Para qué estaba hecho el sexo según lo que yo podía discernir del plan de Dios?

Este ensanchamiento de la discusión resultó ser un instrumento que me permitió abrir mis miras respecto al sexo y a la expresión sexual. Una y otra vez en la Escritura, el testimonio de Dios es a favor de una sexualidad totalmente humana, una sexualidad que incluye el apetito sexual y la ternura, los orgasmos y las incitaciones, la pasión y la posible paternidad. Es decir, ¡cuestiones de fertilidad! No se trataba de reducir la intimidad sexual a un método de fertilidad, pero dicha fertilidad no se podía desechar como si fuera irrelevante o insignificante para el acto sexual.

Me acuerdo de que me sorprendió mucho que el testimonio divino se extendiese incluso a las esferas de los pecados y los errores sexuales. El momento en el que el profeta Natán pone al rey David ante su propio adulterio se toca con una ternura y una comprensión permanentes, del mismo modo que la narración de cuando David ve a Betsabé bañándose implica un deseo casi palpable:

«Había dos hombres en una ciudad, el uno era rico y el otro era pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en gran abundancia; el pobre no tenía más que una corderilla, solo una, pequeña, que había comprado. Él la alimentaba y ella iba creciendo con él y sus hijos, comiendo su pan, bebiendo en su copa, durmiendo en su seno igual que una hija. Vino un visitante donde el hombre rico y, dándole pena tomar su ganado lanar y vacuno para dar de comer a aquel hombre llegado a su casa, tomó la ovejita del pobre y dio de comer al viajero llegado a su casa» (2 S 12, 1-4).

Incluso prescindiendo por un momento de la parte del pasaje que me turbó -la idea de comparar a una mujer, aun en una parábola, con un animal doméstico- me acuerdo que me conmovió la ternura intencionada que Natán utiliza para describir la relación. La «corderilla» no es simplemente una oveja como las otras, sino una con la que el hombre de la parábola había compartido su copa, a la que había permitido vivir en su casa con él y con sus hijos, que había dormido entre sus brazos. Era «igual que una hija», decía Natán, y así ilustraba de un modo irresistible hasta qué punto se había equivocado David rompiendo el vínculo entre Urías y su mujer. Fue a causa de esta ruptura entre hombre y mujer, más aún que por el hecho de enviar a Urías de forma deliberada a la muerte en batalla, por lo que Natán acusa a David.

Otros pasajes de la Escritura que estudié permanecen en mi memoria. El amor de Jacob por Raquel, tan profundo que él trabajará duro durante catorce años al servicio de su tío para poder casarse con ella; ese amor me conmovió. La poesía profundamente apasionada del Cantar de los Cantares me impresionó y me sorprendió por la profundidad de su expresión. El hecho de que Jesús eligiera realizar su primer signo no a través de una curación o de otra cosa relacionada con el perdón y el poder, sino de una obra de generosidad en la boda de Caná me hizo preguntarme si, en otras circunstancias, Él se habría casado. Caí en la cuenta de que Jesús usa la boda y el matrimonio para referirse al Reino de Dios: «El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo», dice Jesús (Mt 22, 2). Estad preparados, advierte, para que el Reino no os coja desprevenidos como a las vírgenes necias que no tenían preparadas sus lámparas para la fiesta de las bodas. Si buscas el Reino de Dios, dijo Él, hazlo humildemente, sentándote en el último sitio en el banquete de bodas.

Igualmente, tuve que sacar en conclusión que la Escritura ama a los niños, la fertilidad y los nacimientos. Jesús explica a Nicodemo el milagro de entrar en el Reino como un nuevo nacimiento. Repetidamente llama a sus discípulos a dejar a los niños que están en la multitud acercarse a Él, y nos advierte a menudo de que, si no nos hacemos como niños pequeños, no veremos nunca el Reino de Dios.

Y cuando Dios realiza un milagro para poner su firma sobre alguna actividad o promesa, utiliza la fertilidad en momentos particularmente claves. Isaac lleva ese nombre porque su

madre, Sara, se rió cuando oyó que Dios, para sellar la promesa hecha a Abraham de que sería padre de una gran multitud, le daría un hijo cuando ella tenía noventa años de edad. Años más tarde, uno de los hijos de esta multitud era una virgen que preguntó al ángel Gabriel cómo podría dar a luz un hijo permaneciendo virgen. Gabriel se refirió a la concepción tardía de Isabel, embarazada de Juan Bautista, para probar que «nada es imposible para Dios» (Lc 1, 37).

Paulatinamente, a base de estos empujones, me acerqué a la Pascua y al día de mi bautismo. A través de todo esto, Nicholas se había mantenido apartado y, en mi opinión, distante. Cuando llegaba el momento de la comunión en cada ceremonia él permanecía, revestido como siempre, pero, por alguna razón que yo desconocía, algo más sombrío a medida que yo me acercaba. Con mis brazos cruzados en mi pecho, como si estuviera muerto, yo no me acercaba para recibir el Cuerpo y la Sangre sino, como los catecúmenos de antaño, para recibir el maná seco de su bendición: unas pocas palabras que tenían que acompañarme durante esas largas semanas en las que esperaba hasta nacer de nuevo, y que me parecían una eternidad. Finalmente, el último sábado de Cuaresma, mientras estábamos de pie charlando un poco en las escaleras de la iglesia y mucho después de que el último monaguillo se hubiera marchado, Nicholas se volvió hacia mí, poniéndose de repente muy serio.

-Sabes que eres para mí un gran desafío, David -dijo. Yo me quedé parado, boquiabierto-. He descrito tu caso, sin nombrarte, a otros pastores con los que trabajo y hay división de opiniones acerca de si yo debería bautizarte sin pedirte al menos que intentes llevar una... vida cristiana más en regla -yo contuve mi respiración-. Pero he reflexionado y rezado mucho sobre ello y me parece que tu corazón está puesto en Cristo, esté donde esté el resto de ti. Así que si tú me prometes que, cuando te bautice, tú pondrás todo tu ser, la sexualidad y todo, en el altar de Dios -para estar abierto a su voluntad- te bautizaré en Pascua.

Me acuerdo de que, durante el tenso silencio que siguió a sus palabras, mis oídos escuchaban una y otra vez una voz que resonaba en mi cabeza: « ¡Elige! ¡Decide!». Todo lo que había vivido hasta entonces parecía confluir en ese momento. ¿Confíaba, podía confiar bastante en Cristo? ¿Sabía si estaba en lo cierto? ¿Qué pasaría si me equivocaba? Al final, en verdad, ¿qué importaba todo esto? Todo en mí cantaba cuando Jesús llamaba. Lo demás no importaba

-Lo haré, lo prometo -susurré, y Nicholas, sonriendo de repente, me dio una palmada en el hombro:

-¡Bien hecho!

Después de eso, el día preciso de mi bautismo se presentó un poco enrarecido. Avergonzado y repentinamente tímido ante todo el mundo, incliné la cabeza. Un poco de agua sobre mi pelo y un poco sobre los hombros en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y ya estaba: yo pertenecía para siempre a Cristo. Pero, en realidad, aquello no había hecho más que comenzar. Yo me alejé del altar y, esa tarde, la gente me deseaba que Cristo realizase cambios en mi vida y que, al menos, yo tomase mi cruz.

Capítulo 5

EL PRECIO DE LA GRACIA

El peso de mi cruz empezó a hacerse sentir muy pronto después de mi bautismo. Durante

mis primeros momentos como cristiano gay, yo había aceptado ayudar a un amigo, Chris, a poner en marcha una revista mensual llamada Malchus. Malco, en el Evangelio de san Juan, era el siervo del Sumo Sacerdote a quien Pedro cortó la oreja con su espada cuando la muchedumbre llegó para arrestar a Jesús. Más adelante, el Evangelio de San Lucas recuerda que, aunque no se nombre a Malco, Jesús curó su oreja antes de ser atado y de que se lo llevaran. Estos dos textos relativamente similares de la Escritura nos muestran el trasfondo de la elección del nombre de Malco para la revista. San Pedro, que representa a la Iglesia, generalmente atacaba y hería a la gente por causa de su atracción homosexual. Pero Jesús nos sanaba de ese ataque. Por supuesto, la otra cara de la metáfora era que el nombre de la revista era el de un siervo del Sumo Sacerdote, del que se podría decir que es uno de los personajes más malvados del Evangelio, pero raramente discutimos sobre este aspecto.

Chris, con ayuda de otros amigos cristianos de atracción homosexual, fundó Malchus para edificar y animar a otros gays y lesbianas cristianos a los que con frecuencia se aislaba, especialmente si vivían lejos de las grandes ciudades, y para difundir el Evangelio entre los gays y lesbianas en general. Ambos objetivos los podía compartir yo. Pero, finalmente, los mismos problemas que había encontrado ya con otros cristianos gays y lesbianas empezaron a asomar la cabeza también con Malchus. La línea editorial de la revista empezó a desviarse progresivamente de Jesús para convertirse en una justificación de la actividad homosexual. Cuando otros editores y voluntarios de Malchus empezaron a explorar otras formas «diferentes» de actividad homosexual, me di cuenta de que mi colaboración con la revista llegaba a su fin. Gradualmente, mis artículos, que eran un reflejo de muchas de mis investigaciones acerca de las verdaderas bases de la teología gay, iban perdiendo sintonía con el resto de los contenidos. Pronto, mi conciencia me pidió un cambio, y una de las revistas de otoño incluyó mi último artículo en dicha publicación: Llegado el momento de la separación.

«Contribuyo con este mi último artículo a un número de Malchus con una mezcla de emociones: dolor y alivio, incertidumbre y confianza. El uno de septiembre de este año, presenté la dimisión de mi cargo de Asistente Editorial de Malchus y también de cualquier otro papel como articulista. Me imagino que la mayor parte de nuestros lectores se han dado cuenta por algunos indicios de cómo y por qué Malchus y yo hemos tenido que tomar diferentes caminos.

Un lector atento de lo que ha sido un esfuerzo constante y creciente no puede no haberse dado cuenta de cómo mis artículos han ido perdiendo sintonía con los de otros colaboradores en algunos temas bastante profundos. Esto, hasta cierto punto, era de esperar e incluso conviene que sea así. Sin embargo, algunos temas, como la identidad sexual y la obediencia están demasiado cerca del núcleo de lo que Malchus trata y esto exige al menos un mínimo acuerdo.

En su aspecto más profundo, mis desacuerdos con Malchus van directos al núcleo de lo que considero que significa ser un cristiano en la última parte del siglo XX. Quiero que quede claro que no me refiero a lo que significa ser cristiano orientado homosexualmente, ni cristiano blanco, ni cristiano varón, sino al hecho de ser cristiano. Tras horas y meses de reflexión y de oración, he llegado a comprender que mi relación con Cristo y con su Iglesia es mucho más una cuestión de lo que Él me lleve a hacer que lo que yo mismo haga.

Esto, según he observado, es totalmente opuesto con la filosofía subyacente -o, si se prefiere, la que todo el mundo tiene- en la que Malchus se mueve. A diferencia de muchos otros que escriben aquí, me parece que mi lucha como cristiano consiste más en doblegar mi propia voluntad egoísta a la Ley Moral que intentar doblegar, distorsionar, reformar o remodelar dicha Ley Moral para aprobar mi voluntad. He llegado hasta el punto de sentir, para lo mejor o lo peor, que Malchus aboga por un tipo de vida que es intencionadamente pecaminosa; hasta apoya una reivindicación de que Dios cambie para salir al encuentro de las acciones y deseos de sus lectores en vez de cambiar dichas acciones y buscar la purificación de dichos deseos en el amor de Dios.

He podido observar que uno no puede emprender un camino de mala conducta sexual y

de pecado sin darse cuenta, finalmente, de que los demás aspectos del propio ser, el cuerpo, alma y espíritu están también corrompidos. Siendo homosexualmente activo acepté con solo un mínimo de sentido crítico ciertos supuestos concernientes a la Escritura, a la naturaleza del sacrificio y de lo que Cristo me pedía. Estos supuestos no resisten un examen un poco más atento, por lo que mi honestidad intelectual me pide que los abandone en favor de otros más cercanos a la verdad. Esta es la razón por la que no puedo continuar consintiendo y queriendo poner mi nombre en una publicación fundada sobre unas premisas que considero, en el mejor de los casos, como conducentes al error y, en el peor de ellos, como un ataque siniestro a las almas.

Finalmente, quiero aclarar que no tengo sino sentimientos de cariño (en todo caso, algo de arrepentimiento) hacia Chris y hacia todas las personas que he encontrado gracias a Malchus. Chris, en particular, ha dirigido los credos conflictivos y las divisiones culturales de los colaboradores con un aplomo que le hacen merecer un puesto en la Escuela Diplomática. El conflicto bosnio merecería un tacto tan delicado como el suyo. Me entristece verdaderamente que no podamos seguir de acuerdo. Quizá algún día lo estaremos».

Mi dimisión de Malchus marcó un hito, y me acuerdo de esos meses que siguieron a mi bautismo como las horas que preceden a una tormenta. Casi se podía sentir en el aire la importancia del cambio como se ven venir las nubes a una cierta distancia. Pero igual que las nubes ocultan el primer rayo, todo estaba esperando una chispa.

Esa chispa llegó un día, al inicio de la primavera, tras haber dimitido de Malchus. Mientras buscaba refugio para protegerme de un día deprimente y lleno de nieve en un centro comercial de la zona, me sentí atraído por una de esas cadenas de librerías enormes que habían surgido en los alrededores. Amplios carteles en los que se podía leer «rebajas por inventario» decoraban la fachada de dicha librería y me acerqué a las mesas tambaleantes de títulos como un buscador de oro. Quizá encontraría algo útil en medio de la pila de exóticos libros de cocina, de «ladrillos» que hablaban sobre mesitas de café o de guías que te dejaban perplejo. Un pequeño libro en rústica verde llamó mi atención. El precio de la gracia, anunciaban las letras doradas, de Dietrich Bonhoeffer. Lo cogí y abrí la primera página. «La gracia barata», escribía Bonhoeffer, «es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. Hoy estamos luchando por una gracia costosa». Lo leí de nuevo, lo metí en el bolsillo y empecé a rezar para que me quedara suficiente dinero tras las compras del día para adquirir ese libro. Si tomaba un poco prestado de una de esas bandejas donde se dejan los peniques que estaba frente a mí, tendría suficiente. Compré el libro, lo llevé a casa y lo leí de cabo a rabo en tres días. Luego lo leí otra vez entero y empecé a buscar todo lo que pudiera encontrar sobre Bonhoeffer.

Dietrich Bonhoeffer, junto con su hermana melliza Sabina, había nacido en 1906 en Breslau, Alemania. Era un niño precoz en una familia intelectualmente inteligente. Teniendo muchos caminos abiertos en los que hacer carrera, sintió la llamada al ministerio como pastor luterano. Completó sus estudios doctorales en 1927, a los 21 años, y empezó a enseñar en la Universidad de Berlín en 1930. Viajó mucho para su tiempo, fue pastor en un par de congregaciones y fue muy activo en el floreciente movimiento internacional que buscaba construir un cristianismo ecuménico. Pero, aparte de todo lo que me pudiese impresionar, fue su vida como activista y su martirio final lo que ponía el sello de autenticidad a lo que él escribió en el libro *El precio de la gracia* y en otras obras suyas.

Cuando el nacionalsocialismo de Hitler empezó a ganar terreno en Alemania en los años treinta, muchas reacciones de los cristianos fueron mediocres o algo aún peor, pero no la de Bonhoeffer. Cuando la máquina del nacionalsocialismo empezó a asimilar y controlar cada vez más aspectos de la vida en Alemania, llegando incluso a las iglesias, Bonhoeffer resistió. Junto a otras personas, fundó la Iglesia confesante, un cuerpo cuyos líderes ponían a Jesucristo, y no a Hitler, como la autoridad última acerca de cómo los cristianos tenían que vivir sus vidas. Bonhoeffer hablaba contra el auge de la teología de inspiración nazi. Cuando los seminarios estaban totalmente corruptos por la misma, Bonhoeffer fundó otros cuyos seminaristas pertenecían a la Iglesia confesante. Bonhoeffer estaba envuelto en el movimiento que escondía a los judíos del Holocausto y que resistía a Hitler cada metro, hasta

que, acorralado después de un intento fallido de asesinato, fue ahorcado en el campo de concentración de Flossenbergr en 1945.

El libro de Bonhoeffer cambi6 mi vida y mi pensamiento teol6gico en muchos aspectos. Era como la lluvia que cae en una tierra asolada por la sequía, ciertamente, pero tambi6n como algo bastante m6s violento. Bonhoeffer me enfrent6 conmigo mismo. Su voz martirizada, su larga muerte resonaba en mí con convicción y me pedía que abriera los ojos. Poniendo la crucifixi6n de Cristo justo ante mi cara, agarraba mi atenci6n y decía: ¡Mira esto, mira! Y dime c6mo vives.

A título de ejemplo, sugiero un texto que muestra c6mo Bonhoeffer trata la cuesti6n de la «gracia barata»:

«Gracia barata significa la gracia que se vende en los mercados como una baratija. Los sacramentos, el perd6n de los pecados y los consuelos de la religi6n son despilfarrados en las rebajas. La gracia se representa como el tesoro inagotable de la Iglesia, del que llueven bendiciones a manos llenas, sin hacer preguntas o fijar l6mites. ¡Gracia sin precio, gracia sin costes! La esencia de la gracia, pensamos, es que la cuenta ha sido pagada por adelantado; y, como ha sido pagada, se puede conseguir todo a cambio de nada...

En cambio, la gracia costosa es "el tesoro escondido en un campo", por el que un hombre iría contento a vender todos sus bienes con tal de encontrarlo. Es la suprema regla de Cristo, por la que un hombre se sacaría el ojo que le es causa de tropiezo... Esta gracia es costosa porque nos llama a un seguimiento, y es costosa porque nos llama a seguir a Jesucristo ».

¡Ay, ay, ahí duele! Bonhoeffer cortaba en tiras mi fina capa de teología gay. No se ponía al nivel de una delicada controversia sobre el significado de lo que una palabra podría significar en griego u otra en hebreo, sino en un nivel m6s profundo, en el nivel de Jesucristo, el verdadero origen y significado de la conversaci6n. La llegada de Bonhoeffer a mi vida intelectual y de fe era semejante a los momentos místicos de santo Tomás ante la cruz, tras los cuales, 6l declar6 que todo lo que había escrito hasta esa fecha no era sino «paja». Puesto frente a Cristo, la obra de Bonhoeffer aclar6 que una persona no tiene m6s que dos posibles elecciones: te seguiré y serviré, o no. Si somos honrados, nada m6s es posible.

Las notas que tomé mientras leía por primera vez a Bonhoeffer revelan el impacto que su obra empezaba a tener, particularmente en lo referido a mis ideas sobre temas como la autoridad, el compromiso y el amor que sufre.

Bonhoeffer señalaba que la autoridad de Cristo en la vida del cristiano es, y debe ser, total. La llamada al discipulado en Cristo es, a la vez, llamada al individualismo y a la obediencia, decía. Hurgando en profundidad en el texto de la vocaci6n de Leví, Bonhoeffer observaba que la respuesta de Leví es inmediata y total a la vez. «Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Leví, sentado en el despacho de los impuestos, y le dice: "Sígueme". 6l se levant6 y le sigui6 (Mt 9, 9)».

Cuando Jesús encontr6 a Leví sentado en su despacho de los impuestos y le dijo: «Ven, sígueme», Leví se levant6 y le sigui6, sin discusi6n, sin buscar componendas, sin ni siquiera hacer planes para que alguien se encargase de su trabajo mientras que 6l estaba vagando por el campo con ese rabí itinerante. Bonhoeffer consideraba que esta obediencia era, en un cierto sentido, inevitable, habida cuenta de la identidad de Jesús.

Dado que Jesús caminaba entre los hombres como el Cristo, segun el punto de vista de Bonhoeffer, la suya era una autoridad capaz de exigir obediencia a su palabra. En la vida de un cristiano, tal y como la entendía Bonhoeffer, Jesús pedía a sus discipulos seguirle no como un profesor o como un modelo de vida buena, sino como el Cristo, el Hijo de Dios.

Segun Bonhoeffer, la conversi6n de Leví resume el elemento esencial de toda conversi6n: en último término, un reconocimiento de la persona de Jesús como el Hijo de Dios y una obediencia a 6l en ese contexto. El episodio de la conversi6n de Leví es breve, en parte,

porque lo importante es Cristo, y no Leví. Bonhoeffer señala que, cuando se es discípulo de Cristo, la obediencia es el único camino por el que avanzar. Bonhoeffer observa igualmente que la llamada de Jesús constituye a los hombres y mujeres como individuos:

«A través de la llamada de Jesús, los hombres se convierten en individuos. Lo quieran o no, se encuentran obligados a decidir, y esa decisión solo la pueden hacer ellos mismos. No es una elección propia la que les hace individuos, sino que es Cristo el que les hace individuos llamándoles. Todo hombre es llamado separadamente y sigue la ruta solo. Pero los hombres tienen miedo de la soledad e intentan protegerse de ellos en la sociedad de sus prójimos y en su entorno material... En el momento de su llamada, los hombres se dan cuenta de que ya han roto todos los lazos naturales de la vida. No es su propio hacer el que lo realiza, sino el de quien los llama. Porque Cristo les ha liberado de las cosas del mundo que les apremian para ser Él quien les apremia. No podemos seguir a Jesús a menos que deseemos aceptar y afirmar esa ruptura como un *fait accompli*».

Esas dos ideas, la autoridad de Cristo y, en último término, la respuesta individual, subyacen en la observación que cambió la vida de Bonhoeffer: solo la persona que cree es obediente, y solo la persona que es obediente cree. Cuando llamé a Jesús y le pedí que viniera a mi vida, yo era como el joven rico que estaba de pie en la calle ante Jesús preguntándole: Rabí, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna? No deseaba la Persona de Jesús, fuera humana o divina. Ni siquiera comprendía realmente que existía esa posibilidad. Yo tenía un problema práctico de desesperación, en mi miopía, buscaba a Dios como una respuesta práctica. Pero la Escritura toma acta de lo que ocurrió cuando Él vio que el joven rico no iba a cesar de hacer preguntas, Jesús le amó y le dijo lo que realmente no quería oír: ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres... y sígueme.

Del mismo modo, Jesús había respondido a mi grito y, a cambio, me había llamado a seguirle. Pero, con profundo horror, y temblando hasta los huesos, me di cuenta de que, como el joven rico, yo me había dado la vuelta y había empezado a alejarme. La única diferencia entre nuestras acciones era que el joven rico era sincero y resuelto, decidiendo en aquel mismo momento que el precio de la gracia era demasiado elevado y que él necesitaba seguir su propio camino. Yo, en cambio, pusilánime e indiferente, me había quedado merodeando en las cercanías de la multitud, retrasando mi decisión, a pesar de que parecía que yo avanzaba y me decidía.

El argumento de Bonhoeffer era absolutamente crucial. La fe no es abstracta. La fe no es un ideal intelectual, ni una teoría, ni algo que utilizamos para nuestro consuelo. La fe necesita acción, y el acto de la voluntad de hacer o no hacer algo. Es una paradoja, casi como el enigma del huevo y la gallina. Si uno no tiene fe, ¿cómo puede obedecer? Pero, a menos que uno obedezca, ¿cómo se puede decir de él que tiene fe? Es parte del poder de Dios el que este tipo de enigmas se desvanezca en la presencia de Aquel cuya verdadera naturaleza es la respuesta. Como un niño tiritando al final del muelle, yo podía haber alegado tener bastante fe diciendo que el hombre que estaba esperando seis pies más abajo, en el agua del lago helado me cogería e impediría que me ahogase. Pero mis exigencias eran meras conjeturas hasta que, con fe verdadera, no saltase desde la orilla y me tirase en sus brazos. A mi alrededor, desde que entré en contacto con la teología gay, había habido una multitud de hombres y mujeres al borde del muelle, discutiendo, debatiendo y, al menos algunos, negando finalmente que fuese necesario saltar al agua. Las meditaciones de Bonhoeffer sobre la realidad de Cristo, su autoridad y su llamada, me habían puesto exactamente en el borde de una fina plataforma y me habían dejado con los dedos de los pies fríos, tiritando, casi desnudo para que decidiese qué hacer. He aquí de nuevo a Bonhoeffer:

«El primer paso pone al discípulo en la situación en donde la fe es posible. Si él rechaza seguir y se queda atrás, no aprende cómo creer. Quien es llamado, debe salir de esa situación en la que no puede creer, en la situación en la que, en primer lugar, la fe es posible. Pero este paso no es la primera etapa de una carrera. Su única justificación es que lleva al discípulo a ser compañero de Jesús, el cual saldrá victorioso. Mientras que Leví continuase en su recaudación de impuestos o Pedro en sus redes, ambos podrían continuar sus tareas honesta y dignamente, y gozar ambos de experiencias religiosas, viejas y nuevas. Pero, si

querían creer en Dios, el único camino era seguir a su Hijo encarnado».

El segundo tema principal en Bonhoeffer que suponía un cambio de actitud se refería al compromiso. «Cuando Jesús llama a un hombre -escribía Bonhoeffer- le llama a venir y morir». La batalla del cristiano, que durante tanto tiempo me ha parecido algo distante y teórico y que otras personas en mi vida consideraban como pecados sociales (por ejemplo, homofobia y sexismo), gracias a los escritos de Bonhoeffer se hacía algo más cercano, íntimo y personal. La teoría de Bonhoeffer es que los cristianos encuentran la Cruz no al final de sus vidas con Cristo, sino al principio. Cristo les ayuda a enfrentarse a la Cruz una y otra vez como parte de una relación con Él cada vez más profunda.

En cuanto Cristo llama a una persona, escribía Bonhoeffer, esta puede atisbar la forma de la cruz. Volverse hacia Cristo significa, por definición, morir a sí mismo, y la muerte no significa simplemente mostrar a Cristo para que sea visto como un valor entre otros tantos. Esta muerte a sí mismo significa llegar a un momento en el que el discípulo quiere solamente lo que Cristo quiere y la propia voluntad del hombre viejo ya no existe en absoluto. Todo esto resonaba fuertemente en mí. Me acuerdo cómo había cerrado la Biblia cuando pregunté a Dios lo que pensaba sobre la homosexualidad activa y había obtenido una respuesta tan firme como negativa. Había visto la forma de la Cruz en mi vida, tal y como decía Bonhoeffer, y le había vuelto la espalda. ¿Sería capaz de tomarla ahora?

El último de los temas principales de Bonhoeffer -al menos el último que cambió mi pensamiento- se refiere al modo en que los cristianos han de ver el amor. Para el cristiano, señalaba Bonhoeffer, amar significa sufrir. No se trata de que los cristianos quieran sufrir por propia voluntad, sino más bien que los cristianos han de querer amar verdaderamente a sus prójimos como Cristo les amó. Esto, necesariamente, quiere decir sufrir con ellos y por ellos. Amar, esto empezaba a alborear en mí, significaba hacer lo correcto, que no es lo mismo que lo simplemente cómodo. De hecho, a menudo se trata de lo completamente opuesto a lo cómodo. Poco a poco empecé a recordar mis relaciones con la gente que yo decía haber amado en mi vida. ¿Les había amado realmente? ¿Qué quería decir eso? «Del mismo modo en que Cristo había llevado nuestras cargas -escribía Bonhoeffer-, teníamos nosotros que llevar las cargas de nuestros prójimos».

Este principio se transformó para mí en algo lleno de sentido cuando consideré mi relación con mi pareja, una relación que yo temía tanto perder que el solo hecho de pensar sobre esto me paralizaba. Mi pareja había llegado a suponer en mi vida mucho más que un simple compañero de cama. Sin embargo, mis reflexiones acerca de la naturaleza del sexo me habían ido paulatinamente convenciendo de que, para Dios, el sexo es mucho más que mero placer o incluso que la construcción de un compañerismo. Ahora Bonhoeffer empezaba a acusarme del modo en que yo había continuado tratando a una persona -un modo que, como yo había ido dándome cuenta, era en su raíz una infravaloración de su humanidad-. Empecé a mirar repetidamente abajo, al agua que estaba bajo el muelle y al Hombre que prometía cogerme. ¿Sería capaz de dar el salto? ¿Lo haría?

Quizá sea importante señalar mi disposición mental durante todo este tiempo. Desde mi bautismo, celebrado unos meses antes, yo me había sentido casi siempre como si fuera un personaje que interpretaba el papel de otro en mi vida. Grandes ideas, muy bien articuladas y presentadas con fuerza, habían cambiado mi forma de pensar e incluso mi identidad. La atracción homosexual, que yo había considerado una vez como el elemento definitorio más importante, había caído muy bajo -si es que no había desaparecido del todo- en mi lista de prioridades, reemplazado, en cambio, por el reconocimiento de uno mismo como parte de algo, de Alguien, mucho más grande.

Confrontado con la verdad, sabía que tenía que elegir. El amor, Cristo y la fe verdadera exigían que cesara de tratar a mi pareja, o a cualquier otro, como un objeto para una evaluación sexual o para el placer. Para Dios, los seres humanos eran mucho más que eso. La castidad, llegué a ver, suponía una parte considerable de mi Cruz y Cristo me había llamado a ella. En una tarde de sábado, estaba comiendo con un amigo activamente homosexual que me encontró un poco distante y distraído. El sábado, muy por la noche,

escribí una última nota a Torry y a otros pocos explicándoles lo mejor que pude lo que había decidido y las razones de ello. El domingo por la mañana, al día siguiente, fui a mi pareja de tantos años y le dije:

-Te amo. ¿Podemos, por favor, no volver a hacer esto (tener relaciones sexuales) nunca más?

Tras mi decisión en favor de la castidad, gran parte del resto de mi vida, como el día a día después del bautismo, parecía enrarecida. Mi decisión, tornada unilateralmente, conmocionó a mi pareja y empezó una conversación de un año acerca de las raíces y fundamentos de nuestra relación. Si ya no íbamos a dormir juntos nunca más, empezó nuestra conversación, ¿quién era entonces yo para él y él para mí? ¿Quería él dejarme? ¿Quería dejarle yo? Al final, en un momento de gracia, llegamos a la conclusión de que habíamos vivido tantas cosas juntos que nuestra relación significaba mucho más que únicamente lo que ocurría en la cama. Para bien o para mal, entonces y ahora, permanecemos y seguimos permaneciendo muy buenos amigos, casi como hermanos, y siento gratitud por su presencia en mi vida.

Mi decisión en favor de la castidad me introdujo muy pronto en la fe católica. Las razones de dicha decisión son, en parte, las mismas que las de este libro, pero creo que es necesario hablar de ello brevemente para acabar este capítulo.

El catolicismo apareció rápidamente después de la castidad porque, de alguna manera, la Iglesia católica es el único grupo cristiano en los Estados Unidos que aborda las cuestiones de moral sexual no únicamente desde una perspectiva de las acciones, sino también desde las cuestiones más profundas relativas a la naturaleza del hombre, de la mujer y del amor. Durante los meses que siguieron a mi bautismo, Nicholas había tomado la difícil decisión de dejar la parroquia de la Trinidad, y yo había decidido hacer lo mismo. Mi búsqueda de otra parroquia anglicana en Washington DC o el estado de Virginia del Norte me abrió los ojos. Algunas daban tan poco apoyo a cualquier cosa relacionada con la castidad para la gente que vivía con atracción homosexual que organizaban actos sociales de Integrity y Dignity para hombres activamente homosexuales y permitían que se celebraran uniones homosexuales. Uno de los párrocos, tras haber oído que yo buscaba un tipo de vida que me parecía más obediente a Cristo, me preguntó con bastante incredulidad:

-¿Por qué?

Un párroco de una iglesia anglicana en mi antiguo barrio del centro resultó estar inscrito en un registro como ateo. Descubrí que la otra parte de la casa anglicana, aunque más pequeña, no era necesariamente mejor. Un coadjutor anglicano que encontré, que al menos mantuvo una actitud abierta sobre la diferencia entre tentación y actividad, me dijo que él creía firmemente que los hombres y mujeres que vivían con atracción homosexual deberían buscar, como si fuera una especie de obediencia, cambiar su «orientación» predominante hacia la heterosexual. Me empezaba a sentir cada vez más como un extraño en tierra extraña.

Pero, si los anglicanos pensaban que lo que yo quería hacer era un poco raro, los católicos, al menos algunos de ellos, pensaban que merecía la pena hacerlo. Me dirigieron a una organización católica, poco conocida pero extraordinaria, llamada *Courage*. *Courage*, sobre la que hablaré detalladamente más adelante, existe para apoyar a los hombres y mujeres católicos que viven con atracción homosexual a vivir una vida casta. *Courage* no intenta cambiar la orientación de cada uno y no exige un compromiso hacia un cambio de orientación como condición de afiliación.

Sin embargo, *Courage* apoya a los católicos (y a otros que lo quieran) que viven con atracción homosexual en su lucha por vivir mejor como católicos. Si me consideraban raro en los grupos de *Courage*, al menos no sería porque pensaba que vivir castamente era algo que merecía la pena. Por otro lado, mi interés por la Iglesia católica crecía paulatinamente más allá de los estrechos parámetros relacionados con los temas de la atracción homosexual. Me habían llegado a impresionar poco a poco tanto la historicidad como la perspectiva de las fe

católica romana. A pesar de que no era aún miembro de ella, empezaba a percibir y entender la observación de G. K. Chesterton de que la Iglesia Católica Romana es mucho más grande desde dentro que desde fuera. En un momento de mi vida en que empecé a buscar ejemplos de santidad y liderazgo, los santos, esa «inmensa multitud de testigos», que eran católicos, empezaron a introducirme en las verdades del catolicismo sobre Cristo y el ser humano.

Finalmente, lo que más tarde comprendería que se trataba de la naturaleza de mi fe encarnada empezó a crecer en importancia. Cuando se me había apartado de la comunión mientras esperaba el Bautismo, había sido obligado a darme cuenta de lo importante que la comunión se había convertido para mí -no tanto las ceremonias de comunión (que me gustaban) como la comunión en sí misma, el hecho de consumir ese pequeño trozo de pan y beber un poco de vino-. Ciertamente, no tenía ninguna noción relativa a la Presencia Real, ni siquiera en teoría. Más aún, creo que me hubiera sorprendido el haberlo conocido. Pero, cuando comulgaba, empezaba a crecer en la toma de conciencia de que eso era algo profundamente especial que Cristo había querido compartir a toda costa. Igualmente, empecé a darme cuenta del modo en que ciertas iglesias, en particular las católicas y las anglicanas de la «high church», tendían a hablarme a todo mi ser.

En verdad, nunca había considerado hasta qué punto estaba enraizada en mi cabeza la fe en la Trinidad (de lo cual estoy muy contento). Claramente estas otras iglesias, incluso aquellas cuya doctrina y cuyos líderes parecían tan fuera de tono, habían iniciado un discurso diferente de aquel en el que los temas y el lenguaje tienen más que ver con la mente que con el cuerpo, con la fe intelectual que con una espiritualidad encarnada. La arquitectura de un lugar como la Catedral Nacional de Washington DC hizo que mi espíritu se elevase. Los altares de las viejas parroquias católicas y anglicanas que habían capturado a los coros de ángeles cantando, me hicieron cantar también. Las estatuas, las vidrieras, el agua bendita, los colores y los olores, todo hablaba de santidad y riqueza al mismo tiempo.

Llegué a entender que la Iglesia católica existía para servir a la gente, especialmente a la gente pobre y necesitada, algo que me impresionaba profundamente. Me acuerdo del día en que decidí dar un paso adelante y pedir un poco de formación a través del programa de la Universidad Católica sobre el Rito de la Iniciación Cristiana para Adultos (RICA). En esa tarde fría de invierno, avancé lentamente, a través de un viento que cortaba, hacia mi coche, que había aparcado casi a la sombra de la Basílica del Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción.

Me dije que nunca había entrado. Resultaba que fue ahí donde pedí la instrucción en el catolicismo y, sin embargo, nunca había visitado uno de los santuarios principales de la ciudad. Dejé mis libros en el coche y subí las escaleras hacia la puerta. Era casi un desastre. Todas las objeciones protestantes e iconoclastas al catolicismo parecían cristalizarse en esa mole de piedra con la cúpula dorada. Sí, estaba abierta. Sí, había gente rezando y no simplemente visitándola. ¡Pero las estatuas...! ¡Las velas! ¡Las imágenes de la Virgen por todos lados! Esto era claramente idolatría, ¿no? Señor, ¿qué hago aquí dentro? ¿Qué es lo que quieres?

Confuso, entré en la capilla del Nuestra Señora de los Dolores. En ella, había una cruz con una corona de espinas encima de una réplica reducida de la Piedad de Miguel Ángel, y allí, en la oscuridad de su tranquila austeridad, me arrodillé para pedir un poco de luz. Un pequeño ruido de tela y de plástico me hizo abrir los ojos. A la derecha, en el pequeño corredor que había entre los asientos, se hallaba una señora hispana que depositó lentamente en el suelo un pequeño batallón de bolsas de plástico con comida y se dirigía hacia la base de la estatua y la cruz. Era bajita, incluso la pequeña estatua era más alta que ella. Aparentemente despreocupada de mi fascinación maleducada, llevó lenta y paulatinamente sus dedos a sus labios y luego a cada una de las heridas del cuerpo de Cristo, y pasó su mano por el seno de su Madre, al menos hasta donde pudo alcanzar. Después, se arrodilló, no en un reclinatorio, sino en los fríos escalones de piedra, y rezó brevemente. Luego se levantó, volvió a su carga de envoltorios, la recogió cuidadosamente y casi tambaleándose por el peso completó sus devociones. Me di cuenta de que nada de lo que yo había podido experimentar en el cristianismo protestante se acercaba al amor que las

acciones de esa mujer envolvían.

Me encantaba que las iglesias católicas estuvieran abiertas mucho tiempo durante el día, y esa gente como esta mujer que iba allí para rezar. Me gustaba que los católicos, a diferencia de otros cristianos que había conocido previamente, no parecieran hacer de su fe un compartimento estanco (o si lo hacían, no era algo tan evidente). Me gustaba que algunas de esas iglesias católicas, a poca distancia de mi despacho en el centro de la ciudad, ofrecieran la Misa y otras devociones a lo largo de todo el día. A cualquier hora del día, si tú ibas a una iglesia católica, encontrarías algo en acción. La Misa, un rato de oración, o al menos una gran cantidad de pobres fieles, recorriendo las bases de las estatuas de los santos y arrodillándose en los bancos para el rosario o para rezar algo en silencio.

Pero a pesar de lo encantador que era todo esto, y que a veces era tan maravilloso que me sentía en pleno gozo, no era suficiente para superar lo que yo consideraba mis objeciones contra la Iglesia católica. Hizo falta todo un fin de semana en un lugar apartado con el libro *Catholic and Christian*, de Alan Shreck, para hacerme ver lo que realmente enseña la Iglesia católica. Me acuerdo de que volví de ese fin de semana tan particular preguntándome: si esto es lo que la Iglesia católica cree, ¿por qué no somos todos católicos? Las razones de los llamados cismas históricos no llegaron a impresionarme. Después de todo, ¿dónde estaba la verdad? Y si, tal y como parecía, la mayor parte de la verdad permanecía en la Iglesia histórica de Cristo, entonces era allí donde necesitaba estar yo. La Iglesia Católica Romana me recibió entre sus militantes en la Pascua siguiente, y desde entonces es ahí donde he estado luchando, tomando y retomando mi cruz una y otra vez.

Capítulo 6

LA CUESTIÓN SOBRE LA SANACIÓN

Si hace apenas dos años hubiera escrito este libro, la parte autobiográfica habría acabado con el capítulo cinco. Gradualmente, como he dicho, he llegado a comprender con qué fuerza ha obrado Dios en mí para crearme, cómo mi sexualidad incluye la fertilidad y cómo el discipulado significa tomar totalmente la propia cruz para seguir a Cristo. Una gran parte de esa cruz, tal y como lo había comprendido, sería una continua inclinación homosexual y el resultante compromiso por vivir una vida de castidad. Pero Dios, parafraseando el consejo de la popular columnista Ann Landers, lleva el control de lo que ocurre mientras nosotros estamos haciendo otros planes.

La cuestión de la sanación

Pocos temas relacionados con la cuestión de la atracción homosexual tienen mayor impacto emocional que la cuestión del cambio, disminución o incluso eliminación de la atracción homosexual en la vida de una persona, con el incremento consiguiente de la atracción heterosexual.

Un cierto número de factores importantes han contribuido a la volatilidad emocional de este tema.

Históricamente, muchos activistas gays y lesbianas han creído que la ciencia médica, en general, y los profesionales de la salud mental, en particular, tenían una parte crucial de la

responsabilidad de cómo la sociedad, según su punto de vista, ha comprendido mal la atracción y la identidad homosexuales y ha discriminado a la gente que vivía con un alto grado de ambas.

En segundo lugar, los activistas gays y lesbianas basan parte de sus reclamaciones para la expansión de la aceptación política, legal y social de la actividad homosexual en el argumento de que la atracción subyacente es constante y no puede cambiar. Visto así, su argumento cuestiona hasta qué punto es correcto pedir lo imposible a la gente que vive con atracción homosexual cuando, según alegan ellos, lo que hay que cambiar son las actitudes de la sociedad. Más aún, los activistas gays y lesbianas señalan que una comprensión de la atracción homosexual que la considere fundada en una enfermedad facilita el que la sociedad estigmatice injustamente o discrimine a la gente que vive con dicha atracción. Los activistas también se sienten preocupados por el hecho de que mucha gente que vive con esta atracción homosexual acepte y haga propia una definición basada en la enfermedad y sufra por ello. Ir contra este tipo de sentimientos ha sido uno de los principales objetivos del movimiento del «orgullo gay» desde los primeros años setenta.

Finalmente, muchos de los enfoques basados en la fe destinados a cambiar o disminuir la atracción homosexual adolecían, en los primeros años, de un alto grado de inocencia y su correspondiente falta de matización y comprensión. Recuerdo haberme encontrado con hombres y mujeres que habían intentado, movidos por la fe, disminuir o hacer desaparecer la atracción homosexual y el resultado fue un fracaso, y se habían vuelto hacia atrás con su espiritualidad fuertemente herida. A algunos les habían dicho que habían fracasado porque no tenían «bastante fe» y a otros «que no amaban suficientemente a Dios». Lo único que conseguían ese tipo de historias era aumentar mis prejuicios contra el cristianismo como una religión de incultos y de encantadores de serpientes. Mi escepticismo acerca de los enfoques basados en la fe que se dirigen a disminuir la atracción homosexual persistieron incluso después de que yo me volviera hacia Cristo y me hiciera católico.

Hoy día, el problema es tan explosivo como lo era entonces, pero las posiciones de los diferentes grupos médicos han cambiado, aunque no han abandonado los prejuicios y se ha politizado la medicina. En 1973, tras haber sido fuertemente presionados por el lobby de activistas gays y lesbianas, los miembros de la American Psychiatric Association (APA) votaron en favor de retirar la homosexualidad de su Manual estadístico y sintomático de las enfermedades mentales Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders-, que sirve como una especie de guía para el reconocimiento de las indisposiciones mentales. La homosexualidad, *per se*, decía la APA en 1973 y ha repetido de modo significativo, no debería ser vista como una enfermedad mental o emocional. En 1975, la APA aprobó una resolución afirmando dicha acción. Hoy día, los psiquiatras, en un artículo informativo, dicen de la homosexualidad que:

«Se pensó que era una enfermedad mental en el pasado porque los profesionales sanitarios y la propia sociedad habían influido en la información sobre la sexualidad ya que la mayor parte de los estudios solo se referían a gays y lesbianas que estaban en tratamiento. Cuando los investigadores estudiaron ciertos datos sobre personas gays que no estaban en tratamiento, se dieron cuenta de que la idea de que la homosexualidad era una enfermedad mental no era verdadera».

Esto es lo que declaraban solemnemente los grandes profesionales y muchos pensaron que así se solucionaría la cuestión. La atracción homosexual no hace que estés enfermo, ni mental ni emocionalmente desordenado. Ver la homosexualidad como problema, en conclusión, había acabado.

Excepción. La realidad de la práctica homosexual -y de lo que empezaba a considerarse en todo el país como vidas «orgullosamente gays»- también empezó a dejarse sentir. Hombres y mujeres activamente homosexuales de todos los Estados Unidos y de toda Europa, incluso en lugares en los que se acepta y promociona la homosexualidad como Nueva York, San Francisco y Amsterdam, siguieron experimentando esa lista de patologías que Thomas Schmidt describía en *Straight and Narrow* (ver capítulo 1). Algunos terapeutas

empezaron a tratar en sus consultas a hombres y mujeres con un alto grado de atracción homosexual que no eran todo lo felices que se suponía que debían ser con su tipo de vida. Estos terapeutas empezaron a sospechar que la atracción homosexual podría, posiblemente, ser disminuida e incluso eliminada terapéuticamente. A pesar de la oposición de la APA, que mantiene que «la evidencia científica no muestra que la terapia de conversión funcione y que puede hacer más daño que bien», estos terapeutas han empezado a tratar a hombres y mujeres de su atracción homosexual y a documentar dicho trabajo. Escribe un terapeuta en un artículo presentado a la Asociación Nacional para la Terapia Reparadora de la Homosexualidad -National Association for the Reparative Therapy of Homosexuality- (NARTH):

«La decisión de la APA despatologizando en 1973 la homosexualidad fue una decisión política. Incluso algunos escritores simpatizantes de la posición pro-gay están de acuerdo con ello (Bayer, Mass, Lewes). Aunque ambos lados afirman que, basados en sus propios argumentos, habrían salido vencedores en la discusión, el caso es que dicha discusión nunca tuvo lugar.

Durante los tres últimos años, me he percatado especialmente de que el punto de vista sobre la homosexualidad de los terapeutas pro-gay penetra en las escuelas profesionales y, consecuentemente, en las opiniones de los profesionales que se han graduado en esas escuelas entre los últimos diez y quince años. No habiendo sido nunca expuestos a un diálogo entre las dos partes de la cuestión, ni a los resultados documentados de la terapia con hombres que buscaban cambiar su orientación sexual, estos profesionales tienden a responder de un modo casi reflejo que me causa una gran preocupación (Paul Popper, «Coming Out of the Closet: Why I Decided to Treat Homosexuals Who Want to Change Their Orientation», NARTH Conference, 1995)».

La condenación de los activistas gays y lesbianas y de la APA no se hizo esperar y fue corrosiva. No decían únicamente que la mayor parte de la gente que quería disminuir o cambiar su orientación homosexual no era honesta, sino que los terapeutas que intentaban ayudarles eran ipso facto faltos de ética. Los activistas mantienen que los problemas que las personas activamente homosexuales experimentan no tienen nada que ver con la atracción o comportamiento homosexual, sino que son un fallo de los prejuicios y errores sociales. La APA también mantiene que la terapia que intenta disminuir la atracción homosexual no puede basarse únicamente en la medida de algo objetivamente identificable como es la conducta, sino que debe, en cambio, intentar medir el completo arco de la respuesta humana relacionada con el problema. «Cambiar la orientación sexual de una persona no es solamente una cuestión de cambiar su comportamiento sexual -sostiene la organización-. Se requeriría alterar los sentimientos emocionales, románticos y sexuales así como reestructurar la propia concepción personal y la identidad social» (APA, «Statement on Homosexuality», julio 1994).

Simultáneamente, los enfoques más religiosos sobre el cambio de orientación homosexual han madurado poco a poco, desarrollando una comprensión más profunda del tema. Muchos reconocen ahora que hay un elemento fundamental de gracia cuando uno se dirige a partes tan profundas de la psique, de la identidad sexual y de la persistente atracción homosexual. Muchos han llegado a comprender también que esto gira alrededor tanto de las inclinaciones como de las acciones, por lo que no hay que precipitarse. Por ejemplo, los hombres que cambian sus vidas de actividad homosexual por vidas de actividad heterosexual fuera del matrimonio no están necesariamente mejor, ni espiritual, ni física ni emocionalmente. Tampoco lo está un hombre o una mujer joven que abandona la actividad homosexual por saltar rápidamente al matrimonio. Incluso si se trata la atracción homosexual, los especialistas están empezando a darse cuenta de que el matrimonio es en sí mismo una vocación complicada y exigente que pide cuidado, precisión y tiempo. No se trata necesariamente de algo abierto a todo el mundo, sea cual sea su orientación sexual. Estos movimientos basados en enfoques religiosos que buscan ayudar a las personas a disminuir o eliminar la atracción homosexual de sus vidas han llegado a comprender que, aunque Dios puede actuar siempre de modo portentoso, las cuestiones relacionadas con la atracción homosexual son profundas, complicadas y a menudo dolorosas.

Mientras que la configuración del debate ha cambiado bastante, la parte práctica es más o menos la misma. Quienes viven con atracción homosexual debaten aún con los profesionales de la medicina sobre el contenido de sus vidas, pero esta vez desde una perspectiva diferente. Aunque lo que se busca no es ya una aprobación médica de lo que es, esencialmente, una identidad construida alrededor del dormitorio, estas personas se encuentran ante una Asociación Americana de Psiquiatría (APA) politizada y dogmática y respaldada ahora por una clase dirigente activista. Comprensiblemente, muchas de estas personas se sienten como inválidas al constatar una verdad en sus vidas que contradice lo que solo puede describirse como un dogma secular. La mayoría de las personas que conozco que han experimentado una disminución de su atracción homosexual no están muy dispuestas a hablar de ello, intimidadas por el pensamiento de ir contra esos médicos que buscan más etiquetarles y estigmatizarles que escucharles. Sin embargo, están sacando adelante sus vidas con los cambios que han experimentado y dan gracias a Dios y a quienes les han ayudado.

Mi investigación y experiencia en este tema me ha llevado a concluir que un enfoque más saludable, honesto y útil debería incluir los elementos siguientes:

En primer lugar, a mucha gente con atracción homosexual le ayudaría el que la Asociación Americana de Psiquiatría (APA) adoptase una visión más neutral y menos dogmática en la cuestión relativa a la disminución de la atracción homosexual. La APA y los activistas gays y lesbianas deberían admitir que la atracción y la identidad homosexual no están fijadas como si estuvieran grabadas en piedra, como se ha creído durante mucho tiempo y ha sido incluso escrito en los tan criticados (aunque nunca en este punto) estudios Kinsey, sino que es mejor entenderlos como un continuum. De manera similar, a mucha gente que vive con esta atracción le ayudaría que la APA y los activistas admitieran que el lugar de una persona en este continuum no es necesariamente fijo, sino que puede variar con el paso del tiempo, y de hecho lo hace. Admitir esto no era algo tan fuera de lo común en mis tiempos de activista y, de hecho, salía a relucir para explicar todo, desde el abandono de matrimonios y relaciones heterosexuales de larga duración hasta la bisexualidad.

En segundo lugar, los criterios de la APA acerca de lo que cuenta como «cambio de orientación» son, en mi opinión, irrealistas e innecesariamente rígidos. Por hacer una comparación, consideremos una persona que ha estado fumando cigarrillos durante décadas. Tras muchos años, se le aconseja dejarlo. Sin embargo, el hábito de fumar está profundamente asentado. La investigación ha identificado que dicho hábito tiene un componente biológico y que lo mejor que puede hacer dicha persona es pasar de fumar dos cajetillas de cigarrillos al día a fumar dos cigarrillos al mes. Peor aún, si ve a otras personas fumando, el deseo de un cigarrillo persiste aún. No se le puede llamar legítimamente «no fumador», pero nadie que vea la situación diría honestamente que la vida y salud de esta persona no ha cambiado. De igual manera, alguna gente que trabaja por disminuir su atracción homosexual experimenta grados parecidos de cambio, pero, según la definición de los activistas, el cambio en sus vidas no se reconocería. Un modo más realista, compasivo y auténtico de mirar ya sea una terapia o un consejo basado en la fe, reflejaría la realidad de que los grados de cambio a lo largo del continuum son tan válidos como las variaciones en la identidad y en la atracción.

En tercer lugar, las personas que han experimentado una disminución o desaparición de la atracción homosexual en sus identidades, en sus personalidades y en sus vidas no merece ser estigmatizada o que se ponga en cuestión su fuerza de carácter. Estos ataques son particularmente ultrajantes, anti-intelectuales y mezquinos. Implica un enorme rechazo a enfrentarse a la realidad, adoptando, al contrario, un punto de vista sobre la vida de las personas basado primordialmente en los prejuicios. La atracción homosexual no puede disminuir, según sostiene la teoría; por ello, la gente que ha experimentado esa disminución en sus vidas debe estar mintiendo, estar desilusionada o se ha engañado a sí misma.

Prejuizar la situación de un modo tan fuerte puede incluso llevar a algunos profesionales pro-gay a hacer mal a mucha gente a la que están teóricamente dedicados a ayudar. A principios de marzo de 1997, yo estaba sentado en una sala de reuniones de un hotel de

Pittsburg, Pennsylvania, con unas cuatrocientas personas, en su mayoría con atracción homosexual, en una conferencia organizada por la asociación New Ways Ministry. Uno de los principales conferenciantes, el Dr. Richard Isay, un psiquiatra abiertamente gay, dijo al auditorio que la gente casada que vivía con atracción homosexual estaba violando su naturaleza y, en resumen, estaban enfermos si elegían continuar casados. Después de la charla, noté que uno de los hombres que estaba en mi mesa parecía especialmente turbado. Me acerqué a él en el descanso para preguntarle si le sucedía algo. «Carl» indicó que se sentía muy turbado y confundido por la charla de Isay. Estaba casado, decía, y era padre de dos niñas pequeñas a las que amaba mucho. El solo pensamiento de abandonarlas «hace que quiera llorar», dijo, añadiendo que había venido a la conferencia para comprender mejor su atracción homosexual subyacente y no tanto para justificarla, y mucho menos aún para ser llamado enfermo por la fidelidad a sus promesas matrimoniales. Carl, como tantos otros, vio envuelta su propia experiencia de atracción homosexual dentro de los planes de otra persona. Espero firmemente que, poco a poco, todos, sin importar el lado de la cuestión en la que estén, se acuerden de los individuos realmente afectados por estos temas cuando se discute de la atracción homosexual y de las políticas y procesos que se supone que tratan de este tema.

Al final, igual que muchos hombres y mujeres continúan actuando según su atracción homosexual, muchos otros continúan buscando ayuda tanto de los terapeutas como de las ayudas basadas en la fe. Su profunda insatisfacción para llevar vidas activamente homosexuales no puede ser acusada simplemente por una cultura general abiertamente hostil o que les desaprueba. Los problemas relacionados con la homosexualidad activa tienen mucho más que ver con la actividad homosexual que con el entorno que la circunda. Tanto si la comunidad activamente homosexual quiere reconocerlo como si no, las experiencias de muchas personas que viven con atracción homosexual se parecen a las descritas en las siguientes cartas y citas.

«Yo tuve un estilo de vida gay durante ocho meses. Me sentía liberado por dentro porque me había aceptado a mí mismo, pero no tenía paz en el entorno que me rodeaba. Pensaba que la gente gay era igual que la gente heterosexual que yo conocía... No lo era. No me gustaba en absoluto ese ambientillo de club. A través de un par de personas que encontré, conocí un poco más sobre el mundo gay. Aprendí que había muy poca fidelidad, y parecía que la mayoría de la gente en estos bares, especialmente uno en..., era muy inmadura, como si fuesen chicas de dieciséis años en un baile del instituto. Todo el mundo conocía las cosas de los demás. Los hombres gays parecían ser extremadamente materialistas, muy preocupados por su apariencia exterior, y los pocos que encontré no tenían ninguna profundidad. Más importante era incluso para mí el hecho de que había muy poca preocupación por el riesgo de contraer el VIH. La gente tenía sexo oral preocupándose muy poco de la enfermedad. Empecé a pensar que quizá yo estaba un poco loco por preocuparme tanto. Ahora no lo creo para nada.

Tras los primeros cuatro meses con este estilo de vida, encontré un tipo que parecía ser lo que yo había estado buscando. Era masculino y parecía tener un cerebro en su cabeza. Hablé con él por teléfono un par de veces y al final estuvimos juntos. Podría entrar en muchos detalles, pero lo dejaré para otras cartas. Al principio, era fantástico. A todo el mundo le gusta que le halaguen. Estaba tan feliz con esta persona de veintidós años que pensé que nos iríamos a vivir juntos para que él pudiera ir a la escuela en el norte, dado que él vivía en... Bueno, tras el primer mes de relación, empezó a mostrar otras caras de sí mismo que no me gustaron en absoluto. Tenía muchos cambios de carácter, siempre me estaba pidiendo que le llevara cosas del dormitorio, de la cocina o del coche, como si yo fuera un sirviente. Era muy sarcástico y le gustaban mucho las cosas materiales. Básicamente, intenté aceptar todo lo que no me gustaba de él en vez de hablarle sobre ello, pero él no podía hablar de cosas serias sin sentirse incómodo. Me iba dando cuenta de que ese hombre no era en nada como yo. Pienso que era porque yo era cristiano desde el séptimo curso, y ahora, con veinticinco años, la mayor parte de las cualidades con las que Dios había bendecido mi personalidad estaban profundamente enraizadas. Tras otros dos meses de conflicto creciente, intentando sentir amor por este hombre, me di cuenta de que no confiaba en su carácter porque tenía muy poco.

Había estado poco dispuesto a hacerse un test del VIH a pesar de saber que yo era un paranoico con ese tema y de que se lo había pedido muchas veces. La falta de confianza fue creciendo. Yo no podía aguantar más y rompimos. Me dije a mí mismo que tras esa relación no iba a volver a sumergirme en ese estilo de vida. En el breve período de vida al estilo gay, fui testigo de lo que era la falta de Dios, y cómo estaba tan en desacuerdo con un grupo de personas del que había formado parte. Ahora me enfrento a mi problema principal. Soy una persona muy sensible. Tengo sentimientos muy profundos, una personalidad de artista. Este tipo era la primera persona con la que yo había intimado. Tuvimos relaciones sexuales. Estuvimos muy unidos. Era algo muy fuerte. Solo ahora comprendo por qué Dios no quiere que tengamos ocasionalmente relaciones sexuales con gente a la que no estamos unidos por el matrimonio. El apego emocional que el sexo causa puede nublar tu mente y hacerte actuar por pura emoción, sin lógica alguna en tus pensamientos e intenciones... » (De una carta privada enviada al autor).

Generalmente, estos problemas no disminuyen con el paso del tiempo en la relación, como documentan los investigadores, algunos de los cuales apoyan la actividad homosexual de los demás o toman parte ellos mismos en ella. Una relación estable entre hombres gays puede parecer «relativamente normal» a los vecinos, pero es muy diferente de un matrimonio monogámico. Dos investigadores sociales activamente gays, David McWhirter y Andrew Mattison, pasaron cinco años estudiando 156 parejas masculinas -312 individuos- «en relaciones amorosas que duraban entre uno y treinta y siete años», y publicaron los resultados en 1984 en su libro *The Male Couple: How Relationships Develop*. Al principio de muchas de estas relaciones, los investigadores encontraron que muchas parejas hablaban sobre la fidelidad sexual, pensaban sobre ella y tenían esperanza de vivir conforme a ella. «Mis padres fueron fieles mutuamente, y espero que nosotros también lo seamos», decía un hombre, expresando un ideal frecuente. Pero estas esperanzas, según documentan los autores, son simplemente contrarias a los deseos homosexuales, y ni una sola pareja mostró fidelidad sexual durante más de cinco años.

Marshall Kirk y Hunter Madsen admiten unos hallazgos similares en su obra de 1990 *After the Ball*, lamentándose del hecho de que:

«Las relaciones entre hombres gays no duran mucho, en general. Sin embargo, la mayoría de los hombres gays están genuinamente preocupados por su necesidad de encontrar un amante. En otras palabras, todo el mundo busca, pero nadie encuentra. Entre las parejas gays «permanentes», el impulso rebelde es inevitable. Sí, ese impulso rebelde es tan inevitable en las relaciones hombre-hombre como en las relaciones hombre-mujer. La diferencia es que para los gays empieza a revelarse más rápido. Es un aspecto desastroso de la naturaleza humana el que, pronto o tarde, no importa lo afortunados que seamos, el pájaro que sobresale en el pubis empieza a mostrarse más llamativo que el que sostenemos en la mano. Y, no importa lo feliz que un hombre gay sea con su pareja, al final, acabará yéndose (a buscarse otro)».

A diferencia de muchos que han vivido con atracción homosexual, yo no he estado especialmente preocupado sobre cómo podía haber ocurrido. Sin duda, como los demás, me sentía curioso sobre el fenómeno e iba tramando mi propia teoría acerca de lo que habría llegado a pasar, pero no me acuerdo de estar tan obsesionado con la cuestión como estaba Edmund White, que declaró que «seguramente algo tan ubicuo requiere una explicación».

Pero, a pesar de que nunca me había sentido urgido a zambullirme en la profundidad de mí mismo en busca de respuestas, el hecho de que yo nunca había elegido sentir hacia los otros chicos y hombres lo que sentía, seguía siendo el único dogma de mis inicios que se mantuvo firme como el granito. Más tarde, cuando las horas de formación, de lecturas, de oración y reflexión sacaron a la luz algunos hechos de mi propia vida, llegué a darme cuenta de algunas experiencias clave que, probablemente, tuvieron un impacto en el desarrollo de mi atracción homosexual. Y, si soy honrado, debo admitir que, si hubiera tenido la oportunidad de cambiar esas experiencias, lo habría hecho. Pero en general, incluso teniendo en cuenta las partes de mi vida que parecen catastróficas, no creí que hubiera cambiado

significativamente mi suerte.

Yo no era el único que me mostraba tan reacio a esos cambios. Una de mis conversaciones más largas e interesantes con amigos varones con atracción homosexual, cuando yo era aún un activista homosexual, tuvo lugar en una noche en que disfrutábamos de una botella de vino en medio del naufragio de una buena comida.

-¿Qué pasaría si alguien ahora trae una caja con un botón en el medio y la pone en medio de la habitación, en medio de esta mesa diciendo: aprieta este botón y serás normal, heterosexual, tan atraído por las mujeres guapas como lo eres actualmente por los hombres? ¿Apretarías el botón?

La conversación sobre la cuestión duró hasta bien entrada la noche, pero al final ninguno optó por el cambio. No es que la vida homosexualmente activa nos entusiasmase -todos habíamos estado merodeando suficientemente por el gueto gay-, sino que todos preferíamos vivir con demonios que conocíamos antes que abrir la puerta a demonios desconocidos y que no nos eran familiares.

Así que se puede imaginar mi sorpresa, e incluso consternación, cuando apenas cinco años más tarde me di cuenta de que me sentía tan atraído por una mujer con la que trabajaba que quería pedirle una cita. Aunque, en aquel momento, la atracción por Katherine me pareció desconcertante e incluso algo alarmante, mirando ahora hacia atrás pienso que no debería haberme sorprendido tanto. Katherine tenía muchas de las características que me parecían atractivas en una mujer: Experiencia de las dificultades de la vida, lo que le había llevado a profundizar en su fe en Cristo; una inteligencia marcadamente intuitiva acompañada de una mente curiosa y determinada; y varios años vividos en Nueva York, que la habían abierto a muchos tipos diferentes de personas. Lo más curioso para mí, de todos modos, era que su pelo y su silueta también me atraían.

Mi colega Paul, un hombre de familia, católico, se puso firmemente del lado del romance.

-Venga, Dave. Tío, tienes que preguntarle si le gustas. Todos los tíos odiamos preguntar. Tienes que tener coraje y hacerlo.

Pasaron unos días de indecisión y de impulsos. Finalmente, tras mucha oración y con el estómago encogido, me dirigí a su despacho. En el camino, me encontré con una colega que conocía bien a Katherine y la empujé rápidamente dentro de un despacho vacío.

-No preguntes nada ahora. Solo dime: ¿Hay alguien que le guste seriamente a Katherine?

-Sí, eso creo... Tiene novio, ¿por qué?

-¿Es algo serio?

-Sí, creo que es bastante serio. ¿Por qué? -preguntó con una ligera sonrisa asomando a su cara-. ¿Tiene David una novia?

-No, no seas ridícula -dije-. Es solo un malentendido, creo -y me volví a mi despacho.

-Mira -dije a Paul más tarde-, ha sido, obviamente, un error. No hay ningún heterosexual en ciernes en mí.

Obviamente me había equivocado, pensé. Si el hecho de ser atraído por Katherine hubiera venido de Dios, ella habría estado disponible al menos para salir una vez. Algo más debía haber estado ocurriendo sin que me diese cuenta. Como el personaje de Scrooge de Dickens en la Nochebuena, yo estaba demasiado dispuesto a acusar el fenómeno de la atracción hacia Katherine como el resultado de haber tomado algo en malas condiciones o de cualquier otro factor externo. Katherine y yo seguiríamos siendo buenos amigos y eso sería todo. Cualquier sentimiento extraño que yo hubiera tenido cuando ella estaba cerca, se reía, se echaba hacia atrás el pelo o me disparaba una indirecta, yo lo habría atribuido a algún otro fenómeno. Ningún elemento nuevo, pensé para mí, se introduciría en la vida de este perro viejo. Y, con bastante seguridad, el paso del tiempo parecía ir corroborando mi decisión de no preguntarle nada. Su novio le propuso matrimonio y Katherine aceptó. Ellos fijaron la fecha que se iba acercando cada vez más hasta que, finalmente, en su último día de trabajo antes

de la boda llegó y me la encontré fuera de mi despacho con dos tazas de café.

-¿Puedo entrar?

-Claro, por supuesto. Siéntate, por favor -dije, señalando a la única silla libre en mi, por otro lado, totalmente desordenado despacho. Hablamos de cosas obvias, confortantes, el tipo de conversación que podía ofrecerle ya que ella parecía nerviosa e insegura. De repente, me encontré suprimiendo un deseo casi irresistible de abrazarla, de tranquilizarla de alguna manera y hacerla sentir que todo iba a ir bien. En cambio, me escuché balbuciendo repentinamente:

-Katherine, creo que eres la mujer más amable, compasiva, inteligente y guapa de la oficina, y si existiera alguien en mi vida con la que me gustaría casarme, esa serías tú.

Entonces, como yo había permanecido de pie, tuve que sentarme.

-Debe de haber algo en el café -murmuré a la taza. Luego alcé la vista. Ella estaba fuera de su asiento, de pie, mirándome tranquila y yo suspiré profundamente. Entonces se me acercó, me besó en la mejilla y abandonó el despacho. Dos días más tarde, se casó y yo me quedé con la comprensión inequívoca de que algo importante y nuevo estaba echando raíces en mi vida, lo quisiera o no.

Tenía una ligera idea de lo que realmente quería hacer desde entonces en adelante. Un par de amigos estaban en esa época buscando un cambio de orientación a través de la terapia pero yo no estaba seguro de que yo tuviera los recursos emocionales y financieros necesarios para emprender ese camino. Además, todos los que yo conocía que habían experimentado una disminución de la atracción homosexual, la habían buscado fervientemente. En cambio, yo me sentía tibio e incluso indiferente a esa idea. En mi propia vida, el concepto había más o menos caído del cielo.

Sin saber lo que hacer, dejé pasar el tiempo, notando, al principio con sorpresa y después con creciente apreciación, que otras mujeres -de nuevo aquellas que tenían unas características parecidas a las de Katherine- me cautivaban de vez en cuando. A pesar de que, ciertamente, no me hacía ilusiones pensando que toda mi atracción hacia los hombres había desaparecido (también me llamaba todavía la atención un tipo guapo sin camisa en un cálido día de verano), tenía que admitir una mayor bisexualidad en la atracción si no en la identidad.

Continuaba siendo, en general, inconsciente de los cambios que Dios iba realizando en mí -y ciertamente seguía siendo inocente de iniciarlos-; empecé a hacer cambios en mi vida que profundizaron mi consciencia y mi identificación con la heterosexualidad.

En primer lugar, me hice amigo de Mike, el hombre más remarcable que haya conocido jamás. Aunque el hecho de que escriba sobre él aquí puede avergonzarle muchísimo, no se podría apreciar realmente el modo en que la atracción homosexual había desaparecido de mi vida sin mencionar su amistad. Esencialmente, el papel de Mike en mi vida ha sido el de aceptar, afirmar y animar mi identidad como hombre, en particular, como hombre católico. No se trata de algo que haya hecho, en mi opinión, conscientemente, aunque nunca hemos hablado de ello. Más bien, es algo que ha fluido de su mirada y preocupación por mí como ser humano. Principalmente, Mike ha tenido la gracia de mirarme de un modo en que muchos otros, por ejemplo, mi familia o incluso yo mismo, nunca me habían mirado y ni siquiera imaginado. Como Mike es un hombre activo al que le encanta el deporte y es también un profesor paciente y un católico, gran parte de nuestra amistad se ha desarrollado en torno a los deportes y a la fe. Desde que nos conocemos he hecho cosas que parecían tan inverosímiles, que iban de modo casi excesivo contra la tendencia de mi antigua identidad, que mi fe en la confianza que Mike tenía en mí me proporcionó lo único que me podía hacer continuar. Muchas conversaciones con Mike habían acabado con esta frase suya que me causaba una mezcla de deseo y miedo: «David, sé que puedes hacerlo. Confía en mí».

La bicicleta de montaña, la escalada, el fútbol, tanto con adultos más mayores que yo o

con estudiantes de universidad, las carreras de orientación, las carreras de bici de más de cien kilómetros, las excursiones en medio de un tiempo gélido y la participación en otras competiciones, han sido parte de mi amistad con Mike y todo ello ha contribuido, en parte, a separarme de una identidad basada en la atracción homosexual. Por supuesto, sería simplificador e incluso un poco idiota atribuir a los deportes el cambio principal en la atracción y la identidad. Sé que ha habido más de unas cuantas estrellas del deporte cuya identidad, en gran parte, se ha basado en la atracción homosexual. Pero en mi vida ha sido principalmente el mundo del reto físico y de la búsqueda del límite y de la resistencia lo que ha jugado un papel central obstaculizando la comprensión de mí mismo como hombre. Ahora, gracias en parte al ánimo de Mike y a su fe en mi capacidad, dichas limitaciones han desaparecido en gran medida, y con ellas gran parte de mi atracción homosexual. Mi identidad primaria ya no es en absoluto la de ser homosexual o la de encontrarme, fundamentalmente, atraído por las personas de mi mismo sexo.

En segundo lugar, para ahorrar dinero con la gasolina, tiempo y para evitar el cansancio del coche, empecé a vivir con Mike y con la joven familia de su hermano. Andrew, el hermano de Mike, y su esposa Regina necesitaban alquilar una habitación a alguien para ayudar a sufragar los gastos del mes, y yo necesitaba un lugar donde vivir en vez de hacer un largo viaje de vuelta a casa cada noche. Vivir con Mike, Andrew, Regina y sus dos hijos, Caleb y Rose, me hizo experimentar el gozo auténtico de una vida familiar fuerte, funcional y amante. ¡Cómo me hizo abrir los ojos la experiencia de vivir con una familia cuyos padres aman genuinamente a sus hijos y no temen hacérselo saber! ¡Qué bien me sentía al compartir con ellos cada noche el rezo del rosario! Al principio lo hice no porque yo fuera un devoto del rosario, sino porque atesoraba en mi interior la pacífica visión de cómo una madre ama a sus hijos. Y lo que era más importante aún, empecé a entender y a ver en realidad cómo la paternidad podía ser algo muy diferente de lo que había visto en mi propia vida. Cada noche, Andrew bendecía a Regina y a los niños. Cada noche, toda la familia compartía una intimidad y una aceptación total que yo, con una experiencia familiar tan diversa, consideraba como hermosa y tierna. Paulatinamente, en un profundo lugar de mi corazón, muchos de mis prejuicios contra la vida familiar y muchos de mis recuerdos hirientes empezaron a desaparecer.

Descubría que estos dos fenómenos, mi experiencia viviendo en una familia católica al menos una parte del día, y mi amistad con Mike, eran particularmente habituales en los hombres que experimentaban diversos grados de disminución de la atracción homosexual. El doctor Gerard Van den Aardweg, un psicoterapeuta holandés que había estado ayudando a hombres y mujeres a disminuir su atracción homosexual desde 1963 en su consulta de Amsterdam, publicó en 1997 *Homosexualidad y esperanza: Terapia y curación en la experiencia de un psicólogo* (Eunsa), un libro del que había oído hablar en una conferencia católica. El trabajo de Van den Aardweg me interesaba en parte porque parecía una síntesis de lo que otros terapeutas ya habían hecho en este campo. La terapia reparadora, como muchas otras terapias, es conocida por el público, en general, en la medida en que tiende a ser algo controvertido y competitivo entre sus practicantes. Cada uno se adhiere bastante firmemente a sus teorías y a veces denuncian ardientemente las de los demás. La posición de Van den Aardweg, al contrario, parecía menos interesada en defender una teoría que en ayudar a la persona que lo necesitaba, citando abundantemente a otros investigadores de ese ámbito. El enfoque de Van den Aardweg me atrajo también porque, a diferencia de todos los demás, avalaba mi desconfianza casi instintiva hacia la terapia y los terapeutas. Van den Aardweg escribe en *Homosexualidad y esperanza*:

«Si no me equivoco, la «psicoterapia» ha gozado de sus mejores años. El siglo XX ha sido la época de la psicología y de la psicoterapia. Se creó una gran expectativa, que prometía nuevos y grandes descubrimientos en la mente humana, nuevos métodos de variación de la conducta y curaciones de problemas y enfermedades mentales. Sin embargo, las cosas se han producido de otro modo. Muchos de los «descubrimientos», como muchas de las ideas de las escuelas freudianas y neofreudianas, se han revelado como ilusorias -a pesar de que encuentren defensores tenaces-. La psicoterapia no ha ido mejor... La «psicoterapia», si es buena, puede ofrecer algunos puntos de valor intuitivos sobre los orígenes y la estructura de emociones problemáticas y de los hábitos sexuales, pero no

descubrimientos que provoquen un cambio inmediato. Por ejemplo, ninguna psicoterapia puede proporcionar una liberación repentina, como ciertas «escuelas» han pretendido, de recuerdos y emociones reprimidos que causan bloqueos.

Tampoco hay atajos a través de las técnicas de aprendizaje ingeniosamente inventadas basadas en nuevos conocimientos supuestos sobre las leyes del aprendizaje. Lo que se requiere es mucho sentido común y silenciosa o cotidiana perseverancia».

En cambio, el escepticismo de Van den Aardweg sobre la psicoterapia no lo desprecia todo. En su estilo sobrio, casi brutalmente firme, expresa su confianza en las intuiciones y en los elementos del «sentido común» que las personas pueden aprender de la experiencia colectiva de la psicoterapia. Incluye un método que los profanos en la materia pueden aplicar para disminuir la atracción homosexual, describiendo un enfoque que, por casualidad, incluía algunos elementos ya presentes en mi vida. Describe de qué modo una persona no docta en la materia puede servir como «terapeuta» para quienes intentan disminuir la atracción homosexual en su vida.

De nuevo en Homosexualidad y esperanza:

«Así que para mucha gente que quiere cambiar pero que no puede encontrar una ayuda profesional, el «terapeuta» puede ser una persona que tenga una buena dosis de sentido común e intuiciones psicológicas normales, alguien que sepa observar y que tenga cierta experiencia guiando a la gente. Dicha persona debería poseer una buena inteligencia y ser efectiva al establecer una relación. Por encima de todo, debe tener una personalidad normal y equilibrada, y certezas morales sanas... Aconsejaría a la persona homosexualmente afligida que busque una persona que piense que tenga bastantes de las cualidades enunciadas para guiarle. Permita que el deseado terapeuta amateur le observe como un viejo amigo que le quiere ayudar, como un padre, sin pretensiones científicas, como alguien que usa su cabeza y una sabiduría humana normal».

Esta descripción, por muchos motivos, se correspondía perfectamente con Mike, y, cuando leí el libro de Van den Aardweg, me di cuenta de hasta qué punto, sin ni siquiera darme cuenta, yo había estado trabajando para atenuar la atracción homosexual en mi vida. El simple hecho de derribar algunos de mis prejuicios sobre mí mismo y de lo que yo podía o no podía hacer, junto con el hecho de ser amigo de Mike, me había puesto sobre el buen camino. Es sintomático, por ejemplo, que, después de que Mike accediese a leer el libro y se diese cuenta del papel que jugaba en mi vida, su conducta hacia mí no cambió visiblemente. Yo ya había hecho más muchas de las cosas que Van den Aardweg decía que yo necesitaba.

Las sugerencias de Van den Aardweg actuaron con tanta fuerza en mi vida porque, de muchas maneras, solamente aplicaban una sabiduría antigua a un problema contemporáneo. Diversos pensadores que van desde Sócrates hasta los Apóstoles, los Padres del Desierto y los santos habían animado a sus seguidores y contemporáneos durante mucho tiempo a llevar una vida de autoconocimiento y examen, y dicho examen proporciona el primer paso del programa sugerido por Van den Aardweg. Debo admitir que el uso de cuestionarios específicos que ayudaban a sondearme me llevó a enfrentarme a recuerdos difíciles. Van den Aardweg me ayudó a armarme con el autoconocimiento y la comprensión que me ayudaron a enfrentarme a actitudes y prejuicios profundamente asentados en mí. Mike colaboraba con sus generosas dosis de buen humor, de ánimo, de confianza y de amor. Paulatina y lentamente, como un arbusto que se va abriendo camino en la tierra seca, he llegado a una identidad heterosexual que, aunque, ciertamente, no es perfectamente madura o formada, ha sido al menos capaz de afrontar las vicisitudes de la vida.

A pesar de la fuerza que el programa de Van den Aardweg ha tenido en mi vida, no sé si recomendarlo abiertamente a todo el mundo y en cualquier circunstancia. El inglés no es la lengua materna de Van den Aardweg. Este hecho y una profunda convicción en sus

observaciones y experiencias hace su escritura brusca y sus intuiciones a veces difíciles de escuchar. Un amigo me escribió en referencia a Homosexualidad y esperanza: «Leyendo el libro fui demasiado rápido, una vez que dejé de tirarlo contra el muro cada diez páginas».

Además, como todas las batallas contra una conducta fuertemente asentada, todo el que emprenda este trabajo ha de estar especialmente agraciado para tener un deseo enorme de llevarlo a cabo. Solo tras haber experimentado esta sanación, comprendí el pasaje del capítulo cinco de san Juan:

«Hay en Jerusalén, junto a la Probática, una piscina que se llama en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paráliticos... Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: ¿Quieres curarte?» (Jn 5, 2.3.5-6).

La sanación significa cambio y crecimiento. El cambio y el crecimiento son buenos, pero son también dolorosos. No me refiero, simplemente, a que el mirarse de cerca y honestamente revele nuestras miserias e imperfecciones, sino que el nuevo modo de vida ofrece a menudo un gozo más duradero, pero menos felicidad pasajera. Aunque me cueste admitirlo, la honradez me pide que confiese que muchas veces, durante este proceso, me volví hacia Dios con ira y cansancio, diciéndole que, al menos hasta entonces, ya había llegado todo lo lejos que nunca habría podido imaginar. Pero, tras algo de descanso, oración y, a menudo, el sacramento de la reconciliación, había retomado la batalla y continuado adelante. Como Simon y Garfunkel escribieron en una de mis canciones favoritas acerca de un boxeador: «lo dejo, lo dejo, pero el luchador permanece aún».

Originalmente, no planeé incluir este capítulo en el libro. La experiencia de la sanación en mi propia vida ha sido algo tan personal, tan cercano a mi propio centro, que yo tenía un buen argumento para guardármelo para mí. También, toda la cuestión de la curación es tan volátil y germen de división que decir algo sobre ella, en especial algo personal, solo puede traer problemas. Escribo esto sabiendo que, diga lo que diga sobre mi sanación, será mal comprendido. Algunos dirán:

-Oh, pobre hombre, ha sido sin duda engañado o puede ser incluso un mentiroso. No puede haber curación. Debería simplemente calmarse y aceptar su homosexualidad.

Ningún grupo, ya sea de detractores o de gente a favor, estará contento con lo que he dicho.

Incluso mientras escribía este capítulo, la controversia ha turbado la calma del verano. Un cierto número de grupos cristianos, algunos directamente envueltos en el ministerio de la sanación y otros no, ha dado un paso adelante poniendo anuncios a toda página en los principales periódicos de América sobre este tema. Los anuncios ponían de relieve a ciertas personas cuya experiencia había sido muy similar a la mía, aunque cada caso era diferente en los detalles particulares. La reacción tanto de los activistas dirigentes de los derechos de los gays y lesbianas y sus atrincherados intereses en la APA ha sido tan previsible como triste. Los anuncios eran ejemplos de «odio», decían ellos, y no presentan ninguna preocupación en absoluto por los individuos, representando, en cambio, un interés político opresivo y arrogante. Andrew Sullivan decía en un escrito del New York Times relativo a los anuncios:

«La campaña es claramente un movimiento desesperado por cambiar los términos del debate sobre la homosexualidad, un debate que la derecha religiosa ha estado perdiendo constante e inexorablemente durante dos décadas. Los líderes de la extrema derecha se dan cuenta de que, a menos que redefinan la homosexualidad como una enfermedad patológica, es solo cuestión de tiempo que la lógica de protección de los derechos civiles abrace a un grupo que ellos consideran peligroso».

Sin embargo, Sullivan, contagiado él mismo con el VIH, debería haber ponderado la cuestión un poco más en profundidad antes de escribir esas frases. Si la «derecha religiosa»

ha estado constantemente perdiendo el debate social sobre la práctica homosexual, ¿quién ha sido el ganador? ¿Los hombres y mujeres activamente homosexuales, gran número de los cuales sufren aún y mueren del VIH, y padecen de alcoholismo y otras adicciones? Una sociedad que ha prestado su complicidad a las olas de exceso sexual, tanto en su variedad homosexual como heterosexual, ¿se ha portado mejor realmente con la gente que vive con atracción homosexual? Sullivan admite que «tenemos nuestros problemas -en particular, los hombres gays- pero los problemas son claramente problemas humanos: de amor, de compromiso, de sexualidad e intimidad». Pero, en su visión dogmática, estos problemas no tienen su raíz en la homosexualidad como tal, y esto le lleva a titular su columna: «Han cambiado. Eso dicen».

He escrito lo que ha ocurrido porque es verdad y porque alguien tiene que dar un paso adelante y ser testigo de la realidad del poder de Dios en la vida de un individuo. No puedo decir la razón por la cual he experimentado la sanación que tengo. No sé por qué los otros no la tienen. No puedo decir que creo que la disminución dramática de la atracción homosexual sea posible en todas las personas o que pueda ser confiada a otras personas distintas de las que viven con dicha atracción. Sin embargo, debo dar testimonio de que, a pesar de la complicada red de heridas reales e imaginarias, anhelos profundos y falta de sinceridad, dudas, caídas y deseos, Cristo ha tomado la iniciativa con el conocimiento, los recursos y con los amigos sabios y amables que yo necesitaba para liberarme. Por ellos estoy profundamente agradecido.

Al final, la idea de fondo es que la disminución de la atracción homosexual es posible al menos para algunas personas. Ahora el debate en la Iglesia y en la sociedad debe girar en torno a la cuestión de si es más compasivo declarar que la identidad de las personas está fijada o escuchar a estas personas cuando dicen que sí, que quieren intentar ser sanadas.

Capítulo 7

UNA EXTENSIÓN COMO LA DEL GRAN CAÑÓN

«Nada de dinero, nada de amor y un jefe», he aquí una interpretación del sur del Bronx sobre los tres votos de la vida religiosa: pobreza, castidad y obediencia.

La enseñanza de la Iglesia frente a un mundo erotizado

Aunque pocos comprenden la profundidad de la división, un tremendo abismo separa la visión católica sobre las personas que viven con atracción homosexual de la de la mayor parte de la sociedad, así como de la de los católicos disidentes e incluso de otras iglesias cristianas. En el fondo del suelo de ese cañón se trata de quiénes son realmente los seres humanos, y la disputa se eleva, como una incisión cortante, desde su fundamento pasando por temas tan cruciales como el significado del sexo y la sexualidad, la naturaleza del amor y el destino eterno de los seres humanos. Una disputa de tan gran calibre exige mucha más

tinta de la que se puede utilizar en dos capítulos de un libro como este. Sin embargo, es esencial que las personas que viven con atracción homosexual, así como sus amigos, familias y consejeros, comprendan al menos el perfil irregular del debate.

Desde el Paraíso en adelante

Muy pronto en mi carrera como activista gay, cuando empecé por primera vez a divertirme ridiculizando a los cristianos, hice que uno de mis adversarios en la Universidad de Maryland se enfadara tanto que soltó ofendido la broma de Jerry Falwell: «Dios hizo a Adán y Eva y no a Manolo y Adán». Por supuesto, yo salté contra ese argumento, tratándolo con poco respeto porque, al menos eso me parecía, había sido lanzado con poco respeto. En cambio, años más tarde, cuando empecé a reflexionar profundamente acerca del papel de la atracción homosexual en mi vida y en mi fe, comprendí que tan desafortunada rima se basaba en una posición más profunda que la que aquel oponente sería capaz de articular o que la que yo habría querido admitir.

Una visión muy elevada, más aún, santa, de los seres humanos sostiene toda la enseñanza de la Iglesia católica sobre la sexualidad y la expresión sexual. Dios creó a los seres humanos, al menos a los ojos de la Iglesia, muy lejos de los «simios sin pelos» de los que hablaban los evolucionistas del siglo pasado. Los seres humanos somos personas en el universo, lo que quiere decir que poseemos autoconciencia, voluntad libre y un alma con un destino eterno. Los humanos, junto con los ángeles, somos las únicas criaturas en el universo capaces de actuar completamente como sujetos y objetos de acciones. Los animales y las otras criaturas del mundo natural viven principalmente ligados al instinto o a una capacidad de razonamiento reducida dictada en parte por el instinto. Esto no implica que los seres humanos tengan un derecho universal a actuar irresponsablemente hacia los animales, sino que indica que, mientras un chimpancé puede aprender a coger hormigas de un hormiguero con un pedazo de hierba, parece dudoso que se preocupe sobre si parece ridículo hacerlo así. El nivel de autoconciencia que permite a los seres humanos preocuparse tanto de su apariencia cuando hacen algo como de por qué lo hacen parece, hasta ahora, pertenecernos exclusivamente.

El Catecismo de la Iglesia Católica (CCE) dice:

«Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar» (CCE 357).

Esta libertad, esta dignidad de ser alguien y no simplemente algo, abarca la entera creación de los seres humanos, aunque los individuos humanos son libres de perder al menos algo de esa libertad mediante vínculos con otros seres humanos o incluso con otras cosas. Parafraseando a un conocido evangelista americano, un ídolo es algo, menor que nosotros mismos, de lo que no podemos separarnos. Según esta definición, muchos de nosotros somos idólatras, habiéndonos sometido al dinero, al sexo, al alcohol, a otros narcóticos o al placer. De todas maneras, un adicto es un adicto, pero no todas las adicciones son iguales y algunas son más aceptables socialmente que otras. Pero el que nuestras adicciones sean de las que aumentan la ira de nuestros vecinos o de las que dan envidia, todo eso no tiene importancia. La pérdida de libertad es la pérdida de libertad. Nuestra pérdida de libertad ante esas cosas no significa que nunca la tuvimos o, como muchos de los participantes en el programa de los doce pasos saben, que no podamos recuperarla.

La libertad humana a este propósito se extiende también a la sexualidad. Los seres humanos somos singulares entre las criaturas por el hecho de que podemos expresarnos sexualmente sin unir necesariamente esa expresión a la reproducción. Muy pocas otras criaturas hacen esto. La mayoría usan sus órganos sexuales solo durante períodos específicos en los que la reproducción es más probable, y muchos, para tristeza de los zoológicos y de los programas de planificación de la reproducción, no intentarán reproducirse

en absoluto si todos los otros factores (entorno, comida, etc.) no son perfectos. Solo los seres humanos tienen la libertad de hacer el amor y no, simplemente, tener relaciones sexuales.

Hoy día, esto no es demasiado nuevo. Mucha gente, si no la mayor parte, aprendió los rudimentos de la reproducción humana en las clases de biología del instituto o de la universidad y tenemos diversas industrias del ocio, de publicidad, medicina y tecnología cuyos beneficios dependen de que se aumente la brecha entre la expresión sexual y la paternidad. Sin embargo, en su ímpetu por honrar, más aún, obsesionarse, por uno de los aspectos del sexo y reprimir el otro, la cultura contemporánea ha descuidado una parte central del misterio de la sexualidad humana. En resumen, nos hemos cegado a la plenitud de la sexualidad y de la expresión sexual querida por Dios.

El enlace que falta

Hace unos pocos años, un director australiano y una compañía cinematográfica hicieron una película realmente mala, una especie de recorrido visual por muchos estereotipos sexuales en los que se pretendía usar el «amor natural» para contrastar, seducir y, finalmente, superar la moralidad cristiana tradicional, que la película retrataba como infundada, carente de alegría y reprimida. En la película *Sirenas*, tres supermodelos corretean en una preciosa isla tropical como amantes que cohabitan (las sirenas) con un artista que pinta versiones sensuales de obras clásicas. Una diócesis anglicana ha aceptado inconscientemente mostrar una de esas pinturas para esponsorizar una muestra de las obras del autor. Tras conocer el contenido de las pinturas, el obispo envía a la isla uno de sus ministros de confianza, con la que es su mujer desde hace relativamente poco tiempo, para convencer al artista de retirar algunos de sus cuadros más escandalosos y blasfemos. Durante el curso de su visita, tanto las sirenas como el silencioso «manitas» con pinta de Adonis seducen a la mujer del ministro que, a su vez, seduce a su marido dentro de esa atmósfera. El resultado que la película quiere mostrar es que un matrimonio se hace más fuerte gracias a la infidelidad y así, generalmente, produce mentes más abiertas y «humanas» alrededor.

La película era, realmente, bastante tonta y únicamente merece una mención a causa de la conversación que tuvo lugar después de verla junto con un amigo mío católico llamado Ray y un amigo judío de mentalidad secular llamado Dan. Cuando volvíamos a casa, todos deploramos la estética y las imágenes de la película, tan sutiles como un martillo neumático un domingo por la mañana. Pero la conversación se volvió problemática porque Ray y yo estábamos convencidos de que la película era moralmente ofensiva y Dan era incapaz de comprender nuestra preocupación. Esto llevó a una discusión bastante profunda sobre el significado de la sexualidad y nuestra actitud hacia ella, que culminó en la exclamación frustrada de Dan: «pero vuestra visión del sexo es tan, tan... ¡sagrada!». Exacto. El mundo secular ha olvidado lo que la Iglesia nunca ha olvidado. Para Dios, el sexo entre dos personas humanas, sujetos de sus acciones, libres de elegir el bien o el mal, es y debería ser sagrado.

Con el paso de los años me he llegado a convencer de que la expresión sexual humana pertenece al ámbito de lo sagrado por muchas razones, pero el objetivo de este libro se concentrará en tres de ellas.

La primera, la sexualidad humana y la expresión sexual abarcan la totalidad de la persona creada por Dios. Los ojos del amor y de la fe no ven únicamente el cuerpo del mundo natural, sino también la humanidad y el espíritu, que no son necesariamente evidentes. La segunda, un sentido de lo sagrado debe guiar la expresión sexual humana porque la fertilidad humana es parte de la sexualidad y permite a los seres humanos, a través de la unión sexual, convertirse en co-creadores con Dios de otro ser humano destinado a la eternidad. La tercera, el acto sexual humano, fielmente realizado en el contexto del matrimonio, representa en microcosmos la relación de Cristo con cada uno de nosotros y prefigura el cielo.

Me pareció irónico que hayamos perdido el sentido de lo sagrado en la expresión sexual precisamente cuando, culturalmente, volvemos a la discusión de la autoestima. Después de

todo, ¿cuál es la visión más elevada de la sexualidad? ¿La del cristianismo, en la que los seres humanos, en cuanto personas libres, se dan el uno al otro la propia voluntad en un abrazo que dura toda la vida, o la del mundo, en la que el acoplamiento humano parece estar más en relación con ser cautivos de la emoción y del deseo que con la libre elección? La expresión sexual humana necesita ser reconocida como sagrada (lo cual tiende a aumentar la autoestima) porque envuelve a toda la persona humana. Dios declaró que todo lo relacionado con las personas que Él había creado era bueno, y esta caracterización persiste incluso a pesar de nuestra caída y correspondiente mal uso de esa bondad. ¿Qué mayor fundamento puede haber para la autoestima?

Los psiquiatras tienen un principio bien establecido llamado unión psicósomática o unidad psicósomática. Es una clase de refutación científica de algunos de los dogmas centrales de la antigua herejía del gnosticismo, aunque estoy seguro de que muchos psiquiatras no se sentirían a gusto oyendo esta denominación. Esencialmente, los gnósticos creían en una creación verdaderamente dualista que podría condensarse en el lema «el espíritu (o el alma) es bueno, la materia (o el cuerpo) es mala». Los cuerpos humanos en la visión gnóstica tendían a ser no parte del ser humano, sino algo que los seres humanos usaban o llevaban puesto, casi como un coche o como una prenda de vestir. Los gnósticos consideraban los cuerpos humanos no como algo perteneciente a la persona humana, sino como algo externo, separado y, de este modo, en gran parte irrelevante. Los actos realizados con el cuerpo, en la visión gnóstica, tendían a no ser vistos como morales o inmorales, porque el cuerpo no merecía evaluación en sentido moral.

Pero en la visión de la Iglesia, confirmada por la comprensión científica de la unión psicósomática de cuerpo y alma, rechaza la premisa afirmando la realidad de que los seres humanos son más que la suma de sus partes. Las almas humanas, o psyche, y los cuerpos humanos, o soma, no existen como entidades independientes separadas, sino interrelacionadas. Lo que se hace en nuestros cuerpos tiene un reflejo en nuestras almas y la actitud de nuestra alma influye en nuestros cuerpos. Somos criaturas multidimensionales con un pie en cada uno de los mundos espiritual y material, y no fantasmas atrapados en máquinas biológicas ni espíritus conduciendo cuerpos humanos. De esta manera, el estrés que experimentamos en nuestras almas a causa de una mala situación en el trabajo se manifiesta en nuestro cuerpo con multitud de problemas físicos tales como la alta presión sanguínea y otras enfermedades.

Naturalmente, esto tiene gran repercusión cuando nos referimos al sexo y a nuestra visión de la sexualidad. Lejos de la visión secular que tiende a minimizar la importancia de los actos sexuales, considerándolos meramente como algo que hacemos, la expresión sexual viene a ser, en verdad, algo muy parecido a exponer quiénes somos. La intimidad, la comunicación, la confianza y el placer del sexo, así como la vulnerabilidad del exponerse y la profundidad emocional que conlleva -ya sea entre un hombre y una mujer casados como en una mera aventura de una noche- impacta al alma más que al cuerpo. La depresión, la soledad y el dolor de la mañana siguiente, todos demasiado bien conocidos por muchos, es el resultado inevitable de un corazón y de un alma entregados en el sexo, pero ofrecidos en vano. El Catecismo señala que la sexualidad, mediante la cual el hombre y la mujer se entregan mutuamente a través de los actos «propios y exclusivos» de los esposos, no es solo biológico, sino que afecta «al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal» y es «parte integral del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen entre sí hasta la muerte» (CCE 2361).

Lo sagrado debería marcar la expresión sexual humana también porque Dios creó la sexualidad humana con la fertilidad, y la fertilidad es el poder de co-crear, con Dios, otro ser humano que no consiste solo en un cuerpo, sino también en un alma eterna. Este es un aspecto clave de la expresión sexual que nuestra cultura excesivamente egoísta descuida y no comprende. Dios no creó la sexualidad solo para dar placer ni siquiera únicamente para construir el amor mutuo de la pareja, sino para dar a los seres humanos una vaga idea, a través de una fisura en la inmortalidad, de cómo es la creación. La creación, la verdadera creación, en la que se hace algo a partir de la nada, llamándolo a la existencia, pertenece, siendo precisos, solo a Dios. Él es el único que nos ha llamado a la existencia o, como me

gusta pensar, nos ha cantado a la existencia (el conocido escritor cristiano C. S. Lewis ha observado que el cielo conoce dos tipos de sonido: la música y el silencio). Pero Dios ha dado a los seres humanos una ligera participación en ese gozo permitiendo al amor humano continuarse en la procreación.

Nuestra cultura olvida fácilmente en la actualidad el rol de la procreación en la expresión sexual. La procreación encarna el amor de los padres en los hijos y, como muchos políticos y responsables modernos se preguntan, ¿quién quiere más niños? Los niños exigen sacrificio, madurez, paciencia y una tremenda energía. Los niños te cambian la vida y te convierten para siempre en adulto, en la madre o el padre de alguien. Es mucho más fácil centrarse en los aspectos placenteros de la sexualidad, el estilo de vida del playboy. No es sorprendente, como ha señalado el conocido escritor y profesor del Boston College Peter Kreeft, que hablemos de la mentalidad del playboy, y no de la del playman³. Nuestra fertilidad hace sagrada la expresión sexual porque es la puerta por la cual el sexo pasa de ser una mezcla de almas y un entrelazarse de miembros a un entremezclarse de vidas y de destinos. Cuando un hombre y una mujer se abren sexualmente el uno al otro, también abren la puerta a una posible relación continua, quizá como padres involuntarios si no están casados, o a una relación más profunda en el caso de ser padres voluntarios si están casados. Esta es la dura realidad que hace encallar las especulaciones románticas. El «amor» puede ser reclamado por muchos e incluso ser puesto en acto físicamente, pero el matrimonio y la fertilidad someten al amor a un examen mediante esos hábitos diarios: los mocos colgando, los pañales húmedos y otros elementos de la vida real. La fertilidad madura la pasión transitoria y romántica de la época del cortejo y los primeros momentos del matrimonio maduran hacia el amor más duro y sacrificado de la paternidad.

Pero, por encima de todo lo demás, el misterio de la Encarnación de Cristo pone el sello de la sacralidad a las relaciones humanas sexuales, maritales y familiares. A menudo, en medio del frenesí de las compras y las fiestas de Navidad, olvidamos que Cristo llegó en medio de nosotros como un niño; mucho antes de que saliera sangre y agua de su costado por la salvación del mundo, reposó primero en la sangre y el agua del nacimiento humano. A lo largo de la historia de la Iglesia, esto ha sido difícil de enseñar. Negarlo fue el punto de partida de muchas herejías, algunas de las cuales persisten hasta hoy. Podemos atrevernos a preguntar, parafraseando el escepticismo de muchos de los primeros herejes, si Dios necesitó ser bañado en la sangre de una mujer. ¿Estuvo nueve meses en el seno de una mujer? Sí, debemos replicar, lo hizo. Los herejes, desde Arrio hasta John Spong, se tropezaron con esta enseñanza. Arrio enseñaba que Cristo no era realmente, verdaderamente, Dios y Spong sugiere que fue un soldado romano que estaba de paso, y no el ángel Gabriel, el responsable de la concepción de Jesús. Sin embargo, analizados más de cerca, y algo caritativamente, sus argumentos tienen más en común con una visión reducida de la feminidad, la masculinidad, la sexualidad, la humanidad y de los niños que con una antipatía desvalorizante de la sexualidad por parte de la Iglesia. Los problemas de nuestra cultura con el matrimonio, la expresión sexual, la paternidad y la familia derivan no de que la iglesia considere en demasía el sexo, sino de que la mentalidad secular (presente incluso entre hombres eclesiásticos) lo considera demasiado poco.

Finalmente, la expresión sexual humana debe ser vista como sagrada porque, haciendo del matrimonio un sacramento, Cristo elevó esta institución de un mero contrato a ser un canal específico de la gracia de Dios. Los sacramentos, como dice la Iglesia, «son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la gracia divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento» (CCE 1131).

Esto puede ser visto de manera más clara en el modo en el que la Iglesia comprende el repetido uso que hace Cristo del matrimonio como metáfora del Reino de Dios, la «dura»

³ N. del T.: Recordemos que, en inglés, el término man se refiere a un hombre adulto, mientras que boy se emplea para niños o adolescentes.

enseñanza relativa al divorcio y el repetido modo en que Dios habla a Israel sobre la fidelidad como un signo de amor comprometido. Empezando con el milagro público de las bodas de Caná, Cristo enseñó de manera consistente que las bodas y el matrimonio son una metáfora adecuada de la relación entre Dios y el pueblo que Él ama. El cambiar el agua en vino en Caná era un signo visible de la enseñanza que Cristo daría a lo largo de su ministerio y sobre el que edificarían sus enseñanzas Pablo, los demás apóstoles y los Padres de la Iglesia primitiva. La Iglesia insistió desde el comienzo en que el matrimonio está llamado a ser un sacramento corporal y terrestre de la relación de Dios que culmina en el cielo. En contraste con la enseñanza veterotestamentaria sobre el matrimonio, que tiende a ver la relación más como un contrato que como una alianza, sujeto al divorcio por la «dureza de corazón», Cristo y la Iglesia volvieron a prestar atención a la comprensión profética del Antiguo Testamento. El Catecismo señala:

«La Sagrada Escritura se abre con el relato de la creación del hombre y de la mujer a imagen y semejanza de Dios y se cierra con la visión de las "bodas del Cordero" (Ap 19, 7.9). De un extremo a otro, la Escritura habla del matrimonio y de su "misterio", de su institución y del sentido que Dios le dio, de su origen y de su fin, de sus realizaciones diversas a lo largo de la historia de la salvación, de sus dificultades nacidas del pecado y de su renovación "en el Señor" (1Co 7, 39) todo ello en la perspectiva de la Nueva Alianza de Cristo y de la Iglesia» (CCE 1602).

Con esto, me imagino a algunos lectores murmurando que todo esto puede ser adorable e incluso debe de ser verdadero, pero ¿qué significa en la práctica? ¿Qué significa esto en la calle? Si hubiera más personas que lo siguieran, ¿qué impacto tendría la comprensión de la Iglesia acerca de la sacralidad de la expresión sexual humana en el modo en que los seres humanos se relacionan unos con otros?

En primer lugar, la realidad de la enseñanza de la Iglesia sobre el sexo ha de ser vista como el reflejo de una realidad más que como unas normas establecidas arbitrariamente. Dichas enseñanzas sobre la more sexual son más parecidas a las leyes de Newton, que describen principalmente una realidad objetiva, que a las costumbres nacionales que un gobierno hace ley. Del mismo modo que los físicos no tienen potestad para cambiar simplemente las leyes de la gravedad, la Iglesia no la tiene para cambiar la realidad moral. Mil obispos reunidos durante mil años podrían declarar cada año que el sexo prematrimonial, el divorcio, la masturbación, la pornografía, el adulterio o los actos homosexuales son aceptables e incluso dignos de alabanza. Pero sus miles de declaraciones no cambiarían la naturaleza de dichos actos y no impedirían a los seres humanos pagar un precio físico, emocional y espiritual por ellos.

En segundo lugar, si hubiera más personas que aceptaran la naturaleza sagrada del acto sexual, habría una especie de contrarrevolución social, cultural y económica en los Estados Unidos y a lo largo de todo el mundo desarrollado. Considera brevemente cómo se habrían invertido los valores del orden espiritual y económico. En muchas situaciones, el sexo ha sido reducido a poco más que un tipo de intercambio, una herramienta de la industria publicitaria, un motivo para inducir a comprar o vender, un pasatiempo. Me acuerdo de mi primer día en Amsterdam cuando, todavía no cristiano y un inmoral bastante activo, me sentí un poco conmocionado y perplejo por la desnudez total que se mostraba en los paneles gigantes para anunciar una pasta de dientes. ¿Querían los anunciadores hacer pasar el mensaje de que «usando nuestra marca tendrás mejor aspecto desnudo»? El sexo en las tertulias alcanza los mejores índices de audiencia, hablar de sexo en las fiestas se ha convertido en algo más común, y Hollywood hace una película que pretende decir que todo el mundo tiene un precio monetario por el cual sería capaz de cometer adulterio. La pornografía, tanto «suave» como «dura», se ha convertido en una industria de miles de millones de dólares. Y cuanto más filmamos, televisamos, fotografiamos, anunciamos, compramos, vendemos, usamos y abusamos de la sexualidad, más olvidamos lo que Dios la ha llamado a ser: algo santo en y por sí mismo. Creo que todo esto cambiaría si un número mayor de personas llegase a tener una comprensión más profunda de la densidad de significado que subyace a la sexualidad humana.

Al tiempo que nuestra imagen del valor de la sexualidad ha disminuido, nuestra visión del dinero ha aumentado. El dinero es la verdadera esencia del mercado y por definición, es un tipo de intercambio. Sin embargo, hemos hecho de su acumulación un fin en y por sí mismo. El escritor, filósofo y comentarista cuáquero Richard Foster muestra el panorama de los diferentes modos en que el dinero tiene un poder espiritual. El dinero se convierte fácilmente en un ídolo en nuestras vidas, ofreciendo la ilusión de la comodidad, del control y por encima de todo, del poder. La cantidad de dinero que tenemos o no tenemos ha pasado a ser algo «privado», algo «que distingue a una persona» e incluso algo sagrado. Intenta recordar a qué edad te reprendieron por preguntarle a alguien, si alguna vez lo hiciste, cuánto dinero ganaba o si era rico. Cuando era muy pequeño, me dijeron que este tipo de cuestiones no eran de «buena educación». En cambio, la cuestión de cuánto dinero ganamos o dejamos de ganar no debería ser algo que considerásemos como un orgullo o una humillación, sino como algo sencillamente factual y perteneciente a la esfera pública. Piensa en lo irónico que es el que esa gente que se pasea de un cóctel a otro cotilleando y hablando con todo detalle de prácticas y temas sexuales, piense que es de mal educados preguntar los detalles de nuestros ahorros o de nuestro salario.

O considera una ironía aún mayor: cómo nos esforzamos de todos los modos posibles, con todo tipo de mecanismos, drogas e, incluso, abortos, por hacer infértiles nuestras relaciones sexuales, mientras que simultáneamente buscamos mecanismos, inventos y métodos para hacer fértil nuestro dinero, capaz de reproducirse a un interés lo más elevado posible. Dante sitúa a los que buscaban convertir deliberadamente la expresión sexual en estéril y a la gente que prestaba dinero con intereses muy cerca unos de otros en su poético infierno. Todos ellos, cada uno a su manera, hicieron la guerra al orden natural, los primeros haciendo estéril aquello a lo que Dios confió la fertilidad, y los segundos, haciendo fértil lo que es, en realidad, estéril. No se trata de que el dinero sea en sí mismo algo «sucio», como no lo es la expresión sexual. Pero ambos tienen poder para alterar de modo significativo nuestra forma de pensar y de sentir sobre ellos, y ambos pueden llevarnos a tener una visión equivocada de los mismos.

Por supuesto, esto no es más que un esbozo de la riqueza de las enseñanzas de la Iglesia sobre la creación, la sexualidad humana y la expresión sexual. Nada es comparable con la lectura de algunos documentos clave de la Iglesia, o el mismo Catecismo, para alcanzar una visión más plena de la belleza de la visión de la Iglesia católica sobre la sexualidad humana.

GO TELL IT ON THE MOUNTAIN

Me acuerdo de que, cuando compré el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, me sorprendí de la concisión -los críticos dirían que es demasiado breve- con que la Iglesia abordaba un tema tan vasto y, al menos para mí, tan importante como el de la atracción homosexual o la homosexualidad. «El tema no merecía ni siquiera una sección aparte», bufé para mis adentros mientras iba hojeando velozmente el texto. La enseñanza sobre la atracción homosexual aparece como un subapartado de la enseñanza de la Iglesia sobre la castidad, que es a su vez un subapartado de la enseñanza sobre la moral sexual. «Enterrado», dije con rabia. ¡Al menos en el índice tenía una entrada!

Pero más tarde, cuando comencé a familiarizarme tanto con las enseñanzas de la Iglesia como conmigo mismo, empecé a apreciar más en profundidad la lógica que se escondía tras esta enseñanza y el lugar que ocupa. El mensaje de la Iglesia es que los que vivimos con atracción homosexual, como cualquier otra persona, somos más que la suma de nuestras tentaciones y la Iglesia nos llama a ser santos. El Catecismo recapitula la enseñanza de la Iglesia en tres párrafos relativamente cortos, secos, técnicos y, francamente, bastante complicados. Pero tras la fraseología complicada, se esconde una visión única y poderosamente liberadora de las personas que viven con atracción homosexual. He aquí el texto completo:

«**2357** La homosexualidad designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo. Reviste formas muy variadas a través de los siglos y las culturas. Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Apoyándose en la Sagrada Escritura, que los presenta como depravaciones graves (cfr. Gn 19, 129; Rm 1, 24-27; 1 Co 6, 10; 1 Tm 1, 10), la Tradición ha declarado siempre que 'los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados' (CDF, declaración «Persona humana», 8). Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso»

«**2358** Un número apreciable de hombres y mujeres presentan tendencias homosexuales instintivas. No eligen su condición homosexual; esta constituye para la mayoría de ellos una auténtica prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta. Estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida y, si son cristianas, a unir el sacrificio de la cruz del Señor las dificultades que puedan encontrar a causa de su condición»

«**2359** Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Mediante virtudes de dominio de sí mismo que eduquen la libertad interior, y a veces mediante el apoyo de una amistad desinteresada, de la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana».

La diferencia entre ser y hacer

La enseñanza de la Iglesia sobre la atracción y la actividad homosexual reposa sobre un pilar central. Mientras que la Escritura, la Tradición, la naturaleza de la persona humana, la creación y el significado pleno de la sexualidad dan testimonio de la inmoralidad de los actos homosexuales, la inmoralidad objetiva de esos actos no se extiende a la persona que está tentada a cometerlos. «En ningún caso» los actos homosexuales pueden ser aprobados, dice el Catecismo, pero las personas que viven con atracción homosexual «pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana».

Hablaré de la importancia de esta enseñanza central dentro de poco, pero algunas implicaciones de estos párrafos merecen un comentario adicional.

Primero, la enseñanza reconoce la dignidad, el valor y el destino eterno de toda persona humana. Muchos hombres y mujeres que viven con atracción homosexual se han sentido víctimas de sus compañeros, de sus propias comunidades cristianas o, incluso, de los miembros de sus propias familias. Esto ha conseguido que chicos y chicas, hombres y mujeres que experimentaban la atracción homosexual se sintieran alienados, sucios, avergonzados de sentir lo que sentían. La mayor parte no tienen más control sobre dichos sentimientos que sobre los movimientos de la luna en el cielo nocturno. Pero la Madre Iglesia no actúa así, sino que mira a estas personas y dice: «Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza» (CCE 2358).

Segundo, la enseñanza habla de la realidad del sexo. Basada en la comprensión de la Iglesia de que el sexo tiene un doble propósito sagrado (ver capítulo 7), la enseñanza muestra brevemente las objeciones de la Iglesia a los actos homosexuales. «Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso» (CCE 2357).

Los actos homosexuales son contrarios a la ley natural porque la ley natural refleja el mundo y los seres humanos tal y como Dios los creó. La ley natural se diferencia de la ley reguladora, también llamada ley positiva, en el sentido de que habla menos de cómo deberían ser las cosas que de cómo son; no trata tanto de guiar la conducta cuanto de señalar causas y efectos. En otras palabras, la ley natural prohíbe la actividad homosexual porque esta no incluye el propósito global del sexo tal y como existe de hecho en una realidad de carne y sangre. Las objeciones de la ley natural a la actividad homosexual no son tanto un problema de opiniones cuanto de moléculas y células; no es tanto un problema que los obispos o los legisladores deban debatir cuanto un problema que los estudiosos de la anatomía han de describir. La ley natural tiene algo que decir de la inmoralidad, *per se*, de algo como el sexo anal porque este no emplea la biología del miembro activo o pasivo de la pareja para los propósitos para los cuales está claramente preparada. El sexo anal es inmoral en términos de ley natural, no porque viole simples opiniones o leyes humanas, sino porque viola los límites biológicos naturales, que surgen de la misma naturaleza humana. Los que participan en el sexo anal no deberían sorprenderse si su actividad conlleva un gran riesgo de contraer enfermedades.

La observación relativa a que los actos homosexuales son contrarios a la ley natural desemboca en la observación siguiente: esos actos homosexuales están cerrados a la transmisión de la vida. A primera vista, esto parece obvio, pero merece un comentario porque es aún mal entendido de vez en cuando y porque, cuando he sacado a relucir esta cuestión en algunas discusiones con gente de visiones opuestas, me he tenido que enfrentar a la controversia de que estar «abierto a la vida» significa algo más que la procreación.

La Iglesia no enseña que la concepción debe darse para que la expresión sexual sea moral, sino que dichos actos sexuales deben permanecer abiertos a la concepción de un nuevo ser humano. Dicho de otra manera, en la visión de la Iglesia, cuando un marido y una mujer hacen el amor deberían ser en ese momento completamente el uno para el otro. No deberían retener nada de sí mismos, ni su fertilidad, ni su personalidad, ni su soledad o su deseo. La capacidad de procrear es parte de la persona humana, que es a la vez cuerpo y espíritu. La Iglesia mantiene que no podemos moralmente hacer caso omiso de esto o simplemente dejarlo de lado porque hemos decidido que no es oportuno. Tanto el marido como la mujer van a la cama con todas sus diferentes identidades intactas, ya sea como marido o mujer, como personas que se quieren, como padre o madre -ya sea potencialmente o ya sea en realidad-.

Todas ellas han de estar representadas, incluso si la edad o la infertilidad natural excluye o hace inverosímil que dicha concepción se produzca. Los actos sexuales deben estar abiertos a la concepción porque todos los roles diferentes que se dan cita en la concepción

son parte de la realidad del hombre o de la mujer en su misma creación como hombres o mujeres. Estar abierto a la concepción quiere decir ser consciente de que las dimensiones de la personalidad humana llegan también a la cama. Llevarse alguien a la cama no es simplemente eliminar una de nuestras tres dimensiones para ser como los dibujos animados de dos dimensiones, aunque a menudo actuamos como si lo fuéramos. (¿Cuántos corazones se han rasgado cuando se despiertan de su letargo para descubrir que la pareja de dibujos animados que está junto a ellas tiene profundidad, personalidad, necesidades, miserias, sueños y miedos, y que no podía reducirse a un medio para la autogratificación?). Al encontrarse total y completamente uno al otro, tanto el marido como la mujer proporcionan el mejor antídoto posible contra el peligro de empezar a utilizar al otro para darse un capricho o de objetivar al otro.

Algunos alegan que el requisito de la iglesia de estar «abiertos a la vida» no debería definirse de modo «estrecho» como procreación:

-¿Qué pasa con el arte, la música, la filantropía, los descubrimientos científicos? ¿No son también experiencias y productos abiertos a la vida? -cuestionan.

Sí, proporcionan un gozo y un significado mayor a la vida; pero no, no pueden ser situados en la misma esfera que la procreación. La afirmación de que tales aspectos también «dan vida» aboga por una cierta equivalencia. Una vida humana singular, con su destino eterno e incluso en su forma más degradada y superficial, sigue siendo más digna que la suma de las mejores obras de arte de los más grandes artistas de la historia. No puede haber una equivalencia de valor. Si tuviera que elegir entre salvar la vida de un drogadicto enfermo y mugriento que está en la calle junto al Metropolitan Museum of Art o entrar corriendo en dicho museo para salvar las obras de arte religioso de valor incalculable en peligro de quemarse, espero poder salvar al drogadicto. Las parejas homosexuales que crean obras de arte pueden intentar justificar su expresión sexual diciendo que abre su relación a la creación de una obra de arte, pero no puede ser vista del mismo modo que si estuviera abierta a la procreación de una vida humana singular.

Intentar justificar la expresión sexual vinculándola a algo diferente de la propia vida es desviar de nuevo la atención del cuerpo -esa testaruda construcción de carne y huesos que rechaza obedecer a nuestros deseos y desaparecer sin más-. Puede haber un vínculo entre la expresión sexual y la creación de una obra de arte. Ciertos escritores, poetas, pintores, novelistas, músicos, bailarines y directores de cine pueden creer que hacen sus trabajos más destacados e inspirados tras hacer el amor con sus mujeres o maridos. Pero la creación de esas obras no se debe a que la plenitud de su expresión sexual lleva en sí una fertilidad dada por Dios. La realidad biológica del éxtasis y la eyaculación, la receptividad y la ovulación siguen estando orientadas a la procreación de seres humanos, verdaderas obras de arte milagrosas y eternas de Dios.

La enseñanza de la Iglesia acerca de la transmisión de la vida es parte del significado de su siguiente observación: esos actos homosexuales no fluyen de una esencial *complementariedad*. El diccionario *Webster's* más reciente ofrece como segunda y tercera definiciones de la palabra «complementario», que es la raíz de complementariedad: «que sirve para rellenar o completar» y «proporcionar mutuamente lo que falta al otro». La Iglesia reconoce que los hombres y las mujeres carecen, en un sentido muy real, de algo en sus personalidades y personas que solo pueden colmar gracias a otro. La atracción entre hombres y mujeres, a diferencia de lo que se muestra entre las parejas homosexuales, está enraizada fuertemente en el deseo por el otro y en su exploración. En contraste, las parejas homosexuales encuentran a menudo atractivas las similitudes de ambas personas, hasta el punto, como se señala en una entrevista en la publicación *The Male Couple*, de sentir como si ellos compartieran cada uno el cuerpo y la respiración del otro. En la atracción del hombre por la mujer, y viceversa, hay un deseo por el otro en cuanto otro. En las parejas homosexuales hay a menudo el deseo del otro como redundante. Habría que indicar que, al menos en la literatura publicada, se destaca con frecuencia el deseo por la igualdad entre las parejas homosexuales como una causa de la promiscuidad homosexual. La novedad de la igualdad declina bastante rápidamente entre muchas parejas homosexuales, que sufren de la

falta de complementariedad que sirve como parte de la base emocional de las parejas heterosexuales.

Tercero, «su origen psíquico (de la atracción homosexual) permanece en gran medida inexplicado» (CCE 2357). Aquí la Iglesia, con toda humildad, admite que no sabe todo acerca de la ciencia de este tema. Espero que con el tiempo se pueda disponer de más información. Los profesionales e investigadores tienen ya bastante información sobre cómo puede desarrollarse la atracción homosexual, al menos en los hombres, y dicha información continuará saliendo progresivamente a la luz tanto si los activistas gays y lesbianas quieren como si no. Pero, por ahora, los resultados, las observaciones y las investigaciones no son concluyentes, y puede que nunca lo sean. La Iglesia opta por guardar silencio sobre lo que, en su raíz, es aún un misterio. Pero esta frase tiene también una continuación. Presagia la enseñanza del párrafo siguiente del Catecismo: los hombres y las mujeres que viven con atracción homosexual no eligen su condición y que para la mayoría es una prueba. Se debería igualmente hacer hincapié en que, mientras que el conocimiento de la génesis de la atracción homosexual apunta e informa la enseñanza de la Iglesia sobre la moralidad de los actos homosexuales, no la determina.

Ser y hacer (parte II) o la derrota del determinismo

Los puntos señalados arriba son todos aspectos importantes y se encuentran en el trasfondo de la enseñanza de la Iglesia. Pero no son el punto más importante. El punto crucial es este: los actos o inclinaciones homosexuales no definen ni determinan el hecho de ser persona o la identidad de los que viven con atracción homosexual. Somos más de lo que hacemos o incluso de lo que estamos inclinados a hacer. Tenemos una realidad mucho más profunda y nuestra profundidad esencial no puede ser, ipso facto, alquitranada con cepillos que apestan a los deseos confusos, egoístas e, incluso, malvados que podemos experimentar. En la visión de la Iglesia, cuando las personas con esta atracción se disponen a seguir a Cristo, son tan amadas, deseadas, llamadas, corregidas, animadas y bendecidas en todas sus dimensiones como cualquier otra persona. Cuando yo era homosexualmente activo, mis tentaciones no determinaban o dictaban mis acciones más de lo que las tentaciones de los demás pueden determinar o dictar las suyas. La especificidad de mis propias tentaciones no me inclinaba hacia la santidad ni me cerraba a ella.

Me parece que es una perspectiva verdaderamente humanizante en medio de una discusión que a menudo resulta deshumanizante por todos lados. En un momento en el que los distintos grupos parecen tratar a quienes viven con una atracción homosexual como iconos de una cuestión más amplia, la Iglesia católica nos mira en primer lugar como individuos. Su visión es una mezcla de madurez y maternidad, de esperanza, responsabilidad, preocupación, expectativa y oración. Es como la abuela irlandesa que nos prepara albóndigas italianas en una cocina africana mientras canta canciones populares polacas. Y tan pronto regaña como abraza, nos llama a crecer cuando menos lo deseamos, y nos llama a reconciliar nuestros corazones en medio de problemas que, en sus horas más horrorosas, ni siquiera el aire fresco del perdón parece consolar. Es paciente. Sabe cuál es su puesto y que su trabajo no es, en último término, el suyo, sino el de Dios. Ella se desvive por vernos en casa.

Lo que sitúa la visión de la Iglesia acerca de la atracción homosexual muy por encima de la de cualquier otro grupo -ya sea teológica o filosóficamente de derechas o de izquierdas- es su falta de determinismo, su completa buena voluntad para tratarnos a cada uno en primer lugar como individuos. En esto, la Iglesia es -por lo menos en lo que yo conozco- única. Todos los demás participantes en esta discusión, cuyas posiciones me son familiares -ya sean cristianas conservadores o activistas gays-, comparten una voluntad de hablar principalmente (si no exclusivamente) sobre la atracción y la actividad homosexual, en primer lugar, como una cuestión contra la que hay que luchar. Pocos parecen capaces de recordar lo que Thomas Schmidt recuerda con dolor en la primera página de su libro *Straight and Narrow*: que hay gente real comprometida en esta discusión, gente real con corazones reales y dolor real en sus vidas. Solo secundariamente, si acaso, las diferentes partes adoptarán el tono de tranquilidad y la actitud de escucha que convienen a una discusión sobre este tipo

de cosas, tan cercanas a los corazones, las mentes, los cuerpos y los espíritus. Sin embargo, dicho tono es el que se necesitaría usar más a menudo.

Para algunos del ala derecha, el tono es el de condenación, del fariseísmo tradicional, de la ira y el miedo e incluso de esa oscura emoción que está más allá de la ira y que solo nombrarla me causa pesar, mucho más alargarme en discutir sobre ella. Este enfoque de la discusión sobre la atracción homosexual trata a las personas como si fuesen parias por elección propia, pecadores malvados, participantes depravados en orgías profanas. No presenta tanto el daño de la actividad homosexual a partir de los dolores de una existencia angustiada, sino como la prueba evidente de unas almas enfermizas. Naturalmente, entre sus peones podemos incluir a aquellos que desfilan a las afueras de los acontecimientos gays con pancartas que dicen: «Dios odia a los gays». Pero también podemos incluir a algunos grupos cristianos que se alinean contra los grupos gays y lesbianas en la brecha cultural americana creada en torno a la atracción homosexual. Uno de esos grupos, por ejemplo, aseguraba a los visitantes de su página web que « la compasión -no la intolerancia- les impulsa a apoyar la sanación para los homosexuales que quieren cambiar su orientación». Unas líneas más adelante, la organización vuelve a asegurar a los visitantes que los dirigentes «hacen la guerra al programa de acción homosexual y luchan por mantener el significado tradicional de la familia». Esto deja traslucir que la gente que protege a las familias y a los niños y que busca vivir rectamente es puramente heterosexual.

Al usar palabras como «guerra» y «lucha», y al englobar a todos los que viven con atracción homosexual dentro de un mismo grupo que persigue un «programa de acción homosexual» tiende a alienar y estigmatizar y, más aún, tiende a hacer caso omiso de las voces reales de los individuos que viven con atracción homosexual. Este tipo de enfoque es profundamente determinista. Metiendo a todos en el mismo saco, no se promueve la libertad de acción individual, que parece de hecho estar minada. ¿Qué haría un grupo de estos cuando se enfrente a una de las muchas personas que viven con atracción homosexual cuyas vidas no se corresponden con el modelo que ellos describen? ¿Aceptarían estas organizaciones cristianas conservadoras apoyar a alguien cuyo corazón está en Cristo pero con una identidad poco firme?

No quisiera hablar demasiado de esto. Con el paso del tiempo, muchos grupos conservadores cristianos han llegado a entender mejor la atracción homosexual. Sus actitudes y su retórica han cambiado. Hay una mayor voluntad para reconocer a las personas como individuos con sus propias opiniones, pensamientos y deseos y no como meros autómatas del programa de acción homosexual. Igualmente, organizaciones como *Family Research Council*, *Concerned Women of America* u otros grupos similares son principalmente grupos políticos y de presión. Para defenderse, pueden decir que estas cuestiones son su pan cotidiano y que no debería esperarse de ellas una preocupación por proporcionar un enfoque pastoral. Salvo que, en muchos casos, los cristianos conservadores que he encontrado tienen tendencia a adoptar esas posiciones como suyas, sin querer pensar más en profundidad o más claramente sobre un tema que les hace sentirse incómodos. Si, ante quienes viven con atracción homosexual, el rostro público cristiano predominante es el político, entonces las estupendas oportunidades y las obligaciones pastorales tendrán que mendigar por hacerse con un puesto.

El lado izquierdo del espectro, que tiende a reforzar las identidades basadas en la atracción homosexual, emplea paradójicamente el mismo determinismo y mira a la gente con atracción homosexual como iconos de un tema y no tanto como individuos. Cuando leo el sarcasmo vertido hacia la gente que intenta disminuir su atracción homosexual; cuando los que buscan la castidad han sido llamados «homosexuales que se odian a sí mismos» y han sido rechazados superficialmente; cuando el capítulo de Dignity celebrado en Pittsburg, Pennsylvania, siente la necesidad de formar un grupo de apoyo a la castidad para la gente de sus filas que intenta vivir contra la cultura predominante de Dignity, veo un fallo: no mirar, en primer lugar, a las personas como individuos.

Pero el mayor daño, en mi opinión, proviene de los líderes religiosos de ambos lados que eligen el determinismo y una visión del «problema» que prescinde del enfoque pastoral y personal. Los pastores del ala derecha que han definido los pecados homosexuales como

«especialmente pecaminosos» y, lo que es más importante, han afirmado que el solo hecho de ser tentado con este tipo de pecados excluye del cielo causan un grave daño en los individuos, hombres y mujeres, que buscan dar un sentido a sus vidas ante su atracción homosexual predominante. Y los pastores del ala izquierda que niegan la gravedad espiritual y corporal de los pecados homosexuales no hacen a los miembros de su grey ningún favor.

El filósofo del Boston College Peter Kreeft ha señalado la diferencia entre el mundo de los individuos cristianos que intentan vivir según las normas de la moral cristiana, aunque caigan, y el de los pastores cristianos que intentan erradicar la idea del pecado. El primero corresponde a la naturaleza humana: los seres humanos superándose a través de las luchas para llegar al cielo. El segundo tiene su origen, según mis cábalas, en la debilidad humana y también en algo bastante más siniestro.

Considera un momento la parábola de Cristo sobre el hijo pródigo. El hijo menor, que había pedido antes de tiempo la parte de su herencia y que se había ido a un país lejano, se despierta una mañana entre los cerdos. Ha despilfarrado sus riquezas, y cae en la cuenta de que su vida es miserable. Hasta los braceros de su padre viven mejor que él. Vuelve a casa y descubre al llegar que el Reino de Dios excede todas sus expectativas. El hombre joven de la parábola es realmente bastante afortunado. Cuando se da cuenta, finalmente, de lo mal que vive, es capaz de ponerse en camino hacia casa. Se acuerda del camino. Pero, gracias a muchos líderes cristianos bien intencionados, miles de hombres y mujeres que viven con atracción homosexual están en una situación peor que la del hijo pródigo.

Si los actos homosexuales ya no son pecaminosos, ¿cómo puede uno arrepentirse? A la mañana siguiente, tras la centésima aventura de solo una noche, cuando uno llega a comprender hasta qué punto se ha extraviado de la gracia y de la bondad, ¿cómo volver a casa? Los pastores demasiado conservadores y deterministas del ala derecha pueden llegar a construir muros en torno al Reino de Dios, pero los pastores deterministas sin fe del ala izquierda amenazan con quemar los puentes y destruir los mapas que llevan a dicho Reino. Es más, hay algo que siempre me ha parecido exasperadamente deshumanizado en la asunción callada que se da a menudo (aunque no siempre) de que los hombres y mujeres que viven con atracción homosexual serán incapaces de vivir castamente y que no se les debería pedir ni siquiera que lo intentasen. ¿Cómo se atreven ellos a decidir, unilateralmente, que las personas que viven con atracción homosexual no se merecen esa opción? La voluntad libre es un elemento clave de lo que nos hace seres humanos. Quitarla de en medio es deshumanizar, hacer de nosotros algo parecido a los simples animales.

La posición de la Iglesia católica evita que se clasifique automáticamente a esas personas con atracción homosexual como especialmente heridas o particularmente dañadas. La Iglesia mira a los hombres y mujeres que viven con tal atracción y les señala a Cristo, igual que hace con cualquier otra persona. La vida como discípulos de Cristo no es fácil para alguien que tiene atracción homosexual, pero tampoco es fácil para el resto.

En este contexto, llegué a entender el puesto discreto y atenuado que, en el Catecismo, la Iglesia reserva para su enseñanza sobre la atracción homosexual. Esta cruz particular no es ni más grande ni más pesada que las otras, es simplemente diferente. Tiene un peso distinto y requiere una humildad distinta, pero, con la ayuda de Dios, también puede ser llevada.

Puntos controvertidos en la enseñanza de la Iglesia

Algunos pueden decir que es una interpretación demasiado benévola de la enseñanza de la Iglesia. Aparte de lo que enseña sobre la castidad (en lo que profundizaremos dentro de unas pocas páginas), ¿no ha etiquetado también la Iglesia a las personas? ¿No ha llamado la Iglesia a los que viven con una atracción homosexual como «objetivamente desordenados»? No. La Iglesia nunca, en lo que yo conozco, les ha llamado «objetivamente desordenados». Lo que la Iglesia ha dicho es que la atracción homosexual es, en sí misma, «objetivamente desordenada». No he sido capaz de localizar el origen de esta acusación, pero he podido

descubrir las reacciones de los activistas a una carta de la Congregación de la Doctrina de la Fe en la que aparece por primera vez. He aquí los textos específicos de la Congregación:

«En la discusión que siguió a la publicación de la Declaración (un documento previo que tocaba este tema), se propusieron unas interpretaciones excesivamente benévolas de la condición homosexual misma, hasta el punto de que alguno se atrevió incluso a definirla indiferente o, sin más, buena. Es necesario precisar, por el contrario, que la particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no sea pecado, constituye, sin embargo, una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo, la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada.

Quienes se encuentran en esta condición deben, por tanto, ser objeto de una particular solicitud pastoral, para que no lleguen a creer que la realización concreta de tal tendencia en las relaciones homosexuales es una opción moralmente aceptable».

Hasta donde yo puedo decir, algunas personas que leyeron este documento en 1986 tenían sus identidades fuertemente envueltas en la actividad y la tentación homosexual. Cuando apareció esta carta describiendo la atracción homosexual como «objetivamente desordenada», todos creyeron que el Vaticano les llamaba objetivamente desordenados, lo cual no hacía la Iglesia. La posición de la Iglesia seguía (y sigue) siendo que las personas eran más que la suma de sus tentaciones.

Para comprender la expresión «objetivamente desordenada» referida a la atracción homosexual, puede servir de ayuda la comprensión de algunos elementos de la antropología cristiana. En términos cristianos, Dios creó a los seres humanos para gozar de la comunión con los demás y con Dios. Esta comunión es una relación en la que los seres humanos entran (o no) por su propia voluntad, como he mencionado previamente. Esta capacidad para elegir libremente es la principal diferencia de los seres humanos respecto a otros seres no personales o infrapersonales. Más aún, esta elección es clave porque la felicidad de la comunión real con Dios será la felicidad de los seres humanos que experimentan la plenitud de su propia creación -llegando a la profunda experiencia de quiénes somos y de lo que somos- en cuanto dotados de género y de fertilidad. Recuerda que nuestros cuerpos cuentan, como parte de nuestra creación, y no podemos rechazar simplemente la inclusión del cuerpo en la definición de nosotros mismos o de lo que constituye nuestra felicidad. Dios no creó la capacidad sexual humana únicamente para el placer personal y el solipsismo. La creó para el amor genuino y para que estuviera abierta a los hijos. Por tanto, las inclinaciones y los apetitos de la persona humana deben evaluarse en términos de su capacidad de actuar en armonía con toda la persona humana (cuerpo, mente y espíritu) y ordenarse hacia una comunión con Dios. Los actos homosexuales fallan por los dos lados. Ahora bien, es importante afirmar claramente que esto no quiere decir que cada acto heterosexual sea intrínsecamente ordenado. El sexo extramarital, el adulterio y la masturbación son todas, más o menos, acciones desordenadas, aunque nazcan de un deseo de un hombre por una mujer o de una mujer por un hombre, un deseo que, en y por sí mismo, se ordena a la felicidad humana y a Dios.

Describir la actividad homosexual como «objetivamente desordenada» nunca me ha causado el mismo impacto que a otros. He llegado a entender progresivamente mejor la expresión y su definición, particularmente, a la luz de la vida cotidiana de una familia católica que experimenté durante casi dos años. Tras haber saboreado y haber visto de cerca el gran bien que supone una familia sana, funcional y llena de fe, y tras considerar que la vida familiar se refiere tanto a los miembros inmediatos de la familia como a la comunidad más amplia, comprendí que la creación de una vida familiar fuerte es uno de los grandes objetivos de la expresión sexual. No puede ni siquiera compararse con la vida activamente gay y relativamente buena que yo había llevado previamente. Comprendo cómo la sexualidad dada por Dios podría describirse justamente como objetivamente desordenada cuando se ordena a otro objeto -ya sea la homosexualidad, un fetiche u otra cosa-. Se convierte en un instinto desordenado en sus mismos objetivos.

La carta en la que aparecía esta expresión toma nota del surgimiento de la organización llamada Dignity y de otros grupos católicos que reivindicaban ser los representantes de la posición católica sobre la atracción homosexual (y cuyo «ministerio» he experimentado en mis propias carnes). Los católicos que viven con atracción homosexual, y los demás, dice la Congregación para la Doctrina de la Fe, deberían desconfiar de dichos grupos:

«Sin embargo, en la actualidad, un número cada vez mayor de personas, aun dentro de la Iglesia, ejercen una fortísima presión para llevarla a aceptar la condición homosexual, como si no fuera desordenada, y a legitimar los actos homosexuales. Quienes dentro de la comunidad de fe incitan en esta dirección tienen a menudo estrechos vínculos con los que obran fuera de ella. Ahora bien, estos grupos externos se mueven por una visión opuesta a la verdad sobre la persona humana, que nos ha sido plenamente revelada en el misterio de Cristo. Aunque no en un modo plenamente consciente, manifiestan una ideología materialista que niega la naturaleza trascendente de la persona humana, como también la vocación sobrenatural de todo individuo.

Los ministros de la Iglesia deben procurar que las personas homosexuales confiadas a su cuidado no se desvíen por estas opiniones, tan profundamente opuestas a la enseñanza de la Iglesia. Sin embargo, el riesgo es grande y hay muchos que tratan de crear confusión en relación con la posición de la Iglesia y de aprovechar esta confusión para sus propios fines».

Cuando leí por vez primera estas líneas, resonó profundamente en mi interior y me ayudó de hecho a aclarar lo que me había parecido inquietante de Dignity y de las organizaciones similares con las que había estado en contacto. En sus reuniones, la clave no era Cristo, sino la ideología, el estilo de vida y la práctica homosexual. Su objetivo tenía más que ver con un intento de forzar la verdad para meterla dentro de un molde ideológico que con la conformación de la ideología a las exigencias de la verdad. La preocupación de la Congregación para la Doctrina de la Fe llevaba a lo siguiente:

«Al hacer las anteriores consideraciones, esta Congregación quiere pedir a los obispos que estén particularmente vigilantes en relación con aquellos programas que de hecho intentan ejercer una presión sobre la Iglesia para que cambie su doctrina, aunque a veces se niegue de palabra que sea así. Un estudio atento de las declaraciones públicas y de las actividades que promueven esos programas revela una calculada ambigüedad, a través de la cual buscan confundir a los Pastores y a los fieles. Presentan a veces, por ejemplo, la enseñanza del magisterio, pero solo como una fuente facultativa en orden a la formación de la conciencia, sin reconocer su peculiar autoridad. Algunos grupos suelen incluso calificar como «católicas» a sus organizaciones o a las personas a quienes intentan dirigirse, pero en realidad no defienden ni promueven la enseñanza del magisterio; por el contrario, a veces lo atacan abiertamente. Aunque sus miembros reivindiquen que quieren conformar su vida con la enseñanza de Jesús, de hecho abandonan la enseñanza de su Iglesia.

Este comportamiento contradictorio de ninguna manera puede tener el apoyo de los obispos... Se deberá retirar todo apoyo a cualquier organización que busque subvertir la enseñanza de la Iglesia, que sea ambigua respecto a ella o que la descuide completamente. Un apoyo en este sentido, o aun su apariencia, puede dar origen a graves malentendidos. Una especial atención deberá tenerse en la práctica de la programación de celebraciones religiosas o en el uso de edificios pertenecientes a la Iglesia por parte de estos grupos, incluida la posibilidad de disponer de las escuelas y de los institutos católicos de estudios superiores. El permiso para hacer uso de una propiedad de la Iglesia les puede parecer a algunos solamente un gesto de justicia y caridad, pero, en realidad, constituye una contradicción con las finalidades mismas para las cuales estas instituciones fueron fundadas y puede ser fuente de malentendidos y de escándalo».

Este fue el punto crucial del problema. No se trataba solo de que la «inclinación» homosexual fuese declarada «objetivamente desordenada», sino que con esta carta la Iglesia retiraba a Dignity y a otros grupos de la misma ideología el derecho de hacerse aparecer como católicos. Había una diferencia, insistía la Iglesia, entre ser un grupo en el que la mayor parte de los miembros se declaran católicos y ser un «grupo católico». La Congregación

pensaba que era importante mantener la distinción porque las enseñanzas de la Iglesia y la de los grupos tales como Dignity diferían ampliamente, incluso en sus presupuestos sobre la persona humana y en otros principios básicos de la fe.

En aquel tiempo, en 1986, pensaba que el que se les despojase de propiedades católicas era injusto, pero no es que me causase un gran problema. A fin de cuentas, ¿qué significaba una batalla más entre los cristianos y los gays? Pero ahora, tras la muerte de tantos amigos y conocidos, comprendo más la sabiduría de la disciplina. Las ideas tienen relevancia más allá del reino del intelecto. También tienen consecuencias corporales, espirituales, económicas y sociales.

Supongamos que hubiera dos hombres con atracción homosexual en la isla de Manhattan en 1986, el año en que la carta salió a la luz. Uno de ellos, tocado en la herida por la carta, decide abandonar su vida de actividad homosexual y optar por una vida de un más completo discipulado de Cristo mediante las enseñanzas de la Iglesia, la participación en los sacramentos, etc. El otro continúa aceptando las posiciones de Dignity sobre la actividad homosexual, la persona humana, etc. ¿Cuál de los dos se supone que tendría más posibilidades de estar vivo hoy día, dado que la tasa de infección de VIH entre los hombres sexualmente activos con otros hombres en Manhattan alcanzó durante esa época el cincuenta por ciento? Cuando las acciones humanas empiezan a implicar la diferencia entre la vida y la muerte, tanto física como espiritualmente, las distinciones entre la enseñanza católica y una enseñanza que únicamente puede aparentar su autenticidad empiezan a ser muy importantes.

¿Apoya la Iglesia la discriminación?

Otra acusación sin fundamento que emergió con la carta de 1986 declaraba que la Iglesia apoya los esfuerzos para oponerse a la legislación de los «derechos civiles» de los gays y las lesbianas. Los parágrafos relevantes (9 y 10) de la carta afirman:

«Dentro de la Iglesia se ha formado también una tendencia, constituida por los grupos de presión con diversos nombres y diversa amplitud, que intenta acreditarse como representantes de todas las personas homosexuales que son católicas. Pero el hecho es que sus seguidores, generalmente, son personas que, o ignoran la enseñanza de la iglesia, o buscan subvertirla de alguna manera. Se trata de mantener bajo el amparo del catolicismo a personas homosexuales que no tienen intención alguna de abandonar su comportamiento homosexual. Una de las tácticas utilizadas es la de afirmar, en tono de protesta, que cualquier crítica o reserva en relación con las personas homosexuales, con su actividad y con su estilo de vida, constituye simplemente una forma de injusta discriminación.

En algunas naciones se realiza, por consiguiente, un verdadero y propio intento de manipular a la Iglesia conquistando el apoyo de sus pastores, frecuentemente de buena fe, en el esfuerzo de cambiar las normas de la legislación civil. El fin de tal acción consiste en conformar esta legislación con la concepción propia de estos grupos de presión, para quienes la homosexualidad es, si no totalmente buena, al menos una realidad perfectamente inocua.

Aunque la práctica de la homosexualidad amenace seriamente la vida y el bienestar de un gran número de personas, los partidarios de esta tendencia no desisten de sus acciones y se niegan a tomar en consideración las proporciones del riesgo allí implicado.

La Iglesia no puede dejar de preocuparse de todo esto y por consiguiente, mantiene firme su clara posición al respecto, que no puede ser modificada por la presión de la legislación civil o de la moda del momento. Ella se preocupa sinceramente también de muchísimas personas que no se sienten representadas por los movimientos pro-homosexuales y de aquellos que podrían estar tentados a creer en su engañosa propaganda. La Iglesia es consciente de que la opinión, según la cual la actividad homosexual sería equivalente, o por lo menos igualmente aceptable, a la expresión sexual del amor conyugal, tiene una incidencia directa sobre la concepción que la sociedad tiene acerca de la naturaleza y de los derechos de la familia, poniéndolos seriamente en peligro.

Es de deplorar con firmeza que las personas homosexuales hayan sido y sean todavía objeto de expresiones malévolas y de acciones violentas. Tales comportamientos merecen la condena de los Pastores de la Iglesia, dondequiera que se verifiquen. Revelan una falta de respeto por los demás, que lesiona unos principios elementales sobre los que se basa una sana convivencia civil. La dignidad propia de toda persona siempre debe ser respetada en las palabras, en las acciones y en las legislaciones.

Sin embargo, la justa reacción a las injusticias cometidas contra las personas homosexuales de ningún modo puede llevar a la afirmación de que la condición homosexual no sea desordenada. Cuando tal afirmación se acoge y por consiguiente, la actividad homosexual se acepta como buena, o también cuando se introduce una legislación civil para proteger un comportamiento al cual nadie puede reivindicar derecho alguno, ni la Iglesia, ni la sociedad en su conjunto debería luego sorprenderse de que también ganen terreno otras opiniones y prácticas desviadas y aumenten los comportamientos irracionales y violentos».

Una lectura atenta de estos párrafos indica que la Iglesia no apoya la discriminación aunque no se implicará (a pesar de que algunos prelados lo hayan hecho individualmente) en el ámbito civil para conservar la actividad homosexual bajo la protección de la ley. La Iglesia, sin embargo, se preocupa profundamente por las personas más que por las acciones, incluyendo a las personas que tienen que vérselas privadamente en sus vidas con la atracción homosexual, y que no han elegido hacer de ello el punto central de su identidad. En resumen, rechaza el argumento de los activistas gays y lesbianas de que, para amar a la gente con atracción homosexual, la Iglesia deba amar todas las acciones de esas personas, una posición que nos suena a la que toman muchos padres con sus hijos.

Tengo pocas dudas de que algunas personas cuyas identidades se han enraizado fuertemente en la atracción e identidad homosexual puedan comprender estos párrafos como discriminatorios e injustos. Pero mientras la raíz del debate siga siendo si la actividad homosexual sea moral o inmoral, correcta o desordenada, los activistas no pueden esperar que la Iglesia abandone su rol pastoral en el ámbito civil. El papel de la iglesia en la sociedad civil -ya sea en referencia a la actividad homosexual o al aborto en los Estados Unidos, la necesidad de una reforma agraria y de la justicia económica en América Latina o la libertad humana en el antiguo bloque soviético- nunca se ha quedado en pura fachada. En cuanto maestra y guía de tantos católicos que experimentan atracción homosexual, pero que no han elegido un camino de desobediencia, la Iglesia tiene la responsabilidad de continuar expresando claramente la verdad y protestando cuando ciertas voces intentan promover ideas en la opinión pública que son menos que verdaderas.

Una última consideración respecto a estos párrafos. De modo ocasional, se vuelve a la carga diciendo: ¡La Iglesia permite que se golpee violentamente a los gays!, basándose en la observación de la Congregación de la Doctrina de la Fe de que una revuelta social podría plausiblemente intentar normalizar y restringir la actividad homosexual en la sociedad civil y en las leyes. La Iglesia no aprueba que se ataque violentamente a los gays. Una lectura del párrafo solo unas líneas más arriba lo aclara. Pero en este párrafo, la Iglesia avisa que los meros cambios en la legislación civil no pueden cambiar y no cambiarán la ley natural presente en los corazones y en los cuerpos de los hombres. La sola ley civil no hará y no podrá hacer que la homosexualidad activa sea «correcta», ni objetivamente ni en los corazones y las mentes de los demás ciudadanos atraídos homosexualmente. En cambio, estas leyes son responsables de producir efectos nocivos, como la columnista Camilla Paglia, que se identifica lesbiana, señala en el diario virtual *Salon*:

«Que los gays pidan que los cristianos de buena voluntad cesen de presionar en Washington contra el creciente impulso liberal de la política del gobierno muestra una amnesia colosal. Por amor del cielo, fue el activismo vistoso y atronador de los ministros evangélicos protestantes el que, en el siglo XXI, dio fuerza al movimiento abolicionista y condujo al final de la esclavitud en los Estados Unidos... Así que los gays deberían dejar de lamentarse de que los Baptistas del sur ejerzan su derecho constitucional a la libertad de expresión en relación a la homosexualidad, que es, además, condenada por la Biblia, a pesar

de la casuística tortuosa de muchas partes interesadas, incluida la de los clérigos. He estado avisando una y otra vez durante años de que la falta de respeto insultante mostrada por los activistas gays hacia la religión -que ha continuado virtualmente incontrolada durante 20 años en las tertulias de televisión, con invitados poco objetivos- produciría una reacción violenta con el tiempo».

El coraje de ser casto

¿Cómo se puede vivir entonces? Si la expresión sexual tiene un doble objetivo que no puede ser ignorado ni moral ni prácticamente, si los hombres y las mujeres son creados a imagen de Dios como fines en sí mismos y nunca medios para otros fines, ¿qué le queda a la atracción y la actividad homosexual? El tercer párrafo del Catecismo referido a la homosexualidad afirma:

«**2358** Estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, y, si son cristianas, a unir al sacrificio de la cruz del Señor las dificultades que pueden encontrar a causa de su condición».

«**2359** Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Mediante virtudes de dominio de sí mismo que eduquen la libertad interior, y a veces mediante el apoyo de una amistad desinteresada, de la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana».

¿Qué? ¿Castidad? ¡Debes estar bromeando, ¿no?! No, la Iglesia no está bromeando. Las personas humanas y la expresión sexual son demasiado importantes como para andar con bromas, aunque es difícil imaginar una posición que vaya más directamente contra la cultura actual que la que Iglesia pide a los cristianos del Tercer Milenio.

-Castidad -suspiraba una mujer atractiva e inteligente en una fiesta donde salió a relucir el tema- ¡Me suena a algo totalmente medieval!

En el transcurso de la conversación, ella admitió que toda la serie de amantes que había tenido la había dejado exhausta e infeliz y que ya se había propuesto cesar de salir al menos por un tiempo.

La castidad, que está en sintonía con el alma y que está llena tanto de respeto hacia sí mismo como de sentido común, tiene un problema de marketing. Es típico, ciertamente de modo irónico, el tratamiento de la idea de castidad en la película *Elvira, Mistress of the Dark*. Una de las historias secundarias de esta película de distribución limitada (apareció en al menos una de las listas sobre las diez peores películas de todos los tiempos) contraponen una hermosa, divertida y descarada mujer llamada Elvira a toda una coalición retrógrada de funcionarios y padres de moralidad convencional. La particular malicia de los productores se reservaba para una paria de la castidad, una mujer malvada cuya energía por conseguir ser virtuosa derivaba de sus amplias reservas de sexualidad reprimida. Este personaje corresponde bien a la percepción popular de que abstenerse de la expresión sexual durante mucho tiempo es, más o menos, insano, psicológica e, incluso, físicamente, así como la idea popular de que la gente que hace esto «debe tener algún problema».

Parte del problema de las «relaciones públicas» de la castidad, en especial sobre la cuestión de la atracción homosexual, deriva de cierta confusión sobre ideas básicas y de una creencia errónea de que la castidad no es «práctica». Cada una de estas cuestiones ha de ser tratada.

Uno de los equívocos más extendidos confunde la castidad con la virtud del celibato. El celibato es un estado de soltería prometido o asumido mediante un voto o un compromiso personal por el Reino de Dios. Por extensión de lo que forma parte de una vocación más amplia como la del sacerdocio, como la pertenencia a una comunidad religiosa o como la vocación de cristianos corrientes que también están llamados por Dios, la Iglesia lo comprende como una gracia particular. El celibato, en este sentido, no es para todo el

mundo, aunque sea, en cierto modo, similar al matrimonio. Del mismo modo que en el matrimonio la expresión sexual se reserva para propósitos específicos, el celibato se refiere principalmente a no tener relaciones sexuales para promover el Reino de Dios. La castidad es un concepto más amplio y lleva consigo el subsuelo de una virtud fundante. Es posible ser célibe y, sin embargo, no ser casto; o ser casto, pero no ser célibe.

Por otro lado, la castidad es una virtud que la Iglesia ha entendido siempre como normativa en la vida cristiana. Ya se esté casado o no, el cristiano ha de llevar una vida de sexualidad ordenada, evitando el sexo fuera del matrimonio y dejando la expresión sexual abierta a la posibilidad de una familia dentro del matrimonio. La búsqueda de una vida casta ha sido entendida durante largo tiempo como una de las gracias y expectativas asociadas con la vida cristiana, especialmente, tras el Bautismo y la Confirmación. En este sentido, la castidad es para todo el mundo, y no solamente para unos pocos. La castidad también implica la noción de llevar una vida de sexualidad ordenada. Nuestra cultura corriente ha separado hasta tal punto la sexualidad de la personalidad que la expresión sexual ha llegado a considerarse como algo meramente recreativo, en vez de una expresión de quiénes somos en lo más profundo de nosotros mismos. De este modo, la cultura sugiere que el sexo es parecido a jugar al baloncesto, cuando, en realidad, es algo más parecido a realizar una obra de arte. Cuando uno se dedica a la creación artística, comparte algo muy profundo que lleva dentro de sí, y tiene un sentido el compartir el propio ser. Pero jugar al baloncesto es algo que uno hace y puede ser bastante superficial, poco más que ocio. Cuando el sexo tiende a ser visto como algo simplemente divertido o como un modo para conseguir otro fin, puede ser muy difícil comprender o tomar la decisión de abstenerse.

La cuestión práctica

Entre las personas con atracción homosexual, la noción del empeño por ser casto se resiente porque, en primer lugar, se ve esta enseñanza como algo difícil; en segundo lugar, porque se ve como algo «aburrido»; y en tercer lugar, aparece dolorosamente irreal y aislante. ¿Cómo me puedo empeñar en algo tan difícil, puede preguntarse razonablemente una persona, si parece que vivir así significa ir solo contra la marea? Para algunos, vivir una vida activamente homosexual ha sido todo lo que han conocido durante años. Si eligieran empeñarse por el camino de la castidad, tendrían poco apoyo de algunos de sus amigos e incluso la oposición activa por parte de otros.

Un creciente número de hombres y mujeres que se encuentran en esta situación se vuelven en busca de apoyo a una organización llamada Courage (Coraje). Fundada hace casi veinte años por el padre John Harvey, un sacerdote de los Oblatos de san Francisco de Sales, Courage ofrece un entorno de apoyo, oración y amistad para las personas con atracción homosexual que quieren vivir castamente en un mundo que no valora la castidad (al final de este libro se puede encontrar información para ponerse en contacto con Courage).

El padre Harvey empezó su trabajo con sacerdotes y religiosos que tenían problemas con su identidad sexual o con otras cuestiones acerca de la castidad hace más de cuarenta años. En esa época, términos como «homosexual» ni siquiera se oían y el diccionario Webster's todavía ponía «alegre o gozoso» como primer significado de la palabra «gay». El trabajo de Harvey con los hombres que luchaban por integrar una confusa identidad sexual dentro de una vida religiosa o creyente le mostró la fuerza que pueden tener los grupos de apoyo para ayudar a quienes se enfrentan con tendencias o hábitos profundamente enraizados. Los grupos de apoyo tienden a romper los muros de aislamiento levantados alrededor de los hombres con atracción homosexual y ofrece una perspectiva tremendamente útil para los individuos que se enfrentan a estos problemas. En 1980, el padre Harvey reunió un pequeño grupo de católicos en una parroquia en el sureste de Manhattan y les ayudó a fundar Courage, el único ministerio de la Iglesia católica, aprobado por el Vaticano, para los homosexuales.

No tuvo un nacimiento fácil. Después de todo, este tipo de iniciativas no se habían intentado antes. Y en esa época había tal estigma unido a la sexualidad que algunos católicos estaban escandalizados de que la archidiócesis de Nueva York, bajo cuyo auspicio

se fundó Courage, tendiese una mano a los católicos que vivían con atracción homosexual. Sin embargo, todo el pequeño grupo unido fundó la organización y dio forma a los objetivos de Courage que han guiado a la organización desde entonces:

1. Llevar vidas castas de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia católica sobre la homosexualidad.
2. Dedicar la propia vida a Cristo a través del servicio al prójimo, la lectura espiritual, la oración, la meditación, la dirección espiritual individual, la asistencia frecuente a Misa y la recepción asidua de los sacramentos de la Reconciliación y la Sagrada Eucaristía.
3. Fomentar un espíritu de compañerismo en el cual todos puedan compartir sus pensamientos y experiencias y así asegurar que nadie tenga que enfrentarse solo a los problemas de la homosexualidad.
4. Ser consciente de la verdad de que las amistades castas no son solamente posibles, sino necesarias para una vida cristiana casta y que estos amigos son quienes den los ánimos necesarios para formarse y para sostenerse unos a otros.
5. Llevar vidas que puedan servir como buenos ejemplos para otros.

Desde entonces, Courage ha crecido hasta llegar a tener sesenta y cuatro grupos en seis países, y ha ayudado a miles de personas a integrar de manera más plena la sexualidad en su vida y a llegar a un grado de castidad exterior e interior. Pero hay algo de confusión acerca de la organización, y hay que afrontar los malentendidos:

Courage no es un grupo de cambio de orientación. Courage no exige a nadie que se comprometa para disminuir su atracción homosexual o cambiarla hacia un enfoque más heterosexual. Si los miembros, individualmente, quieren intentar seguir ese camino, los grupos de Courage les apoyarán, pero no es un requisito.

Courage no es una organización de perfeccionistas. El padre Harvey no formó Courage para crear una sociedad de personas que ya lo habían conseguido. A los miembros de Courage no se les exige vivir castamente cuando llegan y algunos nunca lo consiguen. Todo lo que Courage exige es que sus miembros se comprometan a intentar vivir los objetivos. Los objetivos, a fin de cuentas, son eso: objetivos a los que nos dirigimos e intentamos alcanzar. No son notas por el trabajo ya realizado.

Courage no es «rígido». Courage cree que la enseñanza de la Iglesia católica es verdadera, pero Courage no consiste solamente en vivir castamente. El núcleo de Courage se encuentra en cómo convertirse en mejores cristianos. Es el crecimiento, la integración, el gozo y el uso de la enseñanza de la Iglesia para llegar a ese núcleo.

Courage no es antigay. De hecho, Courage no es particularmente antinada, en el sentido de que no siente la necesidad de denunciar nada ni de tratar continuamente el tema de la atracción homosexual. Courage sigue siendo intensamente personal. Entre sus miembros, Courage ha tenido antiguos activistas gays y hombres casados para quienes las únicas personas en la tierra que sabían que ellos luchaban por vivir castamente eran las de los grupos de apoyo de la organización. Es verdad que Courage está íntimamente ligado con las elecciones personales, y en este sentido, una línea de acción ha de triunfar sobre otras. Animar a la gente para que elija ir a Misa o rezar en vez de ir a bares gays o a tener aventuras de una noche puede ser visto por algunos como «antigay», pero no es que, en un sentido abstracto, Courage se dedique formalmente a denunciar a los dueños de los bares gays ni a los que tienen aventuras de una noche.

A pesar de que Courage hace una buena labor de apoyo, la organización es aún joven y no hay una sección de Courage en cada diócesis de los Estados Unidos ni en muchos países. Para aquellos que no cuentan con una sección de Courage cerca y que no se sienten con la fuerza necesaria como para iniciar una, hay algunas ideas prácticas que pueden

llevarse a cabo para encontrar algo de apoyo para vivir vidas castas. Me detendré en ellas más adelante, pero quisiera mostrar aquí al menos un resumen:

En primer lugar, no tengas miedo. No te dejes intimidar ni desanimar. Cuando empecé a plantearme por primera vez la posibilidad de vivir castamente, el solo hecho de contemplar la idea era como luchar contra un enorme gorila que se había llevado una parte de mi vida. En realidad, no es tan grande. Toma la resolución clara de que vivir castamente será un valor en tu vida y de que es algo que requiere esfuerzo para llevarlo a cabo. Vivir una vida casta exige un empeño singular y constante. No es algo que, por así decirlo, se pueda empezar «de broma».

En segundo lugar, confía en los sacramentos y en la vida de oración, en especial, los sacramentos de la reconciliación y el Santísimo Sacramento, si eres católico. Aconsejaría a los no católicos que busquen formas para hacer un examen de conciencia y comuniones apropiadas a sus creencias. Cuando se empieza este tipo de vida, muchos encuentran que la castidad no es algo que ellos puedan vivir por sí mismos, sino algo que Dios vive con y en ellos. Recuerda que Cristo dijo a sus discípulos que, si ellos querían ver el Reino de Dios, tenían primero que hacerse como «niños pequeños».

La oración es el vínculo que Cristo usa para alimentar y sostener a esos niños pequeños que quieren seguirle con la pureza sincera de corazón que la castidad requiere. Además, los exámenes sinceros de conciencia proporcionan un buen vehículo para conocerse mejor a sí mismos y para interpretar los distintos tipos de deseo que dificultan una vida casta. Muchos homosexuales que intentan vivir castamente encuentran que ese deseo del contacto sexual con las personas de su mismo sexo es raramente un mero deseo, sino que a menudo es algo que puede ser entendido como una reacción a otra situación de sus vidas. Un programa regular de examen de conciencia puede ayudar a descubrir esos modos de deseo.

En tercer lugar, ¡díselo a alguien! Para muchas personas que viven con atracción homosexual, este puede ser el paso más duro. Sin embargo, estoy profundamente convencido de que, especialmente para quien ha empezado apenas a salir del armario y a merodear por lugares «anónimos» (frecuentando ciertas áreas, visitando librerías de adultos, películas de cine o ciertos bares); para esa gente es especialmente importante decírselo a una, dos o tres personas. Con los años he descubierto que el aislamiento y la soledad están entre los peores enemigos de la castidad para muchos, ya tengan tendencia homosexual o no. Decírselo a quien tú sabes que te quiere y te apoya puede hacer que la castidad se parezca mucho menos a una montaña que a un montón de tierra.

Finalmente, reconoce que la castidad es una virtud que no se consigue de un día para otro. Aunque siempre hay excepciones que confirman la regla, la mayoría no ha decidido ser casto un día y al día siguiente se ha dado cuenta de que ya lo había conseguido. Sé firme y constante en tu compromiso hacia la virtud, pero sé también comprensivo contigo mismo. Por el simple hecho de intentar alcanzar la virtud, ya has dado el paso más decisivo -tanto si ya vives la virtud perfectamente como sino-. Recuerda la promesa de Cristo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré». Todo el que busca, encuentra y todo el que llama a la puerta, la descubre abierta para él.

Capítulo 9

¿QUÉ TIENE QUE VER EL AMOR CON TODO ESTO?

A pesar de la evidencia de que la promiscuidad caracteriza las relaciones homosexuales, pocos activistas, fuera de la genuina «izquierda radical», están dispuestos a defender las aventuras de una sola noche. Más bien, la voz que se alza en muchas partes es un grito para que la Iglesia y la sociedad entiendan mejor el amor homosexual, sexualmente activo. La declaración de Dignity sobre la ética sexual afirma: «todos los seres humanos son creados a imagen y semejanza de Dios. Puesto que los hombres no fueron hechos para estar solos (cfr. Gn 2, 18), cuando nosotros buscamos y expresamos la intimidad y el amor, mostramos la imagen de Dios en acción», añadiendo más tarde:

«Aunque estamos de acuerdo con que una ética sexual centrada solo en la procreación en el contexto del matrimonio heterosexual no es relevante para nuestra experiencia como gays y lesbianas, los criterios que usamos para las decisiones sexuales no son fácilmente identificables. Afirmamos que respondemos a una llamada de Dios a amar cuando nuestra preocupación principal concierne la calidad de nuestras relaciones. Los valores en los que basamos nuestras relaciones se muestran claramente: respeto mutuo, cuidado, compasión, confianza, comprensión y generosidad (la cursiva es un añadido). Lo que emerge de nuestra experiencia y de nuestra reflexión es un énfasis en las personas y en las acciones que llevan a un crecimiento espiritual y personal. Oímos una llamada a la intimidad en las relaciones que vinculan sexualidad y espiritualidad. Es una llamada que los cristianos identifican con Jesús, que desafió a sus discípulos a amar a Dios totalmente y a los prójimos como a sí mismos (Mt 22, 34-40). Es una llamada que los cristianos reconocen como la presencia continua del Espíritu... Generalmente, buscamos relaciones que son totales y no únicamente la expresión de una sexualidad genital».

Pero un resumen de las 5.100 páginas web encontradas a través de un motor de búsqueda de Internet metiendo la expresión «gay love», revela de manera aguda la confusión de la comunidad gay y de la cultura ambiente sobre el amor. La aplastante mayoría de esas páginas parecen ofrecer tanto pornografía como consejo para las relaciones, con muchos anuncios de los últimos libros cuyas portadas prometen excitación y consejo. El libro de la editorial Alyson Publication, titulado *Love Between Men: Enhancing Intimacy and Keeping Your Relationship Alive* (Amor entre hombres: aumentar la intimidad y mantener tu relación viva), por ejemplo, tiene una cubierta cuyo título está dispuesto a lo largo de dos hombres desnudos en un abrazo que les cubre estratégicamente, presumiblemente, para que el libro pueda ser vendido en las estanterías normales sin estar envuelto en un papel marrón. Parece que por todos lados se da por supuesto que el «amor gay» tiene mucho que ver con la actividad homosexual y se olvida la cuestión: después de todo, ¿qué es el amor? ¿Qué es el «amor entre hombres» o el «amor entre mujeres» en esta cuestión? ¿Las relaciones homosexuales activas sexualmente son realmente amor? Este capítulo intenta arrojar al menos un poco de luz sobre la naturaleza y las exigencias del amor.

Pobreza de lenguaje

Peter Kreeft ha observado que se puede medir la importancia de algo sabiendo cuántas imitaciones ha inspirado. Pocos, después de todo, abordan el problema de la imitación de los clips o de las grapas. Los discos compactos, vídeos o películas se imitan cada vez más a menudo porque tienen más valor. Ocasionalmente, algún museo o coleccionista perderá mucho dinero comprando una imitación de una obra de arte o algún presunto documento original. Cuanto mayor es el valor de un objeto, tiene más posibilidades de que alguien intente falsificarlo. Esto es especialmente verdadero en relación al amor, lo único en el universo que tiene más valor que cualquier otra cosa, excepto Dios. El amor tiene cantidades

ingentes de imitaciones. Muchas relaciones, acciones, ideas, políticas y homilías reivindican el amor como fundamento y como fin, pero no reflejan o no entienden el amor verdadero.

La pobreza del lenguaje, al menos en el inglés popular, desliza la cultura hacia la confusión. Por ejemplo, ¿queremos de veras decir que sentimos y buscamos cosas equivalentes en relación a nuestra esposa, nuestros hijos, amigos, películas, o a un helado cuando decimos de todas ellas que las «amamos»? La expresión «amor incondicional» se emplea muchísimo en nuestros días pero se practica muy poco. El grado de sacrificio que exige nos merecería un reproche de parte de quienes predicán la importancia del «amor de sí mismo». El «amor de sí mismo» se emplea con frecuencia como una excusa para todo, desde la participación en grupos de apoyo hasta la autoindulgencia con la masturbación, un acto que sería mejor entenderlo como odio de sí en vez de amor de sí. ¿Y qué papel juega en la vida el «amor romántico»?

Afortunadamente, todo el que quiere hablar de amor de manera más profunda y precisa tiene acceso a otras lenguas que han reconocido más matices de significado en el concepto de amor. Los griegos, por ejemplo, tenían al menos cuatro términos principales que podemos usar: *eros*, o amor erótico; *storge*, o amor de familia y de las cosas familiares como el propio pueblo, ciudad o país; *philia*, o amor entre amigos; y *agape*, el amor de Dios por nosotros y el nuestro, posiblemente, hacia los otros, que implica sacrificio de sí mismo y conocimiento propio. Pero, si queremos usar términos más específicos, necesitamos definirlos un poco más claramente.

Nuestra cultura se cree que lo que mejor comprende es el *eros* o amor erótico. Pero la visión del sexo, maliciosa y orientada por el mercado, que domina nuestra cultura, tiene más que ver con la objetivación, la lujuria y la lascivia que con cualquiera de nuestras cuatro definiciones de amor. El *eros* o amor erótico alimenta y nutre el romance, pero difiere mucho de la visión del sexo de la cultura popular, que se centra mucho más en los cuerpos que en las personas. «*Desire*» (deseo) es la palabra que corresponde más de cerca a *eros*, pero la palabra *eros* tiende a ser un deseo que consume hacia una persona o una cosa. El *eros* es un amor con un objetivo definido y casi dominante. C. S. Lewis, el gran apologeta y escritor cristiano, usaba como modelo del amor erótico a dos personas de frente una a la otra, mirándose profundamente a los ojos y centradas por completo la una en la otra. Me parece que ese modelo es útil porque reconoce el interés totalmente absorbente que cada una de las partes implicadas en el amor erótico tiene por la otra parte.

Tres aspectos del amor erótico son importantes para nuestra discusión. En primer lugar, un egoísmo habitual caracteriza al amor erótico porque el deseo del *eros* se basa esencialmente en el yo de la persona que sufre la atracción erótica. Incluso si la persona que experimenta el amor erótico ha sometido a disciplina su corazón y puede mantener los sentimientos libres de un egoísmo consciente y reconocido, el *eros*, por su misma naturaleza, implica al menos un egoísmo subconsciente, psicológico. No puede haber otra interpretación esencial de la frase que es la quintaesencia del amor erótico: «Te quiero». En segundo lugar, el *eros* o amor erótico tiene menos que ver con la libertad y la decisión que los otros tipos de amores. Poca gente decide tener sentimientos eróticos hacia alguien, ni puede ser forzado a tenerlos. Como muchos amantes no correspondidos saben, muy a su pesar, los sentimientos de amor erótico y sus actitudes románticas asociadas tienden más a ser algo que nos pasa que algo que viene de nosotros, tanto si somos correspondidos por nuestro amado como si no. En tercer lugar, el poder y la inmediatez del *eros* pueden llevarnos fácilmente a olvidar que la persona que amamos de este modo sigue siendo una persona, un yo, a pesar de ser el objeto de nuestro interés erótico. No hay nada en el amor erótico que tenga el poder o la autoridad para transformar o eliminar la naturaleza independiente y el valor infinito de una persona humana. Cada persona que amamos eróticamente sigue siendo una persona creada a imagen y semejanza de Dios, y por ello posee un valor innato que va mucho más allá incluso de nuestros cálculos más amables.

Storge, el segundo de los términos para el amor corresponde más de cerca a la palabra inglesa «*affection*» (afecto) y es, a la vez, el menos conocido de todos los términos, incluso entre los cristianos. *Storge* caracteriza los sentimientos de amor entre hermanos y otros

miembros de la familia, o los sentimientos que uno puede tener hacia un lugar especialmente favorecido o que es importante en su vida. La comprensión moderna de la palabra «afecto», sin embargo, no refleja suficientemente los más profundos significados de *storge*.

Las asociaciones de la palabra *storge* relacionadas con la familia le otorgan, en cierto modo, un cierto poder de familiaridad y humildad. Las mujeres que cuidan a sus hijos o los hijos ya adultos que cuidan de sus padres ancianos son ejemplos de *storge*. Hay en este amor una atención y una aceptación de las peculiaridades de la personalidad que nos permiten aceptarlas en esas personas, mientras que no las aceptaríamos en una persona extraña. Como las familias son los mejores ejemplos de los lugares en los que uno debe aceptar a las personas que le rodean, y no tanto elegirlas, *storge* se asocia a menudo a la vida de familia. *Storge* es el tipo de amor con el que uno se puede sentir tranquilo e incluso un poco avergonzado. Los amantes y los amigos, los recién casados e incluso los miembros de la familia están con frecuencia contentos de encargarse unos de otros, pero cuántos de nosotros podemos sentirnos extraños al confesar nuestro afecto por alguien dentro de nuestro entorno que nosotros sabemos que los demás consideran como «un pobre hombre».

Otra palabra excelente para usar junto a *storge* puede ser la ternura de un amor de madre. Es interesante ver que la aceptación de las otras realidades -peculiaridades, faltas, idiosincrasia, hábitos molestos- hace del *storge* un fuerte antídoto contra la lujuria. Es casi imposible objetivar con la lujuria a alguien si queremos mirar a esa persona y a los demás como las ven sus madres.

Finalmente, aunque todos los amores pueden coincidir en mayor o menor medida, el *storge* da un matiz propio a los otros amores mientras que él no recibe los matices de los demás. En particular, en las relaciones maduras sazoadas con los años, el *storge* puede proporcionar un pilar de apoyo al tipo principal de amor que la relación posee sin superarlo. De este modo, las amistades duraderas tienen un elemento de *storge*, pero este afecto no es lo esencial de la amistad. Igualmente, las parejas que llevan casadas mucho tiempo comparten mucho *storge*, pero el afecto no es la síntesis de su relación. De muchas maneras, el *storge* tiene que ver con el amor del día a día, de las cosas cotidianas, sin los fuegos de artificio del eros o el sentimiento de descubrimiento que puede caracterizar a una fuerte amistad. Sin embargo, el *storge* mantiene una de las características del eros: normalmente, el *storge* no puede ser querido.

La *philia* ocupa una posición que es vista a menudo como la «más alta» de los términos naturales del amor. El término inglés más cercano a la *philia* es «friendship» (amistad), una palabra que, como el amor, ha sufrido cierta confusión y pérdida de fuerza durante los últimos años. La amistad, como muchos de nuestros contemporáneos la entienden, significa a menudo algo más cercano al mero hecho de ser conocidos que al de ser amigos. *Philia*, en cambio, tiende a tener un significado más grande. Algunas personas recordarán la película *Stand By Me* (Cuenta conmigo), de 1986, que detalla la aventura de unos chavales de doce años en busca de un cuerpo muerto y su descubrimiento de sí mismos y de su amistad durante el proceso. *Stand By Me* muestra, de un modo muy puro, la lealtad, la honestidad, la compasión y la ternura que son posibles en la *philia*. La *philia* combina el hacerse un pinchazo en la mano para formar una hermandad de sangre con las exigencias y promesas de unas vacaciones de verano y la confianza y la honestidad forjadas en el calor de un peligro compartido o de cualquier otra experiencia. Me acuerdo del comentario de un hombre sobre las amistades de su padre en los tiempos de la guerra. Esas amistades duraderas tenían tal importancia para su padre, recordaba este hombre, que si uno de estos amigos le telegraficara desde la otra punta del país diciendo: «Ven, te necesito», su padre cogería el primer tren que saliera. De algún modo, los puntos fuertes de la *philia* han llevado a confundirla con el eros, pero hay una diferencia significativa. El modelo de C. S. Lewis para la *philia* contrasta con su modelo del eros. En el modelo de la *philia*, los dos participantes están centrados no el uno en el otro, sino en algo externo a cada uno de ellos. Son dos que persiguen juntos un objetivo común que es externo a ambos, mientras que, en el eros, las dos personas estaban centradas una en la otra.

Un ejemplo manifiesto de la confusión relativa al amor que se da hoy día es el intento de

los activistas gays y lesbianas por apuntar póstumamente en sus filas a figuras históricas basándose en sus escritos a otras personas de su época o en la descripción que otros hicieron de ellos. El ejemplo reciente más notable se refiere a la historia bíblica de David y Jonatán. Cuando Jonatán muere en la batalla, David lamenta su muerte en el primer capítulo del segundo libro de Samuel, diciendo: «Por ti (estoy) lleno de angustia, Jonatán, hermano mío, en extremo querido, más delicioso para mí tu amor que el amor de las mujeres» (1, 26). Los activistas aprovechan este versículo, reivindicando que este, y la historia general de David y Jonatán, prueban que el «amor homosexual» (por el cual, ellos entienden la variedad gay actual) estaba presente incluso en el ungido de Dios.

De ahí afirman que la Iglesia debería cambiar su postura sobre los actos homosexuales. Sin embargo, un examen atento de la historia muestra que esa fuerte relación se enraíza en la *philia* mucho más que en cualquier otro afecto guiado por un eros desordenado. Tanto David como Jonatán empiezan la historia más o menos a la misma edad. A pesar de provenir de orígenes muy diferentes, ambos tienen intereses similares y plantan cara a un enemigo común, Saúl, el padre de Jonatán y rey de Israel. Hay peligro, aventura, riesgo, lealtad y tragedia. Al final de la narración, David llora por Jonatán como quien llora por la pérdida de un buen amigo. Nada de esto está fuera de lo común ni puede dar lugar al error de caracterización que se ha mostrado corrientemente. La exaltación del eros ha llevado a la cultura contemporánea a sofocar y pasar por alto el poder que la verdadera *philia* posee. La afirmación de que David y Jonatán «deben haber sido» amantes secretos dice mucho más sobre nuestra comprensión empobrecida del amor que sobre las inclinaciones sexuales de los príncipes hebreos.

Hay que destacar ahora dos factores de la *philia* para nuestra discusión. El primero es que la *philia* es completamente un amor que nosotros elegimos o queremos. En cierto modo, hay un dicho popular que describe la *philia* con agudeza: ninguno de nosotros elige a su familia, pero todos elegimos a nuestros amigos. Este elemento de libertad en la *philia* la vincula al ágape, la transformación sobrenatural del amor, y así, le da un carácter y una profundidad diferentes. El segundo factor es que la *philia* puede (y debería) proporcionarnos mucho de lo que necesitamos de las demás personas como seres humanos: compasión, compañía, comprensión, compartir nuestras vidas y nuestro tiempo. La Escritura observa correctamente en el Génesis que «no es bueno que el hombre esté solo» y la *philia* proporciona la «amistad desinteresada» que el Catecismo cita como el apoyo que necesita para acercarse a la santidad quienes viven con atracción homosexual.

Aunque es algo irónico, el cuarto término específico que tenemos que tratar en nuestra discusión sobre el amor, es el ágape, que era para los griegos la definición menos específica de amor. Ágape significaba el amor en general, de forma genérica, y por ello no era, probablemente, muy usado en una cultura que apreciaba mucho la especificidad en el lenguaje. Pero, dado que ágape no tenía una definición específica, se adaptaba perfectamente a las necesidades de los primeros cristianos que intentaban hablar de un tipo de amor totalmente nuevo, un amor que el mundo nunca antes había visto de forma tan clara como lo hizo con Jesucristo. Hablando con precisión, el ágape es el amor de Dios en todas sus formas. Es el amor de Dios por nosotros y por toda su creación, nuestro amor de Dios en respuesta a su amor por nosotros, y nuestro amor puro por el vecino, que es el amor de Dios por nosotros que nosotros aceptamos y reflejamos frente a los individuos con los que nos encontramos cada día. Todo esto entra en la definición de ágape.

El papel del ágape en nuestra discusión es clave, pero es un tema demasiado amplio para tratar. ¡Se han escrito libros enteros simplemente sobre el amor de Dios! Sin embargo, el ágape tiene ciertas características que necesitan incluirse en nuestra discusión sobre el amor y la atracción homosexual.

El primero y más importante es que el ágape es completamente una elección, un acto de la voluntad. La decisión, no la emoción, es la que caracteriza al ágape. Nadie puede quererse a sí mismo con amor erótico, ni con el *storge*, ni incluso con la *philia* (que requiere un cierto grado de reciprocidad o de afiliación). En cambio, el testimonio de la Escritura, de los santos y de muchos cristianos contemporáneos es que el ágape puede existir y existe en la voluntad.

San Francisco quiso amar y abrazar al leproso a pesar de que la lepra le parecía repulsiva. San Martín de Porres quiso amar y ayudar a los esclavos de la colonia española del Perú aunque dicho amor suponía una amenaza para su propio estatus e incluso para su propia libertad. Las hermanas de la madre Teresa quieren amar por todo el mundo como algo normal a aquellos que el resto de la sociedad ha declarado no-amables o intocables. «El amor -como dice un letrado en el despacho de la madre Teresa- es una elección».

El segundo es que el verdadero ágape, el ágape sobrenatural, el de Dios, es completamente desinteresado. El amor de Dios se olvida a sí mismo, literalmente, y no pide reciprocidad. Ahora bien, si somos sabios y plenamente personas humanas, responderemos al amor de Dios, porque el amor se propaga a sí mismo entre la gente sana. Pero Dios no exigirá nuestro amor en respuesta al suyo. Él ha amado incluso durante las épocas de nuestra vida en las que hemos podido odiarle. En esto, el ágape es superior a la *philia*, porque la amistad exige una cierta reciprocidad. Jesús amaba de manera perseverante también a los que le clavaron en la cruz.

La tercera característica del ágape es semejante a las dos primeras. Puesto que el amor de Dios incluye tanto el olvido de sí como un acto de voluntad, el ágape sobrenatural quiere únicamente solo lo que es mejor para el amado. El olvido de sí por parte de Dios y su voluntad de amar hace posible el que Dios desee de manera constante y profunda lo que es lo mejor para nosotros, sus amados. Aunque esta sea una idea tan enorme que muchos no pueden aceptarla, como san Pablo escribe en la Carta a los Romanos, todo sirve para el bien de sus hijos. Hablaremos más de esta idea en el capítulo once.

La última característica del ágape de la que hablaremos aquí se refiere al modo que el ágape tiene de «ver». El amor de Dios ve la verdad sobre las personas humanas, nos ve como somos realmente y no únicamente como queremos presentarnos a nosotros mismos. En consecuencia, el ágape ve nuestra totalidad y busca relacionarse con nosotros en todos los niveles. No hay nada de nuestro ser creatural que Dios no conozca o ame, y no hay nada de nuestro yo que Dios quisiera ignorar o pasar por alto. Aunque Él no ama los pecados que cometemos, nos ama a pesar ellos.

Llegados a este punto, algunos lectores dirán:

-Ese es el amor de Dios. Eso es divino. ¿Pero qué tiene que ver todo ello con nosotros?

Aunque es verdad que el amor de Dios puede parecernos un ejemplo imposible de seguir, la gracia de Dios hace que podamos aceptar su ágape y reflejarlo en las vidas de las personas que están a nuestro alrededor. Esto es lo que significa en parte ser sarmientos de su vid. Es el ágape, su Espíritu, el que procede del amor compartido por el Padre y el Hijo, el que proporciona la savia a los sarmientos para que puedan dar fruto.

¿Son las relaciones homosexuales un amor verdadero?

Usando estas definiciones más precisas para los diferentes tipos de amor, ¿podemos entender que las relaciones homosexuales expresan un amor real? Si es así, entonces, ¿en qué sentido se puede decir que lo hacen? Si no, entonces, ¿por qué? Las personas que viven con una atracción homosexual, ¿«muestran la imagen de Dios en acción» cuando «buscan y expresan intimidad y amor», como dice la afirmación de Dignity sobre la ética sexual?

Ciertamente, puede ser que las relaciones homosexuales activas, así como el sexo fuera del matrimonio en general, parezcan expresar el amor erótico o su hijastro, el amor romántico. Todos los síntomas están presentes. Aunque el amor erótico o romántico es la forma más emocional y menos racional de todas las formas de amor de las que hemos hablado, es, con todo, un modo de amor y continúa estando, al menos indirectamente, relacionado con los demás tipos. El amor erótico es semejante al ágape del mismo modo que los hermanastros son hermanos entre sí. Comparten al menos uno de los padres entre ellos, y cada uno conserva crucialmente la fuerza del otro progenitor. Sin embargo, el eros tiene una apariencia y una personalidad muy distintas. Como hemos mencionado brevemente un poco más arriba, el amor erótico es el que corre el riesgo más grande de ser maltratado y

tergiversado. El amor erótico, por tratarse principalmente de deseo, tiene todas las posibilidades de objetivar al amado. Esto significa que el amor erótico puede olvidar que el amado es una persona, un yo, y por ello, un sujeto propio de acciones, emociones, esperanzas y sueños. Las personas no pueden nunca convertirse en un medio que se puede usar para alcanzar los fines deseados, sean estos fines sexuales, sociales o económicos.

Pero, dada la fuerza del amor erótico, ¿no ocurre siempre esto? ¿No es toda expresión sexual, por estar basada en el deseo, una objetivación por definición? Bueno, ciertamente puede serlo. Los santos y la Iglesia siempre han aconsejado a las personas casadas que emprendan un examen de conciencia periódico, honesto y completo acerca de cómo ven y aman a sus cónyuges. Pero, a través de la fertilidad y el matrimonio, Dios ha dado una especie de contrapeso a la tendencia natural que hace del amado un sustituto de Dios (un ídolo) o un objeto (un instrumento para un fin sexual o emocional).

Cuando las parejas casadas hacen el amor sin métodos anticonceptivos artificiales, canalizan el eros dentro de un amor profundo y multidimensional que va contra la tendencia que cada uno tiene a objetivar al otro. Cuando una pareja ha decidido usar métodos naturales ya sea para espaciar los embarazos o para concebir un niño, cada uno reconoce la plena humanidad del otro en el momento de expresarse sexualmente. Un marido en esta situación no puede ver a su mujer, en primer lugar, como un instrumento para su placer sexual porque ya se ha comprometido -intelectual, física y espiritualmente- a reservar su expresión sexual para unos tiempos establecidos por los ritmos naturales de su esposa. Ya ha reconocido su existencia como persona mucho antes de que vayan a la cama. Igualmente, una mujer comprende a su marido como mucho más que un mero «semental» o como el hombre que ella desea sexualmente; lo comprende también como el hombre cuyo amor puede cambiar físicamente su vida dejándola encinta. Cada uno de los dos comprende que el otro tiene un rol y una identidad que va más allá de la que da y urge el eros.

Cuando las parejas heterosexuales utilizan la contracepción, o cuando las parejas homosexuales tienen relaciones sexuales, apartan de sí dicho contrapeso, dejando espacio libre al amor erótico para idolatrar y objetivar al otro. En cada caso, se puede decir que la objetivación empieza incluso antes de que la pareja comparta cualquier acto sexual. En el caso de la pareja heterosexual, la objetivación comienza en cuanto el hombre o la mujer deciden (consciente o inconscientemente) que satisfacer un deseo sexual inmediato es más importante que amar y respetar a su pareja como una persona plenamente humana y totalmente fértil. Usando métodos anticonceptivos para impedir o suprimir la plena expresión sexual, aparta de su pareja la plena comunión humana que el acto sexual ha de representar. De igual manera, cuando un hombre o una mujer contemplan la posibilidad de tener relaciones sexuales con alguien de su mismo sexo, hacen algo similar. Ya sea consciente o inconscientemente han decidido que tener relaciones con tal o cual persona tiene más importancia que considerar que un acto así significa, en realidad, que se ama a la totalidad de la persona, tal y como Dios la ha creado. Una persona que tiene relaciones con otra sigue siendo un hombre o una mujer, y su sexualidad sigue estando creada por Dios para algo mucho más profundo e importante que el mero hecho de proporcionar placer al otro.

Por supuesto, esta comparación tiene sus límites. El simple hecho de renunciar a la contracepción, por ejemplo, no garantiza a una pareja heterosexual que no se vayan a objetivar o deshumanizar mutuamente de un modo u otro fuera de la cama. O el simple hecho de tener relaciones homosexuales no cierra a los amantes homosexuales la posibilidad de tratarse el uno al otro como personas plenamente humanas en otras áreas de su amistad. Pero en lo que son esos actos en sí mismos, el sexo heterosexual contraceptivo comparte con los actos homosexuales una posibilidad mucho mayor de objetivación y deshumanización. Cada uno a su manera se aleja de la verdadera unión que Dios quiso hacer posible a través de las relaciones sexuales. Las parejas heterosexuales que usan la contracepción trastornan una expresión que, si no fuera así, estaría ordenada al bien humano. Los actos homosexuales son una expresión desordenada de una inclinación que no es y no puede ser ordenada al bien humano.

Sospecho que esta realidad (que las relaciones homosexuales objetivan por definición y

que la contracepción tiende a objetivar en la práctica) puede ser una razón importante por la que muchas parejas, tanto heterosexuales como homosexuales, tienen problemas para que sus relaciones duren mucho tiempo. Los seres humanos modernos, en especial, los del Primer Mundo, se aburren soberanamente y tienen frecuentemente necesidad de diversiones. En otras circunstancias, tenderíamos a proporcionar mucha de esa diversión, en especial, a los que uno ama. Pero el objetivar a los seres humanos hace lo que la propia palabra dice: convertirlos en objetos. Y los objetos, como sabemos bien, pierden invariablemente su novedad y su lustre con el paso del tiempo.

Me acuerdo de que, cuando era aún sexualmente activo, esta aparente dicotomía me dejaba perplejo. Sabía que amaba a mi pareja a diferentes niveles. Sabía que me parecía un compañero de cama sexy y apasionado. Sabía que nuestras relaciones sexuales podían alcanzar cimas reales de emoción y de deseo. Pero entonces, aún apasionado o meramente adormilado, cuando el acto sexual había llegado a su fin y todo lo que quedaba era lo que luego había que limpiar, no podía entender por qué parecía haber una especie de decepción. ¿Por qué me sentía tan vacío? Solo más tarde reconocí que me sentía tan vacío porque el acto no tenía significado alguno en las partes más profundas de mi ser. He llegado a darme cuenta de que no puede haber ni comunión real ni un amor profundo en los actos homosexuales: solo la experiencia de unos niños jugando con personas a las que han convertido en juguetes.

La zona húmeda

-¿Pero no eres víctima del reduccionismo del que estabas hablando hace apenas un capítulo? ¿No sabes que hay algo más que sexo en las relaciones homosexuales? ¿No estás pasando por alto muchas cosas?

-Sí, es verdad. Si me hubiera parado al escribir este capítulo unas líneas más arriba, habría estado pasando por alto, e incluso ignorando, muchas cosas. Más aún, sospecho que algunos amigos que están leyendo esto se habrían sentido más a gusto si hubiera parado aquí. «Eso es -me los imagino diciendo-, las relaciones homosexuales no pueden ser amor verdadero. Lo sabíamos todos desde hace tiempo».

Pero un final así no habría sido verdadero. Ya ves, el amor de Dios es como una marea que crece. No puede pararse, solo se retrasa durante un poco de tiempo (aunque a veces pueda ser toda una vida). Encuentra su propio nivel y va donde Él quiere, aprovechando incluso la más pequeña de las fisuras en su búsqueda por inundar nuestros corazones humanos, para cambiarlos de piedra en carne. Por eso he llamado a esta sección la zona húmeda, porque sé que las relaciones homosexuales -incluso aquellas en las que se da una actividad sexual- tienen mucho espacio para que todas las demás formas de amor estén presentes y florezcan. Una relación homosexual activa sexualmente, o también una heterosexual fuera del matrimonio, nunca puede estar empapada en el amor de Dios, pero raramente se encuentra totalmente seca. La mayor parte de las veces me han parecido que se muestran húmedas, en grados diversos.

Esencialmente, quienes viven con una atracción homosexual, sujetos a las debilidades humanas propias, a las caídas y problemas que comparten con todas las demás personas, pueden buscar cualquier otro de los amores que deseen. Ni el afecto ni la amistad ni el ágape permanecen cerrados a ellos. De hecho, los homosexuales que buscan integrar su sexualidad necesitan ser conscientes de que sus vidas, como las vidas de cualquier persona soltera durante mucho tiempo, van a necesitar, bastante posiblemente, más de cada uno de esos amores, no menos. No podemos permitirnos el lujo de dar por sentado ninguno de estos amores. En particular, deberíamos cultivar la philia puesto que puede proporcionar muchas de las buenas cualidades de todos los demás amores.

Por supuesto, son necesarias algunas advertencias. En primer lugar, según mi experiencia, mientras los demás amores pueden haber crecido, o incluso florecido, en presencia de un amor erótico desordenado, lo han hecho, generalmente, a pesar de la actividad sexual, no a causa de ella. Sé que mi amistad con mi antigua pareja sexual creció a

pasos agigantados después de que dejáramos de tener relaciones sexuales -en gran parte porque nuestra amistad duradera más allá del dormitorio atestiguaba una confianza profunda entre nosotros-. Los dos veíamos que cuidábamos lo bastante de la persona del otro, y no solo de su cuerpo, como para seguir siendo amigos. También dejamos de utilizar el sexo para poner parches en los aspectos de nuestra amistad que exigían una comunicación más directa.

En segundo lugar, la presencia de las otras tres formas de amor, incluso de un ágape naciente, no puede justificar las acciones del eros desordenado. No es correcto, reivindican los activistas gays y lesbianas, poner objeciones a toda una relación basándose solo en una de sus partes. Eso es cierto. Pero tampoco es correcto ni verdadero buscar la aceptación social de un amor desordenado, un amor que objetiva y que utiliza, por el solo hecho de que una relación pueda contener también algunos elementos de los otros amores.

En tercer lugar, hablando en términos prácticos, los hombres (tanto los que tienen atracción homosexual como los que no) necesitan ser profundamente honestos cuando deciden si prosiguen o no una amistad. El eros es un zorro solapado y reptará hasta encontrar una fisura en el suelo si te encuentra vigilante en la puerta principal. Una buena norma general que he encontrado para detectar si el eros está ejerciendo una influencia excesiva para evaluar una amistad es algo que llamo la «regla de Quasimodo». Si este chico (o chica) que estás conociendo y del cual te estás haciendo amigo se pareciera a Quasimodo, el famoso jorobado de Notre Dame, ¿querrías seguir siendo su amigo? Hazte esa pregunta con honradez clara y brutal; luego, haz una valoración y actúa en consecuencia.

«Pero, si las relaciones homosexuales pueden tener otros amores propiamente ordenados además del eros desordenado, ¿no sería más compasivo que la Iglesia bendijera al menos el esfuerzo por formar relaciones duraderas? ¿No es tu posición quizá un poco legalista? ¿Cuántas relaciones humanas alcanzan plenamente los niveles de los que hablas?».

Una vez tuve una larga correspondencia por correo electrónico con una mujer que hacía muchas preguntas de este tipo. Paulatinamente, a medida que me iba conociendo mejor, se fue convenciendo del orden y la lógica de muchas de las posiciones de la Iglesia sobre la actividad homosexual, pero no podía abandonar la idea de que mantener unos niveles tan altos de exigencia fuese «mezquino» e «inhumano». ¿No podía yo admitir que, aunque esas relaciones no fuesen perfectas, eran mejor que las aventuras de una noche y que, por tanto, debían ser animadas? Estuve pensando y rezando un bien tiempo acerca de la cuestión. Me atraía poder dar una respuesta positiva. Pero tal posición estaría muy cerca de la de Andrew Sullivan y otros que proponían el matrimonio homosexual. Pensaba de qué modo dicha comprensión habría hecho más fácil el crecimiento y el cambio de mi relación.

Pero al final tuve que decir que no, que adoptar una enseñanza así no sería más compasivo que la enseñanza actual -de hecho lo sería menos- porque no reflejaría la plenitud de la verdad. ¿Cómo podría la Iglesia, escribía yo a esa mujer, aprobar, aunque solo fuese un poco, la actividad homosexual si esta objetiva y utiliza a los seres humanos de forma desordenada? Si Dios creó a los seres humanos a su imagen para que tuvieran un destino eterno con Él y para ser un fin en sí mismos, ¿cómo podría ser aceptable cualquier tipo de objetivación? Las exigencias de la interrelación humana son severas porque la realidad de la creación y de la naturaleza humana pide ese nivel de exigencia. Dios nos creó como personas, y no simplemente como cosas.

El *American Heritage Dictionary* define la compasión como la «profunda conciencia del sufrimiento del otro acompañada de un deseo de aliviarle», y esta definición parecería inclinarnos a la concesión. Pero las enseñanzas de la Iglesia, enraizadas en la ley natural, son más semejantes a las leyes físicas que a la legislación o a una opinión legal, o incluso que a las teorías científicas. Más que dictaminar, describen. La objetivación, el vacío, las amistades que fallan, el dolor, el divorcio (entre las parejas casadas) ocurren porque son como la consecuencia lógica del uso de un instinto, que es en sí ordenado, de manera desordenada o de la satisfacción de una inclinación desordenada. Nada de esto cambiaría

solo por el hecho de que la Iglesia cambiase su enseñanza (tampoco, en ese caso, el que quienes se porten así abandonasen la Iglesia, como algunos han hecho). Dejar de lado esa enseñanza -dejar de llamarnos para volver a nuestra más profunda humanidad- sería la acción verdaderamente menos compasiva que se podría hacer.

Sin embargo, vivir en la verdad es duro, y la lucha y la confusión sobre los actos homosexuales han dejado a muchas personas de ambos lados heridas y necesitadas de la gracia. El modo en que Dios ofrece la curación es el tema del próximo capítulo.

Capítulo 10

LA PAZ QUE ÉL OFRECE

¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido! (Mt 23, 37).

Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor (Lc 7, 47).

Pero el padre dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado" (Lc 15, 31-32).

Aparte del amor, la dimensión de Dios que me parece que muchos entienden mal es la del perdón. Por ejemplo, muchos cristianos comparten un error de apreciación muy extendido según el cual, nuestra necesidad de perdón y el mandato de Cristo de perdonar a nuestro prójimo supone una postura débil o «cobardica». Hubiera sido mucho más apropiado para la competitiva y agresiva vida moderna el que Jesús hubiera mandado a los cristianos no el perdonar a los demás «setenta veces siete», sino «ajustar las cuentas» o incluso, como

aconsejaba Maquiavelo, pegar primero. Pero, a pesar de las apariencias, la misericordia y sus dos guardianes, la humildad y la caridad, son virtudes duras, musculosas. Ponerlas en marcha regularmente nos cambia, rompiendo las costras insensibles y las cicatrices que cubren nuestros corazones, preparándonos para el cambio, para el Evangelio. Aunque la paz de Cristo es el objetivo y la promesa a largo plazo -y la paz de Cristo es la que finalmente obtenemos-, se trata de ese tipo de paz que sigue a las tormentas, a las peleas y a los trabajos arduos. La paz reposa en el núcleo del Evangelio, pero provoca lágrimas y revolución, las lágrimas de la gente arrepentida, redimida y aliviada, y la revolución de las vidas cambiadas y cambiantes.

Hay pocos grupos de personas que tengan más dificultad para comprender la necesidad de perdón que aquellos que se sitúan a los dos lados de la falla cultural abierta en torno a la atracción homosexual y a la conducta sexual. La gente con esta atracción que, como el hijo pródigo de la parábola, puede haberse extraviado mucho de casa, tiene necesidad de perdón. Pero quizá también la tienen algunos cristianos que han protagonizado el papel del hermano mayor de la parábola, el que no quiere celebrar el regreso del pródigo y a cambio muestra una profunda fosa de resentimiento, de celos y de falta de aceptación por la vuelta a casa de su hermano menor. Me he encontrado con gente de ambos grupos que no han logrado entender que el perdón, al igual que las tormentas o los huracanes, encierra una fuerza enorme e imprevisible. Cuando nos encontramos con él, no podemos estar seguros de cuál será el resultado ni de cómo serán los horizontes de nuestras vidas después de su paso.

Una paz que da el perdón: la dimensión personal

Al igual que ocurría en cierto modo con el amor, la lengua inglesa sufre una falta especial de lenguaje adecuado en lo que se refiere al perdón y a la paz. El diccionario define «perdonar» de tres maneras. La primera es excusar una falta o una ofensa, disculpar. Las otras dos definiciones incluyen la renuncia a la ira o al resentimiento contra la otra parte y la absolución de un pago (por ejemplo, una deuda). Se encuentran algunos sinónimos en palabras como disculpa, excusa, condonación. Pero ninguno de estos términos incluye realmente la dimensión más profunda del perdón: la pacificación de las personas entre sí y con Dios. La palabra «paz» se define también bastante vagamente. Para comprender mejor lo que Dios entiende por paz y perdón, necesitamos recurrir al hebreo, la primera lengua de la Escritura. La etimología básica del hebreo es un mapa relativamente fácil de entender una vez que se tiene el alfabeto. El hebreo organiza las palabras alrededor de ciertas raíces de tres letras. Los verbos se construyen a partir de esas raíces añadiendo prefijos y sufijos. Los nombres y las demás palabras, sucesivamente, se construyen a partir de los verbos. De este modo es posible coger una palabra y, encontrando y examinando su raíz a través de su familia lingüística y de otras palabras, lograr una comprensión mucho más profunda que la que da una simple lista de todos sus significados.

Mucha gente sabe que la palabra hebrea para referirse a la paz es «shalom». La raíz de tres letras de la palabra «shalom» está formada por las letras hebreas shin-lamed-mem (los sonidos de las letras sh, l y m). En su nivel más simple, el verbo de tres letras significa «completarse o acabarse». Pero, si se examina la raíz a través de su familia de palabras, se encontrarán más verbos pasivos que activos. Dichos verbos significan cosas como «finalizarse», «devolverse», «cumplirse» y «tener voluntad de ser recompensado». Los verbos activos de la familia incluyen significados tales como «pagar o recompensar», «completar o pacificar» y, finalmente, «perfeccionarse a sí mismo». Estas palabras comparten la noción de devolución, de ser salvados, de poner las cosas en su sitio. «Paz», en hebreo y, me atrevería a decir, en el corazón de Dios, supone actuar para restablecer una relación pasando de la enemistad y el conflicto a la amistad y el respeto. Las palabras hebreas parecen casi como si llevaran consigo siempre a sus espaldas la noción de relación.

En cambio, las palabras inglesas «forgive» (perdonar), «excuse» (excusar) y «pardon» (disculpar) parecen describir simplemente acciones. Una persona ha herido a otra y pide, o no, perdón para que la parte herida se lo conceda. ¿Se conocían antes? ¿Serán todavía amigos después? El inglés no lo dice y el lenguaje no da ninguna pista. Pero el contexto de relación que brota de la raíz *shin-lamed-mem* es asumido y comprendido en las palabras

hebreas. Cada palabra nos trae a la mente a los dos actores del drama que se han conocido antes, aunque solo sea de manera tangencial, y que siguen más o menos relacionados. Hacer las paces significa restaurar la relación, incluso si el daño es de tal calibre que impide que la relación continúe.

La restauración de nuestra relación con Dios está en el centro de la dimensión personal vertical, o divina, del perdón. El cristianismo, en sus niveles más profundos, se refiere a una relación entre Dios y la persona humana individual y con las personas humanas en comunidad. La gracia divina, según la comprensión cristiana, creó la relación con Dios en primer lugar y la restauró una vez que el pecado la había roto. Así era la amistad que nos relata el Génesis, que pinta la relación de Adán y Eva con Dios a un nivel tan íntimo que Dios se «paseaba» en el paraíso con la pareja y había una sintonía con toda la creación. Pero Adán y Eva pecaron como individuos y volvieron la espalda a su relación con Dios, para fiarse de una mentira según la cual, ellos podrían alcanzar un poder más grande y ser ellos mismos como dioses. Individualmente, su pecado les pertenece, pero de manera teológica o arquetípica, la caída de Adán y Eva rompió la relación de toda la creación con Dios. Gran parte de la historia humana puede ser vista como una larga serie de luchas por restaurar al menos el lado humano de esa amistad o por alcanzar el poder que la primera mentira había prometido.

Esto es una sinopsis de un cuadro teológico más amplio sobre el perdón y, como tal, puede resultar difícil de entender para algunos. Algunos lectores se pueden preguntar cómo, a inicios del siglo XXI, se puede aún escribir de manera creíble sobre Adán y Eva. Pero si uno cree que todos los aspectos de la historia de Adán y Eva reflejan literalmente la verdad o que Dios usó ese cuento para enseñar una verdad importante a los seres humanos, se equivoca. Como escribió una vez G. K. Chesterton, la doctrina del pecado original es una de las pocas creencias cristianas que se pueden confirmar todos los días en los titulares de los periódicos.

A pesar de que algunos puntos puedan ser difícilmente aceptados, el cuadro teológico total puede sernos útil si queremos comprender que nuestras vidas individuales contienen el conflicto esencial que empezó en el Génesis, aunque este libro se escribiese en un contexto más limido pero no menos importante. A excepción del estado de primera inocencia o de justicia original, cada uno de nosotros ocupa un lugar parecido al de Adán y Eva. Todos nosotros luchamos contra las tentaciones de orgullo, un defecto que muchos santos consideraban como la fuente de todos los demás pecados. Cada uno de nosotros tiene que hacer una elección cuando nos enfrentamos a los defectos e incluso a las debilidades en nuestras propias vidas.

Es duro explicarlo a quienes no lo han vivido, pero hacer frente a los propios defectos y pecados representa una clave muy importante para vivir la realidad. En mi propio caso, no se trataba de que yo fuera especialmente peor que los demás. En algunas cosas yo era mejor que los otros y en otras, peor. Pero el no darme cuenta de lo lejos que me encontraba de la bondad esencial para la que Dios me había creado, me había dejado con una vida llena de depresión e incluso de malicia. Antes de encarar mis propios pecados, mi vida, a pesar de lo buena que podría haber sido en términos de lo que ofrece el mundo (dinero, sexo y poder), seguía estando ausente de su verdadero color. La mía era una vida en blanco y negro. De manera parecida a san Pablo antes de su conversión, yo pasaba el tiempo haciéndome daño al dar coces contra la realidad esencial del mundo (Hch 26, 14). Examinando mi vida y volviéndome hacia Dios en busca de ayuda, abrí una puerta a otra dimensión. No es que la vida después sea un jardín de rosas -en cierto modo, al ver todo el camino que nos queda por delante podemos tener miedo-, pero de una manera muy profunda mi vida entró en la realidad. Donde mis experiencias -de dolor o de gozo- carecían previamente de contexto, ahora disponían de profundidad.

Pete, un amigo mío y miembro durante mucho tiempo de Alcohólicos Anónimos, se apasiona observando una diferencia clave entre las personas que no usaban el programa de los doce pasos y las que lo usaban. Los que siguen el programa saben que están enfermos o que necesitan ayuda mientras que los otros viven con la ilusión de que están bien. Reconocer nuestros defectos delante de Dios y de las personas que nos acompañan trae una claridad

curiosamente fortificadora para nuestra visión, permitiéndonos ver la naturaleza, a menudo fea pero verdadera, de nuestros defectos. Vernos a nosotros mismos con lucidez es el primer paso hacia el cambio.

El legado del pecado original ensucia y estropea toda nuestra vida, tanto si vivimos con atracción homosexual como si no. Todos nosotros, si contemplamos con total honestidad nuestras vidas, hemos de aceptar que muy frecuentemente hacemos lo que menos queremos y dejamos de hacer lo que más queremos. Esto puede parecer deprimente, pero ser conscientes de esta realidad puede fortalecernos para ponernos ante Cristo, para que nos perdone y comparta su paz con nosotros. Enfrentarse a la propia realidad puede ser una ruda tarea, no me cabe ninguna duda. Pete comentaba irónicamente: «nunca he sido tan consciente de lo que soy como cuando tenía la cabeza en la taza del inodoro». Sin embargo, dicho enfrentamiento puede ponernos en el buen camino. Al menos, podemos dejar de vivir en blanco y negro para elegir, en cambio, vivir en color.

Barreras a la paz

Entonces, si la construcción de la paz es un bien tal, ¿por qué no hay más gente construyéndola? ¿Por qué Jesús siente la necesidad de atribuir su propia bienaventuranza a dicha práctica («bienaventurados los que construyen la paz»)?

La gente se opone a la autocrítica, al remordimiento y a las disculpas -a la construcción de la paz, en resumen por un cierto número de razones. Muchas de ellas nacen del orgullo. Puede resultar duro admitir que hemos actuado equivocadamente, que no hemos estado a la altura de la alta estima que normalmente tenemos de nosotros mismos. El orgullo es la razón última por la cual muchos continúan abusando del alcohol, de las drogas, del sexo y de otras adicciones hasta el punto de que simplemente no pueden hacer nada. El orgullo es una enfermedad que requiere un antídoto fuerte, por ejemplo, el llamado Primer Paso dentro del Programa de los Doce Pasos: «admitimos que ante (poner aquí la sustancia de la que se trate) nos sentimos impotentes, que nuestras vidas se han vuelto incontrolables».

El miedo también puede bloquear la construcción de la paz, especialmente cuando se trata de hacer las paces con Dios. Es interesante notar que, en muchas de las parábolas. Ahora bien, tengo que admitir que, cuando leí por primera vez este episodio del Evangelio, me vinieron a la cabeza algunas preguntas al respecto. ¿Qué había hecho la mujer?, me pregunté. ¿Lo que había hecho era mucho peor que la dureza de corazón del fariseo que estaba sentado junto a Jesús? Más tarde, cuando consideré el pasaje más en profundidad, me di cuenta de que la diferencia clave entre la mujer y el fariseo era relativa a la conciencia de los pecados. La mujer conocía sus pecados, había pedido perdón y había sido perdonada. Simón, al contrario, pensaba aún que era justo, del mismo modo que muchos de los hombres religiosos de su tiempo. Su propia rectitud le cegaba la realidad de sus propios pecados, impidiendo, efectivamente, toda petición de perdón y aislándole del profundo manantial de amor que le estaba esperando en el corazón de la persona que estaba sentada cerca de él y sobre el que dudaba.

Jesús une poderosamente el perdón y el amor. Casi todos nosotros, si miramos con honradez nuestros corazones, seremos conscientes de que necesitamos que se nos perdone mucho. Los que vivimos con atracción homosexual, en particular, hemos sido en varios momentos de nuestra vida profundamente conscientes de nuestra necesidad de perdón, puesto que se nos ha dicho por activa y por pasiva que nuestros pecados e incluso nuestras tentaciones son peores que otras. Esto no se debe, necesariamente, a que nuestros pecados hayan sido realmente mucho peores que los de los demás, sino a que, simplemente, se nos ha colocado en el banquillo de los acusados y desde ahí hemos tenido que encontrar nuestro sitio en la vida. Así, la mayor parte del tiempo hemos carecido de la lujuria, tan nociva como cómoda, de los pecados socialmente «aceptables».

Las personas con atracción homosexual están hoy día entre aquellos para quienes la Buena Nueva de Jesucristo es particularmente relevante. Quienes sabemos claramente lo que significa no sentirse en casa, ser expulsados u olvidados, no tener el amor de la familia ni

la aceptación de los compañeros, tenemos una inmensa fuente, un océano de amor, esperándonos en Jesucristo. A sus ojos no importa si nuestros pecados son tan malos, o mejores o peores que los de los demás. A sus ojos, lo que podamos haber hecho o incluso lo que podamos pensar que hemos hecho es muy poco en comparación con nuestra identidad de hijos de Dios. Nuestras tentaciones sexuales pueden parecer a los ojos de nuestra sociedad una barrera para llegar hasta Jesús, pero a sus ojos no son nada, una cortina de humo que enturbia brevemente nuestra vista; nos basta con pedir que se nos quite.

Esta paradoja es la que hace, en parte, que el perdón sea tan difícil de comprender. La paz no viene por declarar que los actos homosexuales «no son, en realidad, un pecado» ni por dar una explicación sobre algunos pasajes difíciles de la Escritura. Ni la lucha en favor de los «derechos» ni su consecución pueden traer una paz verdadera a los corazones. Si lo hiciera, los homosexuales de ciudades tan acogedoras para los gays como Manhattan o San Francisco deberían estar viviendo vidas de auténtico gozo, y, sin embargo, la visita de esos lugares no nos deja esa impresión. La paz viene de ceder. La paz proviene de hacernos vulnerables al Dios que nos amó tan profundamente que fue hasta la muerte en una cruz para que seamos capaces de acercarnos a Él por su misericordia. «Bienaventurados los constructores de la paz», más aún, porque llevarán consigo no solo las semillas del Evangelio, sino también el conocimiento de cómo plantarlas profundamente. Ahora bien, esto no quiere decir que yo no crea en la necesidad de enfrentarse a las estructuras sociales que siguen siendo verdaderamente injustas. Reconozco esa necesidad e incluso la responsabilidad de no permanecer en silencio frente a una injusticia real. Pero imaginemos cómo serían los diferentes tipos de movimientos que pueden surgir si nacieran no de gente herida que exige una reparación, sino de gente que conoce la misericordia y el amor de Dios.

La paz en nuestros hogares: la batalla por perdonar

Por supuesto, pedir la paz entre nosotros y Dios es solo una parte del perdón. Cada día, millones de cristianos rezan en todo el mundo una versión del «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Estas palabras que Jesús enseñó a sus discípulos hace tanto tiempo nos recuerdan que el perdón tiene una dimensión horizontal o social. De hecho, aunque parezca extraño, nuestra experiencia del perdón de Dios está condicionada a nuestra voluntad de compartirla perdonando a los demás. Puedo imaginar el caudal de perdón en mi vida como si fuera uno de los riachuelos que bajan desde las montañas hasta cerca de mi casa. Mientras el curso del riachuelo permanece abierto, mientras fluye, el arroyo permanece claro, fresco y murmurante; pero, cuando algo lo detiene o llega a un terreno pantanoso, se ralentiza y se estanca, perdiendo mucha de su energía y claridad. El perdón obra de manera bastante parecida. La misericordia y el perdón de Dios brotan de los corazones que han sido ablandados y rotos, pero para mantener muchas de sus buenas cualidades debe moverse desde nuestros corazones ladera abajo por nuestras vidas para llegar a otras personas. Para mantener el gozo del perdón debemos, sucesivamente, perdonar.

Ahora soy consciente de que para muchos, en especial para quienes tienen una atracción homosexual, esta dimensión del perdón puede resultar terriblemente difícil. En el transcurso de mi vida como homosexual, me he dado cuenta de algunas heridas que parecen tan graves que no puedo imaginar cómo alguien puede llegar a perdonarlas.

Amistades que no solo se han escabullido o marchitado después de la revelación de la atracción homosexual, sino que han finalizado repentina o incluso violentamente. Tras dejarse seducir con promesas de fidelidad y de amor real, muchas personas se han despertado después en una pesadilla de abandono. Las vidas de esas personas se han caracterizado, a veces profundamente, por varias formas de abuso, insultos, rechazo, aislamiento y desesperación. En muchos casos, estos abusos continúan hasta ahora cuando el conflicto con las propias familias supone un constante rechazo. Al escribir esto hoy, puedo imaginarme su incredulidad: «¿Cómo puedes, a la luz de todo lo que ha ocurrido, hablar de perdón?».

Hablo de perdón porque debo hacerlo. El resentimiento es el modo en que nos castigamos por las faltas de los demás. Es como si Dios nos diera un modo práctico de ver y comprender nuestras oraciones vividas en lo concreto. El perdón de Dios corre como un arroyo de agua clara por nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestra vida, pero nuestro resentimiento, nuestro rechazo a perdonar sus faltas a los demás, nos impiden beber e incluso reconocer ese agua. Hay un par de ejemplos de lo que quiero decir: uno proviene de la Escritura y del conocido escritor Henri Nouwen, y el otro, de la vida contemporánea norteamericana.

En su libro *El regreso del hijo pródigo*, Nouwen escribe cómo es posible encontrarse tan perdido tanto en casa como si se estuviese fuera de ella. A este fenómeno, él lo llama «la pérdida del hijo mayor», vinculándolo con la parte de la historia que he citado al principio del capítulo: el Padre que pide al hijo mayor que comparta su gozo por haber encontrado a su hermano. Nouwen escribe:

«La pérdida del hijo mayor es, sin embargo, mucho más difícil de identificar. Al fin y al cabo, él cómo ha hecho bien todas las cosas. Era obediente, sumiso, cumplidor de la ley y trabajador. La gente le respetaba, le admiraba, le elogiaba y le consideraba un modelo de hijo. Aparentemente, el hijo mayor era impecable. Pero, cuando se enfrenta al gozo de su Padre por el retorno de su hermano menor, un poder oscuro surge de él y sale a ebullición en la superficie. Repentinamente se hace visible de manera palmaria una persona egoísta, desagradable, orgullosa y resentida, algo que permanecía profundamente escondido y que, sin embargo, había ido creciendo de manera cada vez más fuerte y poderosa con el pasar de los años».

Es fundamental que quienes viven con atracción homosexual y se reconcilian con Dios den un paso posterior para reconciliarse con los demás en su vida. De no hacerlo, se arriesgan a olvidar el perdón y el amor de Dios que esa reconciliación nos trae consigo. Un segundo ejemplo, esta vez de la vida contemporánea estadounidense: Paul D.

He oído hablar de Paul D. durante varios años pero, por lo menos hasta el momento en que escribo este libro, no he tenido el placer de encontrarme con él. Católico de solera, Paul escandalizaba regularmente a mis otros amigos católicos con una vida aparentemente religiosa, pero bullendo por dentro -y a veces por fuera- de ira y de resentimiento. En muchas de las actuales controversias, Paul era a la vez ortodoxo y despiadado. Cuando me contaban sus numeritos, narrados a menudo por quienes compartían sus opiniones, y puede que también su espiritualidad, esas historias transparentaban un alma cansada y aprisionada. Entonces, un día durante una comida, alguien preguntó si sabíamos lo que le había sucedido a Paul. «No, ¿qué ha pasado?» preguntó todo el mundo. Parecía que Paul había sufrido un cambio enorme.

La persona que contaba esto al grupo decía que en varias ocasiones había tenido la oportunidad de encontrarse con Paul en sociedad y por negocios y, en los dos casos, había encontrado luz y risas donde antes no había más que un resentimiento profundo. Ni una sola vez, dijo, Paul había gruñido. Cuando se hablaba de temas controvertidos, su tono era de comprensión y misericordia en vez de resentimiento e ira. Me imaginé que su alma era más libre y luminosa. Más tarde se habló de que la madre de Paul, con la que había estado mucho tiempo enemistado, se había muerto, pero después de que Paul hubiera podido reconciliarse con ella. Parece ser que la reconciliación de esa relación tan significativa había operado un enorme cambio en el alma de Paul y le había permitido abrazar la misericordia y el amor que le estaban esperando.

Puede parecer paradójico, pero puede sernos de provecho tratar el perdón inicialmente casi como una disciplina, es decir, como algo que debemos practicar conscientemente y menos como una gracia natural que se nos concede. Si escrutamos diligentemente nuestros corazones y nos damos cuenta de ciertas tendencias, como aferrarnos a las ofensas y regodearnos en la ira, entonces puede ser que necesitemos ser estrictos con nosotros mismos para buscar lo que creemos que nos ha hecho daño y reconciliar la ofensa. A veces, quizá muchas veces, estaremos equivocados y encontraremos que la ofensa no fue hecha

con malicia, o que podemos haber percibido o comprendido mal la ofensa. Otras veces podemos encontrar también que hemos sido nosotros los que hemos realizado la ofensa y no nos hemos dado cuenta de ello. En cualquier caso, el principio sigue siendo que el perdón otorgado se ha de convertir en perdón compartido si queremos aprovechar la profunda reserva de amor que encierra.

El redescubrimiento de Nínive: el perdón y la Iglesia

Está claro que el perdón es una calle de doble dirección y quienes se encuentran a ambos lados de la brecha cultural abierta en torno a la atracción homosexual tienen mucho que perdonar y mucho por lo que pedir perdón. Las iglesias, en particular, tienen que reparar algunas vallas muy largas. Aun corriendo el riesgo de pintar con una brocha demasiado gorda, me parece que los pastores y los sacerdotes se han equivocado al no desafiar a sus feligreses con las cuestiones de la actitud interior y del amor verdadero, prefiriendo aceptar los cómodos estereotipos. Muchas veces, los cristianos no han sabido comprender que la empatía significa unirse a alguien en medio de su vida y de sus heridas y ayudarles desde ahí, en vez de situarse fuera de su camino para criticarles a gritos o para darles algún que otro consejo esporádico. A menudo, a veces en mi presencia, los cristianos han tolerado el uso de calumnias y otros términos peyorativos hacia los homosexuales mucho mayor de lo que incluso permitiría la ignorancia.

Me duele escribir, a las puertas de un nuevo milenio, que muchas de las personas con atracción homosexual que me he encontrado comentan que no van a la iglesia a menudo porque sienten de manera abrumadora que no «forman parte de ella». De vez en cuando les pido detalles: ¿Qué entienden ellos por «sentir que no forman parte de ella»? Las respuestas incluyen respuestas como estas: «me siento como si todo el mundo me estuviera mirando», «casi puedo sentir la desaprobación» y «creo que hago que la gente se sienta incómoda». Jesús pasó una cantidad enorme de su tiempo entre personas que hacían que los religiosos de su tiempo se sintieran muy incómodos y no puedo creer que le agrade cómo nosotros dejamos de ofrecer su amor. Durante demasiado tiempo, los cristianos, tanto individual como comunitariamente, han hecho una tarea muy pobre en este sentido. Pero hay algunas ideas muy prácticas que se pueden hacer, cada uno por su cuenta o en grupo, para ayudar a mejorar la situación.

En primer lugar, podemos examinar todo indicio de superioridad que esté llamando a nuestra puerta. Me acuerdo de una conferencia nacional de *Courage* hace varios años en la que comenzó a hablar un joven con ganas de promover las enseñanzas de la Iglesia sobre la atracción homosexual. Él no vivía con esa atracción y se preocupaba de no creerse justo y superior. No habló de las cuestiones que rodean la atracción homosexual, sino esbozando sus propias luchas con la castidad cuando era más joven y más inmaduro; y sus batallas por hacer más real la presencia de la virtud en su vida. Su instinto a este respecto demostró ser el correcto, porque, cuando empezó a abordar el meollo de la cuestión, no lo hacía como un educador religioso (bueno) que habla a una panda de pecadores (malos). Por el contrario, hablaba como un cristiano que lucha a otros cristianos que luchan, y sus palabras calaron en sus oyentes. Debería haber más cristianos que se diesen cuenta de que, cuando se habla a la gente atraída homosexualmente, se necesita un corazón mucho más grande para presentar la verdad con humildad que para mostrar que se es justo.

La segunda idea que los cristianos pueden poner en práctica es semejante a la primera. Los cristianos pueden, y deberían, cuidar su lenguaje en este tema. Es bastante común, aún hoy día, por ejemplo, oír a ciertos cristianos hablar del «estilo de vida gay». Sin embargo, pocas de las personas con atracción homosexual que me he encontrado dirían de sí mismas que llevan un «estilo de vida gay». Más bien explicarían, si se les diese la oportunidad, que viven su vida, y que su vida incluye la homosexualidad activa en gran parte porque eso ha sido lo que les ha parecido más sensato en ese momento y dado su propio contexto personal. La frase «llevar el estilo de vida gay» tiende, en mi opinión, a menospreciar y a no tener en cuenta lo que para mucha gente ha sido una lucha muy personal y profunda acerca de cómo vivir su propia vida. Estoy firmemente convencido de que no hay dos personas que hayan llegado a la atracción homosexual exactamente por el mismo camino, ni dos personas que lo

vivan idénticamente, ni dos personas que piensen sobre ello del mismo modo.

Igualmente, los cristianos pueden, y deberían, dejar de hablar sobre los que tienen atracción homosexual como si estuvieran todos cortados por el mismo patrón. No me fío de frases como «los gays quieren» o «el proyecto gay es», sin importarme quién las use. Este tipo de frases sugiere, más o menos, que los que viven con esa atracción se comunican mutuamente con códigos secretos o como si tuvieran todos un chip en el cerebro. Los únicos «proyectos gays» que me he encontrado han sido los urdidos por las organizaciones gays y lesbianas y muchas de ellas, si no la mayoría, no están de acuerdo entre sí sobre las prioridades, estrategias y tácticas. En este sentido, es tan poco propio como hablar de «proyectos cristianos». También, en términos lingüísticos, sería útil si las iglesias y grupos cristianos dejasen de utilizar a los homosexuales como herramientas para recaudar fondos. En mi opinión, ninguna carta para recaudar fondos hace justicia a la variedad, a la dificultad y al dolor de las experiencias de la mayoría de las personas con atracción homosexual, y roza la inmoralidad usarles como mecanismo para recaudar fondos.

En cuarto lugar, los pastores y los sacerdotes cristianos pueden, y deberían, velar para que la vida sexual de las personas se viviera dentro de un horizonte más amplio de discipulado antes de individualizarla atracción homosexual para hacerla objeto de una particular condenación. Demasiado a menudo, los que viven con atracción homosexual perciben que, mientras el cristianismo enseña que la expresión sexual corresponde como tal a la esfera interior del matrimonio entre un hombre y una mujer, muchos cristianos parecen querer excusar las caídas de los pecados heterosexuales, incluso mientras condenan a voz en grito los pecados de aquellos que son atraídos homosexualmente. Hasta cierto punto, esto puede ser debido al movimiento de lucha por los derechos de los gays y las lesbianas que, en muchos casos, ha llevado las cuestiones que les atañen hasta lugares extremos donde las iglesias hacen afirmaciones públicas que han sido insuficientemente pensadas o para las que no se tiene la preparación suficiente. El hecho sigue siendo que, si los pastores van a predicar sobre los pecados homosexuales, harían mejor si planearan predicar también sobre el adulterio y el sexo prematrimonial.

Finalmente, las iglesias, sin que importe si se autodenominan «liberales» o «conservadoras», necesitan empezar a recordar que la cuestión de la atracción homosexual concierne a gente de carne y hueso que necesita encontrarse con Jesús y ser animada en el discipulado si ya le ha encontrado. En verdad, condenar la homosexualidad activa antes de presentar a Aquel que proporciona el contexto para todo amor humano no hace demasiado bien. Por otro lado, las iglesias que pretenden justificar el testimonio negativo de la Escritura acerca de los actos homosexuales o el positivo sobre el significado profundo de la sexualidad humana no hacen ningún favor a los que viven con atracción homosexual. ¡Qué humillante es decirle a alguien, en esencia, que la Iglesia piensa erigir una cruz demasiado dura para él y que ni siquiera debería dársele la oportunidad de intentarlo!

Al final, el perdón es más un arte que una ciencia. La humildad, la vulnerabilidad y la gracia necesarias tanto para pedir perdón como para ofrecerlo no pueden enseñarse en una clase o ser dictadas por ley. Solo puede ser el Fruto de un corazón convertido. Es en el perdón, al buscarlo o al ofrecerlo, donde se muestra la verdadera fuerza del Evangelio en las vidas individuales y colectivas. Incluso escribiendo esto soy consciente de que no puedo condenar en términos categóricos ni a los grupos cristianos ni a los grupos de gays y lesbianas por verse mutuamente como si todo fuese blanco o negro. El horizonte entero está lleno de toda una gama de grises. Creo, por ejemplo, que hay grupos gays y de lesbianas con proyectos equivocados que ponen profundamente en peligro a la persona humana, en cuerpo y alma. Sé que hay grupos cristianos cuyas respuestas a dichos proyectos comienzan con buena intención pero a veces pueden resultar más dañinos que benéficos. Pero, haciendo el balance, solo un pequeño porcentaje de personas de ambos lados comparten completamente los proyectos o las palabras hirientes que las acompañan. Creo que el camino para avanzar solo puede encontrarse tratándose unos a otros como individuos y no como estereotipos. En los debates sobre los asuntos públicos, las ideas se pueden criticar, pero la gente que engendra esas ideas debe ser tratada con respeto y amor.

De igual manera, en el otro lado de la acera, las personas atraídas homosexualmente pueden empezar a hacer algo para clarificar la comunicación con los cristianos y contribuir a una reconciliación más grande.

Antes de nada, quisiera aclarar que estos consejos se pueden aplicar, en general, a personas con atracción homosexual y que defienden todo tipo de opiniones teológicas. Estas personas, en la medida en que puedan hacerlo, han de dejar de mirar a todos los cristianos como si estos también estuvieran todos cortados por el mismo patrón. Una de las experiencias más extrañas de mi vida actual es la de estar en las listas de correo electrónico de grupos activistas gays y lesbianas que se oponen a los cristianos y en las listas de los grupos cristianos que se oponen a la homosexualidad activa. En cuanto persona que conoce gente de ambos bandos, puedo dar testimonio de que ninguna caricatura es suficientemente precisa ni sirve de ayuda.

Lo segundo es que los hombres y las mujeres con atracción homosexual podrían tomar la decisión de ejercer la caridad y no ser demasiado sensibles. La aplastante mayoría de los cristianos que en el pasado me dijeron cosas hirientes lo hicieron por ignorancia, no por malicia. Lo tenía claro cuando solía declararme homosexual ante los cristianos, para esperar sus preguntas e intentar tomarme algo de tiempo para responderlas. Lo importante es que los que se encuentran a ambos lados de la discusión sobre la atracción homosexual se sientan libres para compartir sus preocupaciones y buscar respuestas a las cuestiones.

Finalmente, y quizá lo más difícil, las personas con atracción homosexual pueden responder con el perdón cuando los cristianos, tanto los individuos como las iglesias, empiecen a buscar el perdón, la reconciliación y una mayor comunicación. Las personas atraídas homosexualmente pueden recordar que salir de sí mismo es tan difícil para los cristianos como para los que no lo son, y que en cualquier sitio donde hay perdón, allí también está Dios. La comunicación acompañada por la sensibilidad y la caridad puede estar entre las fuerzas más poderosas que las personas con atracción homosexual podrían aportar a la discusión sobre el tema.

Capítulo 11

LA BATALLA POR LA INTIMIDAD

Mucha gente percibe erróneamente la vida de un soltero casto como una vida de soledad y aislamiento. «No creo que me importara demasiado vivir sin sexo», me decía un hombre con atracción homosexual de unos treinta y algo, «pero no quiero hacerme mayor para ser el típico excéntrico que vive en una casa grande en una calle oscura de cualquier lugar, ¿sabes?». Lo sé. Hay algo muy profundo en los seres humanos, más profundo aún que el instinto sexual, que es el miedo a estar solo. Alguna gente que me he encontrado, cuando se les pregunta un poco a fondo sobre el tema, ha admitido que su vida sexual está más motivada por un cierto tipo de cálculo emocional y relaciona) que por el sexo en sí mismo. Esperan que el sexo de hoy construya las relaciones que les sostengan el día de mañana. La expresión sexual, según imaginan algunos, es algo que deben canjear a cambio de intimidad, algo que puede ayudar a mantener acorralado al lobo de la soledad. Este tipo de actitud, aunque es más o menos común en nuestro mundo postmoderno y postcristiano, lo he encontrado de manera especial en la comunidad homosexual, donde las relaciones parecen

a menudo efímeras, menos enraizadas en las realidades internas que en la apariencia externa. Aunque no quisiera generalizar demasiado, me he encontrado con muchas personas con esta atracción que llevan una vida sexual no tanto por el sexo en sí mismo, sino por la búsqueda de una intimidad real y perdurable.

El foso de la soledad

La soledad contribuye de una manera única al sufrimiento humano. La experiencia de la soledad puede ser vista como universal: todo ser humano, en un momento dado, sentirá la punzada de estar solo. Al mismo tiempo, pocos seres humanos experimentan la soledad del mismo modo, por lo que la soledad tiene una profunda dimensión personal. La soledad nos niega incluso la solidaridad de experimentar lo mismo. Lo que hace que me sienta solo no será exactamente lo mismo que hace que tú te sientas así.

He pensado mucho que la soledad cobra gran parte de su fuerza ante la realidad de los comienzos y los finales humanos. En cuanto seres humanos, nacemos solos y moriremos de la misma manera. Nadie podía haber estado realmente con nosotros durante nuestro nacimiento. Ni nadie será capaz de estarlo cuando dejemos esta vida para pasar a la siguiente. Tenemos un miedo profundo de estar solos en esos momentos de gran cambio, y deseamos, a menudo apasionadamente, no estarlo. Como escribió Bob Dylan en su canción *Do Not Go Gently Into that Good Night*, su maravilloso poema sobre la muerte inminente de su padre, hay algo dentro de muchos de nosotros que quiere desesperadamente «encolerizarse contra la extinción de la luz».

La soledad contribuye profundamente al sufrimiento humano, en particular, en las sociedades del Primer Mundo, en las que el materialismo oculta con frecuencia la importancia de los vínculos humanos. Me acuerdo de la historia de una amiga mía que vive en un barrio muy distinguido del norte de California. Ella volvía de dar clase una tarde cuando encontró a la vecina de al lado, que estaba sollozando en el césped de su casa.

«¿Qué pasa? ¿Qué puedo hacer por ti?», preguntó mi amiga mientras se acercaba a la mujer que lloraba, levantándola e invitándola a tomar una taza de té. Al calor de una taza humeante, la mujer, una india inmigrante desde hacía relativamente poco tiempo (unos tres años en los Estados Unidos), le contó cómo había venido a los Estados Unidos para casarse. En poco tiempo se había mudado desde Nueva Delhi, donde tenía una familia más o menos pobre pero muy extensa, a una casa rica pero terriblemente aislada en los Estados Unidos. Por un lado, se sentía agradecida al haber cambiado un espacio pequeño, estrecho para vivir junto con muchos parientes, por otro donde había mucho espacio, comodidades modernas y distracciones. Pero, por otro lado, ninguna de estas cosas podía enmascarar lo terriblemente vacía que le parecía su nueva y bonita casa ni lo difícil que le parecía integrarse en una sociedad que se basa en una noción radical de autonomía y libertad personal. Muchos americanos entienden, según ella, que hacer las cosas «a su modo» es, frecuentemente, hacerlas solo.

He tenido experiencias similares en mis viajes a los países en vías de desarrollo. En enero de 1998, viajé a Perú para documentar las historias de mujeres mutiladas y fallecidas a causa de una campaña de esterilización forzosa llevada a cabo por el gobierno. Hice una entrevista a Felipe Gomales, un hombre cuya mujer, Juana, había muerto por unas complicaciones con una esterilización quirúrgica que ella no quería. Felipe y sus tres hijos vivían aún, como cuando Juana estaba en vida, en una casa hecha con barro y ramas en una pequeña aldea de Perú llamada La Legua, pero ahora, tras la muerte de su mujer, Felipe me dijo que la situación iba de mal en peor. «Siempre hemos sido pobres -decía- pero juntos nos las apañábamos. Ahora que

Juana se ha ido estoy totalmente solo y no sé lo que podré hacer». Al final, el contacto humano se necesita para vivir, ya sea en pobreza o en riqueza.

La soledad es un elemento tan universal del sufrimiento humano que Dios lo incluyó como uno de los tormentos que Cristo experimentó en su Pasión, parte del cáliz que Jesús pidió

que se apartase de Él. Me he imaginado a menudo que, durante los días de la Pasión de Cristo, el foco de toda la soledad del universo se concentró en esa diminuta parte de Jerusalén. Cerca del lugar en el que Dios encontró a sus amigos durmiendo, durante el tiempo de su aflicción en el que, horas más tarde Jesús gritaría que su Padre le había abandonado, podemos ver una indicación de que Él había estado haciendo solo todo ese viaje hacia la oscuridad.

Esta soledad permanece, en un sentido ineludible. Es difícil imaginar cómo un ser humano, aun llevando una vida plena en relación con su familia y con la sociedad que le rodea, podría estar completamente libre de hasta el más leve tinte de soledad ocasional. Es uno de los dragones que viven muy cerca del corazón de la experiencia humana.

Soledad y atracción homosexual

A pesar de todo lo dicho sobre la universalidad de la atracción homosexual, muchos de los que vivimos con atracción homosexual experimentamos la soledad de una manera particular que puede no tener el mismo eco en quienes no comparten nuestro trasfondo. Este hecho lo puso elocuentemente de relieve un hombre de veintiocho años en un ensayo que puede encontrarse en Internet:

«Este mundo no está hecho para gente como yo. No está hecho para gente que se lo traga todo a base de soledad. Cuando miras alrededor, en cualquier cafetería o restaurante, ves que todo el mundo tiene pareja. Hombres y mujeres, sus hijos, chicos y chicas e incluso, a un nivel más amplio, personas que están con otras personas. Tanto los jóvenes como los viejos se sientan, comen e intercambian algunas palabras sobre las terribles flechas que les han arrojado en las últimas horas o minutos. Este mundo ha sido formado y moldeado y tallado desde su inicio para cuidar a las parejas, y no a los individuos solteros y solitarios.

La próxima vez que vayas al cine o al teatro, quédate mirando alrededor antes del espectáculo y cuenta la gente que no está inclinada hacia otra persona o susurrándole algo al oído. Toma nota de los «solitarios» y alábalos por aferrarse a la vida con los dientes.

Ellos QUIEREN estar ahí y tú puedes incluso verme. Tienes que mirarnos, porque también estamos ahí. Tienes que aceptarnos, porque también estamos ahí. Vivimos día y noche sin esas joyas preciosas que tú llamas amigos, esposos o hijos» (autor anónimo).

Me imagino que no es que las personas con atracción homosexual vivan una soledad muy diferente de la que experimentan los demás. Pero puede ser que las puertas de la soledad se abren más de par en par para nosotros que para los demás, y que las barreras hacia la intimidad y la relación humana pueden ser un poco más altas.

Lo primero de todo es que el entero fenómeno del estigma social se cruza en el camino de muchos de nosotros a la hora de crear relaciones humanas profundas con los que nos rodean. La intimidad, como hablaremos más adelante en este capítulo, tiene mucho que ver con la confianza y el revelarse. Sin embargo, el estigma social que rodea la atracción homosexual hace que abrirse a esa confianza y revelación sea más arriesgado para nosotros que lo que me imagino que es para los otros. Por supuesto, escribo desde mi propia experiencia y puede ser que esa experiencia de riesgo en la intimidad es la misma para todo el mundo, pero en mi vida recuerdo que el miedo a revelar mi propia inclinación homosexual ha sido una barrera especialmente difícil de saltar.

Lo segundo es que, como señala el ensayista, hay algo de la naturaleza humana que gravita en torno a los grupos y las parejas, en particular, en torno a las parejas de hombre y mujer y a los grupos de niños. Como he escrito en capítulos precedentes, el encuentro con familias abiertas y que se amaban ha jugado un papel muy importante en la curación paulatina que Dios ha obrado en mi corazón tras años de diferentes heridas, resentimientos y recuerdos. Pero esos encuentros con la vida familiar han tenido también un lado menos positivo, dado que me he dado cuenta de forma muy profunda que lo que esas familias comparten puede que nunca, al menos hasta el momento en que escribo estas líneas, yo lo

pueda compartir de manera directa o personalmente íntima. Esta comprensión ha venido a menudo acompañada de una soledad profunda y más bien brutal que no es exclusiva de los que viven con atracción homosexual pero a la cual nosotros podemos ser más sensibles.

Lo tercero, si los psiquiatras y psicólogos que explican cómo se desarrolla la atracción homosexual están en lo cierto, es que la experiencia de un tipo especial de alienación y soledad en torno a nuestros compañeros (al menos para los hombres), puede tener un gran papel en el modo en que nos convertimos en las personas que somos. A este respecto, puede ser verdad que una soledad particularmente hiriente haya sido el lote de muchos hombres que experimentan la atracción homosexual desde una edad temprana y que todo eso haga mucho más difícil dar un vuelco a la situación.

La intimidad contra la soledad

Mientras que la soledad puede ser una parte inevitable de la experiencia humana y puede ser incluso que aumente o añada una barrera especial a quienes tienen una atracción homosexual, ninguno permanece necesariamente sin ayuda en su propio desierto. Es posible luchar contra la soledad, estructurar nuestras vidas para fomentar relaciones profundas e íntimas.

La intimidad, como el amor y el perdón, es una de esas palabras cuyo significado hemos de recuperar. En los días que corren, cuando se oye la expresión «relaciones íntimas» o «amigo íntimo», ¿qué se quiere describir? Demasiado a menudo, la cultura ambiente entiende que una «amistad íntima» se refiere a una pareja que tiene relaciones sexuales. «Las relaciones íntimas» aparecen en algunas revistas populares como un eufemismo para referirse a las relaciones sexuales. Sin embargo, este significado no aparece en absoluto entre las definiciones que el diccionario da de la expresión, ni siquiera como expresión eufemística. La definición del diccionario de la palabra «íntimo» como adjetivo incluye elementos tales como «intrínseco o esencial», «que caracteriza o pertenece a la naturaleza más profunda de algo», «marcado por una asociación, un contacto o una familiaridad cercanas» y «marcado por una amistad entrañable desarrollada gracias a una larga asociación». Ninguna de estas definiciones incluye el sexo, explícita o necesariamente.

Muchos de los malentendidos entre el sexo y la intimidad pueden nacer porque muchos confunden la relación entre los dos conceptos y dan por supuesto un orden erróneo entre ambos. La intimidad profunda puede ser (y en el matrimonio debería serlo) expresada sexualmente. Mejor aún, la expresión sexual rectamente ordenada nacerá de una intimidad que ya está presente en la relación. Es más, retrasar las relaciones sexuales hasta después de realizado el compromiso matrimonial proporciona el tiempo necesario para que una amistad íntima se desarrolle de modo que la vida sexual de la pareja comience en un contexto de intimidad. Las relaciones sexuales que tienen lugar antes de la intimidad pueden incluso impedir, especialmente en las relaciones hombre-hombre, el desarrollo de una amistad íntima. He perdido la cuenta del número de hombres homosexualmente activos que he encontrado y que han experimentado esto. Muchos han pasado por un período de gran excitación por haber encontrado a alguien que sentían que podía ser «el amor de su vida», para caer en una gran decepción cuando, relativamente poco tiempo después de que la relación se volviese activamente sexual, la amistad fracasa. Descubren demasiado tarde que su búsqueda de intimidad ha sido mal interpretada por la otra persona como una atracción predominantemente sexual. De hecho, las amistades íntimas no exigen para nada una expresión sexual. ¿Qué es lo que caracteriza exactamente las amistades íntimas y cómo pueden ayudar a contrarrestar la soledad?

Cualidades de una amistad íntima

Probablemente, la mejor definición de «amigo íntimo» es la de alguien, que no es de nuestra familia, para el que nuestra existencia tiene importancia de manera significativa; alguien que no es de nuestra familia *per se*, pero a quien le importa si estamos cerca o no. En términos prácticos, quiere decir: una persona que, si te llama en un momento en el que

normalmente deberías estar en casa y se encuentra con que no estás allí, se preguntaría al colgar el teléfono dónde puedes estar y se preocuparía de si ha pasado algo. Cuando escribo esto, emiten en la televisión una de las series más aclamadas por la crítica, llamada *Will and Grace*, y que es una comedia que aborda la amistad y las desgracias de una mujer heterosexual y un hombre con atracción predominantemente homosexual. La serie se ha ganado el aplauso de la crítica porque sus diálogos están bien escritos y son inteligentes, y porque todo el reparto actúa fenomenal. Pero me parece que el guión fascina también porque el diálogo entre amigos suena convincente. A pesar de que mis amigos íntimos y yo quizá no hayamos compartido nunca el mismo contenido de las conversaciones entre *Will y Grace*, ciertamente hemos compartido gran parte de su actitud y de su tono. La honestidad, la franqueza, el conocimiento mutuo y el deseo de perdonar y de buscar el perdón que la amistad de los protagonistas contiene me recuerda mucho a algunas de las amistades íntimas de mi vida y de la vida de otros muchos.

Un ejemplo similar, aunque considerablemente más complejo, se puede encontrar en la película de 1998 *As Good As It Gets* (Mejor imposible). En ella, Jack Nicholson interpreta el papel de un hombre que vive con muchos trastornos obsesivo-compulsivos y que tiene una personalidad muy exigente que vuelve a la normalidad a través de la relación con varias personas, notablemente con un hombre de atracción homosexual que al principio le disgusta, que es su vecino y que tiene un perro. Aunque la complejidad de esta relación parezca propia de los protagonistas que se ven implicados en ella, la película hace un buen trabajo mostrando cómo las relaciones superficiales con personas con las que uno está de acuerdo no pueden resistir siempre las tribulaciones de la extravagante fortuna y que el amor tangible, incluso proveniente de alguien ofensivo, puede cambiar la vida.

He aquí algunas de las cualidades que me parece que ha de poseer una amistad si va a pasar de ser un mero conocimiento a una intimidad más profunda y duradera.

No quiero decir que sea una lista exhaustiva, y los que tienen más experiencia que yo en amistades íntimas son bienvenidos si quieren añadir algunas características más.

En primer lugar, una relación que va a pasar de un mero conocerse a una amistad íntima tendrá que comprometerse con la honestidad. La honestidad forma parte del fundamento de una amistad íntima, porque muchas de sus otras cualidades necesarias, como la asunción de riesgos, la confianza y el perdón, descansan sobre la honestidad para poder existir. Por honestidad me refiero a esa cualidad en la que ambas partes quieren ser auténticas y abiertas acerca de sus acciones y de los motivos de dicha amistad. Debemos esforzarnos, hasta el mayor grado posible, por dar a nuestras amistades una clase de transparencia que en inglés se ha hecho muy popular con la denominación de un término informático: *WYSIWYG* (pronunciado *whizzy-wig*). *WYSIWYG* es un acrónimo de la expresión inglesa *What You See Is What You Get* (lo que ves es lo que te llevas), y en una amistad querrá decir que cada uno de los amigos se compromete a permitir a la otra persona que les conozca completa y honestamente con el tiempo.

Si la boca de tu estómago se encoge un poco al leer lo dicho sobre la necesidad de la honestidad en la amistad, ya has anticipado la segunda cualidad necesaria para una amistad íntima. La asunción de riesgos podría describirse como la cruz de la moneda de la honestidad. Ser honesto significa que conocemos nuestras imperfecciones y queremos permitir que alguien más las vea también. A la inversa, significa igualmente que queremos que nuestros amigos se enfrenten con las imperfecciones, los fallos, los hábitos, etc., a los que pueden no haberse enfrentado o no han sido capaces de ver. La asunción de riesgos es difícil porque es..., en fin, arriesgada. A1 igual que ocurre, en gran medida, con el perdón, no podemos predecir siempre dónde nos va a llevar la honestidad. Si hablo a mi amigo de un defecto o de un mal hábito que sé que tengo, y que puede que incluso necesite su ayuda para afrontarlo, ¿qué dirá? ¿Seguirá aún queriendo ser mi amigo? ¿Cómo reaccionará si le planteo algo suyo de lo que necesita darse cuenta?

Mucha gente piensa que la honestidad y la asunción de riesgos son muy difíciles, pero créeme, son absolutamente esenciales en el desarrollo de una amistad íntima. Dos de mis

amistades íntimas (y otra que lleva camino de alcanzar una intimidad mayor) se desarrollaron, y muy lentamente, solo después de muchos años, porque detestaban asumir riesgos y estaban convencidas de que, si yo «conocía la verdad» sobre ellas, nuestras amistades se acabarían. Por supuesto, se equivocaban y, mirando hacia atrás una vez que me lo dijeron, se dieron cuenta de cómo habían inadvertidamente devaluado mi compromiso con la amistad suponiendo que yo iba a ser duro o que iba a reaccionar con mezquindad ante su revelación.

Una amistad en la que ambas partes se comprometen a ser honestas y a asumir riesgos desarrollarán al final la siguiente cualidad esencial en las amistades íntimas: la confianza. La confianza caracteriza y construye las amistades íntimas, pero también puede ser vista como uno de sus frutos.

Puede ser que algunos no estén de acuerdo conmigo, pero creo que tener alrededor amigos en los que se pueda confiar es absolutamente esencial para crecer como persona. He llegado a creer que esa profunda confianza -como la que se proclama en las promesas públicas del matrimonio, por ejemplo- refleja, de una manera profunda, algunos de los aspectos más íntimos e importantes de nuestra relación con Dios. Me parece que, si hoy en día la confianza está hecha añicos en nuestra sociedad, se debe a que es uno de los peores resultados de la pasión del Primer Mundo por el divorcio. En muchos países desarrollados, generaciones enteras de hombres y mujeres han aprendido de las ruinas del matrimonio de sus padres que la confianza puede ser algo bonito en lo que pensar, pero que en realidad no existe fuera de la fantasía. En medio de la riqueza del Primer Mundo, esta pérdida representa una verdadera pobreza porque, en un sentido muy real, ¿qué queda por vivir si no hay amistades íntimas?

En mi propia vida, esto ha sido muy real. Nunca me había dado cuenta de lo poco que confiaba en los demás hasta que empecé a experimentar un crecimiento de la confianza misma. Hace un par de años, mi amigo Mike me pidió que volviese a jugar al fútbol. A pesar de que no había jugado desde hacía años, que tenía treinta y cuatro años y no estaba en forma, accedí a intentarlo aunque no esperaba ser capaz. Cuando salí al campo, por primera vez en casi veinte años, me sorprendí: no creía que hubiera podido hacerlo, pero Mike creyó que yo lo podía hacer y yo confié en Mike. Así que ahí estaba, en el campo.

La confianza de la amistad íntima, en palabras de la Escritura, se alegra cuando los amigos se alegran y llora cuando los amigos lloran. No se para a calcular el coste, sino que se entrega al otro. En una amistad madura e íntima, ambas partes se conocen lo bastante bien como para poderse llamar por teléfono a las tres de la mañana en una noche con nieve en busca de ayuda porque el coche nos ha dejado tirados. Se cuenta una historia de un equipo de baloncesto de un pueblo de Indiana en la que a uno de los jugadores, de trece años, se le había diagnosticado una leucemia y tuvo que ser internado en un hospital durante una estancia prolongada. Había perdido todo el pelo con la quimioterapia.

Sus compañeros de equipo fueron informados de su estado y de su apariencia, bastante cambiada, antes de que regresase a la escuela. Su mejor amigo, que también formaba parte del equipo, se sintió tan mal pensando en él y en cómo se podría sentir volviendo calvo a la escuela, que fue a hablar con sus padres y luego con los demás chicos de su clase y del equipo de baloncesto. Si su amigo iba a tener que estar calvo durante un tiempo, les dijo, entonces él quería estar calvo también. Cortadme el pelo, dijo, y preguntó a sus compañeros de -clase y del equipo si ellos también se afeitarían la cabeza. Y lo hicieron. Cuando uno piensa lo sensible que se es a la apariencia cuando se tienen trece o catorce años, o lo preocupado que se está de cómo parecemos, y si destacamos entre la multitud, nos damos cuenta de cuánto debió de costar a esos chavales dar ese paso. La amistad íntima ve más allá de la mera superficie y se entrega de corazón.

Debido a que la perfección aún se nos escapa a los seres humanos, la confianza permite y requiere la siguiente cualidad de la amistad íntima: el perdón. No voy a volver ahora a presentar todo lo dicho en el capítulo anterior sobre el perdón pero, en este contexto, señalaré que el perdón acelera el crecimiento de la confianza y puede ayudar a cimentar los vínculos que han sido dañados por las caídas de una o ambas personas. Confiamos en

nuestros amigos íntimos, pero a veces nos fallan, porque son seres humanos como nosotros.

El perdón proporciona a ambos el unguento y el pegamento que puede impedir que dicho fallo destruya una amistad que puede haber llevado años construir. Me acuerdo de haber visto una situación triste cuando era un adolescente. Dos mujeres habían sido amigas durante muchos años; una amistad que las había visto pasar toda clase de calamidades y dolores. Pero la amistad fracasó cuando una amiga empezó a beber y no podía o no quería ver los problemas que su abuso del alcohol causaba, a pesar de que su amiga intentaba ayudarla para hacérselos ver. Ellas se separaron a raíz de esta cuestión e incluso cuando la que bebía afrontó el problema y lo superó, ninguna de las dos sintió el deseo o la capacidad de buscar u otorgar perdón. La amistad murió.

La realidad de esta situación me conduce a la última de las cualidades sobre la amistad íntima que tengo en la lista: las ganas de continuar. Las amistades íntimas comparten una cualidad con todas las relaciones íntimas: requieren trabajo y tiempo. Las dos partes que componen una amistad deben comprometerse sin cesar entre sí y con la amistad, estar deseosas de seguir viéndola crecer y cambiar y, si es necesario, pasar por asunciones mayores de riesgos y honestidad para alcanzar niveles más profundos de confianza.

¿Cómo está vinculada la intimidad a la castidad?

Llegados a este punto, algunas personas se deben estar preguntando: ¿por qué tomarse la molestia? Las amistades íntimas suenan a demasiado trabajo y, si no funcionan, parece que pueden herir. Las preocupaciones son acertadas. Construir y mantener amistades íntimas puede llevar mucho trabajo y puede herirnos si fallan. Pero la alternativa, en mi opinión, es mucho peor.

En el núcleo de una amistad íntima se da una mezcla de amor de ágape y de *philia*, de los cuales escribí hace unos pocos capítulos. Estos tipos de amor nos sustentan y nos cambian en cuanto seres humanos. Ninguno está libre de riesgo y ninguno se nos impondrá. Sin embargo, si no nos abrimos a esa intimidad, corremos el riesgo de vivir lo que he dado en llamar «vidas donuts»: vidas que tienen una apariencia de normalidad y crecimiento pero que por dentro son poco más que un agujero. En palabras del conocido apologeta cristiano C. S. Lewis, ninguno de nosotros tiene que arriesgarse a amar, pero los que no asumen ese riesgo puede ser que nunca vean el cielo.

En mis discusiones con muchas personas de atracción predominantemente homosexual, el tema de la soledad y de la necesidad de intimidad surge una y otra vez. De hecho, parece claro que, para la mayoría de esas personas, la necesidad de intimidad y de cercanía, de confianza y de amor duradero casi eclipsan al deseo sexual. Vivir castamente, es decir, vivir sin actividad sexual genital, se convierte en algo mucho más fácil cuando sabemos que somos amados y respetados.

Cada noche del fin de semana (y algunas entre semana), cerca de mi casa en Washington DC, los bares y clubs de gays y lesbianas se llenan de gente. Algunas de esas personas van a pasar el tiempo con amigos o van de Fiesta, pero muchos otros van porque una especie de soledad chirriante les ha llevado hasta allí. A pesar de que saben que las probabilidades de encontrar a alguien para una amistad más profunda son pocas en un entorno tan dependiente del alcohol y de las meras apariencias, ellos van, de todos modos. Pasar toda la noche buscando una compañía y una intimidad poco probables, aun a costa de una expresión sexual que ellos pueden no querer especialmente, se considera preferible a pasar un fin de semana solo, afrontando una existencia individual en un mundo hecho para las parejas. Pero el mayor secreto social contemporáneo es que esa operación tan insatisfactoria y Fáustica no es necesaria. Las amistades profundamente íntimas pueden existir sin que una de las partes sienta la necesidad de pagar más o menos con su cuerpo por dicho privilegio.

Irónicamente, este mensaje no debería ser nada nuevo para la comunidad gay-lesbiana. Sobrevivir al SIDA y al VIH durante los años ochenta y noventa ha supuesto que la gente, en

especial los hombres, han vivido en amistad. «Yo he sobrevivido al VIH llevado a hombros por mis amigos -decía un superviviente a largo plazo de la infección- y de entre esos amigos, los que están también infectados, han sobrevivido porque les he llevado a hombros». Cuando la familia, las compañías de seguros, los planes médicos y las convenciones sociales se vienen abajo, muchos de los que habían pasado gran parte de su vida adulta en la comunidad gay masculina encontraron en la amistad el único tesoro que les quedaba.

La intimidad nunca puede derrotar, en y por sí misma, a la soledad ocasional que, como he descrito al inicio del capítulo, aflige a todo hombre de vez en cuando. En cambio, la presencia de amistades íntimas en nuestras vidas puede hacer que la soledad sea más esporádica que regular y más soportable que lo contrario.

Es necesario decir algo sobre el contacto. Es casi inevitable, cuando hablo de la castidad y de esta relación cercana entre amigos íntimos, que alguien levante la mano y pregunte sobre el contacto en ese tipo de amistades. ¿Se trata de abrazos lícitos? ¿Besos? ¿Caricias? ¿Cuáles son, a fin de cuentas, las pautas?

Es una cuestión válida. El contacto es muy importante para los seres humanos. En los primeros tiempos del SIDA me vi envuelto en el cuidado de cantidad de niños seropositivos cuyas madres, drogadictas, los habían abandonado en el hospital tras el parto. Empecé a trabajar con esos niños pensando en que les ayudaría principalmente dándoles las cosas que necesitan, pero rápidamente tuve claro que el contacto humano era lo que necesitaban realmente. Me dijo un doctor que si no se juega con los niños o no se les abraza y toca, se mueren. La gente necesita que le toquen, y a veces la profundidad de una amistad va más allá de las palabras, allí donde un abrazo es todo lo que se necesita.

En cuanto a las «pautas», escribiré aquí lo mismo que digo desde el estrado. En mi experiencia no ha habido reglas estrictas porque dos amistades no son nunca exactamente idénticas. Esa es la razón por la cual la honestidad, la asunción de riesgos y la confianza de las amistades íntimas son tan importantes. Ambas partes han de ser honestas mutuamente sobre la razón por la que ofrecen y reciben abrazos, y ambas partes han de confiar que el otro respetará sus límites. Al final, es un problema de conciencia. Algunas personas, quizá más de las que supongo, se sentirán a gusto con los abrazos de un amigo, pero otros pueden encontrarlos tan inquietantes para su equilibrio que, probablemente, no deberían prodigarlos. Quienes tengan problemas reales en esta área deberían quizá consultar a su confesor, al pastor o a algún amigo cristiano con la suficiente madurez y cercanía para que pueda ayudarle a discernir la verdad del problema.

Capítulo 12

CASTIDAD Y SACRAMENTO

«Dedicar la propia vida a Cristo a través del servicio al prójimo, la lectura espiritual, la oración, la meditación, la dirección espiritual individual, la asistencia frecuente a Misa y la recepción asidua de los sacramentos de la Reconciliación y la Sagrada Eucaristía»
(Segundo objetivo de Courage).

Un capítulo sobre la relación entre el sacramento y la virtud de la castidad solo puede revelar, como otros de los capítulos de este libro, la punta del iceberg de un tema mucho más amplio. Solo muy lentamente he caído en la cuenta de que participar en los sacramentos es compartir íntima y corporalmente la misma vida divina. Algo tan profundo podría necesitar el trabajo de miles de escritores durante miles de años. Sin embargo, como no soy aún un santo y mis lectores no tienen una paciencia infinita, me limitaré a lo que creo que son los tres aspectos más importantes de la relación entre la vida sacramental y un intento por vivir castamente: la naturaleza del sacramento, la Iglesia como signo sacramental y el papel de la confesión y la comunión. Con esto no quiero decir que la lista sea la última palabra, pero, para lo que pueda servir, he aquí mis ideas.

Los sacramentos en general y la castidad

Muchos católicos más mayores recordarán aún, probablemente, la definición de los sacramentos que aparecía en el viejo Catecismo de su infancia:

«Un sacramento es un signo visible instituido por Cristo para comunicar la gracia».

Como definición es bastante clara. Los sacramentos, continúa explicando el viejo Catecismo, han de contener un signo visible exterior (y de este modo, ser comprensible para nuestros sentidos), deben haber sido instituidos por Cristo y deben comunicar la gracia. El más reciente Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que hay siete sacramentos instituidos por Cristo: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio; y estos sacramentos se corresponden con todos los momentos importantes de nuestras vidas cristianas. Desde el nacimiento hasta la muerte, proporcionan curación y dirección en la vida de fe, y siguen las etapas de nuestra vida natural y espiritual (cfr. CCE 1210).

Creo que la combinación de estos aspectos hace que los sacramentos sean esenciales en mi intento de vivir una vida cristiana, es particular una vida de castidad fuera del matrimonio. No quiero decir con esto que no se pueda llevar una vida casta sin los sacramentos. Sé que otros muchos lo hacen un día tras otro. Pero en mi caso, con la particular mezcla de mi personalidad y de mi historia personal, la totalidad de los sacramentos me hablan en muchas dimensiones diferentes, y me ayudan a hacer de la castidad un modo de vida. Han actuado en mi vida como consuelo y fuente de vida, como espuela para mi conciencia y para el perdón, y también como manantial de fortaleza y de ánimo.

Creo que, para vivir castamente, es muy importante que los sacramentos sean signos visibles e inteligibles que están en relación con la experiencia vivida.

Todo mi ser -cuerpo, mente y espíritu- tiene importancia para Dios y, además, me importa porque yo soy importante para Dios. Dios no confía solamente en el intelecto para la comunicación y la comprensión, sino que también se apoya en mi cuerpo. Dios salió de sí mismo para asegurarse que, cuando fui bautizado, no simplemente *comprendiera* su amor intelectualmente, sino que, consintiendo al Bautismo, lo sintiera también cuando el agua se derramó sobre mi cabeza para limpiar mi alma de todo pecado. Lo volví a *sentir*, muy profundamente, cuando Jesús, en la persona del sacerdote, me confirmó en la fe y untó aceite en mi rostro de manera similar a como el profeta Natán lo hizo para ungir como rey a un pastorcillo, y como Dios ha estado haciendo con sus elegidos durante siglos. Lo *oí* cuando

Jesús, de nuevo en la persona de un sacerdote, me dijo las mismas cosas que Él había dicho a la mujer adúltera y al hombre con la mano seca: no te condeno, tus pecados te son perdonados, ve y no peques más. Lo *gusté y bebí* cuando literal y misteriosamente lo introduje en mi cuerpo en la forma de pan y vino.

El hecho de que yo sea una unidad de cuerpo, alma y espíritu tiene tanta importancia porque Jesucristo atravesó una distancia infinita para convertirse en un ser humano como yo. Todos estos signos sacramentales visibles y exteriores hablan de dicha realidad porque sirven para recordarme, una y otra vez, que no puedo dividir mi vida o mi propio ser en compartimentos estancos. No puedo, por ejemplo, que el David Morrison que se sienta los domingos en la iglesia sea un hombre diferente del que elige hacer lo que está bien o, para mi dolor, lo que está mal. Los sacramentos no me permitirán hacer eso. Incluso si pudiera mentir o engañarme intelectualmente creyendo que algún aspecto del pecado sexual o de cualquier otra caída es «aceptable» o «bueno para mí», mi propio cuerpo da testimonio contra esa falsedad. Mi padrastro describe a veces la diferencia entre conducir un coche y llevar una moto como algo parecido a la diferencia entre mirar un cuadro y estar realmente en el cuadro. Vivir una vida sacramental es algo así. Es vivir en la realidad como algo opuesto a simplemente mirarla.

Me parece que vivir en la realidad me ayuda a buscar la castidad por otra razón. En un cierto nivel, los sacramentos me aclaran que tanto mi cuerpo como mi alma y mi espíritu pertenecen a Dios. Pero en otro nivel, la conexión corporal con los sacramentos me ayuda a reforzar mi identidad como hijo de Dios y me asegura una plaza a los pies de mi Padre. Quizá soy demasiado optimista, pero mi propia experiencia ha sido que relativamente pocas personas eligen sinceramente hacer lo que saben que está mal. Algunos lo hacen, es verdad, pero muchos otros eligen poner otras cosas que parecen ser buenas por delante de las que, sabiéndolo o no, son verdaderamente buenas. Este error es más fácil de cometer si uno olvida, o si a uno nunca le han dicho, quiénes somos realmente en cuanto seres humanos. El modo en que los sacramentos ponen de relieve un conocimiento corporal de la experiencia de la fe, el modo en que, arrodillándome para la absolución, siento en mi propia rodilla el daño, el gusto de la comunión bajo las especies del pan y del vino, o cómo la vista de la luz del sol se expande por los colores de una vidriera cuando la nube que la cubría pasa de largo, todas esas cosas refuerzan mi identidad de cristiano, alguien que busca seguir a Cristo y que espera llegar al cielo.

En cuanto signos visibles, los sacramentos dan también una inmediatez a mi relación con Cristo. La arquitectura de una iglesia, o al menos la de una vieja iglesia, puede servir de ejemplo. La iglesia de la Trinidad, donde Nicholas me bautizó, es un edificio anglicano de la «low church» que tiene poco de la sensibilidad católica tanto en su arquitectura exterior como en su decoración interior. Lo que marcaba los oficios a los que asistía era una buena predicación, una buena música y, después, la asamblea. Sin embargo, la experiencia se quedaba en algo desencarnado, especialmente cuando la congregación no celebraba la Eucaristía y, en su lugar, rezaba laudes. No quiero decir con esto que Cristo no estuviera presente en esos momentos, porque era evidente que sí estaba. Cuando dos o más se reúnen en mi nombre, dijo Jesús, allí estoy yo en medio de ellos, ya sea en la catedral o en un *auditórium*. Sin embargo, hay algo maravillosamente tangible que habla claramente en la arquitectura de una vieja iglesia católica, con un interior tradicionalmente católico que sirve como seno de la celebración de Cristo en los sacramentos. El encuentro con Cristo en ese lugar, en presencia de iconos y estatuas de los santos, el encuentro con Él de forma tan tangible en las palabras de la absolución o en el Cuerpo de Cristo, establece firmemente la experiencia en el tiempo y en el espacio. Como diré más adelante, es en ese momento, en ese lugar donde yo encuentro al Señor resucitado.

La Iglesia, por su misma existencia, me proporciona la segunda ayuda sacramental para vivir una vida casta, aunque resulte un poco más frustrante. El Catecismo de la Iglesia Católica se expresa, en parte, del mismo modo:

«775 "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1): Ser el sacramento de la

unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres "de toda nación, raza, pueblo y lengua" (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es "signo e instrumento" de la plena realización de esta unidad que aún está por venir».

«776 Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo "como instrumento de redención universal" (LG 9), "sacramento universal de salvación" (LG 48), por medio del cual Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre" (GS 45, 1). Ella "es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad" (Pablo VI, discurso 22 de junio de 1973) que quiere "que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo"» (AG 7; cfr. LG 17).

Esencialmente, es la Iglesia, no solamente la Iglesia teórica, fácilmente idealizada O el prototipo de Iglesia del Catecismo, sino la Iglesia desmañada, defectuosa, la Iglesia de carne y hueso de mis amigos y conocidos cristianos, y la de la gente que no me gusta, la que me ayuda a consolidar mi intento de vivir una vida cristiana en castidad. Me parece que esto es un misterio profundo e irónico. ¿Cómo puede ser un sacramento y, en cambio, ser tan frustrante?

Como sugerí en el último capítulo, la castidad sería una virtud más difícil de adquirir si se estuviera aislado. Sé que, en épocas anteriores, la Iglesia ha apoyado a comunidades de eremitas llamadas *lauras*. En una *laura*, los eremitas viven la mayor parte del día en ermitas individuales, pero se reúnen para celebrar la Misa, para recoger el correo y, a veces, para comer juntos. Sé que algunos santos han sido canonizados por la santidad adquirida siguiendo este tipo de vida. Sin embargo, sigo creyendo que, para mí, y quizá para la mayoría de los cristianos, una vida virtuosa sería más difícil de vivir (y no más fácil) como eremita, aunque quizá fuese menos frustrante.

La Iglesia como sacramento sirve en mi vida como mortero y almirez de la virtud, que hacen polvo mi propio ego: egoísmo, codicia, impaciencia y lujuria son molidos entre la implacable llamada a la santidad del Espíritu Santo y las duras superficies a las que se parecen los demás cristianos y no cristianos. Es brutal y perseverante, pero es algo necesario. ¿De qué servirían las virtudes de la paciencia y del autocontrol, por ejemplo, si no hubiera nadie con quien ejercerlas, aunque yo lo haga tan imperfectamente? Y sin personas con defectos en mi vida, ¿cómo alcanzarían su perfección tales virtudes?

De la misma manera que los sacramentos sirven para recordarnos la fe corporalmente, así la Iglesia como sacramento me recuerda el necesario sentido práctico de la fe. Sería demasiado fácil llegar a creerse equivocadamente que llevamos una vida virtuosa si se midiera el grado de la virtud por lo bien que realizo las acciones exteriores o por el número de rosarios que rezo diariamente. Jesús se encontró a gente con una actitud muy parecida y les llamó «sepulcros blanqueados». Pero vivir cotidianamente en una iglesia de carne y hueso, y adoptar ciertas disciplinas como el examen regular de conciencia, hace que siga siendo consciente de mi posición real en la búsqueda de la virtud. El examen de conciencia nos revela lo que hemos hecho bien y lo que hemos hecho mal, por supuesto, pero son más importantes las tendencias, los modelos y los hábitos que también nos revela. Los seres humanos se han denominado durante mucho tiempo como «criaturas de costumbres»; sin embargo, muchos no se dan cuenta en profundidad de la poderosa influencia que los hábitos tienen en nuestras vidas, ya sean buenos o malos. Vivir con otros cristianos me pone en mi sitio cuando resbalo y me conserva centrado donde he de estar. Quisiera dejar clara la importancia que tiene el hecho de que a uno le centren, a pesar de que a veces lo encuentro frustrante.

Escribir sobre la influencia de los demás en un libro como este puede parecer a algunos algo más o menos simplista, pero en realidad es bastante difícil y profundo, en especial cuando se trata de animar a la castidad. No creo que nadie piense que la evaluación de sus acciones a los ojos de los demás sea fácil ni especialmente gratificante. Es mucho más fácil

quejarse y justificarse que admitir que nuestros amigos hagan un juicio sobre nuestra conducta o nuestra actitud, pues quizá somos nosotros los que necesitamos cambiar. Sin embargo, es precisamente en el crisol de esa comunidad donde oigo más claramente el mensaje del cambio, si mis oídos están bastante abiertos para escuchar. Reconocer la voz de Dios, en los demás me ayuda a reconocer su identidad de hijos de Dios y creados por Dios a su imagen. Esto ayuda enormemente en la batalla por la castidad. Hacer de las personas meros objetos es uno de los contrastes más bruscos que existen entre la lujuria y el amor auténtico. Por ello, vivir en el crisol de otra persona es elemento disuasorio más fuerte contra la lujuria, impidiendo a esta última reducir a nadie a una caricatura fraudulenta de dos dimensiones.

Por supuesto, hay que dar algunos pasos prácticos cuando un examen de conciencia nos revela algún problema. El primero es intentar disculparme y compensar el modo en que he fallado a alguien. Luego, cuando haya pasado bastante tiempo para reflexionar, dirigirme a una iglesia cercana y al sacramento de la penitencia: un ritual de limpieza que el mundo moderno malinterpreta completamente y que, en su incompreensión, ridiculiza. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma lo siguiente sobre la confesión:

« **1422** Los que se acercan al sacramento de la Penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia, a la que ofendieron con sus pecados. Ella les mueve a conversión con su amor, su ejemplo y sus oraciones (LG 11)».

«**1423** Se le denomina sacramento de conversión porque realiza sacramentalmente la llamada de Jesús a la conversión (cfr. Mc 1, 15), la vuelta al Padre (cfr. Z,c 15, 18), del que el hombre se había alejado por el pecado».

Se denomina sacramento de la Penitencia porque consagra un proceso personal y eclesial de conversión, de arrepentimiento y de reparación por parte del cristiano pecador.

La confesión puede ostentar el dudoso título de ser el elemento de la fe católica más discutido por los cómicos. Sencillamente, el mundo no puede entenderlo. Muchos cristianos no católicos preguntan frecuentemente por qué los católicos necesitan un sacerdote que les oiga en confesión. «¿Para qué necesitas un sacerdote?», me preguntaba un hombre hace poco una vez que yo había acabado de hablar. «Basta arrodillarse, hacer la confesión a Dios y ¡zas!, ya está todo hecho». Otros afirman que la confesión con un sacerdote sirve para poco más que para darles poder. Aún hay otros que ponen como objeción la aparente facilidad de todo. Ningún Dios verdadero, parecen querer decir, podría escuchar una retahíla de pecados, perdonarlos y luego dejar que el pecador se marche con poco más que unas oraciones y, si tiene suerte, algún consejo sobre cómo evitar pecar de nuevo.

La práctica de la confesión es una de esas cosas que podrían discutirse, describirse y representarse eternamente y no haberla entendido nunca hasta que uno la realiza, pero hay tres características del sacramento que me hablan más profundamente y que me ayudan a llevar una vida casta.

La primera es que mi confesión expresa el deseo de que Dios siga escribiendo conmigo el texto de mi vida, el anhelo de mantener mi conversación con Él aun nivel al menos tan profundo como ha sido hasta entonces, si nomás profundo. Mucha gente cree que el sacramento de la Penitencia se produce cuando el penitente está en el despacho o en el confesonario (la «caja» como a veces la llamamos mis amigos y yo) con el sacerdote. Pero, en realidad, eso representa solo la culminación del sacramento, la cima de la montaña, el momento final. La mayor parte de mi experiencia vital en este sacramento ha tenido lugar fuera, del confesonario o de la iglesia, a veces, dos o tres días antes, y empieza con el examen de conciencia.

La mayoría de las personas de las sociedades occidentales, incluido yo mismo, lleva la vida de ocio más ocupada de la historia de la humanidad. Muy pocos de entre nosotros han de trabajar duro cultivando, cazando o cosechando durante diez o doce horas al día

simplemente para tener un poco de comida en la mesa o un techo sobre nuestras cabezas que nos cobije. La educación y la tecnología nos han dado una gran libertad respecto al trabajo manual que nuestros ancestros no hubieran sido capaces de imaginar. Sin embargo, muchos de nosotros dilapidamos el tesoro de nuestro tiempo libre en poco más que pasatiempos (los más virtuosos) o en una lasitud disoluta (los teleadictos). Pero parece que siempre hay algo que hacer, ya sea ver la televisión o montar en bici.

El examen de conciencia, el primer paso de la confesión, representa una pausa consciente en medio de todo eso. Una vez cada semana o cada dos semanas, durante un tiempo variable entre veinte minutos y una hora, encuentro un lugar tranquilo y me pongo conscientemente en presencia de Dios. Por supuesto, estamos todos siempre en presencia de Dios, pero la palabra clave de la última frase es ese conscientemente. La mayor parte de nosotros corre por la vida casi totalmente inconsciente de ante quién estamos hasta que nos obligamos a sentarnos o arrodillarnos para pensar en ello. Una vez que me he dado cuenta de dónde estoy (y que he recordado quién soy), rezo brevemente para pedir la ayuda divina a la hora de revisar lo que ha pasado desde mi última confesión y luego empiezo a examinar cada día, pidiéndole a Dios que me señale lo que necesito recordar.

La intimidad rodea los conceptos clave del examen de conciencia. Al revisar honestamente mis motivaciones y acciones, aprendo a asumir riesgos con Dios y cosecho el tesoro de la confianza que eso conlleva. Sé que otras personas hacen su examen de forma diferente. Las editoriales católicas han producido de todo sobre el tema, desde pequeños folletos hasta libros enteros, y me sorprendería si hay dos personas que hacen el examen de la misma manera. Pero es importante comprender que, ya desde el principio del examen de conciencia, uno ha comenzado el sacramento de la confesión. Siguiendo con el lenguaje de la parábola del hijo pródigo, cuando examino mi conciencia, me acuerdo de mi Padre y empiezo a volver a casa.

El segundo paso, el del viaje a casa, lleva normalmente un día, pero puede alargarse. Se trata del paso difícil de reflexionar sobre lo que Dios me ha traído a la mente durante el examen y reconciliarme con aquel a quien haya podido ofender. Normalmente, esto significa buscar a la persona en cuestión para pedirle disculpas y ofrecerle una reparación. Aunque no es un requisito hacerlo antes de la confesión, mi propia experiencia me dice que me resulta más fácil antes de ir al confesonario que después de haber sido absuelto. Como más tarde describiré en detalle, una de las alegrías de la confesión es que el sacramento finaliza la historia de los pecados confesados. Las hachas de guerra enterradas en el suelo del confesonario no permanecen para brotar de nuevo más tarde, sino para desvanecerse literalmente en el amor hambriento que Dios tiene por nosotros. De este modo, al menos en mi vida, buscar a alguien para pedirle disculpas después de haberme confesado me parecería algo más o menos raro, como volver a dar vida a un problema que sé y siento que he dejado atrás.

El segundo modo en que la confesión ayuda a la castidad empieza con la parte final del sacramento: la humildad mental, espiritual y corporal que se necesita para confesar los propios defectos y errores ante otro ser humano. Esto es parte de la disciplina que muchos de los que preguntan «¿por qué necesitas confesarte con un cura?» no ha entendido. En cuanto persona que, por un lado, se ha arrodillado en soledad y que ha rezado para pedir perdón y, por otro lado, se ha acercado a un sacerdote en búsqueda de la absolución, puedo decir que es infinitamente más duro acercarse a un confesonario. Las oraciones para pedir perdón a Dios ayudan a prepararse para la confesión, está claro, pero, si el problema se acabara ahí, la confesión no satisfaría ni la justicia ni las necesidades reales del penitente. Al principio, y para algunos durante toda su vida, la confesión efectiva de los pecados es una auténtica disciplina, una lucha cada vez que hay que llevarla a cabo. Algo profundo se resiente en nosotros contra el hecho de admitir ante alguien más que hemos cometido errores o que incluso hemos actuado mal intencionalmente.

A pesar de todo, la gente se confiesa. Quizá no tantos como antes, pero en número bastante grande como para tener que esperar cola durante un rato si no llegas pronto. Sospecho que cada uno de los que están allí conmigo puede tener una razón ligeramente

diferente para venir, pero muchas de esas razones encontrarían sus raíces en la enseñanza de la Iglesia de que, aunque sea un sacerdote el que me oye en confesión y el que dice las palabras de la absolución, es Cristo quien absuelve. Esta enseñanza, combinada con el gozo de oír «yo te absuelvo», atrae a muchos como un imán.

Ese gozo, el de salir de la iglesia oscura a la radiante luz del día sabiendo que he sido lavado en la sangre del Cordero y que mis pecados han sido perdonados, hace de contrapeso a cualquier lucha que haya podido tener con mi orgullo para llegar hasta allí. Hay algo particularmente liberador del espíritu cuando Cristo, a través del sacerdote, absuelve. Como me escribió recientemente un amigo que comparte conmigo la vida sacramental, una buena confesión libera para hacer el bien: «tus pecados te son perdonados en este momento, dice el sacerdote cuando recita la fórmula de absolución. Ya hemos hablado de lo liberador que es esto. Antes, yo solía rezar: "Señor, perdóname, por favor, perdóname" durante días tras haber cometido un pecado sexual, sin creer o sin saber de veras que Él lo haría. Saber de algún modo que uno es verdaderamente perdonado después de haber hecho una buena confesión te libera para vivir en verdad más fácilmente».

Por supuesto, algunas de las personas que están en la cola conmigo tienen en mente no tanto la confesión cuanto el sacramento al que la confesión prepara: el sacramento de la Eucaristía, o Sagrada Comunión. La Iglesia enseña que no se debería recibir la comunión si se es consciente de pecados serios no absueltos. Desgraciadamente, algo más que unas pocas veces, me he acercado a la confesión más porque quería recibir la Eucaristía que porque, en ese momento, reconociese la confesión por el bien que es en sí misma.

El Catecismo de la Iglesia Católica dice esto, en parte, sobre la Eucaristía, a la que llama, tomando prestada una expresión de san Atanasio, el Gran Sacramento:

«**1324** La Eucaristía es "fuente y cima de toda la vida cristiana" (LG 11). "Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua" (PO 5)».

«**1325** "La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo y por él al Padre" (Congregación de los Ritos, instrucción Eucharisticum mysterium, 6)».

«**1326** Finalmente, en la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos (cfr. 1 Co 15, 28)».

«**1327** En resumen, la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: "Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía, y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar" (S. Ireneo, Adv. haer. 4, 18, 5)».

La sagrada Comunión, en la que Jesucristo -que es Dios, el Rey del universo ante quien toda rodilla se dobla y a quien toda lengua le confiesa- se humilla a sí mismo por amor y se preocupa de venir a mí del modo más frágil y simple, es la fuente y la cumbre de mi entero viaje como cristiano católico. Una de las confusiones más tristes que surgieron al alba del Concilio Vaticano II fue la falta de comprensión sobre el papel de la Eucaristía en nuestras vidas. Algunos han llegado a creer que el amor por Cristo en la Eucaristía debe ocupar un segundo plano o un asiento trasero para dejar paso al amor a Cristo en nuestros hermanos cristianos y también en los no cristianos. Pero la realidad es mucho más misteriosa, amable y orgánica, dado que todo el amor que tengo hacia los demás, toda mi vida, incluso mis defectos que necesitan absolución, todo, literalmente, está vinculado, bendecido y santificado por el momento en que me encuentro con Cristo en la Eucaristía.

En *El gran divorcio*, el clásico trabajo de C. S. Lewis, a los residentes del infierno se les permite viajar, brevemente, al umbral del cielo en el que son solo fantasmas contra la brillante

realidad de la gloria celestial. Si se arrepintieran de lo que les había llevado al infierno, podrían quedarse e ir «cada vez más arriba y cada vez más dentro» del cielo, con los amigos y ángeles que les ayudaron a entrar en razón. De todo un autobús lleno de gente, tristemente solo hay uno que se queda, uno que se arrepiente de algún pecado de apetito desordenado, al que Lewis representa como un pequeño lagarto rojo corriendo constantemente por sus hombros, susurrándole cosas al oído. Toda la escena de su conversión es maravillosa, pero ahora quiero fijarme solo en unas cuantas líneas para intentar explicar el misterio de la comunión de Dios con mi vida.

Cuando el hombre y el lagarto se encuentran con un ángel apasionado, un ángel tan brillante y cálido que su gloria quemaba como el sol al comienzo de un «implacable día de verano», ya se habían puesto en camino para volver al autobús hacia el infierno. El ángel ofrece «aquietar» al lagarto y el hombre inmediatamente está de acuerdo. Pero luego, cuando el ángel aclara que lo que quiere es matar al lagarto, al hombre le vienen dudas. Este es el contexto del extracto que viene a continuación.

-« ¿Puedo matarlo?

-Bueno, ya tendremos tiempo para discutir eso más tarde.

-No hay tiempo. ¿Puedo matarlo?

-Por favor, nunca quise que se produjera una molestia tal. Por favor, de veras, no se moleste. ¡Mire! Se ha ido a dormir por su propia iniciativa. Estoy seguro de que todo irá bien ahora. Muchas gracias.

-¿Puedo matarlo?

-Sinceramente, no creo que haya la más mínima necesidad de hacerlo. Estoy seguro de que seré capaz de controlarlo ahora. Creo que un proceso gradual sería mucho mejor que matarlo.

-El proceso gradual no sirve para nada en absoluto.

-¿Eso le parece? Bueno, pensaré lo que ha dicho muy cuidadosamente. De verdad que lo haré. De hecho, le dejaría matarlo ahora, pero no me siento demasiado bien hoy. Sería una tontería hacerlo ahora. Necesitaría estar bien de salud para hacerlo. Otro día quizá.

-No hay otro día. Ahora, todos los días son presente».

En el capítulo quince (puedes saltar para verlo si quieres) revelaré el final del encuentro. Pero, por ahora, la línea que nos interesa es la última: «No hay otro día. Ahora, todos los días son presente».

De manera misteriosa, la Sagrada Comunión, como dice el ángel de Lewis, nos envuelve no solo a Cristo y a mí tal y como soy ahora, sino también todo lo que he sido o, si Dios quiere, lo que seré. Todos los días, los que ya han pasado y los que vendrán están presentes en ese momento. Toda mi vida, todos mis encuentros, dudas, amores, pérdidas, esperanzas, debilidades, puntos fuertes, todos mis días y mis noches, todo ha existido en y dentro de mi próxima comunión. Todo me ha llevado hacia ese lugar y hacia ese momento.

Cuando leía en el Evangelio los encuentros de Jesús con la gente, me sentía con la misma extraña sensación de... protagonista. Al menos a mí me parece claro que cada persona que Cristo encuentra en los evangelios se encuentra con Él porque, de alguna manera misteriosa, debía encontrarle. Él habla a las necesidades de cada uno de los que encuentra de forma inmediata, profunda y permanente. Tanto cuando perdona a la mujer sorprendida en adulterio, como al curar al hombre al que han descendido desde el techo o al revelar a la mujer samaritana Su naturaleza, parece casi como si toda la vida de esas personas se hubiera dirigido hacia ese punto, para encontrar a Jesús.

¿Pero qué significaría para las personas que no se encontraron con Él? No lo sé. No pretendo tener todas las respuestas, ni tan siquiera algunas. Sin embargo, este es el misterio de la Eucaristía en mi vida. Cada Eucaristía es una cita con Cristo y cada cita con Cristo existe, al menos desde mi punto de vista, como la suma de todo lo que ha pasado antes y me proporciona fuerza para todo lo que puede venir después. Del mismo modo en que cada encuentro con Jesús narrado por el Evangelio supuso un momento de conversión para

quienes se encontraron con Él, así cada Eucaristía es una conversión sucesiva en mi vida. Lenta, muy lentamente, el mensaje del que Pablo escribió hace tanto tiempo penetra y empieza, imperfecta y dolorosamente pero con amor y gracia, a hacerse verdad en mi vida. Con cada comunión, vivo más en Él y menos en mí mismo. Más bien, de un modo verdaderamente misterioso, mi propio yo se hace progresivamente parte de Él: perdonado, limpio, ordenado, amado y agraciado. Del mismo modo que el agua es el vehículo físico perfecto para expresar la misteriosa limpieza espiritual del Bautismo, el pan y el vino son las especies perfectas para esconder el rostro misterioso de la Eucaristía. En sentido espiritual, en la Eucaristía, Dios y yo nos hacemos una sola cosa. Yo me convierto en una de sus ramas, parte de su Cuerpo, alguien que comparte su misma vida.

El modo en que la Eucaristía envuelve toda mi vida adquiere una relevancia especial cuando se habla de la castidad, porque estoy convencido de que, para vivirla en alegría, la castidad debe ser asociada con una caridad fuerte y vibrante. Vivir la castidad supone decir «no» a ciertos valores que el mundo considera importantes: relaciones basadas en el sexo ilícito y en la objetivación, un modo de mirar a las personas como medios y no como fines, una forma de vida centrada exclusivamente en el momento presente. Sin embargo, si la única palabra que dijese la castidad fuese «no», existiría el riesgo de ser poco más que un lenguaje de negatividad. Para ser vivida con éxito, la castidad ha de decir también «sí» a las relaciones y a los sacrificios que la amistad verdadera exige. La castidad gozosamente vivida significa que yo quiera esforzarme por ver a la gente como Jesús la ve. Decir «no» a mirar a los hombres y a las mujeres en términos de inclinación sexual quiere también decir «sí» a mirarlos en su ser más profundo, y ofrecerles nuestra amistad. Encontrarse con Jesús en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, me da la fuerza y la actitud para vivir según esa visión, para ver a las personas como Él las ve.

En su raíz, los sacramentos ayudan a construir una vida casta porque sirven de puerta de entrada a la oración y a una relación más profunda con Jesucristo. Cristo está presente en todos los sacramentos, de modo particular en la Eucaristía, comunicándome su propio ser como mi Señor, mi hermano y mi amigo. Tener esta relación en mi vida me ayuda a enraizarme en la realidad de quién soy, a dónde voy y lo que soy dentro de una cultura que olvida progresivamente su identidad, su por qué y su contenido. Parafraseando a san Pablo, con Cristo a mi lado, ¿quién o qué está contra mí?

Capítulo 13

UN MENSAJE PARA PADRES Y ESPOSOS

Según las estimaciones más conservadoras sobre el número de personas con atracción

homosexual, y después de hacer una hipótesis plausible acerca del número de familias y amigos, estimo que unos doce millones de personas en los Estados Unidos tienen un interés más o menos directo por las cuestiones relativas a la atracción homosexual. Se trata de personas para las que las cuestiones del matrimonio homosexual, del SIDA/VIH, de la adopción homosexual y de todo el arco de temas relacionados con las cuestiones de la identidad de género tienen un interés algo más que político o académico. Muchos, si no la mayoría de ellos, son cristianos, pero han encontrado en sus iglesias o en sus amigos cristianos o en su familia poca ayuda a la hora de enfrentarse a los problemas de identidad de género de sus hijos o esposos. Con el paso de los años, cientos de padres y esposos me han escrito pidiendo consejo sobre su situación particular o la de uno de sus seres queridos. En general, me parece que muchas de dichas cartas y preguntas van directas a los puntos esenciales, y este capítulo consistirá en mis respuestas a esos puntos. No quiero decir que este capítulo sea definitivo o algo absoluto, ni que sienta cátedra. En muchos casos, intuyo que mis palabras podrán ofrecer poco más que una venda en lo que ha sido una herida emocional de larga duración. Pero, dado que se ha publicado muy poco material fiable al respecto, ofrezco este capítulo como un primer paso. Los temas son: «no es culpa tuya»; «no tienes que amar todas las cosas» y «no es el fin del mundo».

Como se decía en *Siempre serán nuestros hijos - Always Our Children* (AOC), un mensaje del Comité para el matrimonio y la familia de la Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos, para muchos padres (y esposos), los días que siguen a la revelación de la atracción homosexual son días de inquietud. A pesar de que este capítulo no podrá detener totalmente la inquietud, espero que al menos pueda aliviar el más pesado de los nuevos fardos.

No es culpa tuya.

Tras el desconcierto, la confusión, el miedo y un cierto sentido de pena, lo que caracteriza las cartas que he recibido de padres y esposos de personas con atracción homosexual es un sentimiento abrumador de haber «fallado» a sus hijos o esposos. Como el modelo «educacional» para explicar el desarrollo de los sentimientos homosexuales ha comenzado a ganar terreno frente al denominado modelo «natural», el número de padres con sentimientos de culpabilidad sobre lo que hicieron o dejaron de hacer con sus hijos parece estar creciendo. En cierto modo, una persona que revela sus sentimientos homosexuales a sus padres, o a su esposo o esposa, es aliviada de la carga que supone esconder la atracción homosexual (el «armario»). Sin embargo, esta revelación puede llevar a esos padres o al esposo o esposa dentro de otro armario. Repentinamente, estos últimos se preguntan: «¿Qué he hecho mal?». En el momento en que más necesitan hablar de la situación con otra persona, sienten que no pueden hacerlo. Como el documento AOC dice:

«Culpabilidad, vergüenza y soledad: "Si hubiéramos hecho... o si no hubiéramos hecho...", son frases que pueden torturar a los padres en estos momentos. Pesares y desengaños se levantan como fantasmas del pasado. Sentir que uno ha fracasado puede llevarlo a un valle de vergüenza que, a su vez, puede aislarlo de sus hijos, de su familia y de otras comunidades de apoyo».

Abordaré en primer lugar la cuestión de los esposos porque, en cierto modo, es la más fácil de discutir intelectualmente, a pesar de que puede ser la más explosiva emocionalmente.

Nada de lo que he leído ni nadie que haya conocido me lleva a dar ninguna credibilidad a la reivindicación de que la atracción homosexual brota por disgusto o desilusión con un miembro particular del sexo opuesto. Aunque son relativamente pocas en número, he recibido algunas cartas en las que uno de los esposos se preocupa de que algo que él ha podido hacer haya «conducido» a su esposo a activar la homosexualidad. En el caso de que el esposo con atracción homosexual sea el hombre, toda mi experiencia y mis lecturas abogan por que las raíces de la atracción homosexual han sido puestas muchos años antes de la edad en que la gente se casa. En los casos en que es la mujer la que revela sus sentimientos lesbiánicos a su marido, la situación puede ser un poco más complicada. Aunque nunca he encontrado a un hombre con atracción homosexual que me haya dicho que

él siente de esa forma porque lo ha elegido o querido, me he encontrado con mujeres que han insistido resueltamente en que han elegido libremente su lesbianismo. A veces, dicen, han tomado esa decisión a causa de un desengaño con los hombres en general, aunque nunca, al menos hasta ahora, a causa de un desengaño con un solo hombre.

Ahora bien, con esto no quiero decir que los sentimientos de culpa y confusión en el área del «reproche» o la «falta» sean los únicos sentimientos que los esposos pueden sentir. La ira por no haber conocido la verdad durante tanto tiempo, los sentimientos de inseguridad y de abandono, preocupaciones sobre las cuestiones de educación; todo esto puede aparecer y de hecho aparece en las cartas que me han enviado. Sin embargo, quienes luchan por salir adelante a través de la dificultad de descubrir la homosexualidad de su cónyuge no deberían añadir el peso adicional de un sentimiento de culpa por un papel que temen haber jugado en la atracción homosexual de sus esposos.

Los padres con hijos que anuncian una atracción homosexual, o en los cuales los padres perciben dicha atracción, se enfrentan a una lucha significativamente diferente. En primer lugar, como padres cristianos, a menudo sienten un alto grado de responsabilidad por el bienestar espiritual de sus hijos, y se preocupan de que la atracción homosexual de sus hijos conduzca a la salvación. En segundo lugar, dado que en cuanto padres han tenido generalmente un impacto más grande en la vida de quien empieza a experimentar un sentimiento homosexual pueden sentir a veces una culpa y un rechazo casi paralizantes. El desafío para esos padres es aprender más sobre esta situación, enfrentarse a los problemas (quizá de larga duración) junto con sus hijos y aceptar sus imperfecciones en cuanto padres. Con todo, incluso aunque las cosas que hayan hecho o que hayan dejado de hacer hayan podido dañar a sus hijos, es importante que los padres mantengan una cierta perspectiva y no asuman demasiada responsabilidad por el modo en que se ha desarrollado la identidad de género de sus hijos. Lo fundamental es que el desarrollo de la sexualidad humana y de la identidad de género sigue siendo un misterio. Aún no he encontrado ningún padre que se haya propuesto influenciar a su hijo para que tenga sentimientos homosexuales o que, sabiendo que estaban influyendo, no hubieran intentado cambiar de actuación inmediatamente. Aunque todo el mundo ha de aceptar su propia responsabilidad por sus errores, hay una diferencia entre accidentes y actos realizados culpablemente. Los primeros son parte del precio que hay que pagar como seres humanos, esencialmente bienintencionados, pero imperfectos. Las últimas son las únicas acciones por las que uno debe aceptar responsabilidad y quizá buscar un sacerdote para la absolución. Aunque creo que los padres y otros adultos juegan un cierto papel en el desarrollo de la identidad de género, no creo que sean, en su nivel más profundo, los únicos responsables por cómo se desarrolla dicha identidad.

Los padres deben hacer esta distinción y aclarar la cuestión de la responsabilidad y de la culpa porque, a menudo, la confusión sobre estos sentimientos puede llevar a los padres a adoptar posturas hacia sus hijos que son incoherentes y no repercuten en el mayor bien para sus hijos.

La dimensión espiritual

Los padres con hijos con esta atracción necesitan comprender que sus hijos no son más candidatos al cielo o al infierno que cualquier otra persona que no siente esa atracción. Aunque no quiero minimizar de manera inapropiada los retos que la atracción homosexual conlleva en la cultura contemporánea, los padres deben recordar siempre que el destino espiritual de sus hijos no está predeterminado ni ordenado de antemano. Ellos tienen una voluntad libre como cualquier otro y, en palabras del inmortal Yogi Berra: «Nada se acaba hasta que se acaba».

De todos modos, esto no quiere decir que los padres hayan de ser complacientes. El modelo de C. S. Lewis para el viaje espiritual contiene una carretera, como tantos otros autores, pero en el modelo de Lewis la carretera no es recta, sino con bifurcaciones en las que a menudo hay muchas decisiones que tomar. Cada bifurcación, cada decisión, dice Lewis, le lleva a uno más o menos cerca del cielo, y los padres pueden desempeñar

claramente un gran papel para ayudar a sus hijos con atracción homosexual a elegir el camino que lleva a los confines del cielo.

Lo más importante que pueden hacer los padres con hijos con atracción homosexual es lo mismo que deben hacer para sus hijos con una atracción heterosexual: rezar cada día por ellos. Acercarse al trono de la gracia cada día llevando consigo los hijos, recordar ante el cielo lo mucho que cuentan para uno e implorar por ellos suficiente gracia y misericordia.

En segundo lugar, nunca rendirse, a pesar de que los hijos sean adultos y parezcan totalmente obcecados. Conozco varias parejas que, en esta situación, han adoptado a la madre de san Agustín, santa Mónica, como modelo y patrona en este camino largo y solitario. Santa Mónica rezó, ayunó y perseveró durante años implorando al cielo por su hijo hasta que, finalmente, le vio aceptar a Cristo.

En tercer lugar, aumentar y profundizar en la propia vida espiritual. En particular, una vez que pasan los días que siguen inmediatamente a la revelación de la homosexualidad de su hijo, días que pueden ser muy difíciles, la mayor parte de los padres siguen teniendo relación con sus hijos. El hecho de ser miembros de pequeñas comunidades cristianas, como los grupos de voluntariado, los grupos de oración, etc., puede ayudarte a presentar a tu hijo a otros cristianos, de modo que tenga la oportunidad de encontrar a otras personas. El haber conocido la variedad y la diversidad del cristianismo fue una parte importante para que yo me tomase a Cristo más en serio en mi vida.

En cuarto lugar, encontrar algún apoyo. Muchos padres en esta situación se sienten terriblemente aislados e incapaces de compartir con otros padres sus sentimientos de preocupación y pena sobre la vida espiritual de sus hijos. Algunos han visto que formar parte de un grupo de apoyo con padres en una situación similar es un elemento importante para una lucha continua. *Courage* tiene un grupo de este estilo llamado *Encourage* (animar) en los Estados Unidos.

Lo esencial es avanzar y no rendirse jamás. En la inmensa mayoría de los casos, tus hijos saben que tú les amas y quieres lo que es realmente mejor para sus vidas. Una vida activamente homosexual no puede proporcionar una felicidad eterna y, a menudo, ni siquiera ofrece una felicidad temporal. Un vez que el desfile del orgullo gay llega a un punto muerto en la vida de tus hijos, ellos necesitarán todo el amor auténtico y verdadero que un padre puede ofrecer. Hay que intentar conservar la relación temporal con los hijos tan abierta y saludable como sea posible. Esto puede darles un lugar donde ir cuando muchas otras puertas parezcan cerrarse a cal y canto.

Conservar una relación saludable

Me acuerdo de una manifestación en Boston, Massachusetts, organizada para celebrar el programa estatal de *Gay Straight Alliances* (GSAs). Los GSAs son grupos de estudiantes que se identifican gays, junto con amigos que no lo hacen. Intentan proporcionar apoyo a los niños que viven con atracción homosexual en un ambiente escolar que los activistas gays y lesbianas consideran «hostil». Durante el transcurso de la manifestación, un padre se acercó al micrófono para expresar lo «orgullosa» que se sentía de su hija de dieciséis años que se identificaba como lesbiana, y para pedir, de manera jocosa, que algunas chicas guapas que se encontraban en el evento se animasen a quedar con ella. Aparte de la vergüenza que el padre hizo pasar a su hija, me pregunto cuál es la fuente del «orgullo» de ese padre y si el hecho de afirmar el lesbianismo de su hija repercute de veras en su mejor interés.

El «orgullo» suele asociarse con lo que las personas han hecho, y no tanto con expresiones de placer o satisfacción por una identidad o calidad innatas. ¿Debería ser un motivo de orgullo para un padre el que un chico tome una decisión sobre la identidad de género a una edad temprana? ¿Qué ocurrirá más tarde si, como ha ocurrido con otros, ella cambia su decisión y elige basar su identidad en algo más? ¿Qué ocurrirá si descubre más tarde que un hombre, uno en particular, ocupase un lugar en su vida? Irónicamente, si ella decide seguir ese sendero, ella puede encontrarse, de hecho, rebelándose contra la visión

que su padre tiene de su vida.

Aunque no hablé con el padre que había dicho eso por el micrófono, lo que recogí de algunos comentarios escuchados por casualidad fue que uno de los sentimientos predominantes era el miedo, el miedo de hacer o decir algo que pudiera hacer la vida de su hija más difícil. En resumen, me pareció por sus comentarios que había caído en una trampa muy común para muchos padres. Si amo a mi hijo, razona el padre, y puedo haber tenido ya un papel en el desarrollo de sus sentimientos homosexuales, debo amar las elecciones vitales que hace.

No tienes que amarlo todo.

Quizá el ejemplo más extremo de este modo de pensar puede encontrarse en la organización *Parents and Friends of Lesbians and Gays (Padres y Amigos de Lesbianas y Gays - PFLAG)*. PFLAG es una organización y un grupo de presión importante en la lucha por los derechos de los gays y las lesbianas. PFLAG reivindica tener un conjunto de miembros de 70.000 familias y 400 afiliados «por todo el mundo». PFLAG existe, como su mismo nombre sugiere, para promover:

«La salud y el bienestar de las personas gays, bisexuales y transexuales así como de sus familiares y amigos a través de: apoyo, para hacer frente a una sociedad adversa; educación, para dar luz al público malinformado; y presión, para acabar con la discriminación y para asegurar la igualdad de derechos civiles. La asociación *Parents, Families and Friends of Lesbians and Gays* ofrece la oportunidad de un diálogo sobre la orientación sexual y la identidad de género, y actúa para crear una sociedad que sea sana y respetuosa con la diversidad humana».

En la práctica, esto quiere decir que PFLAG acepta, aparentemente sin plantearse cuestión alguna y a pesar de la pequeña montaña de evidencias bien documentadas de lo contrario, la creencia de que el comportamiento homosexual es poco más que una alternativa saludable al comportamiento heterosexual activo y presumiblemente moral (es decir, que tiene lugar dentro del matrimonio). «Ser gay es tan natural, normal y saludable como no serlo», afirma *Being Yourself (Siendo tú mismo)*, un folleto de la PFLAG para jóvenes que experimentan atracción homosexual, y para apoyar a quienes aceptan que una identidad gay o lesbiana significa trabajar por apoyar la homosexualidad activa y pública, pero, en otros casos, debes reconocer que la discriminación basada en la identidad sexual es ofensiva en una sola dirección», afirma *Our Daughters and Sons (Nuestros hijos e hijas)*, un folleto para los padres cuyos hijos se identifican como gays, lesbianas o bisexuales: «En esto, puedes apoyar a tu hijo educándote a ti mismo de manera tan profunda como puedas sobre la homosexualidad y ayudando a sacarla del ocultamiento en nuestra sociedad. Es ese ocultamiento el que permite que sobrevivan los prejuicios y la discriminación».

Por supuesto, hasta un cierto punto PFLAG está en lo cierto. Es siempre mejor tanto para los padres como para los hijos aceptar y enfrentarse a los hechos de una situación dada cuando los encuentran. Pero aceptar y enfrentarse a la realidad de la atracción homosexual no quiere decir que los padres deban o deberían concluir que la homosexualidad es necesariamente buena o correcta para sus hijos. Los activistas de los derechos de los gays, incluyendo a la PFLAG, combaten para que se dé dicha equivalencia. La homosexualidad es únicamente una forma alternativa de la sexualidad humana, del mismo modo que el púrpura puede ser considerado un color dentro del espectro de los rojos o el amarillo de las hojas de otoño puede ser considerado como una variación de las hojas marrones. Pero el comportamiento homosexual activo, como he podido llegar a saber y como lo documenta detalladamente Thomas Schmidt en *Straight and Narrow*, no es algo equivalente. No es igualmente bueno. Y los padres deberían no sentirse empujados a dejar de lado su sentido común adquirido, en la mayoría de los casos, durante años de paternidad por una llamada a «apoyar» a sus hijos que viven con atracción homosexual.

He visto que la mayor parte de los padres con los que me he escrito saben esto instintivamente, pero a veces necesitan oírlo de la boca de otros padres o de otros hijos. El

ejemplo que yo utilizo es el de la niña de cuatro años, el lápiz rojo y el muro nuevo.

Imagina que eres el padre de una niña de cuatro años, tu primogénita, que es como la niña de tus ojos y está entre los tesoros más grandes de tu vida. Como muchas familias jóvenes, luchas por poder pagar las facturas y por mejorar paulatinamente tus condiciones de vida y las de tu familia. Durante un par de años has estado ahorrando un poco de dinero para cambiar el viejo papel del muro del hall de entrada, que estaba realmente sucio y manchado. Finalmente, has conseguido hacerlo. Es precioso, blanco y dorado. Tus vecinos lo han visto, tu madre ha pasado a verlo y tus suegros lo verán en Navidad. Al menos un pequeño objetivo de los muchos de tu familia se ha conseguido.

Entonces, una tarde, te das cuenta de que no has visto a tu hija de cuatro años durante un buen rato. Alarmado, oyes su risita aguda proveniente del vestíbulo en el que el papel del muro casi brilla con perfección en las sombras vespertinas. Corres hacia el hall doblando la esquina y tu corazón palpita a toda velocidad. Y ahí está, orgullosa a sus cuatro años, lápiz rojo en mano, con una buena parte del muro, hasta donde alcanza la niña, garabateado con lápiz rojo. En ese momento, la mayoría de los padres saben que aman a sus hijos con todo su ser. Esa niña es aún su tesoro, la niña de sus ojos, su alegría. Sin embargo, también la mayoría de los padres sabrían que no pueden honradamente mirar a su hija y decirle: «¡Buen trabajo!». En ese momento, amar a su hija no es lo mismo que aprobar su conducta. Amarla no quiere decir que hay que amar lo que ella ha hecho o está haciendo.

Escribir esto puede parecer demasiado simple, y puede haber un cierto número de personas que, leyendo esto, diga: «Claro que lo sabía». Pero, más o menos, cuando se abordan cuestiones sobre la actividad homosexual y la identidad de género, el pensamiento de los padres se vuelve confuso. A los padres que me han escrito, la revelación de sus hijos les ha pillado con la guardia baja. A menudo, sienten emociones duramente conflictivas que se añaden quizá al peso de culpa que pueden haber ya empezado a llevar (y que, como he dicho más arriba, necesitan dejar caer). He notado que, en algunos pocos casos, la revelación parece haber provocado que los padres se cuestionen profundamente algunos valores y piensen sobre la experiencia de la paternidad que necesitarán para afrontar la nueva relación con su hijo.

Las actitudes de los hijos pueden tener un impacto significativo en los procesos de los padres para digerir el conocimiento de su identidad homosexual. Desgraciadamente, algunos hijos no llegan a superar una especie de extorsión emocional para obtener la aprobación de su conducta por parte de sus padres, que no pueden hacer sino ceder para ofrecer dicha aprobación. Resumiendo un poco, el mensaje de los hijos puede ser con frecuencia una variación del tema «ámame, ama lo que hago». Esto puede dejar los sentimientos de los padres divididos entre lo que ellos creen profundamente y la inclinación a amar a sus hijos. Los padres necesitan no caer en esta trampa, aunque la lucha por clarificar los sentimientos y la comunicación con su hijo puede significar soportar un período de conflicto e incomodidad durante el camino. Con el paso de los años, los encuentros y la correspondencia con los padres han revelado dos temas generales entre las familias que parecen haber sido capaces de hacer una transición desde el conflicto y la confusión del descubrimiento de la atracción homosexual en uno de los hijos hasta una paz relativa. Estos padres pueden no aprobar o pasar por encima de cómo viven sus hijos, pero sus relaciones son tales que ambas partes se aceptan y se comprenden y los padres no se sienten como si hubieran tenido que reprimir su propia conciencia.

El primer tema es establecer claramente la identidad y los límites. Los padres que parecen haber hecho la transición reconocen que no son responsables de las decisiones de sus hijos. No necesitan afirmarlo todo, y no tienen responsabilidad por todo lo que ocurre en las vidas de sus hijos.

«(Llegar a una especie de acuerdo con la homosexualidad de nuestro hijo) fue duro para nosotros», escribía una madre, «porque aún estábamos haciéndonos a la idea de que era un adulto. Cuando nos dijo que era gay, queríamos darnos prisa para arreglar la situación o hacer su vida diferente. Fue duro darnos cuenta de que realmente ya no podíamos hacer eso.

Él tenía que tomar decisiones por sí mismo. Nosotros podíamos aconsejarle, y así lo hicimos. Él no tenía que aceptar nuestro consejo».

La comprensión que los padres tienen de sí mismos y de su seguridad en su paternidad se demuestra crucial porque es lo que les ha permitido fijar los límites necesarios. Lo más frecuente es que los padres me escriban sobre los conflictos de los límites con sus hijos, conflictos que tienen que ver con la aprobación aparente o real de la actividad homosexual. A menudo se trata de la revelación de una nueva pareja en la vida del hijo y que este quiere presentar a la familia, invitar a acontecimientos familiares y con quien querría compartir un dormitorio cuando venga de visita. No hay dos familias que se enfrenten con estas cuestiones del mismo modo. No obstante, en general, los padres que han superado esta experiencia de una forma que ellos consideran un éxito, se han tomado su tiempo durante la duración del conflicto para reexaminar su identidad como padres y lo que ello conlleva, afirmándose mutuamente en dicha identidad. Esto, sucesivamente, les ha permitido estar a gusto con las decisiones que han tomado relativas a lo que deberían aprobar o no.

«Cuando mi marido y yo hablábamos sobre Chris, que quería traer su novio a casa para que conociese a la familia en Navidad», escribe una madre del Medio Oeste de los Estados Unidos, «ya teníamos la experiencia de una de nuestras hijas mayores que quería traer su novio a casa y dormir en la misma habitación con él. Lo habíamos prohibido, por lo que no fue muy difícil decir a Chris que conoceríamos al chico, pero que, si iban a pasar la noche en casa, él ocuparía su vieja habitación y podríamos meter a su amigo en la bonita habitación de huéspedes que se encontraba en la parte de atrás».

El que los padres tengan un sentimiento sólido sobre su propia identidad como tales es a menudo muy importante en el caso en que la revelación de la homosexualidad pueda enfrentar a los hermanos u otros miembros de la familia entre sí. Unos padres de Florida, por ejemplo, se encontraron divididos entre el deseo de una de sus hijas de traer a su nueva novia a una reunión familiar y la preocupación de sus hermanos por tener que explicar repentinamente a sus hijos menores la cuestión de las «novias». «Parecía que toda la reunión se rompería en pedazos», escribía la madre, «hasta que Jack (el marido) sacó a relucir la idea de que Rachel llegase y encontrase a todo el mundo una tarde en la que la mayoría de los niños se irían al lago a nadar».

El segundo tema es ser honesto unos con otros y con los hijos acerca de lo que siente cada uno. Aunque a algunos padres les ha parecido difícil y se preocupan de que pueda ser contraproducente, la mayor parte de los padres con los que me he encontrado, que se habían reconciliado con la atracción homosexual de uno de sus hijos, lo había conseguido siendo honesto, incluso cuando eso podía herir. El documento *Siempre serán nuestros hijos* comenta:

«Mantenga presente dos cosas importantes cuando trate de comprender todos esos sentimientos. Primero, debe escucharlos. Puede ser que le den la clave que lo lleve a descubrir más plenamente la voluntad de Dios para usted. Segundo, debido a que muchos sentimientos pueden ser confusos o conflictivos, no es necesario tratar de controlarlos todos a la vez. Reconocerlos podría ser suficiente, pero también podría necesitar hablar sobre esos sentimientos. No anticipe que todas las tensiones se podrán resolver».

A la mayoría de los padres les parece que es más fácil leer que hacer. Sin embargo, es absolutamente esencial que las emociones sean compartidas, afrontadas, conocidas y abordadas si la relación va a florecer a largo plazo. Las emociones han de ser afrontadas porque deben también ser aclaradas. Por ejemplo, no es raro para los padres sentir un profundo sentido de decepción cuando su hijo les revela una atracción homosexual o, más particularmente, cuando les anuncia que ha aceptado su identidad gay o lesbiana. A veces, sin ser ni siquiera conscientes de lo que están haciendo, los padres se imaginan la vida futura de sus hijos, creándose expectativas sobre cómo van a ser.

La revelación de una atracción homosexual puede hacer que esas expectativas aparezcan justo en el momento en que parece que se desvanecen. En el espacio de unas

pocas horas, un padre puede ir desde el darse cuenta de que -aunque puede ni siquiera habérseles admitido a sí mismo- realmente esperaba un día bambolear a sus nietos en sus rodillas, a la realidad de que puede ser que nunca vea a tales nietos. La decepción es una reacción natural, pero debe ser afrontada, y quizá discutida porque es muy importante que los hijos no sientan que ellos son una decepción o que sus padres les han dejado de querer o dejarán de hacerlo. Afrontar una emoción como esta puede aclarar que no se trata de una decepción sobre la persona, sino una decepción por la percepción de las oportunidades perdidas.

De un cierto modo, ser honesto con las emociones es semejante al viejo refrán americano: «buenas vallas hacen buenos vecinos». Las emociones honestamente afrontadas y reconocidas hacen que la comunicación sea más fácil, incluso cuando las emociones son difíciles. Las emociones expresadas honestamente justo después de que un hijo revele su identidad homosexual pueden crear un fundamento de confianza para las discusiones posteriores sobre cuestiones posiblemente espinosas relativas al comportamiento, a la afirmación y a la aprobación. Se hace mucho más fácil afrontar los problemas posteriores en torno a la identidad de género y a la atracción homosexual cuando todas las partes pueden confiar unas en otras para hablar honestamente de lo que sienten, piensan y desean.

Finalmente, el que un hijo o esposo tenga atracción homosexual **no es el fin del mundo**. Aunque la discusión social siempre creciente sobre el tema ha supuesto que me lleguen menos cartas de padres desesperados, algunos siguen experimentando una pérdida y un duelo profundos a causa de la revelación de la atracción homosexual de un hijo. En palabras de una carta que recibí hace unos cuatro años, en las que una madre lo expresaba muy bien: «¿Qué puedo hacer? La vida de mi hijo se ha acabado. Le he fallado». Pero esto no es verdad. Ni la vida de su hijo se ha acabado ni ella le ha fallado. He aquí, en una forma más desarrollada, lo que le escribí:

«Lo primero de todo es que tus hijos siguen siendo tus hijos, y tú todavía les amas. Si hay algo que preocupa a tu hijo (o tu hija) en este instante es que tú puedas amarle menos por lo que te ha dicho. Cuando yo les hablé a mis padres de mi homosexualidad, mi madre gritó y no representaba mi deseo de alejarlos de mí, sino el de tenerlos más cerca. Los hijos no hablan a sus padres de su atracción homosexual porque quieren herirles, sino porque quieren dejar de mentirles sobre algo que consideran muy central acerca de quiénes son».

Lo segundo es que la atracción homosexual no debería considerarse como algo que define a tu hijo, hija o esposo. Un hijo que habla a su padre de su atracción homosexual sigue siendo el mismo hijo de antes de contarle. Todos los talentos, cualidades, educación, personalidad, experiencia y defectos siguen estando ahí. El hijo que es un buen estudiante es aún un buen estudiante. La hija que escribe bien, sigue escribiendo bien. El marido y padre que trabaja con sus manos y que disfruta enseñando a sus hijos estas cualidades, seguirá haciéndolo. Lo único que ha cambiado es que ahora sabes algo más sobre ellos de lo que sabías previamente. Darse cuenta de que la gente es más que la suma de sus deseos sexuales es caer en la cuenta de algo importante porque parte de la sociedad actual quiere definir a la gente, en especial a los jóvenes, por el hecho de experimentar o no una atracción homosexual. (¡Hasta qué punto la pregunta metafísica: «¿eres heterosexual, gay o bi?» se lanza incluso en lugares de encuentro tan inverosímiles como los patios de recreo, los campos de fútbol o de béisbol!). El hecho es que uno puede experimentar cierto grado de atracción homosexual pero nadie es esa atracción.

Conocer esto ayudará también a los padres y esposos a darse cuenta de que la vida para sus seres queridos no se ha acabado a causa de la atracción homosexual. Conozco varios matrimonios que perseveran e incluso florecen inmediatamente después de una atracción homosexual revelada. No es una exageración afirmar que hay gente de éxito en el ámbito económico, social o político y que vive con atracción homosexual. Si tu hijo, hija o esposo te ha hablado recientemente de su atracción homosexual, no concluyas automáticamente que su vida será miserable o fracasada. Su destino sigue estando en sus manos y aún necesita tu ayuda.

Posibles trampas y apoyo

Me entristece decir que conozco un cierto número de relaciones padre-hijo que no han ido bien después de que el hijo (el padre, en uno de los casos) revelase su homosexualidad. Probablemente no hay un modo fácil de expresar lo... difícil que puede ser guiar a una familia en medio de tales arenas movedizas emocionales. A este respecto puede ser útil, tanto para los padres como para el hijo, dar prioridad a las relaciones familiares que tendrán lugar a partir de ese momento.

Es importante reconocer que las relaciones no van a ser, probablemente, las mismas (esperamos que sean más fuertes, pero ciertamente no serán las mismas). Otros círculos familiares -tíos, tías, primos, etc.- pueden no aceptar o apoyar nunca a esa persona, de la misma manera que puede no hacerlo el núcleo familiar. En muchas familias será así, aunque pienso que el proceso de adaptación que sufren las familias permite que la situación pueda mejorar con el tiempo.

La creatividad, en segundo lugar, juega un papel decisivo a la hora de estructurar los acontecimientos familiares, de modo que todo el mundo pueda intervenir, sin importar cuáles sean sus sentimientos sobre la atracción homosexual. Aun cuando pueda parecer inverosímil que las familias sean capaces de juntar a todos en una misma habitación al mismo tiempo, es razonable esperar que, con el tiempo, un cierto número de acontecimientos diferentes pueda reunir a todo el mundo.

Aunque sea una generalización, me parece que mucho depende del tipo de relación que existía antes de que el hijo revelase su atracción homosexual. Si la relación con el padre era, generalmente, buena, probablemente no será herida y puede incluso ser fortalecida por tal revelación. En cambio, revelar la homosexualidad en una relación que no era fuerte, simplemente, empeora las cosas a menudo.

Gran parte depende de que los padres adopten mucha perspectiva y se comprometan a dedicar mucho tiempo a la comunicación. El apoyo de otros padres que comparten sus mismos valores y que están en una situación similar respecto a sus hijos puede ser también de mucha utilidad.

Capítulo 14

PAN, NO PIEDRAS

«¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan! » (Mt 7, 9-11).

Sentado con sus discípulos en lo alto de la montaña, Jesús les propone una analogía, que a lo largo de la historia de la humanidad debe de haber parecido «descerebrada». Rodeado de padres de familia, Jesús les señala a todos ellos que, aunque son imperfectos, intentan

hacer lo que es bueno para sus hijos. ¡Cuánto mejor Dios Padre, que no tiene imperfecciones, les tratará si ellos únicamente se lo pidieran! Sin embargo, no está claro si Jesús hubiera usado la misma analogía hoy día, o si la hubiera encontrado suficientemente efectiva. La mayoría de los americanos del siglo XX o de las sociedades occidentales, siguen queriendo el bien para sus hijos pero muchos menos tienen una idea clara de lo que esto significa.

A lo largo de los Estados Unidos y de otros países desarrollados, los activistas gays han empezado a crear opinión o a normalizar la atracción y la identidad homosexual en las escuelas públicas. Generalizando, su enfoque se mueve por cuatro grandes avenidas:

- Primero, crear un esfuerzo concertado y organizado para restringir los textos escolares a aquellos únicamente que presentan la homosexualidad activa bajo una «luz gay positiva».
- Segundo, intentar colocar en las escuelas adultos o consejeros que aprueben el comportamiento homosexual y que afirmen una identidad homosexual más o menos exclusiva.
- Hacer campaña para introducir materiales didácticos que den una visión benigna de la homosexualidad activa dentro de las bibliotecas de las escuelas.
- Cuarto, intentar forzar a los profesores y directivos de las escuelas para que apoyen la visión «positiva gay» de la homosexualidad activa.

Uno de estos grupos se llama *Public Education Regarding Sexual Orientation Nationally*, conocido antiguamente como el proyecto PERSON, con sede en Oakland, California. Aunque es uno de los más pequeños entre los grupos de activistas relativamente nuevos, han llamado la atención pública con la difusión de un «manual organizativo» de 481 páginas para fomentar lo que ellos consideran un apoyo para los estudiantes y jóvenes con atracción homosexual.

El manual es una guía sobre los procedimientos para proponer y aprobar las iniciativas curriculares que pueden llevarse a cabo en todo el país. Incluye información de cómo adopta cada estado los cambios curriculares; los nombres de los funcionarios clave en materia de educación; los nombres, direcciones y números de teléfono y de fax de todos los miembros de los consejos educativos; cartas tipo sugiriendo cómo contactarles; y el nombre de las compañías de publicidad que trabajan en el sistema escolar de ese estado, así como de sus responsables económicos. Es una herramienta organizativa exhaustiva con objetivos extremadamente claros.

El programa de PERSON declara que cualquier desaprobación de la actividad homosexual es «homófoba» y que todo intento de protección de los niños para evitar que aprueben la actividad homosexual ha de ser censurado. «Era inevitable que la batalla por los derechos de los LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transexuales) se trasladase finalmente a las escuelas», dice el manual. «No se trata solamente de la censura y la represión de un cierto tipo de conocimiento, sino algo más siniestro aún: un intento por regular y hacer invisible a todo un grupo de personas».

La lucha contra las vejaciones y la «homofobia», promoviendo la formación de grupos de compañeros simpatizantes de los gays y orientadores adultos, es uno de los primeros objetivos de la *Gay, Lesbian and Straight Education Network (GLSEN)*. El grupo Education Network, que trabaja desde su sede principal en la ciudad de Nueva York desde 1990 y que cuenta con al menos veinte sedes por toda la nación (y algunas más en proceso de formación), es la asociación más antigua y más extendida de estos grupos activistas que se dirigen a la juventud.

El grupo esboza su intención más básica para obtener estos grupos de apoyo y «modelos positivos» para los estudiantes inclinados homosexualmente en un folleto llamado *What You Can Do* (Lo que puedes hacer). Este folleto, que se dirige a los profesores y directivos de las

escuelas, les urge (entre otras cosas) a proporcionar «modelos» en forma de profesores, entrenadores y personal que lleven abiertamente una vida homosexual activa. Si no se pueden encontrar este tipo de profesores, instruye el folleto, se puede, como un paso «temporal» hasta la constitución de un «profesorado compuesto abiertamente de gays y lesbianas», contratar a conferenciantes de fuera de la escuela que aprueben la actividad homosexual.

El grupo *Education Network* solicita también que los directivos de las escuelas promuevan grupos estudiantiles de apoyo a quienes puedan tener inclinaciones homosexuales, en especial, según las directrices de las «Gay Straight Alliances». Dichos grupos «han dado la clave» para crear una atmósfera de apoyo por parte de los compañeros y por la aceptación en las escuelas, señala *Education Network*. En particular, estos grupos han sido efectivamente organizados y están creciendo por todo el país, apoyándose en una ley federal (la llamada *Equal Access Act*) que, según han interpretado los tribunales, supone que, si la escuela ofrece grupos extracurriculares para algunos, ha de hacerlo para todos, incluidos los grupos de apoyo gay.

Por supuesto, la mayor parte de la gente razonable no pondría pegas al conjunto de los objetivos de estos grupos. Nadie debería llegar a la escuela y sentirse amenazado, vejado o desanimado en modo alguno por sus compañeros o profesores. Sin duda, nadie debería ser agredido o atacado de ninguna forma. Sin embargo, con la perspectiva de lo que viene después, y como persona que ha crecido con atracción homosexual, he de cuestionar rigurosamente, preocupado por la seguridad de los estudiantes, algunos de los puntos que estos grupos presentan como parte integrante de sus objetivos. Específicamente, me preocupan, y creo que a los padres también les deberían preocupar, los desarrollos siguientes:

En primer lugar, estos grupos pueden servir para cimentar en los chicos una identidad enraizada en la atracción homosexual mucho antes de lo que debería ocurrir normalmente. A menudo me he preguntado si, en mi propia vida, no habría hecho mucho mejor si hubiera esperado a entrar en la Unión de Estudiantes Gays y Lesbianas con un mayor nivel de madurez emocional (y ya tenía veinte años cuando di el paso para atravesar esa puerta). En segundo lugar, reforzando la noción de que las identidades sexuales son fijas o estáticas, estos grupos se olvidan de la realidad de que a un porcentaje significativo de la gente joven que se autoidentifica como gay o lesbiana le gustaría ver disminuir o desaparecer esa atracción, si fuera posible. En tercer lugar, los materiales de esos grupos parecen ser uniformemente ingenuos sobre el sexo homosexual y sus lados negativos. Aparte de los avisos obligatorios de tener «sexo seguro» (el cual, según los estudios, los chicos jóvenes gays parecen ignorar), parece que no se reconoce el coste personal o emocional de la actividad homosexual, del que hemos hablado con más detalle en el capítulo primero. Finalmente, al centrarse tan temprano en las cuestiones de la identidad sexual, los jóvenes descuidan el desarrollo de sus personalidades y de sus caracteres, algo mucho más amplio. En resumen, adherirse tan pronto a un grupo que se centra tanto en la identidad sexual puede ser un pase rápido para entrar a formar parte rápidamente de un ghetto. Además, creo que puede impedir el crecimiento personal. Los que abogan por generalizar la homosexualidad en las escuelas no pueden saber con certeza metafísica que dicha disminución de la atracción homosexual es imposible, pero sus materiales dejan claramente esa impresión. En todas estas áreas, pero en especial en las últimas, los adultos -casi de toda procedencia social y religiosa- han empezado a ofrecer piedras a la gente joven, cuando estaba buscando pan.

Grupos de apoyo e identidad sexual

En muchos jóvenes, la adolescencia parece caracterizarse por una cierta fluidez de la identidad sexual. Unos investigadores de la revista *Pediatrics* estudiaron a 34.000 estudiantes de Minnesota, y se percataron de que el 25% de los estudiantes de doce años de edad decían que ano estaban seguros» de su orientación sexual. A la edad de diecisiete, solo un cinco por ciento estaba aún «inseguro». Casi todo el resto de los que habían dicho estar

inseguros se sentían ahora heterosexuales. Claramente, mientras que las respuestas a los estímulos sexuales pueden ser relativamente fijas -el sexo sentará bien físicamente tanto si es con personas del mismo sexo como sino- el cómo nos sentimos emocionalmente en relación al sexo y cómo nos identificamos sexualmente puede cambiar y, de hecho, cambia. Los chicos, en particular, se sienten a menudo como si todo su cuerpo estuviese anclado al sexo y pueden sentirse sexualmente estimulados por todo, tanto en una banal lección en clase como estando fuera en un día soleado. ¿Es de extrañar que los abrazos de los amigos, los vestuarios, las buenas amistades masculinas y las aventuras puedan parecer muy sexy o tener un trasfondo sexual? Sin embargo, tener esas experiencias y sentimientos no puede y no debería, en ningún caso, ser suficiente para conducir a un chico joven a aceptar una identidad predominantemente homosexual o parcial.

Me preocupa, a veces, que los padres olviden a qué puede parecerse lo que es un adolescente, sobre todo, en los primeros años de la adolescencia. A pesar de lo importante que puede ser durante todo ese tiempo el desarrollo del carácter, de las virtudes, de la personalidad, de las cualidades, de los talentos y de los buenos hábitos, a menudo, todo esto pasa a un segundo lugar respecto a cómo se perciben ellos socialmente. La agresión de los compañeros» se cita con frecuencia como una causa que está en la raíz de todo tipo de patologías sociales adolescentes, todo lo que va desde la experimentación sexual hasta el uso de drogas, el consumo de alcohol o la actividad vandálica. Aunque algunos escépticos del fenómeno -la más notable de las cuales es la conocida figura radiofónica, la Dra. Laura Schlesinger- señalan que «la gente escoge su grupo de compañeros», sigue persistiendo un innegable impulso a tener éxito entre los propios compañeros, a que a uno le consideren parte del grupo. Tanto si tus amigos son de los alumnos más brillantes como si se trata de una pandilla que se queda en el patio durante las clases, el deseo de que te reconozcan y te respeten sigue siendo más o menos el mismo.

Así, ¿qué les sucede a los jóvenes, confusos sobre los sentimientos sexuales y que empiezan a sopesar su identidad sexual, si se les introduce en un grupo social destinado a apoyarles esa ambivalencia sexual o una identidad completamente gay? Los activistas gays y lesbianas en las escuelas parecen estar trabajando con el presupuesto de que los estudiantes gays y lesbianas ya existen y que sienten muy poco o nada de ambivalencia sobre su identidad. Sin embargo, un estudio que no pretende ser científico de casi 1.100 lectores de la revista Oasis o visitantes de la página web activista OUTPROUD!, todos menores de 25 años, muestra que un 11 % de las personas que han respondido a la encuesta se «cuestionaban» o «no estaban seguros» sobre su identidad sexual. Dado que las personas que frecuentan tanto Oasis como OUTPROUD! son predominantemente jóvenes de atracción homosexual, esa cifra parece considerablemente elevada. Si hay tanta incertidumbre entre jóvenes que, según se puede suponer de manera razonable, ya han formado su mente acerca de la cuestión, ¿cuánta más incertidumbre existirá entre una población más amplia?

Creo que introducir un halo de aceptación social en las cuestiones de la identidad sexual hace un flaco servicio a los jóvenes que pueden estar experimentando lo que, de otra forma, serían sentimientos o atracciones homosexuales pasajeras o transitorias. ¿Cuánta gente joven, en vez de seguir cuestionándose un poco más o de insistir en que la identidad heterosexual se enraíce, decide relativamente pronto, antes de los dieciséis años, por ejemplo, que su identidad sexual es predominantemente homosexual? Según el estudio de Oasis, un 38% de los jóvenes que respondieron a la encuesta declaró «haber aceptado» una «orientación» de atracción predominantemente homosexual antes de los dieciséis años. Un doce por ciento declaró «haberla aceptado» a la edad de doce o trece años, cuando el estudio de Minnesota sugería que en esos años la ambivalencia de la identidad sexual era mayor. Esto puede tener y tiene un efecto, en palabras de Mark McGrath, uno de los jóvenes puestos de relieve por la serie «*Level the playing field*» del grupo GLSEN sobre la homosexualidad en los deportes escolares:

«Mark se dio cuenta de que era gay en el instituto, y dice que los deportes tuvieron un papel importante en ese proceso de descubrimiento. "La camaradería masculina se produce con mucha más frecuencia entre atletas que entre no atletas", dice. "La oportunidad de formar

amistades masculinas en los deportes es algo único". Añade que los adolescentes varones son bastante abiertos a la experimentación, y que nunca se encontró falta de otros atletas con os que experimentar».

«¿Y qué?», pueden preguntar los activistas. «Ya existe bastante aceptación para atraer a los estudiantes a la dirección homosexual. ¿No estás simplemente expresando tu aversión a la homosexualidad?». Ciertamente, si uno considera que la identidad y el comportamiento homosexual es un valor neutro, o un valor libre, entonces no puede haber razón alguna para objetar que los niños acepten una identidad predominantemente homosexual tempranamente. Pero hay muchas evidencias para sugerir que, sienta lo que se sienta, la aceptación temprana de una identidad homosexual puede conducir a una conducta autodestructiva más temprana. Además, hay indicaciones de que una aceptación temprana de una identidad homosexual puede contribuir realmente al suicidio juvenil, una de las patologías sociales que los grupos de apoyo gay pretendían supuestamente combatir cuando fueron creados.

Un artículo en el boletín NARTH cita un estudio aparecido en Pediatrics que determina algunos elementos clave asociados con el riesgo de intento de suicidio en los adolescentes homosexuales. «En comparación con los que no lo intentan, los que lo hacen tienen más roles de género femenino, y adoptaron una identidad bisexual u homosexual a edades más jóvenes», declaran los investigadores. «Los que lo intentaron denotaban, con más frecuencia que sus compañeros, abuso sexual, abuso de drogas y arrestos por mala conducta». Los investigadores dicen que los intentos de suicidio parecen estar relacionados con el hecho de «salir del armario» a una edad temprana, con una atipicidad de género, baja autoestima, abuso de sustancias, huida de casa, implicación en la prostitución y otros estados patológicos psico-sociales. En un 44% de los casos, los sujetos atribuyen el intento de suicidio a «problemas de familia, incluyendo el conflicto con miembros de la familia y al desacuerdo marital de los padres, divorcio o alcoholismo». Otro conocido médico está de acuerdo. «No se hace ningún servicio a nuestros hijos ofreciéndoles ciertas opciones de estilo de vida antes de que sean propiamente capaces de realizar elecciones informadas sobre ellas», dice el Dr. George Rekers, profesor de neuropsiquiatría y especialista de enfermedades psicosexuales en la Facultad de Medicina de la Universidad de Carolina del Sur.

Como alternativa, sugeriría que las escuelas educasen a su equipo de orientadores con todos los hechos relacionados con la atracción y la identidad homosexual. Los estudiantes necesitan tener acceso a adultos que no sean específicamente partisanos gays en la materia y que puedan proporcionar verdadera información tanto sobre los lados negativos de la actividad homosexual como sobre la posibilidad de disminuir la atracción homosexual en el caso de que los jóvenes decidiesen seguir ese camino. Lo que yo hubiera apreciado de verdad como adolescente que vivía con atracción homosexual era un adulto con el que yo sintiera que podía tener confianza. Necesitaba alguien con quien hablar, pero alguien que, a su vez, no me hubiera mostrado una perspectiva activista sobre los hechos, sino los hechos en sí mismos o, al menos, lo que se conociera de ellos.

Hay que reconocer que PFLAG y GLSEN, así como otros grupos, indican que es mejor no etiquetarse a uno mismo demasiado pronto, pero frente a la poderosa atracción de la aceptación del grupo y de la afirmación, sospecho que esas frases son más respetadas en la teoría que en la práctica y que se trata de poco más que un adorno.

El impacto de decidir tempranamente

Junto al posible aumento de las tendencias suicidas, la aceptación de una atracción homosexual en el instituto parece poner a los estudiantes en una situación de verdadero fastidio. De acuerdo con la encuesta de Oasis, el 78% de los jóvenes estudiados no creen que disminuir la atracción homosexual o un «cambio de orientación» sea posible. Sin embargo, simultáneamente, un 18% decía que «preferirían ser heterosexuales» o «realmente no quieren ser» de atracción homosexual u «odian» ser así.

De alguna manera, estos números muestran que basar la identidad en la inclinación

sexual, ya sea homo o heterosexual, puede ser un «aliado ciego». Definirse a sí mismos tempranamente como «gay, bi o heterosexual» puede tender a teñir no solo el modo en que los jóvenes se ven así mismos, sino también el modo en que ellos ven su propio mundo y su comportamiento. En un cierto sentido, la cuestión crucial sobre la identidad que los jóvenes han de afrontar no es qué persona les parece atractiva, sino qué es lo que representa una buena conducta: qué es, en resumen, lo mejor que pueden hacer por sí mismos y por los demás.

Lo que me preocupa es que aceptar una identidad enraizada en la atracción sexual también erotice a los chicos prematuramente, y empiece a escorar su conducta hacia una búsqueda de la identidad de un modo que más tarde solo puede crear confusión. El sexo sienta físicamente bien, y todo tipo de actividad sexual puede ser algo importante para un joven que nunca ha experimentado ningún contacto sexual en absoluto. Cuando un joven sospecha que puede tener una atracción predominantemente homosexual (que según el estudio de Minnesota representa un exorbitante 25% entre niños de doce años) y luego experimenta la actividad homosexual que, en primer lugar, le hace sentirse bien y, en segundo lugar, produce una fuerte reacción, puede concluir fácilmente: «Ah, entonces tengo que ser gay». Y una vez que esa afirmación está hecha y aceptada, puede ser como uno que está en un tren del cual siente que es muy difícil, si no imposible, bajar.

Los niños que enraízan tempranamente su identidad en la sexualidad pueden ponerse en situaciones de falta de moderación o adecuada comprensión de la sexualidad, y en el mal comportamiento sexual que arruina generalmente a la juventud. En el estudio de Oasis, un enorme 42% de los 963 varones que respondieron declaró que su primer contacto sexual tuvo lugar antes de los quince años. Entre las 191 chicas que respondieron, el 35% declaró que su primera relación se produjo antes de los quince años. Pero entre los chicos encuestados que se identificaban como gays, un 45%, porcentaje significativamente mayor, declaró que su primera relación sexual con alguien de su mismo sexo tuvo lugar antes de los quince. Entre las chicas que se identificaban como lesbianas, el número era más bajo que en el global: 29%. Hay también indicaciones en la encuesta de que aquellos niños que se identifican más pronto como gays pueden también tener un contacto sexual más temprano con chicos más mayores o incluso con adultos. De acuerdo con el estudio, el 60% de los 699 chicos y jóvenes que respondieron a la pregunta, declararon que su primer contacto sexual con otro varón tuvo lugar con alguien más mayor que ellos. Un 10% respondía que su primer contacto sexual con otro varón tuvo lugar con alguien diez años mayor o, en otras palabras, un adulto en casi todos los casos. En contraste, el 55% de las 118 chicas o jóvenes que respondieron a la pregunta declaró haber tenido su primer contacto sexual con otra mujer más mayor y solo un dos por ciento declaraba que había sido con una mujer diez años mayor. Es significativo que un 27% de los varones y un 25% de las chicas que respondieron a la cuestión decía en el estudio que anhelaban «haber esperado» para su primera relación sexual o que «pensaban que habrían salido ganando con dicha espera». Además, un 54% de los varones y un 43% de las mujeres respondían «sí» o «quizá» a la pregunta de si hubieran tenido relaciones sexuales con alguien que acababan de encontrar o con alguien a quien probablemente no volverían a ver.

Repito, no quiero sacar demasiadas conclusiones de este estudio. Los responsables del mismo admiten que está lejos de ser una muestra «científica». No hay manera de saber si alguien mintió en la encuesta, por ejemplo, y la muestra era autoselectiva en gran medida. Sin embargo, como persona que ha crecido con atracción homosexual y que ha observado durante algún tiempo la situación de muchos jóvenes luchando con su identidad homosexual, el resultado de la encuesta parece cierto. Me habla de cómo los jóvenes que luchan con la atracción homosexual pueden estar yéndose con piedras tras haber llegado a nuestras puertas en busca de pan.

Ingenuidad y objetivos en los materiales para la juventud

Me parece frustrante la ingenuidad o la falta de voluntad para hablar honesta y francamente a la juventud sobre las realidades de una vida activamente homosexual. No se trata solo de que se escondan las realidades de esta vida: la falta de estabilidad que

caracteriza tantas relaciones activamente gays, la tiranía de la superficialidad que domina la vida social gay, el efectivo daño físico que la promiscuidad puede traer consigo, etc. Los activistas objetarían que dicha actividad y dicho daño no caracteriza a todas las vidas gays y lesbianas, y yo estaría de acuerdo. Pero caracteriza a un número significativo de esas vidas, y la juventud necesita conocer el daño antes de que se comprometan en un modo de vida que ellos pueden no entender ni siquiera remotamente.

Además, hay algunos materiales escritos para la juventud que son parciales en sus enfoques. Considera el pasaje siguiente tomado del folleto *Be Yourself* (Sé tú mismo) del grupo *Parents and Friends of Lesbians and Gays* (Padres y Amigos de Lesbianas y Gays - PFLAG):

« ¿Puedo tener una familia propia?
La respuesta breve es SÍ.

Muchas personas gay organizan celebraciones de boda para celebrar su compromiso mutuo y para compartir su relación con la familia y los amigos. A pesar de que solo algunas pocas religiones y estados organizan o se proponen como testigos de tales ceremonias, las actitudes comienzan a cambiar. Cada vez más compañías, como Apple Computer, tratan ahora a sus socios gays como a cualquier otra pareja casada, y proporciona un seguro médico a las parejas de sus empleados gays. La administración del presidente Clinton ha utilizado las palabras «tú y la otra persona que es relevante para ti», en vez de «tú y tu esposo» en reconocimiento de las parejas gays.

Muchas parejas gays están, en cuanto pareja, educando niños. Algunas lesbianas han usado la inseminación artificial para concebir un hijo. Otros gays y lesbianas, que salieron del armario después de verse envueltos en relaciones heterosexuales, están educando junto a sus parejas homosexuales a los hijos que nacieron de esas relaciones. Como las actitudes de la sociedad siguen cambiando, la adopción de niños por parte de parejas gays se convertirá cada vez en algo más común. Seis estados permiten la adopción por parte de parejas homosexuales. Y muchos gays ven a sus amigos y a la comunidad gay local como su propia familia. En la mayor parte de las ciudades, hay una comunidad gay grande y compacta que ofrece el mismo tipo de amor y de apoyo que buscamos en nuestras familias».

Ahora bien, para no andarse con remilgos, ese pasaje se encuentra entre los más parciales que jamás haya leído. Enmascaradas o simplemente implícitas están todas las controversias morales sobre los matrimonios gays y lesbianas y sobre las relaciones homosexuales activas. El amor, sería la respuesta de los activistas. Pero, como he señalado en capítulos precedentes, la naturaleza del amor en las relaciones homosexuales sexualmente activas es el sujeto de un debate acalorado. El folleto sugiere que los beneficios laborales y el reconocimiento como «personas que son relevantes» prueban más o menos que la realidad de la vida homosexual activa está cambiando si bastantes corporaciones o personas heterosexuales aceptan que están cambiando. En realidad, las circunstancias y los problemas de las relaciones homosexuales no han cambiado en absoluto.

El comentario más sorprendente es la observación que se hace como de pasada de que «algunas lesbianas han usado la inseminación artificial para concebir un hijo». La cuestión importante relativa a si es correcto decidir de antemano que un niño no necesita tanto del padre como de la madre parece preocupar poco a los autores y se oculta a los lectores más jóvenes. ¿Qué ocurre con el niño si la relación lesbiánica se rompe, lo cual sucede a menudo? Los hijos nacidos de familias tradicionales atraviesan experiencias horribles cuando los padres se separan según las reglas de la sociedad. ¿Qué ocurre cuando no hay reglas?

La lista de libros que aparece en *Be Yourself* es también para preocuparse. Uno de los libros sugeridos en la sección «Sé tú mismo» es la edición de 1985 del libro *Young, Gay and Proud* (Joven, gay y orgulloso de serlo), pero la edición de 1985 está agotada y todas las demás listas de libros gays recomiendan, en cambio, la edición de 1995.

El capítulo «*Getting started*» del libro *Young, Gay and Proud*, por ejemplo, aconseja:

«Existen toda clase de reglas estúpidas como que... los gays no deberían llevar vestidos. Se supone que las chicas no se han de rapar la cabeza. La gente puede decir que ciertas clases de sexo son sucias... Todos conocemos ese tipo de reglas... Muchas de ellas son algo más que simplemente idiotas; pueden ser destructivas... Nadie tiene el derecho de hacer que otra persona se sienta mal a causa de su sexualidad o de sus elecciones sexuales...»

«No hay un modo correcto o equivocado de cómo deberían actuar los chicos y chicas, y el sexo, en sí mismo, nunca hace daño a nadie», añade el libro. «Las únicas reglas que necesitamos son simples: haz lo que te parezca correcto, y trata de no hacer daño a nadie más. De este modo, puede ser que todos podamos sentirnos a gusto siendo la mejor cosa de todas: nosotros mismos».

He aquí un extracto del capítulo para los chicos adolescentes, «*Doing it: Gay Men*»:

«Aprender cómo dar y recibir amor a través del sexo es una parte importante de amarse a sí mismos y sentirse más a gusto con la propia sexualidad. También muestra al mundo de los heterosexuales que no vamos a vivir según los mitos estrechos de mente que hablan de hombres, mujeres y sexo... La mayor parte de nosotros simplemente se lo pasa bien. El sexo debería ser algo divertido... ».

O un extracto del capítulo para chicas adolescentes, «*Doing It: Lesbians*»:

«En el amor entre lesbianas no hay reglas, y no las queremos... Ser lesbiana significa explorar. [El autor empieza a sugerir que su lectora adolescente se masturbe, describiendo específicamente la mejor forma de hacerlo, y sugiriendo técnicas para la mutua masturbación con una amiga]. Nadie puede decirte lo que es correcto para ti, sino tú misma... El sexo con alguien que tú eliges, en el lugar y momento en que tú lo decidas puede ser excitante y divertido... Tú eres la única que puede saber para qué estás preparada y cuándo lo estás».

En mi opinión, este consejo merece ser criticado no solo como mera propaganda, sino como propaganda pagada de sí misma. ¿Creen los autores realmente que lo que las chicas y las jóvenes que creen ser predominantemente lesbianas necesitan saber es cómo masturbarse a sí mismas y entre ellas de forma propia? ¿Necesitan los chicos que se les anime a burlarse de los «mitos estrechos de mente del mundo heterosexual» cuando muchos de los que construyeron su vida sobre una filosofía parecida están en los estertores de la muerte?

¿Qué se necesita?

Aunque muchos senderos dentro de la atracción homosexual comparten ciertos temas comunes, la historia de cada persona sigue siendo fundamentalmente única. Es duro proponer un enfoque de «talla única» para todas las situaciones. Sin embargo, mi propia experiencia como un joven con atracción homosexual y trabajando con jóvenes en las mismas condiciones me lleva a hacer algunas sugerencias generales sobre cómo se les puede dar pan en vez de piedras. Estos enfoques son simples a primera vista, pero difíciles de vivir porque requieren tiempo, empatía y habilidad, cualidades difíciles de encontrar en muchos barrios hoy día.

Hablando ampliamente, creo que tanto las escuelas públicas como las privadas traicionan la confianza de los padres y sus responsabilidades hacia los niños cuando son negligentes en su papel de formar a los jóvenes como adultos adecuadamente preparados para la vida. En las escuelas católicas, esta responsabilidad es particularmente aguda pues no existen solo para enseñar a los jóvenes ciertas cualidades o para animarles a la madurez, sino que existen también para formar espiritualmente a los jóvenes y para reforzar especialmente las buenas lecciones espirituales que los niños deberían recibir en casa. Animar la actividad homosexual en unos pocos adolescentes mina la formación moral de todos los jóvenes, y no solo de los que tienen esa atracción. Los jóvenes que experimentan la atracción homosexual no son otra especie del ser humano. No son, como concluía Chandler Burr en su exhaustivo

estudio, una «creación separada». En consecuencia, es (o debería ser) imposible promulgar un conjunto separado de indicaciones morales para ellos. ¿Por qué deberían ofrecerse piedras a los jóvenes que experimentan atracción homosexual, es decir, códigos morales que no reflejan la verdad y que conllevan un precio práctico muy elevado, mientras que al resto de los jóvenes se les ofrecen instancias morales que preservan la vida espiritual y temporal? En la práctica, por supuesto, minar las normas morales para algunos supone minar las normas morales para todos. Dejar de animar a la madurez espiritual en algunos impide el crecimiento espiritual de todos los chicos de la escuela.

Concretamente, la gente joven que experimenta atracción homosexual necesita a menudo adultos que les escuchen y se relacionen con ellos uno a uno. No puede tratarse de adultos a los que la realidad de la atracción homosexual les parezca chocante o intimidante, pero deberían ser capaces de modelar una identidad espiritual y de género que sea equilibrada, saludable y responsable. A menudo, estos adultos no serán los padres, sino tíos, tías, otros hermanos, primos o incluso amigos cercanos de la familia. Las cualidades importantes de la amistad de los jóvenes con esos modelos más mayores son la confianza, el desafío y el descubrimiento de cómo la parte más mayor, por un lado, afirma la masculinidad o feminidad de la parte más joven y, por otro lado, les desafía a explorarla más en profundidad y a desarrollarla más ampliamente. El papel de un padrino cuidadoso, responsable y serio puede ser clave para esto. Dicha persona sería para su ahijado o ahijada no solo un modelo de lo que significa ser hombre o mujer, sino también lo que significa ser una persona católica.

En segundo lugar, los jóvenes (y muchos directivos escolares) necesitan haberse despojado de la patina de «corrección política» que es la fachada pública del movimiento activista de gays y lesbianas, y que el crítico social gay Daniel Harris ha llamado la propaganda de la «alegría de ser gay». El mundo de la homosexualidad activa adulta consiste en algo más que luces cálidas, sociabilidad y la conversación agradable de los personajes homosexuales de las comedias de televisión. Ciertamente, el aroma de la vida homosexual presentado en la conocida película *Boys in the Band* es un estereotipo negativo, pero gran parte de la imagen pública de la vida gay y lesbiana es profundamente fraudulenta. La gente joven necesita saber en profundidad y verdad a qué se parece la vida homosexual activa en muchos de los casos, antes de tomar decisiones o adoptar actitudes que pueden teñir el resto de sus vidas.

En tercer lugar, los chicos y chicas con atracción homosexual necesitan que se les asegure que su atracción no necesita definir o limitar sus vidas o sus relaciones. Además de la inevitable preocupación por el sexo, se debería animar a estos jóvenes a desarrollar las cualidades y características que les son únicas y sobre las cuales pueden construir una identidad personal única. Lo esencial sería animarles a construir identidades que les permitiesen afrontar como individuos la presión de conformarse a las expectativas sociales o de sus compañeros. Por ejemplo, una verdadera pericia en un cierto talento o cualidad que pueda servir como un poderoso baluarte contra el impulso a «ser como todos los demás» o a dar pasos en la conducta que un joven cualquiera no tomaría en otras circunstancias.

Tanto si los jóvenes experimentan la atracción homosexual como si no, merecen ser vistos como algo más que meros personajes de una representación social más amplia. Me preocupa mucho cuando oigo a gente que habla de las necesidades de la «juventud gay» como si las necesidades de todos los jóvenes que experimentan atracción homosexual fueran las mismas. Me preocupa aún más cuando la gente publica libros para la juventud que experimenta atracción homosexual que aconsejan no lo que es objetivamente bueno, sino algo que refleja los prejuicios o intenciones de los escritores o de las editoriales. Los niños merecen más que libros que pretendan enseñarles cómo masturbarse o cómo ponerse los condones. Los niños merecen que se les escuche, que se les anime, se les ame y se les cuide. Los niños, con atracción homosexual o no, merecen pan y no piedras.

Capítulo 15

PARA AQUELLOS CON ATRACCIÓN HOMOSEXUAL

Oh, when the saints ... go marching in,
Oh, when the saints ... go marching in,
Oh, Lord, I want to be in that number,
When the saints ... go marching in.

Oh, when the sun ... refuses to shine,
oh, when the sun ... refuses to shine,
Oh, Lord, I want to be in that number,
When the sun ... refuses to shine.

Oh, when the dead ... in Christ shall rise,
Oh, when the dead ... in Christ shall rise,
Oh, Lord, I want to be in that number,
When the dead ... in Christ shall rise.

*Cuando los santos vengan marchando,
cuando los santos vengan marchando,*

*oh, Señor, quiero formar parte de ellos,
cuando los santos vengan marchando.*

*Cuando el sol se niegue a brillar,
cuando el sol se niegue a brillar,
oh, Señor, quiero formar parte de ellos,
cuando el sol se niegue a brillar.*

*Cuando los muertos resuciten con Cristo,
cuando los muertos resuciten con Cristo,
oh, Señor, quiero formar parte de ellos,
cuando los muertos resuciten con Cristo.*

(Texto de un espiritual negro)

Escribir este libro concluye una parte de mi vida. Hace unos quince años, cuando era más joven, más inmaduro, arrogante e idealista, icé las velas en mi pequeña carrera como activista gay escribiendo al servicio de una revolución gay contra las posiciones adoptadas por los cristianos en el campus de una universidad estatal. Ahora, quince años más tarde, completando este libro publicado por cristianos, pliego las velas. Solo espero que mi experiencia pueda ayudar a salir de la tempestad que, con mi granito de arena, contribuí a formar.

Me he dado cuenta, preparando este capítulo, de que quince años proporcionan una buena perspectiva desde la que observar una porción de la propia vida. De algún modo, este período de tiempo es más fácil de manejar que los de veinticinco, treinta o cincuenta años con los que marcamos los matrimonios o nos obligamos a reunirnos. A quince años vista, las colinas pasadas se parecen más a unas elevaciones que a los picos montañosos bajo cuyas sombras estábamos cubiertos un día. Con la distancia de los años, los valles dejan de tener gargantas escarpadas y se allanan, y las alturas que siguen existiendo parecen al menos superables. Parece que todo gana profundidad en el panorama.

Hace quince años, yo escribía desde un punto de vista crudo, sin matices, como en blanco y negro. Ser gay significaba llevar un vestido blanco en el teatro de la vida. La lucha en favor de los derechos de los gays me colocó en la tradición grandiosa, valiente y noble de los activistas judíos, feministas, afro-americanos e hispanos. Esto implicaba que las grandes ideas de la «justicia», el «derecho a amar» y el «derecho a ser lo que somos» eran las que animaban mis días. Gritaba a la sociedad en general desde un puesto minúsculo, pero al menos era un puesto que estaba a una gran altura.

Hace quince años, me parecía que la identidad homosexual era mucho más importante que la forma en que yo vivía como homosexual. Me hice activista gay al final de la primera ola de la revolución sexual, una vez que el fragor de las barricadas había cedido su puesto al ritmo de la música en las discotecas, el cual, a su vez, se perdió entre gemidos de ambulancia y cantos fúnebres. Cuando me vi forzado a conocer la realidad de los problemas de esta vida, me acuerdo que la consideraba más como temas enraizados en los prejuicios de la gente que como algo equivocado inherentemente presente en el comportamiento o la identidad gay o lesbiana «políticamente correctos» de aquella época. Si las vidas de los gays y las lesbianas debían ser mejores, esto tendría que venir gracias al cambio de actitud de la sociedad respecto a esas vidas. Creía que la solución a nuestros problemas reposaba en la sociedad mucho más que en lo que nosotros hiciésemos; y creo que muchos activistas siguen pensando así.

Pero, en mi caso, la experiencia y las muertes de mis amigos me cambiaron. He aprendido que el fundamento sobre el que me apoyo como ser humano es mucho, mucho más amplio que el fundamento previo basado en la orientación o en la identidad sexual. Temas como el bien ora y lo inmoral, lo correcto y lo equivocado tienen mucho más que ver con nuestra forma de vivir que con el tipo de tentaciones o inclinaciones que experimentamos... Y me he visto obligado a comprender la necesidad de los matices, de la

motivación y de la misericordia a la hora de enfrentarnos a nuestras cuestiones y nuestras tentaciones.

En el capítulo doce, cité el inicio de un pasaje de *El gran divorcio*, de C. S. Lewis. Recordemos que, en aquella sutil imagen, Lewis habla de un autobús, que cualquiera puede conducir, que va desde el infierno hasta el cielo. Los residentes del infierno son libres para quedarse en el cielo si quieren, pero han de enfrentarse al pecado o la actitud dominante que les alejó del cielo en un primer momento. Como cuenta Lewis, de todos los que llenaban el autobús, solo uno se arrepiente de su tendencia pecaminosa. Lewis pinta esta tentación duradera y (presumiblemente) sexual como un pequeño lagarto rojo corriendo constantemente por los hombros del hombre, susurrándole cosas al oído. Cuando el hombre y el lagarto se encuentran con un ángel de fuego, un ángel tan brillante y caliente que su gloria quemaba como el sol al comienzo de un «implacable día de verano», los dos habían comenzado a volverse hacia el autobús para volver al infierno. El ángel propone «silenciar» al lagarto y el hombre accede de inmediato, pero cuando el ángel aclara que se trata de matar al lagarto, el hombre se lo piensa dos veces.

Ahí fue donde dejamos la conversación, y ahora la reproducimos por completo. El ángel empieza el diálogo:

-«¿Puedo matarlo?

-Bueno, ya tendremos tiempo para discutir eso más tarde.

-No hay tiempo. ¿Puedo matarlo?

-Por favor, nunca quise que se produjera una molestia tal. Por favor, de veras, no se moleste. ¡Mire! Se ha ido a dormir por su propia iniciativa. Estoy seguro de que todo irá bien ahora. Muchas gracias.

-¿Puedo matarlo?

-Sinceramente, no creo que haya la más mínima necesidad de hacerlo. Estoy seguro de que seré capaz de controlarlo ahora. Creo que un proceso gradual sería mucho mejor que matarlo.

-El proceso gradual no sirve para nada en absoluto.

-¿Eso le parece? Bueno, pensaré lo que ha dicho muy cuidadosamente. De verdad que lo haré. De hecho, le dejaría matarlo ahora, pero no me siento demasiado bien hoy. Sería una tontería hacerlo ahora. Necesitaría estar bien de salud para hacerlo. Otro día quizá.

-No hay otro día. Ahora todos los días son presente.

-¡Aléjese un poco! Me está quemando. ¿Cómo podría yo decirle que lo mate? Me mataría también a mí si lo hace.

-No.

-¿Cómo que no? Me está haciendo daño incluso ahora.

-Nunca dije que no le haría daño. Dije que no le mataría.

-Ah, ya lo entiendo. Piensa que soy un cobarde. Pero no es eso. De veras que no es eso. Déjeme volverme con el autobús de esta noche y preguntar a mi doctor. Volveré de nuevo en cuanto pueda.

-Este momento contiene todos los momentos.

-¿Por qué me tortura? Se está burlando de mí. ¿Cómo puedo dejarle que me rompa en pedazos? Si quería ayudarme, ¿por qué no mató al maldito animal sin preguntarme, sin que yo lo supiera? Todo se habría acabado ya si lo hubiera hecho.

-No puedo matarlo contra su voluntad. Es imposible. ¿Me da permiso?

Las manos del ángel se habían casi cerrado en torno al lagarto, pero no lo bastante. Entonces, el lagarto comenzó a susurrar al fantasma, tan alto que hasta yo podía oír lo que estaba diciendo.

-Ten cuidado -decía-. Puede hacer lo que dice. Puede matarme. Una palabra fatal que salga de tus labios y lo hará. Y entonces te quedarás sin mí para siempre. No es natural. ¿Cómo podrías vivir? Serías únicamente una especie de fantasma en vez de un hombre real como ahora. Él no lo entiende. Él es solo algo abstracto, frío y sin sangre que le corra por las venas. Quizá sea natural para él, pero no para nosotros. Sí, sí. Sé que ahora no hay placeres reales, sino solo sueños. Pero ¿no son mejor que nada? Y además seré bueno. Admito que a veces me he pasado, pero prometo que no lo repetiré. No te proporcionaré más que sueños hermosos, dulces sueños, frescos y casi inocentes. O bastante inocentes, tú dirás...

-¿Me da permiso? -dijo el ángel al fantasma.

-Sé que me matará.

-No lo hará. ¿Y aunque lo haga?

-Tiene razón. Sería mejor estar muerto que vivir con esta criatura.

-Entonces... ¿puedo?

-¡Maldito sea! ¡Continúe! Acabe con todo esto. Haga lo que quiera -gritó el fantasma, que acabó gimiendo: Dios mío, ayúdame. Dios mío, ayúdame.

A1 instante, el fantasma dio un grito de agonía como no se ha oído otro en la Tierra. El ángel abrasador cerró su puño carmesí sobre el reptil: lo retorció, mientras este le mordía y se retorció. Al final, lo lanzó, con el espinazo roto, en la hierba.

-¡Oh! Lo ha hecho por mí -gritaba el fantasma, tambaleándose y echándose hacia atrás.

Por un momento, no pude distinguir nada. Luego vi, entre donde me encontraba y el arbusto más cercano, el brazo y el hombro de un hombre, inequívocamente sólido, pero haciéndose cada vez más sólido. Después, las piernas y las manos, aún más brillantes y sólidas. El cuello y la cabeza dorada se materializaron mientras que yo miraba y, si mi atención no se hubiera distraído, habría visto cómo se completaba el hombre, un hombre enorme, desnudo, no mucho más pequeño que el ángel. Lo que me distrajo fue el hecho de que al mismo tiempo parecía que algo le estaba ocurriendo al lagarto. Al principio, pensé que la operación había fracasado. En vez de morir, la criatura estaba aún luchando y, a medida que luchaba, se iba haciendo más grande. Y a medida que crecía, iba cambiando. Sus patas traseras se iban redondeando. La cola, aún agitándose, se convirtió en una cola de pelo que brillaba tenuemente en su inmensa y luminosa grupa. De repente, me sobresalté y me froté los ojos. Lo que estaba delante de mí era el semental más grande que jamás había visto, blanco plateado y con las crines y la cola dorada. Era suave y resplandeciente, bien formado y musculoso; relinchaba y pateaba con los cascos. A cada golpe, el suelo temblaba y los árboles se agitaban.

El hombre recién hecho se volvió y acarició el cuello del caballo. Olfateó su cuerpo brillante. Amo y caballo respiraban en las narices del otro. El hombre se apartó, se echó a los pies del ángel abrasador y los abrazó. Cuando se levantó, pensé que su rostro brillaba a causa de las lágrimas, pero pudo haber sido simplemente el amor y el resplandor cristalinos

(no se podía distinguir entre ambos en aquel país) que fluían de él. No tuve tiempo para pensar en ello. Con una prisa gozosa, el joven se subió a la grupa del caballo. Girándose en su montura, saludó y espoleó al semental con los talones. Antes de que me diese cuenta de lo que estaba ocurriendo, se habían marchado. ¡Eso sí que es montar a caballo! Salí tan pronto como pude de entre los matorrales para seguirlos con la vista, pero eran ya solo como una estrella de fuego, a lo lejos, en la llanura verde y en un instante estaban ya al pie de las montañas. Entonces, como si fuesen aún una estrella, los vi alzarse y escalar lo que parecían ser caminos escarpados imposibles de subir. Cada vez eran más veloces, hasta que, cerca de la borrosa cumbre en el horizonte, desaparecieron, luminosos, en el resplandor rosáceo de esa eterna mañana».

Este pasaje de Lewis me gusta por varias razones. Admiro el modo en que Lewis describe la tensión que lleva a tomar una decisión en la propia vida. Es una joya el hecho de que Lewis haya elegido narrar el diálogo entre el lagarto y el fantasma, mostrando cómo la asociación duradera con el lagarto deja al hombre tan incapacitado que es casi incapaz de hacer lo que necesitaría hacer, aunque al final entrega de todos modos al lagarto. Pero lo que más me gusta es la transformación del lagarto. Lewis retrata una verdad como un templo cuando describe la metamorfosis del reptil desde una criatura torturante y mentirosa que hay que llevar a todos lados hasta un sirviente hermoso y amable que es capaz de llevar encima a su antigua víctima, transformada en nuevo maestro.

Creo que este es el mensaje que puede hablar más claramente y con más fuerza a la gente que vive con algún grado de atracción homosexual: el hombre y el lagarto del cuento de Lewis (y, por extensión, nosotros mismos) no son una sola cosa. Somos más que la suma de nuestras tentaciones, deseos o amores. El más profundo mensaje del Evangelio a cada uno de nosotros, sea cual sea nuestra tentación, es doble. En primer lugar, hemos sido creados a imagen de Dios y, en segundo lugar, Dios nos ama. El amor de Dios no es algo que podamos ganar en mayor cantidad a base de ser superbuenos y no es algo que Él retire si pecamos. El amor de Dios es algo que nosotros debemos solamente aceptar o rechazar. Aceptar el amor de Dios significa aceptar el trabajo duro y educativo de llegar a ser cada vez más las personas que Él quiere que seamos. El rechazo significa coger el camino aparentemente fácil de hacer nuestra propia voluntad. La aceptación conlleva, finalmente, la santidad y el cielo, mientras que el rechazo supone el infierno no por deseo de Dios, sino por nuestra propia elección.

Reina tanta confusión sobre lo que la Iglesia enseña acerca de la atracción homosexual que insto a todas las personas atraídas homosexualmente a olvidar lo que ellos piensan que la Iglesia enseña o lo que han oído que enseña para aprender lo que realmente enseña. Hace solo un par de semanas recibí una carta de un hombre de veintiocho años que sentía un profundo amor por su pareja homosexual, con quien era sexualmente activo. ¿Por qué, quería él saber, no podía la Iglesia reconocer y bendecir el amor del uno hacia el otro? Respondí diciendo que la Iglesia ya reconoce las partes de nuestras relaciones y amistades que son verdadero amor y son realmente saludables y dadoras de vida. Todas estas cosas se encuentran entre las virtudes a las que todos los cristianos son llamados. No hay nada erróneo en ellas. La Iglesia y los santos se alegran con

ellas. Pero eso no es lo mismo que el sexo, decía él. ¿Por qué no puede la Iglesia alegrarse de la dimensión sexual de su amor ya que ni él ni su pareja dejarían «nunca» detener relaciones sexuales? El mismo cielo se pierde en esa palabra: «nunca».

No creo que el amor limite al amante o al amado a hacer únicamente lo que el otro quiere. Llegué a darme cuenta de que no podía reivindicar que yo amaba a mi pareja solo porque tenía relaciones con él. El amor verdadero busca lo que es lo mejor para el amado, le respeta enteramente y le ama por completo. ¿Qué decía Jesús, de manera tan memorable, sobre el amor? No hay amor más grande que el que entrega su vida por sus amigos. Creo que la gente que vive con atracción homosexual fue creada para amar y ser amada sin límites, amada por lo que es y no por lo que pueden o por lo que hacen.

No me parece que sea de gran ayuda caer en la trampa de decir: «chico-chico malo,

chica-chico bueno». No creo que importe mucho a quien uno dice amar, sino cómo uno ama realmente de hecho. Sospecho que es mucho más fructuoso fijarse en lo que se llama amor en cualquier relación de la que se hable. ¿Todo lo que se llama amor es de hecho amor?

La mayor parte de la gente no reconoce o no quiere reconocer un aspecto del amor que es lo menos parecido a una carta postal de ensueño. El amor puede ser algo espantoso. El amor puede ser sacrificio de sí y dolor por parte del amante a causa del bien del amado. Después de todo, el mayor símbolo de amor en la tierra no es el corazón del día de san Valentín, sino la Cruz del Viernes Santo. Dios, que es infinito y poderoso, ante quien toda rodilla se doblará un día y al que toda lengua confesará, y en cuya presencia las mismas piedras de Jerusalén gritarían si nadie más lo hiciera, ese Dios atravesó un día la eternidad para dejarse golpear, escupir, clavar a la Cruz, y para ser torturado hasta la muerte para que hombres y mujeres, sean cuales fuesen sus inclinaciones o tentaciones, pudieran un día permanecer ante Él cara a cara. Eso es amor.

El ennoblecedor y asombroso mensaje de Cristo para los que viven con atracción homosexual es que somos creados, amados y que somos responsables. Esto nos ennoblece porque descubre en nosotros la realidad de nuestra creación como seres humanos a imagen de Dios. Esto nos da miedo porque pone la pelota en nuestro tejado. Algunos cristianos pueden intentar decirnos que Dios no nos ama a causa de nuestra atracción homosexual pero sabemos que no es verdad. Dios no fundamenta su amor en las tentaciones que tenemos o dejamos de tener. Otros pueden intentar decirnos que seguir nuestros deseos sexuales, especialmente con alguien a quien nuestros sentimientos nos dicen que amamos, no es algo equivocado, pero sabemos que tampoco eso es verdad. El amor no se entrega a medias ni tampoco objetivando a las personas amadas. No, la cruda verdad es que el amor muere a sí mismo y se entrega. El amor es la Cruz.

Así que, si no has obtenido nada más de este libro, espero firmemente que al menos hayas sacado una doble lección: que tú eres amado y que tú puedes ser, con toda seguridad, uno de esos santos que vienen marchando. No dejes que nadie te disuada o te alimente con un Evangelio aguado. No aceptes ninguna versión de lo que Bonhoeffer llama gracia barata. No importa lo que hayas podido hacer en el pasado. Ni siquiera importa lo que estés haciendo ahora. Justo ahora, en el momento en que escribo esto o en que tú lo lees, puedes estar planeando algo pecaminoso... y Dios todavía te ama y te busca. Todo lo que importa es que te pongas en presencia del Señor. Muchos hombres y mujeres con atracción homosexual piensan que no «forman parte» de la Iglesia cuando, de hecho, es precisamente de ahí de donde forman parte. No importa que puedas estar tentado de hacer algo que es incorrecto. Utilizando las palabras del ángel de Lewis, «este momento contiene todos los momentos», y todo lo que ha ocurrido a lo largo de toda tu vida, todo lo bueno y lo malo, todo lo que hayas hecho o te hayan hecho te prepara para este momento de decisión. Cristo está llamando. Su misericordia espera como un torrente, como un aluvión para las almas turbadas. ¿Vendrás? Hasta que, Dios lo quiera, nos encontremos cara a cara, te deseo la paz. Y la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

COMITÉ DE OBISPOS PARA EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA (CONFERENCIA EPISCOPAL CATÓLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS,
Siempre serán nuestros hijos-Always Our Children, 1997.

Catecismo de la Iglesia Católica, Asociación de Editores del Catecismo, 1994.

D. BONHOEFFER, The Cost of Discipleship, Collier Books, New York 1963. En castellano por Ediciones Sígueme.

DIGNITY, Folleto Catholicism, Homosexuality and Dignity.

DIGNITY, TASK FORCE ON SEXUAL ETHICS, Documento Sexual Ethics, Experience, Growth and Challenge, 1989.

M. KIRK-H. MADSEN, After the Ball: How America Will Conquer Its Fear and Hatred of Gays in the 90's, Penguin Books, New York 1989.

L. KRAMER, «Sex and Sensibility», en Advocate, 27 mayo 1997.

S. LEWIS, El gran divorcio: un sueño, Ediciones Rialp, 1997.

D. MCWHIRTER-A. MATTISON, The Male Couple: How Relationships Develop, Prentice-Hall, Englewoodcliffs, NJ 1984.

D. MORRISON, «At a Parting of the Ways», en Malchus, abril 1994.

H. J. NOUWEN, El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt, PPC

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Sobre la atención pastoral a las personas homosexuales, 1986.

C. PAGLIA, «I'll Take Religion Over Gay Culture», en Salon, 23 junio 1988.

PFLAG, Folleto Be Yourself, 1994.

PFLAG, Folleto Our Sons and Our Daughters, 1998.

Out Proud!-Oasis Internet Survey of Queer and Questioning Youth, esponsorizado por !OutProud!, National Coalition for Gay, Lesbian, Bisexual and Transgender Youth y la revista Oasis, marzo 1998.

E. ROFES, Reviving the Tribe: Regenerating Gay Men's Sexuality and Culture in the Ongoing Epidemic, Haworth Press, Harrington Park 1996.

D. ROMESBURG (ed.), Young, Gay and Proud, NP, NC 1995.

TH. E. SCHMIDT, *Straight and Narrow? Compassion and Clarity in the Homosexuality Debate*, Intervarsity Press, Downers Grove, Ill 1995.

R. SHILTS, *And the Band Played On: Politics, People, and the AIDS Epidemic*, Penguin Books, New York 1988.

A. SULLIVAN, «They've Changed, So They Say», en *New York Times*, 26 julio 1998.

G. VAN DEN AARDWEG, *Homosexualidad y esperanza: terapia y curación en la experiencia de un psicólogo*, Eunsa 2005.

Apéndice 1

UN VISTAZO SOBRE COURAGE

Courage es el único ministerio católico aprobado por el Vaticano dedicado a hombres y mujeres de todo el mundo que viven con una atracción homosexual. Su enfoque consiste primordialmente en darles apoyo espiritual para que vivan de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia sobre su sexualidad (es decir, castamente), así como para profundizar y crecer en su fe católica.

En 1980, el padre Harvey reunió un pequeño grupo de hombres laicos católicos en una parroquia de la parte hija del este de Manhattan y les ayudó a fundar *Courage*. El padre Harvey, un sacerdote de los Oblatos de san Francisco de Sales, empezó a trabajar con sacerdotes y religiosos que tenían dificultades con las cuestiones de la identidad sexual y de la castidad. El trabajo de Harvey con los hombres que luchaban por integrar una identidad sexual confusa dentro de una vida como religioso o como fiel católico le mostró el poder que pueden tener los grupos de apoyo para ayudar a enfrentarse a un hábito o a una tendencia profundamente asentada. Se daba cuenta de que los grupos de apoyo tendían a derribar los muros del aislamiento en torno a los hombres con atracción homosexual y les ofrecía el regalo tremendamente útil de una perspectiva con la que poder enfrentarse a sus propios problemas.

La fundación de *Courage* fue un paso audaz. Nunca antes se había intentado llevar a cabo un ministerio abierto y público para personas homosexuales. Había un estigma tal unido a la homosexualidad que algunos católicos se escandalizaron de que la archidiócesis de Nueva York, bajo cuyo auspicio se fundó *Courage*, tendiese la mano a los católicos que vivían con esa atracción. Pero el grupo perseveró, guiado por una serie de objetivos que desde entonces han definido a *Courage*:

1. Llevar vidas castas de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana acerca de la homosexualidad (**Castidad**).

2. Dedicar la propia vida a Cristo a través del servicio al prójimo, la lectura espiritual, la oración, la meditación, la dirección espiritual individual, la asistencia frecuente a Misa y la recepción asidua de los sacramentos de la Reconciliación y la Santa Eucaristía (**Oración y Dedicación**).

3. Fomentar un espíritu de compañerismo en el cual todos puedan compartir pensamientos y experiencias y así asegurar que nadie tenga que enfrentarse solo a los problemas de la homosexualidad (**Compañerismo**).

4. Ser consciente de la verdad de que las amistades castas no son solamente posibles, sino necesarias en una vida cristiana casta y, obrando así, proveer ánimos al formarse y sostenerse unos a otros (**Apoyo**).

5. Llevar vidas que puedan servir como buenos ejemplos para otros (**Buen ejemplo**).

Desde 1980, *Courage* ha crecido hasta llegar a formar sesenta y cuatro grupos en seis países diferentes y ha ayudado a miles de hombres y mujeres a integrar más plenamente su sexualidad en una vida de virtud y a llegar a una castidad interior y exterior. Los aspectos prácticos ofrecidos por *Courage* y por la iglesia se han tratado más detalladamente en el capítulo ocho, pero quisiera reiterar lo que *Courage* no es para que el lector pueda comprender mejor lo que *Courage* es:

Courage no es un grupo de cambio de orientación. *Courage* no exige a nadie que se comprometa a disminuir su atracción homosexual o a cambiarla por otra más heterosexual. Si los miembros, individualmente, desean intentar este camino, lo grupos de *Courage* les apoyarán, pero no es un requisito.

Courage no es una organización de perfeccionistas. Los primeros hombres a los que el padre Harvey ayudó a crear *Courage* no lo fundaron para hacer una sociedad de amigos que ya lo habían logrado. A los miembros de *Courage* no se les exige que vivan castamente cuando llegan y algunos nunca llegan a ese punto. Todo lo que *Courage* exige es que sus miembros se comprometan a intentar vivir los objetivos. Los objetivos son eso, objetivos, cosas hacia las que tender y buscar. No son notas por un trabajo ya realizado.

Courage no es «rígido». *Courage* es fiel a la enseñanza de la Iglesia católica, es verdad, pero *Courage* no se reduce a vivir castamente. *Courage* quiere que seamos mejores cristiano. *Courage* busca el crecimiento, la integración y la alegría, y para ello usa la enseñanza de la Iglesia.

Courage no es antigay. De hecho, *Courage* no es particularmente anonada en el sentido de que no siente la necesidad de denunciar ciertas situaciones ni de tratar continuamente el «tema» de la atracción homosexual. *Courage* sigue siendo intensamente personal. Entre sus miembros hay antiguos activistas gays y hombres casados para los cuales sus grupos de apoyo son los únicos del mundo que conocen sus luchas por vivir castamente. Es verdad que *Courage* trata sobre decisiones, y en este sentido un tipo de acción ha de vencer sobre otro. Animar a escoger la Misa o la oración en vez de los bares gays o las aventuras de una sola noche puede ser visto por algunos como «antigay», pero no es lo mismo que si, en abstracto, *Courage* se dedicase formalmente a denunciar a los patrones de los bares gays o a quienes tienen ese tipo de aventuras de una noche.

Para más información sobre *Courage*, se puede contactar la Oficina Central de Courage en el teléfono de EE.UU.: (212) 268-1010, St. John the Baptist Church, 210 W 31St Street, New York, NY, 10001. NYCourage@aol.com *Courage* tiene también una página web: <http://CourageRC.net>

Se puede consultar también en castellano: <http://www.courage-latino.org/> y <http://couragerc.net/Espanol/ESPIndex.html>

Comenzar un grupo *Courage* requiere únicamente dos o tres laicos comprometidos y un sacerdote que quiera ayudar como capellán. Se puede llamar a la oficina central de Nueva York para más detalles.

Apéndice 2

CARTA A LOS OBISPOS DEL MUNDO

Nota del autor: En octubre de 1986, la Congregación de la Doctrina de la Fe envió una carta a todos los obispos católicos del mundo entero explicando y aclarando la actual posición de la Iglesia sobre la homosexualidad, las personas con atracción homosexual, la moralidad de los actos homosexuales y la respuesta pastoral a los temas de la actividad y la atracción homosexual. En algunos lugares del mundo, el documento, llamado «Sobre la atención pastoral a las personas homosexuales», significó una liberalización de las posiciones eclesiásticas y una apertura de actitudes; en otros lugares (muchos en el Primer Mundo) la carta supuso una nueva disciplina en lo concerniente a estas cuestiones. Muchos activistas gays y lesbianas condenaron severamente el documento. Incluyo el documento como un apéndice a este libro porque, de algún modo, es la declaración fundamental de la posición contemporánea de la Iglesia sobre los temas de la atracción homosexual.

1. El problema de la homosexualidad y del juicio ético sobre los actos homosexuales se ha convertido cada vez más en objeto de debate público, incluso en ambientes católicos. En esta discusión frecuentemente se proponen argumentaciones y se expresan posiciones no conformes con la enseñanza de la Iglesia católica, que suscitan una justa preocupación en

todos aquellos que están comprometidos en el ministerio pastoral. Por consiguiente, esta Congregación ha considerado el problema tan grave y difundido, que justifica la presente carta, dirigida a todos los obispos de la Iglesia católica, sobre la atención pastoral a las personas homosexuales.

2. En esta sede, naturalmente, no se puede afrontar un desarrollo exhaustivo de tan complejo problema; la atención se concentrará más bien en el contexto específico de la perspectiva moral católica. Esta encuentra apoyo también en resultados seguros de las ciencias humanas, las cuales, a su vez, tienen un objeto y un método propio, que gozan de legítima autonomía.

La posición de la moral católica está fundada sobre la razón humana iluminada por la fe y guiada conscientemente por el intento de hacer la voluntad de Dios, nuestro Padre. De este modo, la Iglesia está en condición no solo de poder aprender de los descubrimientos científicos, sino también de trascender su horizonte; ella está segura de que en su visión más completa respeta la compleja realidad de la persona humana que, en sus dimensiones espiritual y corpórea, ha sido creada por Dios y, por su gracia, llamada a ser heredera de la vida eterna.

Solo dentro de este contexto, por consiguiente, se puede comprender con claridad en qué sentido el fenómeno de la homosexualidad, con sus múltiples dimensiones y con sus efectos sobre la sociedad y sobre la vida eclesial, es un problema que concierne propiamente a la preocupación pastoral de la Iglesia. Por lo tanto, se requiere de sus ministros un estudio atento, un compromiso concreto y una reflexión honesta, teológicamente equilibrada.

3. En la «Declaración sobre algunas cuestiones de ética sexual», del 29 de diciembre de 1975, la Congregación para la Doctrina de la Fe ya había tratado explícitamente este problema. En aquella Declaración se subrayaba el deber de tratar de comprender la condición homosexual y se observaba cómo la culpabilidad de los actos homosexuales debía ser juzgada con prudencia. Al mismo tiempo, la Congregación tenía en cuenta la distinción comúnmente hecha entre condición o tendencia homosexual y actos homosexuales. Estos últimos eran descritos como actos que están privados de su finalidad esencial e indispensable, como «intrínsecamente desordenados» y que en ningún caso pueden recibir aprobación (cfr. n. 8, par. 4).

Sin embargo, en la discusión que siguió a la publicación de la Declaración, se propusieron unas interpretaciones excesivamente benévolas de la condición homosexual misma, hasta el punto que alguno se atrevió incluso a definirla indiferente o, sin más, buena. Es necesario precisar, por el contrario, que la particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no sea pecado, constituye, sin embargo, una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo, la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada. Quienes se encuentran en esta condición deben, por tanto, ser objeto de una particular solicitud pastoral, para que no lleguen a creer que la realización concreta de tal tendencia en las relaciones homosexuales es una opción moralmente aceptable.

4. Una de las dimensiones esenciales de una auténtica atención pastoral es la identificación de las causas que han creado confusión en la relación con la enseñanza de la Iglesia. Entre ellas se señala una nueva exégesis de la Sagrada Escritura, según la cual la Biblia, o no tendría nada que decir sobre el problema de la homosexualidad, o incluso le daría en algún modo una tácita aprobación, o en fin, ofrecería unas prescripciones morales tan condicionadas cultural e históricamente que ya no podrían ser aplicadas a la vida contemporánea. Tales opiniones, gravemente erróneas y desorientadas, requieren, por consiguiente, una especial vigilancia.

5. Es cierto que la literatura bíblica debe a las varias épocas en las que fue escrita gran parte de sus modelos de pensamiento y de expresión (cfr. Dei Verbum, n. 12). En verdad, la Iglesia de hoy proclama el Evangelio aun mundo que es muy diferente al antiguo. Por otra parte, el mundo en el que fue escrito el Nuevo Testamento estaba ya notablemente

cambiado, por ejemplo, respecto a la situación en la que se escribieron o se redactaron las Sagradas Escrituras del pueblo hebreo.

Sin embargo, se debe destacar que, aun en el contexto de esa notable diversidad, existe una evidente coherencia dentro de las Escrituras mismas sobre el comportamiento homosexual. Por consiguiente, la doctrina de la Iglesia sobre este punto no se basa solamente en frases aisladas, de las que se puedan sacar discutibles argumentaciones teológicas, sino más bien en el sólido fundamento de un constante testimonio bíblico. La actual comunidad de fe, en ininterrumpida continuidad con las comunidades judías y cristianas dentro de las cuales fueron redactadas las antiguas Escrituras, sigue siendo alimentada por esas mismas Escrituras y por el Espíritu de verdad del cual ellas son Palabra. Asimismo, es esencial reconocer que los textos sagrados no son comprendidos realmente cuando se interpretan de un modo que contradice la Tradición viva de la Iglesia. La interpretación de la Escritura, para ser correcta, debe estar en efectivo acuerdo con esta Tradición.

El Concilio Vaticano II se expresa al respecto de la siguiente manera: «Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tienen consistencia el uno sin los otros, y que juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (Dei Verbum, n. 10). A la luz de estas afirmaciones se traza ahora brevemente la enseñanza bíblica al respecto.

6. La teología de la creación, presente en el libro del Génesis, suministra el punto de vista fundamental para la comprensión adecuada de los problemas puestos por la homosexualidad. Dios, en su infinita sabiduría y en su amor omnipotente, llama a la existencia a toda la creación como reflejo de su bondad. Crea al hombre a su imagen y semejanza como varón y mujer. Los seres humanos, por consiguiente, son creaturas de Dios, llamadas a reflejar, en la complementariedad de los sexos, la unidad interna del Creador. Ellos realizan esta tarea de manera singular, cuando cooperan con Él en la transmisión de la vida, mediante la recíproca donación esponsal.

El capítulo tercero del Génesis muestra cómo esta verdad sobre la persona humana, en cuanto imagen de Dios, se oscureció por el pecado original. De allí se sigue inevitablemente una pérdida de la conciencia del carácter de alianza que tenía la unión de las personas humanas con Dios y entre sí. Aunque el cuerpo humano conserve aún su «significado nupcial», este ahora se encuentra oscurecido.

Así el deterioro debido al pecado continúa desarrollándose en la historia de los hombres de Sodoma (cfr. Génesis 19, 1-11). No puede haber duda acerca del juicio moral expresado allí contra las relaciones homosexuales. En el Levítico 18, 22 y 20, 13, cuando se indican las condiciones necesarias para pertenecer al pueblo elegido, el autor excluye del Pueblo de Dios a quienes tienen un comportamiento homosexual. Teniendo como telón de fondo esta legislación teocrática, san Pablo desarrolla una perspectiva escatológica, dentro de la cual propone de nuevo la misma doctrina, catalogando también a quien obra como homosexual entre aquellos que no entrarán en el reino de Dios (cfr. I Co 6, 9). En otro pasaje de su epistolario, fundándose en las tradiciones morales de sus antepasados, pero colocándose en el nuevo contexto de la confrontación entre el cristianismo y la sociedad pagana de su tiempo, presenta el comportamiento homosexual como un ejemplo de la ceguera en la que ha caído la humanidad. Suplantando la armonía originaria entre el Creador y las creaturas, la grave desviación de la idolatría ha conducido a toda suerte de excesos en el campo moral. San Pablo encuentra el ejemplo más claro de esta desavenencia precisamente en las relaciones homosexuales (cfr. Rm 1, 18-32). En fin, en continuidad perfecta con la enseñanza bíblica, en el catálogo de aquellos que obran en forma contraria a la sana doctrina, se mencionan explícitamente como pecadores los que efectúan actos homosexuales (cfr. 1 Tm 1, 10).

7. La Iglesia, obediente al Señor que la ha fundado y la ha enriquecido con el don de la vida sacramental, celebra en el sacramento del matrimonio el designio divino de la unión del

hombre y de la mujer, unión de amor y capaz de dar vida. Solo en la relación conyugal puede ser moralmente recto el uso de la facultad sexual. Por consiguiente, una persona que se comporta de manera homosexual obra inmoralmemente.

Optar por una actividad sexual con una persona del mismo sexo equivale a anular el rico simbolismo y el significado, para no hablar de los fines, del designio del Creador en relación con la realidad sexual. La actividad homosexual no expresa una unión complementaria, capaz de transmitir la vida, y, por lo tanto, contradice la vocación a una existencia vivida en esa forma de auto-donación que, según el Evangelio, es la esencia misma de la vida cristiana. Esto no significa que las personas homosexuales no sean a menudo generosas y no se donen a sí mismas, pero cuando se empeñan en una actividad homosexual refuerzan dentro de ellas una inclinación sexual desordenada, en sí misma, caracterizada por la autocomplacencia.

Como sucede en cualquier otro desorden moral, la actividad homosexual impide la propia realización y felicidad porque es contraria a la sabiduría creadora de Dios. La Iglesia, cuando rechaza las doctrinas erróneas en relación con la homosexualidad, no limita sino que, más bien, defiende la libertad y la dignidad de la persona, entendidas de modo realístico y auténtico.

8. La enseñanza de la Iglesia de hoy se encuentra, pues, en continuidad orgánica con la visión de la Sagrada Escritura y con la constante tradición. Aunque el mundo de hoy desde muchos puntos de vista verdaderamente ha cambiado, la comunidad cristiana es consciente del lazo profundo y duradero que la une a las generaciones que la han precedido «en el signo de la fe».

Sin embargo, en la actualidad, un número cada vez mayor de personas, aun dentro de la Iglesia, ejercen una fortísima presión para llevarla a aceptar la condición homosexual, como si no fuera desordenada, y a legitimar los actos homosexuales. Quienes, dentro de la comunidad (le fe, incitan en esta dirección tienen a menudo estrechos vínculos con los que obran fuera de ella. Ahora bien, estos grupos externos se mueven por una visión opuesta a la verdad sobre la persona humana, que nos ha sido plenamente revelada en el misterio de Cristo. Aunque no en un modo plenamente consciente, manifiestan una ideología materialista que niega la naturaleza trascendente de la persona humana, como también la vocación sobrenatural de todo individuo.

Los ministros de la Iglesia deben procurar que las personas homosexuales confiadas a su cuidado no se desvíen por estas opiniones, tan profundamente opuestas a la enseñanza de la Iglesia. Sin embargo, el riesgo es grande y hay muchos que tratan de crear confusión en relación con la posición de la Iglesia y de aprovechar esta confusión para sus propios fines.

9. Dentro de la Iglesia se ha formado también una tendencia, constituida por los grupos de presión con diversos nombres y diversa amplitud, que intenta acreditarse como representante de todas las personas homosexuales que son católicas. Pero el hecho es que sus seguidores, generalmente, son personas que, o ignoran la enseñanza de la Iglesia, o buscan subvertirla de alguna manera. Se trata de mantener bajo el amparo del catolicismo a personas homosexuales que no tienen intención alguna de abandonar su comportamiento homosexual. Una de las tácticas utilizadas es la de afirmar, en tono de protesta, que cualquier crítica o reserva en relación con las personas homosexuales, con su actividad y con su estilo de vida, constituye simplemente una forma de injusta discriminación. En algunas naciones se realiza, por consiguiente, un verdadero y propio intento de manipular a la Iglesia conquistando el apoyo de sus Pastores, frecuentemente de buena fe, en el esfuerzo de cambiar las normas de la legislación civil. El fin de tal acción consiste en conformar esta legislación con la concepción propia de estos grupos de presión, para quienes la homosexualidad es, si no totalmente buena, al menos una realidad perfectamente inocua. Aunque la práctica de la homosexualidad amenace seriamente la vida y el bienestar de un gran número de personas, los partidarios de esta tendencia no desisten de sus acciones y se niegan a tomar en consideración las proporciones del riesgo allí implicado.

La Iglesia no puede dejar de preocuparse de todo esto y, por consiguiente, mantiene firme su clara posición al respecto, que no puede ser modificada por la presión de la legislación civil o de la moda del momento. Ella se preocupa sinceramente también de muchísimas personas que no se sienten representadas por los movimientos pro-homosexuales y de aquellos que podrían estar tentados a creer en su engañosa propaganda. La Iglesia es consciente de que la opinión, según la cual la actividad homosexual sería equivalente, o por lo menos igualmente aceptable, a la expresión sexual del amor conyugal, tiene una incidencia directa sobre la concepción que la sociedad acerca de la naturaleza y de los derechos de la familia, poniéndolos seriamente en peligro.

10. Es de deplorar con firmeza que las personas homosexuales hayan sido y sean todavía objeto de expresiones malévolas y de acciones violentas. Tales comportamientos merecen la condena de los Pastores de la Iglesia, dondequiera que se verifiquen. Revelan una falta de respeto por los demás, que lesiona unos principios elementales sobre los que se basa una sana convivencia civil. La dignidad propia de toda persona siempre debe ser respetada en las palabras, en las acciones y en las legislaciones.

Sin embargo, la justa reacción a las injusticias cometidas contra las personas homosexuales de ningún modo puede llevar a la afirmación de que la condición homosexual no sea desordenada. Cuando tal afirmación se acoge y, por consiguiente, la actividad homosexual se acepta como buena, o también cuando se introduce una legislación civil para proteger un comportamiento al cual nadie puede reivindicar derecho alguno, ni la Iglesia, ni la sociedad en su conjunto debería luego sorprenderse de que también ganen terreno otras opiniones y prácticas desviadas y aumenten los comportamientos irracionales y violentos.

11. Algunos sostienen que la tendencia homosexual, en ciertos casos, no es el resultado de una elección deliberada y que la persona homosexual no tiene alternativa, sino que está forzada a comportarse de una manera homosexual. Como consecuencia se afirma que ella, no siendo verdaderamente libre, obraría sin culpa en estos casos.

Al respecto, es necesario volver a referirse a la sabia tradición moral de la Iglesia, la cual pone en guardia contra generalizaciones en el juicio de los casos particulares. De hecho, en un caso determinado pueden haber existido en el pasado o pueden todavía subsistir circunstancias tales que reducen y hasta quitan la culpabilidad del individuo; otras circunstancias, por el contrario, pueden aumentarla. De todos modos, se debe evitar la presunción infundada y humillante de que el comportamiento homosexual de las personas homosexuales esté siempre y totalmente sujeto a coacción, y por consiguiente, sin culpa. En realidad, también en las personas con tendencia homosexual se debe reconocer aquella libertad fundamental que caracteriza a la persona humana y le confiere su particular dignidad. Como en toda conversión del mal, gracias a esta libertad, el esfuerzo humano, iluminado y sostenido por la gracia de Dios, podrá permitirles evitar la actividad homosexual.

12. ¿Qué debe hacer entonces una persona homosexual que busca seguir al Señor? Sustancialmente, estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, uniendo al sacrificio de la cruz del Señor todo sufrimiento y dificultad que puedan experimentar a causa de su condición. Para el creyente, la cruz es un sacrificio fructuoso, puesto que de esa muerte provienen la vida y la redención. Aun si toda invitación a llevar la cruz o a entender de este modo el sufrimiento del cristiano será presumiblemente objeto de mofa por parte de algunos, se deberá recordar que esta es la vía de la salvación para todos aquellos que son seguidores de Cristo.

Esto no es otra cosa, en realidad, que la enseñanza del apóstol Pablo a los Gálatas, cuando dice que el Espíritu produce en la vida del creyente: «amor, gozo, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí», y aún más: « NO podéis pertenecer a Cristo sin crucificar la carne con sus pasiones y sus deseos» (Ga 5, 22, 24).

Esta invitación, sin embargo, se interpreta mal cuando se la considera solamente como un inútil esfuerzo de autorenuncia. La cruz constituye, ciertamente, una renuncia de sí, pero en el abandono a la voluntad de aquel Dios que de la muerte hace brotar la vida y capacita a

aquellos que ponen su confianza en Él para que puedan practicar la virtud en cambio del vicio.

El Misterio Pascual se celebra verdaderamente solo si se deja que empape el tejido de la vida cotidiana. Rechazar el sacrificio de la propia voluntad en la obediencia a la voluntad del Señor constituye, de hecho, poner un obstáculo a la salvación. Así como la Cruz es el centro de la manifestación del amor redentor de Dios por nosotros en Jesús, así la conformidad de la auto-renuncia de los hombres y de las mujeres homosexuales con el sacrificio del Señor constituirá para ellos una fuente de auto-donación que los salvará de una forma de vida que amenaza continuamente con destruirlos.

Las personas homosexuales, como los demás cristianos, están llamadas a vivir la castidad. Si se dedican con asiduidad a comprender la naturaleza de la llamada personal de Dios respecto a ellas, estarán en condición de celebrar más fielmente el sacramento de la Penitencia y de recibir la gracia del Señor, que se ofrece generosamente en este sacramento para poderse convertir más plenamente caminando en el seguimiento de Cristo.

13. Es evidente, además, que una clara y eficaz transmisión de la doctrina de la Iglesia a todos los fieles y a la sociedad en su conjunto depende en gran parte de la correcta enseñanza y de la fidelidad de quien ejercita el ministerio pastoral. Los obispos tienen la responsabilidad particularmente grave de preocuparse de que sus colaboradores en el ministerio, y sobre todo los sacerdotes, estén rectamente informados y personalmente bien dispuestos para comunicar a todos la doctrina de la Iglesia en su integridad.

Es admirable la particular solicitud y la buena voluntad que demuestran muchos sacerdotes y religiosos en la atención pastoral a las personas homosexuales, y esta Congregación espera que no disminuya. Estos celosos ministros deben tener la certeza de que están cumpliendo fielmente la voluntad del Señor cuando estimulan a la persona homosexual a conducir una vida casta y le recuerdan la dignidad incomparable que Dios le ha dado también a ella.

14. Al hacer las anteriores consideraciones, esta Congregación quiere pedir a los obispos que estén particularmente vigilantes en relación con aquellos programas que de hecho intentan ejercer una presión sobre la Iglesia para que cambie su doctrina, aunque a veces se niegue de palabra que sea así. Un estudio atento de las declaraciones públicas y de las actividades que promueven esos programas revela una calculada ambigüedad, a través de la cual buscan confundir a los Pastores y a los fieles. Presentan a veces, por ejemplo, la enseñanza del Magisterio, pero solo como una fuente facultativa en orden a la formación de la conciencia, sin reconocer su peculiar autoridad. Algunos grupos suelen incluso calificar como «católicas» a sus organizaciones o a las personas a quienes intentan dirigirse, pero en realidad no defienden ni promueven la enseñanza del Magisterio; por el contrario, a veces lo atacan abiertamente. Aunque sus miembros reivindiquen que quieren conformar su vida con la enseñanza de Jesús, de hecho abandonan la enseñanza de su Iglesia. Este comportamiento contradictorio de ninguna manera puede tener el apoyo de los obispos.

15. Esta Congregación, por consiguiente, anima a los obispos para que promuevan en sus diócesis una pastoral que, en relación con las personas homosexuales, esté plenamente de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia. Ningún programa pastoral auténtico podrá incluir organizaciones en las que se asocien entre sí personas homosexuales, sin que se establezca claramente que la actividad homosexual es inmoral. Una actitud verdaderamente pastoral comprenderá la necesidad de evitar las ocasiones próximas de pecado a las personas homosexuales.

Deben ser estimulados aquellos programas en los que se evitan estos peligros. Pero se debe dejar bien claro que todo alejamiento de la enseñanza de la Iglesia, o el silencio acerca de ella, so pretexto de ofrecer un cuidado pastoral, no constituye una forma de auténtica atención ni de pastoral válida. Solo lo que es verdadero puede finalmente ser también pastoral. Cuando no se tiene presente la posición de la Iglesia se impide que los hombres y las mujeres homosexuales reciban aquella atención que necesitan y a la que tienen derecho.

Un auténtico programa pastoral ayudará a las personas homosexuales en todos los niveles de su vida espiritual, mediante los sacramentos y, en particular, a través de la frecuente y sincera confesión sacramental, mediante la oración, el testimonio, el consejo y la atención individual. De este modo, la entera comunidad cristiana puede llegar a reconocer su vocación a asistir a estos hermanos y hermanas, evitándoles ya sea la desilusión, ya sea el aislamiento.

16. De esta aproximación diversificada se pueden derivar muchas ventajas, entre las cuales es, ciertamente, importante la constatación de que una persona homosexual, como por lo demás todo ser humano, tiene una profunda exigencia de ser ayudada contemporáneamente a distintos niveles.

La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, no puede ser definida de manera adecuada con una referencia reducida solo a su orientación sexual. Cualquier persona que viva sobre la faz de la tierra tiene problemas y dificultades personales, pero también tiene oportunidades de crecimiento, recursos, talentos y dones propios. La Iglesia ofrece para la atención a la persona humana ese contexto del que hoy se siente una extrema exigencia, precisamente cuando rechaza el que se considere la persona simplemente como un «heterosexual» o un «homosexual» y cuando subraya que todos tienen la misma identidad fundamental: el ser creatura y, por gracia, hijo de Dios, heredero de la vida eterna.

17. Ofreciendo estas clarificaciones y orientaciones pastorales a la atención de los obispos, esta Congregación desea contribuir a sus esfuerzos en relación a asegurar que la enseñanza del Señor y de su Iglesia sobre este importante tema sea transmitida de manera íntegra a todos los fieles.

A la luz de cuanto se ha expuesto ahora, se invita a los ordinarios del lugar a valorar, en el ámbito de su competencia, la necesidad de particulares intervenciones. Además, si se retiene útil, se podrá recurrir a una ulterior acción coordinada a nivel de las Conferencias Episcopales nacionales.

En particular, los obispos deben procurar sostener, con los medios a su disposición, el desarrollo de formas especializadas de atención pastoral para las personas homosexuales. Esto podría incluir la colaboración de las ciencias psicológicas y médicas, manteniéndose siempre en plena fidelidad con la doctrina de la Iglesia.

Los obispos, sobre todo, no dejarán de solicitar la colaboración de todos los teólogos católicos para que estos, enseñando lo que la Iglesia enseña y profundizando con sus reflexiones el significado auténtico de la sexualidad humana y del matrimonio cristiano en el plan divino, como también de las virtudes que este comporta, puedan ofrecer una válida ayuda en este campo específico de la actividad pastoral.

Particular atención deberán tener, pues, los obispos en la selección de los ministros encargados de esta delicada tarea, de tal modo que estos, por su fidelidad al Magisterio y por su elevado grado de madurez espiritual y psicológica, puedan prestar una ayuda efectiva a las personas homosexuales en la consecución de su bien integral. Estos ministros deberán rechazar las opiniones teológicas que son contrarias a la enseñanza de la Iglesia y que, por lo tanto, no pueden servir de normas en el campo pastoral.

Será conveniente, además, promover programas apropiados de catequesis, fundados sobre la verdad concerniente a la sexualidad humana, en su relación con la vida de la familia, tal como es enseñada por la Iglesia. Tales programas, en efecto, suministran un óptimo contexto, dentro del cual se puede tratar también la cuestión de la homosexualidad.

Esta catequesis podrá ayudar, asimismo, a las familias, en las que se encuentran personas homosexuales, a afrontar un problema que les toca tan profundamente.

Se deberá retirar todo apoyo a cualquier organización que busque subvertir la enseñanza de la Iglesia, que sea ambigua respecto a ella o que la descuide completamente. Un apoyo

en este sentido, o aun su apariencia, puede dar origen a graves malentendidos. Una especial atención se deberá tener en la práctica de la programación de celebraciones religiosas o en el uso de edificios pertenecientes a la Iglesia por parte de estos grupos, incluida la posibilidad de disponer de las escuelas y de los institutos católicos de estudios superiores. El permiso para hacer uso de una propiedad de la Iglesia les puede parecer a algunos solamente un gesto de justicia y caridad, pero en realidad constituye una contradicción con las finalidades mismas para las cuales estas instituciones fueron fundadas y, puede ser fuente de malentendidos y de escándalo.

Al evaluar eventuales proyectos legislativos, se deberá poner en primer plano el empeño de defender y promover la vida de la familia.

18. El Señor Jesús ha dicho: «Vosotros conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). La Escritura nos manda realizar la verdad en la caridad (cfr. Ef 4, 15). Dios, que es a la vez Verdad y Amor, llama a la Iglesia a ponerse al servicio de todo hombre, mujer y niño con la solicitud pastoral del Señor misericordioso. Con este espíritu, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha dirigido esta Carta a ustedes, obispos de la Iglesia, con la esperanza de que les sirva de ayuda en la atención pastoral a personas, cuyos sufrimientos pueden ser agravados por doctrinas erróneas y ser aliviados, en cambio, por la palabra de la verdad.

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en el transcurso de la audiencia concedida al Prefecto que suscribe, ha aprobado la presente Carta acordada en la reunión ordinaria de esta Congregación y ha ordenado su publicación.

Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 1 de octubre de 1986.

Cardenal Joseph RATZINGER,
Prefecto

Alberto BOVONE,
Arzobispo titular de Cesaria di Numidia,
Secretario

«SIEMPRE SERÁN NUESTROS HIJOS»

Nota del autor: El Comité de Obispos para el Matrimonio y la Familia de la Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos sacó a la luz, en 1997, este documento para los padres de personas con atracción homosexual. La versión de 1997 se encontró con una tormenta de controversia y crítica. Se descubrió que se había dado un papel sin precedentes a los activistas gays y lesbianas para participar en el documento, que dejó cuestiones importantes sin respuesta ni aclaración. El Comité de Obispos para el Matrimonio y la Familia trabajó junto al Comité Doctrinal de los Obispos y con la Congregación de la Doctrina de la Fe para mejorar la formulación de varias secciones del documento. En total se hicieron siete cambios, y el documento revisado salió en junio de 1998.

El documento sigue siendo el material de un comité de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos. No tiene autoridad eclesial ni peso magisterial, pero representa un lugar útil para dar inicio a conversaciones sobre los temas de la atracción homosexual entre padres e hijos.

Siempre Serán Nuestros Hijos:

Un mensaje pastoral a los padres con hijos homosexuales y sugerencias para agentes pastorales

Prefacio

Este mensaje pastoral tiene como propósito llegar a aquellos padres que están tratando de comprender el hecho de que un hijo, adolescente o adulto, es homosexual. Es una súplica a las familias para que acudan a las fuentes de la fe, la esperanza y el amor al enfrentarse a un futuro incierto. Les pide que reconozcan que la Iglesia les ofrece grandes recursos espirituales para darles fuerza y apoyarlos en este momento de su vida familiar y en el futuro.

Este mensaje se deriva del *Catecismo de la Iglesia Católica*, las enseñanzas del Papa Juan Pablo II y las declaraciones de la Congregación de la Doctrina de la Fe y de nuestra Conferencia Episcopal. Este mensaje no es un tratado sobre la homosexualidad. No es una presentación sistemática de la enseñanza moral de la Iglesia. No abre senderos nuevos en la teología que presenta. Más bien, basados en la enseñanza de la Iglesia, y también en nuestra experiencia pastoral, tratamos de expresarnos con palabras de fe, esperanza y amor a los padres que necesitan la amorosa presencia de la Iglesia en un momento que bien podría ser uno de los más difíciles de su vida. También tenemos la esperanza de que este mensaje ayude a sacerdotes y agentes pastorales que frecuentemente son los primeros a quienes padres e hijos acuden con sus luchas y ansiedades.

En años recientes hemos tratado de acercarnos a familias que atraviesan circunstancias difíciles. Nuestras iniciativas tomaron la forma de declaraciones cortas, como esta, dirigida a las personas que tal vez pensaban que no había lugar para ellas en el círculo de interés de la Iglesia. *Siempre Serán Nuestros Hijos* sigue la misma tradición de esas otras declaraciones pastorales.

Este mensaje no es para interceder ni está al servicio de ninguna agenda. Tampoco se debe interpretar como una aprobación de lo que algunos llaman «el estilo homosexual de vida».

Siempre Serán Nuestros Hijos quiere dar una mano a los padres y otros miembros de familia por parte del Comité de Obispos sobre el Matrimonio y la Familia, y les ofrece una

perspectiva diferente a la gracia presente en la vida familiar y la invariable misericordia de Cristo nuestro Señor.

«Es necesario un empeño pastoral todavía más generoso, inteligente y prudente, a ejemplo del Buen Pastor, hacia aquellas familias que -a menudo e independientemente de la propia voluntad, o apremiados por otras exigencias de distinta naturaleza- tienen que afrontar situaciones objetivamente difíciles» (Juan Pablo II, Familiares consortio, n. 77).

Momento crítico, tiempo de gracia

Al empezar a leer este mensaje, usted podría sentir que su vida es un torbellino. Usted y su familia podrían enfrentarse a una de esas situaciones difíciles a las que se refiere el Santo Padre:

- Piensa que su hijo o hija adolescente está sintiendo la atracción hacia personas del mismo sexo y/o ha observado actitudes y comportamiento que le parecen confusos o lo mortifican, o con los que no está de acuerdo.
- Su hijo o hija le ha informado de alguna manera que tiene una inclinación hacia la homosexualidad.
- Siente una tensión entre amar a su hijo como la creación valiosa de Dios que es y no aprobar ningún comportamiento que la Iglesia enseña que es inmoral.

Usted no tiene que enfrentarse solo a este momento doloroso, sin ayuda humana o sin la gracia de Dios. La Iglesia puede ser un instrumento de ayuda y sanación. Esta es la razón por la cual los obispos, como pastores y maestros, han escrito esta carta para usted en particular.

En este mensaje pastoral, acudimos al don de la fe, y también a las sólidas enseñanzas y a la práctica pastoral de la Iglesia para ofrecer ayuda amorosa, guía responsable y recomendaciones para los ministerios apropiados a sus necesidades y a las de sus hijos. Nuestro mensaje trata sobre su aceptación de ustedes mismos, sus creencias y valores, sus interrogantes y todas sus luchas actuales; sobre su aceptación y amor por su hijo por ser un don de Dios; y de su aceptación de la completa revelación de Dios sobre la dignidad de la persona y el significado de la sexualidad humana. Dentro de la visión moral católica no hay ninguna contradicción entre estos grados de aceptación, ya que la verdad y el amor no se oponen. Están unidos inseparablemente y arraigados en una persona, Jesucristo, quien nos revela que Dios es la verdad suprema y el amor salvífico.

Dirigimos nuestro mensaje a toda la comunidad eclesial y, especialmente, a los sacerdotes y a otros agentes pastorales pidiendo que nuestras palabras se conviertan en actitudes y acciones según el camino del amor que Cristo nos enseñó. Es mediante la comunidad de fieles que Jesús nos ofrece su esperanza, ayuda y sanación para que toda la familia pueda continuar creciendo y convertirse en la comunidad íntima de vida y amor que Dios desea.

Aceptarse a sí mismo

Primero consideramos los sentimientos, debido a que usted puede sentirse sobrecogido por una marejada de emociones. Aunque el don de la sexualidad humana puede parecer, a veces, como un gran misterio, la doctrina de la Iglesia sobre la homosexualidad es muy clara. Sin embargo, debido a que los términos de esa enseñanza se han vuelto muy personales en lo referente a su hijo o hija, es posible que usted se sienta confuso y con conflictos internos.

Podría estar sintiendo emociones muy diversas, y a diferentes niveles, tales como las siguientes:

Alivio: Tal vez ya percibía por algún tiempo que su hijo o hija era diferente en algunos aspectos. Ahora él o ella ha venido y le ha confiado algo muy importante. Es posible que sus hermanos se enteraran antes y tuvieron temor de contárselo. Pero, sea como sea, se ha quitado un peso de encima. Reconozca la posibilidad de que su hijo le haya comunicado esta noticia no para herirlo ni para crear mayor distancia, sino por amor y confianza, con el deseo de ser honesto, sentirse cerca y tener mejor comunicación.

Ira: Podría sentirse engañado y manipulado por su hijo e hija. Podría sentirse enojado con su cónyuge, culpándole de «ser la causa de que su hijo o hija sea así-especialmente si ha habido dificultad en la relación entre padre e hijo. Podría sentirse enojado consigo mismo por no haber reconocido las señales de la homosexualidad. Junto a la ira, podría sentir desengaño, si otros miembros de la familia, u otros hijos, han rechazado a su hermano o hermana homosexual. También es posible estar enojado si otros miembros de la familia o los amigos parecen aceptar y hasta consentir la homosexualidad. También, y no se puede ignorar, es posible sentirse enojado con Dios por permitir lo que está sucediendo.

Aflicción: Puede sentir que su hijo no es exactamente el mismo individuo que conocía anteriormente. Puede sentir que su hijo o hija nunca le dará nietos. La pérdida de esas ilusiones, como también el darse cuenta de que los homosexuales sufren discriminación y mucha hostilidad, puede causarle gran tristeza.

Temor: Puede temer que la vida y el bienestar de su hijo o hija estén en peligro a causa del prejuicio que existe en contra de los homosexuales. Particularmente, puede temer que la comunidad empiece a excluir a su hijo o a tratar a su familia con desprecio. El temor de que su hijo contraiga VIH/SIDA u otras enfermedades transmitidas sexualmente es una amenaza seria y constante. Si su hijo se siente deprimido, usted podría temer la posibilidad de un suicidio.

Culpabilidad, vergüenza y soledad: «Si hubiéramos hecho... a si no hubiéramos hecho...», son frases que pueden torturar a los padres en estos momentos. Pesares y desengaños se levantan como fantasmas del pasado. Sentir que uno ha fracasado puede llevarlo a un valle de vergüenza que a su vez puede aislarlo de sus hijos, de su familia y de otras comunidades de apoyo.

Sentido protector de padre y orgullo: Las personas homosexuales a veces tienen la experiencia de la discriminación y los actos de violencia en nuestra sociedad. Como padre o madre es natural que quiera proteger a su vástago del peligro, sin importar su edad. Usted podría insistir: «Siempre serás mi hijo o mi hija; nada cambiará eso. También eres un hijo de Dios, con talentos y llamado a cumplir su propósito en los planes divinos».

Mantenga presente dos cosas importantes cuando trate de comprender todos esos sentimientos. Primero, debe escucharlos. Puede ser que le den la clave que lo lleve a descubrir más plenamente la voluntad de Dios para usted. Segundo, debido a que muchos sentimientos pueden ser confusos o conflictivos, no es necesario tratar de controlarlos todos a la vez. Reconocerlos podría ser suficiente, pero también podría necesitar hablar sobre esos sentimientos. No anticipe que todas las tensiones se podrán resolver. La vida cristiana es un sendero marcado por la perseverancia y la oración. Es también una senda que nos lleva desde donde estamos hasta donde sabemos que Dios nos llama.

Aceptación de su hijo

¿Cuál es la mejor manera de expresar su amor, que es en sí un reflejo del amor incondicional de Dios, hacia su hijo? Por lo menos dos cosas son necesarias.

Primero, no rompa la comunicación; no rechace a su hijo. Un número sorprendente de jóvenes homosexuales termina en la calle por el rechazo de su familia. Esto y otras presiones externas pueden poner a los jóvenes en un mayor riesgo de comportarse de manera autodestructiva con el abuso de narcóticos o el suicidio.

Su hijo puede necesitarlo a usted y a su familia ahora más que nunca. Él o ella es todavía la misma persona. Este hijo, que siempre fue un regalo de Dios para usted, puede ser que ahora sea la causa de otro regalo: que su familia se vuelva más honesta, respetuosa y comprensiva. Sí, su amor enfrenta una prueba ante esta realidad, pero también puede ser fortalecido mediante su lucha por responder amorosamente.

La segunda manera de comunicar amor es buscando ayuda apropiada para su hijo y para usted mismo. Si su hijo o hija es un adolescente, es posible que dé muestras de características que le preocupen, tales como lo que el joven lee o ve por los medios de comunicación, amistades intensas y otras señales y tendencias visibles. Lo que los padres necesitan hacer es no asumir que su hijo ha desarrollado una orientación homosexual, y cultivar una actitud que lo ayude a mantener una relación cariñosa que proporcione a su hijo apoyo, información, ánimo y guía moral. Los padres deberán siempre estar alerta sobre la conducta de sus hijos e intervenir de manera responsable cuando sea necesario.

En muchos casos, puede ser apropiado y necesario que su hijo reciba ayuda profesional, incluyendo dirección espiritual y asesoramiento. Es importante, por supuesto, que esté dispuesto a hacerlo voluntariamente. Busque un terapeuta que aprecie los valores religiosos y que entienda la naturaleza compleja de la sexualidad. Una persona así tendrá la experiencia necesaria para ayudar a otros a discernir el significado del primer comportamiento sexual, de las atracciones y fantasías sexuales de manera que lleven a una mayor claridad y autoidentidad. Durante ese proceso, sin embargo, es esencial que usted permanezca abierto a la posibilidad de que su hijo o hija esté luchando por entender y aceptar una orientación homosexual básica.

El significado y las implicaciones del término «orientación homosexual» no se han aceptado de manera generalizada. La doctrina de la Iglesia reconoce que hay una distinción entre una «tendencia» homosexual que termina siendo «transitoria», y los «homosexuales que son definitivamente así, debido a algún tipo de instinto innato» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración sobre ciertas preguntas de la ética sexual, año 1975, n. 8).

Por lo tanto, en vista a esa posibilidad, es apropiado entenderla orientación sexual (heterosexual u homosexual) como una dimensión con raíces profundas de la personalidad de cada uno y reconocer su estabilidad relativa en la persona. Una orientación homosexual produce una atracción emocional y sexual mayor hacia individuos del mismo sexo, en vez de los del sexo opuesto. No excluye enteramente el interés, la atención y la atracción hacia miembros del sexo opuesto. Tener una orientación homosexual no significa necesariamente que una persona participe en actividades homosexuales.

No parece haber una causa simple de la orientación homosexual. Una opinión común de los expertos es que hay factores múltiples -genéticos, hormonales, psicológicos- que pueden causarla. Generalmente, la orientación homosexual se vive como algo dado, no algo que se escoge. Por lo tanto, de por sí, la orientación homosexual no puede considerarse como pecaminosa, ya que la moralidad supone la libertad de escoger^{*4}.

Algunas personas homosexuales quieren que públicamente se las reconozca como lesbianas o «gays». Estos términos frecuentemente expresan el grado de autorrealización y autoaceptación personal dentro de la sociedad. Aunque usted pueda sentir que esos términos son ofensivos por sus connotaciones políticas o sociales, es necesario ser sensible a cómo su hijo o su hija los usa. El lenguaje no debe ser una barrera a la edificación de comunicación confiada y abierta.

Usted puede ayudar a una persona homosexual de dos maneras generales. Primero, anímela a cooperar con la gracia de Dios para que viva una vida de castidad. Segundo,

⁴ * El Catecismo de la Iglesia Católica también afirma: «Esta inclinación, objetivamente desordenada constituye para la mayoría de ellos [personas que viven con inclinación homosexual] una auténtica prueba» (CCE, 2358).

concéntrese en la persona, no en su orientación homosexual. Esto implica respetar la libertad de una persona de escoger o rehusar terapia que va dirigida a cambiar su orientación homosexual. Con el presente estado de las ciencias médicas y psicológicas, no hay garantía de que esa terapia funcione. Por eso, no hay obligación de participar en ella, aunque algunos la consideren útil.

Sobre todo, es esencial recordar una verdad fundamental. Dios ama a cada persona como individuo único. La identidad sexual ayuda a definir a las personas únicas que somos, y un componente de nuestra identidad sexual es nuestra orientación sexual. Por consiguiente, nuestra personalidad total va más allá de nuestra orientación sexual. Los seres humanos ven las apariencias, pero el Señor ve el corazón (cfr. 1 S 16, 7).

Dios no ama a alguien menos porque es homosexual. El amor de Dios siempre y en todas partes se ofrece a los que están abiertos para recibirlo. Las palabras de san Pablo son de gran esperanza:

“Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna, podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm 8, 38-39).

Aceptación del plan de Dios y del ministerio de la Iglesia

Para el cristiano, la aceptación de sí mismo y de un hijo homosexual deberá ocurrir dentro del contexto más amplio de la aceptación de la verdad revelada sobre la dignidad y el destino de cada persona. La Iglesia es responsable de profesar y enseñar esta verdad, presentándola como una vasta visión moral y aplicándola a situaciones particulares mediante sus ministerios pastorales. Presentaremos aquí los puntos principales de esta enseñanza moral.

Cada persona tiene su dignidad intrínseca porque ha sido creada a imagen de Dios. Un profundo respeto por toda la persona lleva la Iglesia a enseñar que la sexualidad es un regalo de Dios. El que una persona sea hombre o mujer es parte esencial del plan divino, porque su sexualidad -una mezcla misteriosa de cuerpo y espíritu- es lo que permite a los seres humanos compartir el amor y la vida creativa de Dios. [Nota del autor. Supresión: El texto original incluía la siguiente cita del Catecismo de la Iglesia Católica: «Corresponde a cada uno... reconocer y aceptar su identidad sexual» (CCE, 2333)].

Igual que todos los dones de Dios, el poder y la libertad de la sexualidad pueden ser canalizados hacia el bien o hacia el mal. Todos -los homosexuales y los heterosexuales son llamados a la madurez personal y a la responsabilidad. Con la ayuda de la gracia de Dios, todos están llamados a comportarse según la virtud de la castidad en las relaciones personales. La castidad significa la integración de pensamientos, sentimientos y acciones en la dimensión de la sexualidad humana, de manera que se valore y respete la dignidad personal propia y la de los demás. Es «la energía espiritual que libera el amor del egoísmo y de la agresividad» (Consejo Pontificio para la Familia, Sexualidad humana: verdad y significado, año 1995, n. 16).

Cristo llama a todos sus seguidores, ya sean casados v célibes, a una vida regida por una norma superior de amar. Esto incluye no solo la fidelidad, el perdón, la esperanza, la perseverancia y el sacrificio, sino también la castidad que se expresa en la modestia y el autocontrol. La vida de castidad es posible, aunque no siempre es fácil, porque implica un esfuerzo continuo para avanzar hacia Dios y alejarse del pecado, especialmente, con la fuerza de los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. Sin duda, Dios espera que todos busquen la perfección del amor, pero que lo logren gradualmente pasando por las etapas del crecimiento moral (cfr. Juan Pablo II, Familiares consortio, n. 34). Para mantenernos firmes en el camino de la conversión, tenemos a nuestro alcance la gracia de Dios que es suficiente para todos los que están dispuestos a recibirla.

Además, cuando las personas homosexuales «se dediquen con asiduidad a comprender

la naturaleza de la llamada personal que Dios les hace, estarán en condición de celebrar más fielmente el sacramento de la Penitencia y de recibir la gracia del Señor, que se ofrece generosamente en este sacramento para poderse convertir más plenamente caminando en el seguimiento de Cristo» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta sobre la Atención Pastoral a las Personas Homosexuales, n. 12).

Para vivir y amar con castidad hay que entender que «solo dentro del matrimonio el acto sexual simboliza plenamente el doble designio del Creador, un acto de amor comprometido con el potencial de procrear una nueva vida humana» (Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos, *Human Sexuality: A Catholic Perspective for Education and Lifelong Learning* [La sexualidad humana: una perspectiva católica para la educación y la vida de continuo aprendizaje], año 1991, p. 55). Esta es una enseñanza fundamental de nuestra Iglesia sobre la sexualidad, enraizada en el relato bíblico del hombre y la mujer creados a imagen de Dios y hechos para la unión mutua (Gn 2-3).

A esto siguen dos conclusiones. Primero, el plan de Dios es que el acto sexual tenga lugar solamente dentro del matrimonio entre un hombre y una mujer. Segundo, cada acto de intimidad sexual tiene que estar abierto a la posible creación de una vida humana. La relación sexual entre homosexuales no cumple esas dos condiciones. Por eso, la Iglesia enseña que el comportamiento «homo-genital» es objetivamente inmoral, pero al mismo tiempo hace la distinción entre este comportamiento y la orientación homosexual que no es, de por sí, inmoral. Es importante reconocer que ni la orientación homosexual ni la heterosexual lleva inevitablemente a la actividad sexual. La totalidad de la persona no se puede reducir a su orientación ni a su comportamiento sexual.

El respeto por la dignidad que Dios concede a todos los seres humanos significa que hay que reconocer los derechos humanos y las responsabilidades. La enseñanza de la Iglesia expresa muy claramente que los derechos humanos de las personas homosexuales deben ser defendidos y que todos tenemos la obligación de luchar por eliminar cualquier forma de injusticia, opresión o violencia en su contra (cfr. La atención pastoral a las personas homosexuales, n. 10).

No es suficiente evitar la discriminación injusta. Las personas homosexuales «deben ser acogidas con respeto, compasión y delicadeza» (CCE, n. 2358). Como es cierto de todos los seres humanos, necesitan ser fortalecidos simultáneamente en diferentes niveles. Esto incluye la amistad, la cual es una manera de amar esencial al desarrollo humano que es saludable así como también es una de las experiencias humanas más enriquecedoras. La amistad puede florecer, y de hecho florece, fuera de las relaciones sexuales genitales.

La comunidad cristiana debe ofrecer a sus hermanos y hermanas homosexuales comprensión y servicios pastorales. Hace más de veinte años, nosotros los obispos dijimos que «los homosexuales... deberían tener un papel activo en la comunidad cristiana» (Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos, *To Live in Christ Jesus: A Pastoral Reflection on the Moral Life* [Vivir en Cristo Jesús: Una reflexión pastoral sobre la vida moral], año 1976, p. 19). ¿Qué significa eso en la práctica? Significa que las personas homosexuales tienen el derecho de sentirse bienvenidos en la comunidad, de oír la palabra de Dios y de recibir servicios pastorales. Las personas homosexuales que viven castamente deben tener oportunidades para dirigir y servir a la comunidad. Sin embargo, la iglesia tiene el derecho a negar funciones públicas de servicio y liderazgo a personas, ya sean homosexuales o heterosexuales, cuyo comportamiento público viole abiertamente sus enseñanzas.

La Iglesia también reconoce la importancia y la urgencia de servir a las personas con VIH/SIDA. Aunque el VIH/SIDA es una epidemia que afecta a toda la raza humana, no solo a los homosexuales, ha venido teniendo un efecto devastador entre ellos y ha llenado de angustia a muchos padres, familias y amigos.

Sin dar aprobación a un comportamiento autodestructivo ni negar la responsabilidad personal, rechazamos la idea de que el VIH/SIDA es un castigo directo de Dios. Además:

«Personas afectadas por el SIDA no son personas distantes, extrañas, objetos de una mezcla de piedad y aversión. Tenemos que tenerlas presentes en nuestra conciencia como individuos y comunidad, y abrazarlas con amor incondicional. La compasión y el amor hacia las personas afectadas por VIH son la única respuesta auténticamente bíblica» (Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos, *Called to Compassion and Responsibility: A Response to the HIV/AIDS Crisis*, [Llamados a la compasión y la responsabilidad: Una respuesta a la crisis del VIH/SIDA], año 1989).

No hay nada en la Biblia ni en la doctrina católica que se pueda usar para justificar actitudes y comportamientos llenos de prejuicios o discriminatorios. Reiteramos aquí lo que hemos dicho anteriormente en otra declaración:

«Llamamos a todos los cristianos y ciudadanos de buena voluntad a confrontar sus propios temores sobre la homosexualidad y a impedir las bromas y la discriminación que ofenda a los homosexuales. Sabemos que una orientación homosexual conlleva suficiente ansiedad, dolor e inquietudes relacionadas a la autoaceptación como para que la sociedad añada más prejuicios» (Human Sexuality: A Catholic Perspective for Education and Lifelong Learning, p. 55).

Recomendaciones pastorales

Con la meta clara de vencer el aislamiento que usted, su hijo o su hija estén viviendo, le ofrecemos estas recomendaciones; también van dirigidas a los sacerdotes y ministros pastorales.

A los padres:

1. Acéptense y ámense ustedes mismos como padres para poder aceptar y amar a su hijo o su hija. No se culpen por la orientación homosexual de su hijo.

2. Hagan todo lo posible para continuar demostrando amor por su hijo. Sin embargo, la aceptación de su orientación homosexual no tiene que incluir la aprobación de todo lo relacionado con las actitudes y el comportamiento que elija. De hecho, usted puede cuestionar ciertos aspectos de su estilo de vida que considere objetables.

3. Inste a su hijo o a su hija a permanecer dentro de la comunidad de fe católica. Si ha dejado la iglesia, estimúlelo a volver y a reconciliarse con la comunidad, especialmente, mediante el sacramento de la Penitencia.

4. Recomiende a su hijo o a su hija que busque un director espiritual/consejero que le ofrezca consejos en la oración y en cómo vivir una vida casta y virtuosa.

5. Busque ayuda para usted también, tal vez en la forma de asesoramiento o dirección espiritual, mientras trata de encontrar entendimiento, aceptación y paz interior. También, considere unirse a un grupo de apoyo o participe en un retiro dirigido a los padres católicos de hijos homosexuales. Otras personas han tenido que andar por esa misma ruta pero puede ser que hayan avanzado más en el trayecto. Pueden compartir maneras eficaces de manejar situaciones familiares delicadas tales como la forma de hablar sobre su hijo a otros miembros de la familia y amistades, cómo explicar la homosexualidad a niños menores y cómo tratar cristianamente a las amistades de su hijo o hija.

6. Acuda en espíritu de amor y servicio a otros padres que también luchan con la homosexualidad de un hijo o una hija. Contacten a su parroquia sobre la posibilidad de organizar un grupo de apoyo para padres. Su oficina diocesana para el ministerio familiar, Caritas o un ministerio diocesano especial para personas homosexuales pueden ayudarlo.

7. Al hacer uso de las oportunidades para la educación y apoyo, recuerde que solo usted puede cambiar; solo usted puede ser responsable de sus propias creencias y acciones, no de las de sus hijos adultos.

8. Ponga toda su fe en Dios que es más poderoso, más compasivo y más misericordioso de lo que nosotros somos o podemos ser.

A los ministros de la Iglesia:

1. Pónganse a la disposición de los padres y las familias que les piden su ayuda pastoral, consejería espiritual y oración.

2. Reciban a las personas homosexuales en la comunidad de fe y busquen a los que están marginados. Eviten los estereotipos y las condenas. Traten primero de escuchar. No piensen que todas las personas homosexuales son sexualmente activas.

3. Aprendan más sobre la homosexualidad y la doctrina de la Iglesia para que su prédica, enseñanza y consejo estén bien informados y sean efectivos.

4. Cuando hablen en público use las palabras «homosexual», «gay» y «lesbiana» con honestidad y correctamente.

Mantengan una lista de agencias, grupos comunitarios, consejeros y otros expertos que puedan referir a personas homosexuales o a sus padres y familiares cuando ellos le piden asistencia especializada. Recomienden agencias que concuerdan con la doctrina católica.

6. Ayuden a establecer o promover grupos de apoyo para padres y miembros de la familia.

7. Infórmese sobre el VIH/SIDA para tener más conocimiento y ser más compasivo en su ministerio. Incluya oraciones en la liturgia para los que viven con VIH/SIDA, los que los cuidan, los que han fallecido y sus familias, sus compañeros y amistades. Una misa especial para la sanación y la unción de los enfermos puede celebrarse con motivo del Día Mundial del SIDA (1 de diciembre) o con un programa local para informarse del SIDA.

Conclusión

Para san Pablo, el amor es el principal don espiritual. San Juan considera que el amor es la señal segura de la presencia de Dios. Jesús propuso que es la base de los dos principales mandamientos que cumplen toda la ley y los profetas.

El amor, también, es la continua historia de la vida de cada familia. El amor se puede compartir, nutrir-, rechazar y, algunas veces, perder. Seguir el camino del amor que Cristo es el reto al que se enfrenta cada familia hoy. Su familia ahora tiene una oportunidad para compartir y aceptar el amor. Nuestras comunidades eclesiales están también llamadas a comportarse con un grado ejemplar de amor y justicia. Nuestros hermanos y hermanas homosexuales -en realidad, todos los humanos- han sido invitados a amar responsablemente.

A nuestros hermanos y hermanas homosexuales les ofrecemos una palabra final. Este mensaje es una mano abierta a sus padres y familiares que los invita a aceptar la gracia de Dios presente en sus vidas ahora y a confiar en la misericordia segura de Jesús nuestro Señor. Ahora les extendemos la mano y los invitamos a hacer lo mismo. Estamos llamados a convertirnos en un solo cuerpo, un solo espíritu, en Cristo. Nos necesitamos unos a otros para que así «crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (Ef 4, 15-16).

Aunque a veces se sientan desanimados, heridos o enfadados, no abandonen a sus familias, a su comunidad cristiana ni a los que los aman. En ustedes se revela el amor de Dios. Ustedes siempre serán nuestros hijos.

En el amor, no hay temor... El amor perfecto expulsa el temor (1 Jn 4, 18).

ACERCA DEL AUTOR

David Morrison (1963) es escritor y editor y vive, trabaja y reza en Washington, D.C. (Estados Unidos). Morrison fue activista gay durante siete años hasta que, antes de los treinta años, se fue desencantando poco a poco de la vida activamente gay y, en un momento de desesperación reconocido por él mismo, se volvió hacia Dios. Tras su experiencia de conversión, Morrison creció en su conocimiento y fe en Cristo, al principio, como un anglicano aún activamente homosexual y, más tarde, y hasta hoy, como un católico comprometido con la castidad.

Además de escribir sobre temas de fe, de identidad, de sexualidad y cultura, Morrison ha seguido las cuestiones de los derechos humanos y su violación en América Latina, así como la utilización de las mujeres como objeto de experimentación sin su consentimiento informado en programas de control de natalidad. También ha escrito sobre el creciente cisma entre el auténtico desarrollo del Tercer Mundo y los esfuerzos de control de la población, la brecha que se extiende entre el sistema sanitario del Primer y del Tercer Mundo y la creciente resistencia al imperialismo contraceptivo por todo el mundo.

Morrison es también columnista habitual de la revista New Covenant, y colaborador frecuente de Our Sunday Visitor. Además de estas revistas, el trabajo de Morrison ha aparecido en The Tablet (Reino Unido), US Catholic, y This Rock así como en The New York Post, The Washington Times y el Baltimore Sun. Ha dado conferencias sobre temas como la sexualidad, la identidad, la fe y la cultura en los Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda. Sus artículos han sido traducidos a más de diecisiete lenguas en todo el mundo.

Si quieres hacer comentarios sobre este libro, puedes visitar la página web de David Morrison en <http://www.beyondgay.com>

EDICIONES PALABRA, S.A. - Castellana, 210 - 28046 Madrid
Telfs.: 91 350 77 20 - 91 350 77 39 - Fax: 91 359 02 30
www.edicionespalabra.es - epalsa@edicionespalabra.es

Queridos amigos y amigas:

Transcribimos y colocamos este libro en la RED en la convicción de que tanto al autor como a la editorial les va a suponer una gran alegría ver cómo este admirable texto llega a la mayor parte de las personas, en especial a tantas que no tienen la posibilidad de tener acceso a él por otras vías y que el poder tener acceso a él les abre horizontes de vida y esperanza. Es un texto que está haciendo muchísimo bien y por ello desde esta página hemos decidido difundirlo. Es urgente y necesario que lo difundamos lo más posible, pues será LUZ, ESPERANZA, ÁNIMO y FUERZA para tantas personas que todavía viven aplastados y encerrados en la MENTIRA de la propaganda gay, y en el sufrimiento de una forma de vida que no han elegido y de la que no saben cómo salir.

Por eso os pedimos hagáis el esfuerzo hacer llegar este libro a todas las personas y ambientes posibles: a todos vuestros amigos, a todas las paginas, a todos los chats, a todas las direcciones,.... ¡¡ Hemos de desenmascarar TANTA MENTIRA Y MANIPULACION EN TORNO A

ESTE TEMA y hemos de llevar este ¡¡ ES POSIBLE ¡! a tantos hermanos que sufren día a día en la impotencia, la desinformación y la desesperanza.

Amigos/as: ¡¡ SEAMOS MISIONEROS/AS DE LA ESPERANZA ¡! ¡¡ NO NOS QUEDEMOS CON LA LUZ QUE HEMOS TENIDO EL DON DE RECIBIR ESCONDIDA DEBAJO DE LA MESA ¡! LLEVEMOS ESTA LUZ AL MUNDO ENTERO, A ESTA NOCHE TAN TERRIBLE DE DOLOR, SUFRIMIENTO Y DESESPERANZA.

“ID AL MUNDO ENTERO...!”

Amigos, ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡ ANIMO ¡!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Grupo Juan Pablo II.